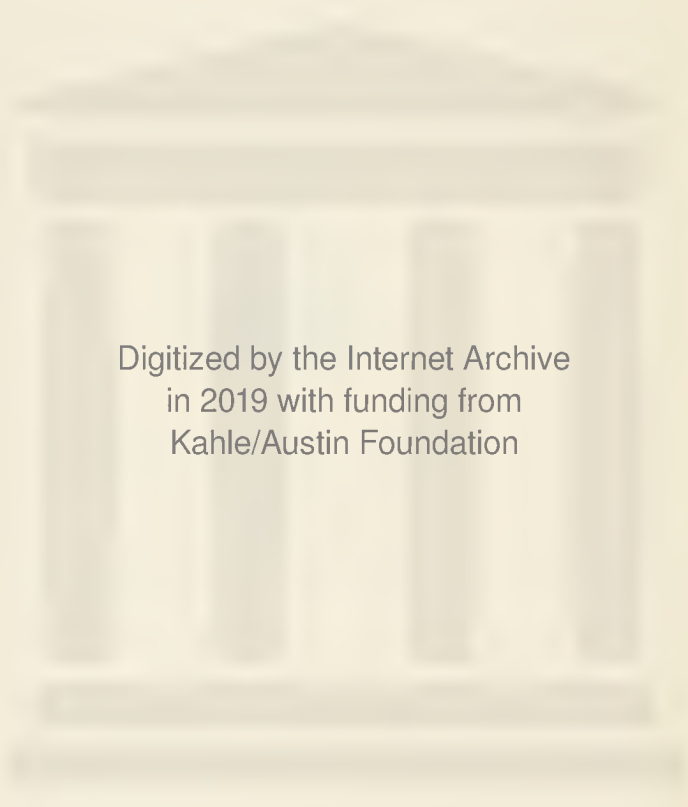


NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

DE HISTORIA Y ARTE

OBRAS DE R. ALTAMIRA

Historia de la propiedad comunal.—Un vol. en 4.º, de 316 páginas, 3,50 pesetas.

La enseñanza de la Historia (segunda edición aumentada).—Un vol. en 8.º mayor, de 477 págs., 5 ptas.

Pensiones y asociaciones escolares.—Un folleto en 4.º, de 59 páginas. (No se vende.)

Mi primera campaña (crítica y cuentos).—Un vol. en 8.º de 221 páginas, 1,50 pesetas.

Novelas. (En colaboración con Juan Ochoa y Tomás Carrertero).—Un vol. en 8.º, de 287 páginas, 3 pesetas.

Cuentos de Levante.—Un vol. en 8.º, de 128 páginas, 2,50 pesetas.

Novelitas y cuentos. Un vol. de la «Colección Diamante», 0,50 pesetas.

El España-pobres, novela de Narciso Oller. Versión castellana. Un vol. de la «Colección elzevir ilustrada», 2 pesetas.

EN PREPARACION

España en la opinión y en la realidad. (Ensayo crítico de los juicios de extranjeros y españoles acerca del carácter y la historia de España.)

Manual de historia de España y de la cultura española.
Introducción al estudio de la Historia del Derecho español.

DE HISTORIA Y ARTE

(ESTUDIOS CRÍTICOS)

POR

RAFAEL ALTAMIRA Y CRÉVEA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO,

C. de la R. A. de la Historia y de la Sociedad Geográfica de Lisboa.

Adiciones á La enseñanza de la historia.—Archivos, Bibliotecas y Museos de España.—El problema de la dictadura tutelar en la historia.—Viajes de norte-americanos referentes á España.—La cuestión de Cuba y los Estados Unidos en 1850.—Hispanólogos é hispanófilos.—Psicología de la juventud en la novela moderna.—El teatro de Galdós.—Teatro libre.—La primera condición del crítico, etc.

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

48 — PRECIADOS — 48

1898

PQ 6023 A4

A

LA SANTA MEMORIA DE MI PADRE

80750

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El presente volumen consta de dos partes, como su título indica: la primera, compuesta de estudios históricos (de metodología y de erudición), la otra de escritos literarios, en que predomina la nota crítica. Esta dualidad de asunto es más aparente que real. Un espíritu común liga todos los trabajos de este tomo y lo reviste de cierta unidad íntima, superior á la que podría darle el hecho de ser todo él de una misma materia. La intención educativa es clara en todas sus páginas, y así se verá que en el examen de las obras literarias atiende más el autor el fondo ideal de ellas que á las cualidades puramente artísticas. Para un español que se preocupe seriamente por el porvenir de la patria, no puede haber otro tema que más solicite su atención, y en él ha de parar al cabo, cualquiera que sea el propósito que guíe su pluma. En este respecto, nada hay inútil (aun la más humilde labor del espíritu) en el estado actual de nuestro pensamiento y de nuestra educación. Hacen de tal manera falta la buena intención, la advertencia rigurosa, la sugestión continua, el grito de alarma constante para arrancar á la mayoría de la desatención en que se halla respecto de los más graves problemas,

los que más importan á la regeneración nacional, que hasta el más pequeño (y para otras naciones quizá superficial) fruto de los que trabajan en aquel sentido, importa, creo yo, recogerlo y lanzarlo, sin preocupación ninguna subjetiva, á la circulación pública.

Salven á los estudios y notas que contiene este volumen la intención con que fueron escritos, y con la cual también se publican ahora, por si algo pueden servir para la propaganda del ideal que nos anima.

R. A.

Abril 1898.

ADICIONES Á LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Desde que, en Octubre de 1894, di por terminada la segunda edición de *La enseñanza de la Historia*, no he cesado de recoger nuevos apuntes con que mejorar en su día una tercera edición, que esté, en lo que se me alcanzare, al tanto de la más reciente bibliografía del tema, de las nuevas investigaciones y de los progresos verificados en la práctica pedagógica.

Mientras llega el día de aprovechar con toda amplitud estos materiales, no me ha parecido bien tenerlos guardados sin empleo alguno que pudiera ser útil á quienes como yo se interesan en este orden de cuestiones; y ofreciéndoseme ahora, con este libro, una ocasión de publicidad, daré noticia, aunque breve, de algunos de los más importantes, para que, á lo menos, sirvan de orientación á los lectores de aquel otro libro mío que man-

tengan despierto su interés hacia el problema de la metodología histórica.

Dejando la doctrina para momento más oportuno y determinado, daré, sobre todo, indicaciones de bibliografía crítica, para que cada cual les saque el jugo que corresponda á sus fines.

I

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

En la sección de manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional se guardan varios que tienen algún interés para nuestro tema. Desde luego lo ofrecen, y no escaso, para la historia de la metodología española, tan importante como capítulo de la historia de las ideas pedagógicas en España, que está aún por escribir.

Dejando á un lado el manuscrito original de las *Reflexiones sobre el modo de escribir la Historia de España*, de D. Juan Pablo Forner, á que ya hicimos referencia (1), hay, entre los que he podido examinar, otros siete; tres de ellos correspondientes á una misma obra de Páez de Castro; dos del célebre libro *El Humanista*, de D. Baltasar de Céspedes; uno, anónimo español, y el último de un anónimo italiano.

1. *Manuscritos de Páez de Castro*.—Sabido es

(1) *La enseñanza de la Historia*, pág. 126.

que el Dr. Juan Páez de Castro fué cronista del emperador Carlos V y contemporáneo y amigo de Ambrosio de Morales, con quien se carteó, y de Zurita, cuyos *Anales* defendió de varios Aristarcos más ó menos sinceros. A la librería de Páez fueron á parar libros y papeles de Zurita, que se inventariaron y sacaron en tiempo de Felipe II (1); y á su vez, otros, originales de Páez, se unieron con manuscritos de Ambrosio de Morales, y juntos están en la Biblioteca de El Escorial.

Entre estos originales hay un discurso, ó más bien exposición dirigida por Páez de Castro al Emperador, contestando á una pregunta hecha por éste acerca de «cómo trataba Páez de escribir su historia». De esta exposición hay tres copias en la Biblioteca Nacional.

La más antigua figura en un tomo que lleva la signatura Q, 18. Su título es: *Methodo para escribir la Historia, Por El Dr. Juan Páez de Castro, Chronista del emperador Carlos V.* Á continuación del título dice el copista: «Va al fin, por vía de prólogo, una noticia de las obras que escribió Juan Páez, hecha por mí». El *Methodo* abunda en doctrinas y observaciones muy interesantes (2).

(1) Biblioteca Nacional, Q 317, folios 246 al 264. En este mismo tomo de manuseritos hay otras relaciones curiosísimas de varios grupos de libros y papeles que se llevaron á El Escorial y de otros existentes en diferentes puntos de España. Al folio 278 comienza una de libros de Raimundo Lulio.

(2) Entre las que no importan á nuestro propósito están:

Empieza hablando del estilo que deben usar los historiadores, advirtiéndole que no ha de ser muy subido, sino más bien llano y abundante, y exponiendo la necesidad de la elocuencia para trazar los retratos de las personas y las descripciones de batallas, sitios, etc. Tiene por indispensable hacer lo que hoy diríamos la psicología de los caracteres, en consonancia de la cual, y de la respectiva jerarquía y cultura de los personajes históricos, debe el autor hacerlos hablar; de modo, que no usarán igual estilo el Rey que el noble, y éste que el villano: género de realismo verdaderamente curioso.

El fundamento principal de la historia es para nuestro autor ser imparcial, no decir cosa falsa y atreverse á decir toda la verdad (1), recomendando juntamente que el historiador sea parco de alabanzas. Concibe la educación de éste de una manera amplísima, enciclopédica, muy común en los escritores humanistas de aquellos tiempos (2); así,

una referente á las razones que tuvo Páez para no ejercer la profesión de letrado, habiendo estudiado «derechos»; otra de la *conformidad* que él creía ver entre «las costumbres y religiones» de los indígenas americanos («Indios Occidentales») «con las antiguas que los historiadores escriben de estas partes que nosotros habitamos», sobre lo cual pensaba escribir un tratado, etc.

(1) Cf. este noble sentido de la historia con las restricciones cortesanas de Cabrera de Córdoba, Le Moynes y Gomberville. *La enseñ. de la hist*, pág. 119.

(2) Cf. con la doctrina de Céspedes expuesta más adelante.

le exige que sepa filosofía moral, filosofía natural, geografía, genealogía, derecho, geometría (para medir las alturas y distancias de los lugares y para decir «las causas en que se fundan los ingenios y machinas que cada día se inventan»), y en general todas las ciencias. No pide en balde Páez de Castro tan extensa preparación, pues conforme á su plan, la *Historia* que proyectaba había de contener y tratar los siguientes puntos: descripción geográfica de España y divisiones que ha tenido en los diversos tiempos; idiomas que se han usado en ella y sus mudanzas; toponimia; trajes, leyes, costumbres y religiones de sus pueblos, notando los que hoy se conservan; Reyes y diversos estados; linajes, nobleza y órdenes de caballería; fundación y pérdida de ciudades; fauna y flora; hombres célebres en letras, religión y armas; hechos memorables de las ciudades; artes antiguas y modernas; guerras, unión y separación de Estados; y, según otro pasaje del *Methodo*, también «las causas de los nuevos acacimientos de diluvios, de sequedades, de incendios, de tempestades, de nuevas enfermedades de los cuerpos».....; y lo mismo pensaba hacer en punto á los dominios de América.

Ningún tratadista del siglo xvi, de los conocidos y estudiados, ofrece un plan más vasto y orgánico de la historia. No sólo incluye Páez en el contenido de ésta lo que hoy llamamos «civilización», sino también el estudio del medio natural, en los términos á que entonces alcanzaban los

conocimientos. Es casi seguro que si Páez hubiese llegado á escribir su *Historia*, aun dado caso de que contuviera ésta todas las materias indicadas en el plan, hallaríamos hoy que faltaba entre ellas la trabazón que corresponde á un verdadero concepto orgánico de la vida de los pueblos, en sí y en sus relaciones con la naturaleza; pero, además de que ningún autor moderno ha llegado á este *desideratum* todavía (1), la sola idea de acometerlo es ya un precedente notable en la doctrina metodológica.

Páez señala á la historia una utilidad que hoy repiten los defensores del método biográfico: la de presentar los ejemplos de la vida de los grandes hombres, que provocan á la imitación y contribuyen á perpetuar las más excelentes virtudes y á reproducir los hechos más notables (2).

De conformidad con su plan, presenta nuestro autor la siguiente enumeración de fuentes de conocimiento para su proyectada obra. En primer lugar, los viajes, con objeto de estudiar el *escenario*: «ver toda España con curiosidad haciendo memoriales del sitio para poder pintar los lugares donde pasaron las cosas», haciendo lo mismo con los demás puntos donde estuvo Carlos V.

Sigue la información testifical de personas «antiguas y diligentes»; luego, la epigrafía en todos

(1) *La enseñ. de la hist.*, págs. 150 y siguientes.

(2) V. lo que sobre esta ejemplaridad de la historia se dice en *La enseñ. de la hist.*, pág. 371.

sus órdenes, y á continuación los archivos judiciales y sus análogos, para revisar y utilizar los Registros antiguos de Notarios, los pleitos de Estados, testamentos de Reyes, etc. Tras esto, se deberán escudriñar los demás archivos y las librerías de colegios, monasterios y otros sitios que tengan copia de libros, procurando también reunir todos los demás que se pudiese y no se hallaren en las citadas bibliotecas. Finalmente, y por lo que toca á los hechos de Carlos V, convendrá consultar con el propio Emperador para que él dé noticias auténticas de aquéllos.

Tal es, en resumen, el *Methodo* de Pácz de Castro que, según se ve, tiene no pocos méritos científicos.

De él hay en el mismo tomo Q, 18, otra copia de diferente letra, que transcribe el prólogo y nota final del primer copista (1).

La tercera copia indicada figura en un volumen de *papeles varios* que ahora lleva la signatura Q, 317, y antes la de Y, 197, con la cual constaba en el Índice manuscrito de la sección, de donde la trasladó Gallardo al suyo. El volumen es «copia de un códice del Escorial, que fué de Ambrosio de Morales», y al folio 83 de él comienza

(1) En este tomo hay un pliego impreso conteniendo la exposición hecha al rey por el Dr. Juan Francisco Andrés (Ustarroz), pidiendo papeles de los archivos que le hacen falta para continuar la historia de Carlos V que escribió Zurita; y una carta del Marqués de Mondéjar á Juan de Berris, pidiéndole libros.

un escrito titulado «La forma en que el Dr. Páez trataba de escribir su Historia, copiada del original», que no es sino el mismo *Methodo*; por lo cual, puede excusarse su lectura.

Del propio Páez hay en el tomo G, 63, que ostenta en el lomo el título *Curita: Defensa de sus anales por Morales y Páez de Castro*, una larga carta sobre los defectos que se imputaban á los *Anales* de Zurita, examinando los siguientes: pasión, presunción, falta de historia (de conocimientos históricos), falta de cosmografía, malicia en multiplicar los hechos y cosas superfluas. No trae indicaciones metodológicas que merezcan señalarse, así como tampoco se encuentran en las cartas de Ambrosio de Morales y en la polémica entre éste y Santa Cruz, que se hallan en el mismo volumen (1). Además, estas cartas han sido ya publicadas en los *Progresos de la Historia en Aragón*, de Dormer, lib. II, cap. 3.º (2), y en el tomo VI de los *Anales* de Zurita, edición de 1610 y 1670.

2. *Manuscritos de D. Baltasar de Céspedes.*—La obra más célebre de D. Baltasar de Céspedes, el *Discurso de las letras humanas*, llamado *El Hu-*

(1) Empieza con una copia de carta de Zurita, sin foliar. Al folio 2 está la primera de Morales; al 7, la segunda; al 8-bis, la polémica. La carta de Páez comienza en el folio 55.

(2) *Progresos de la historia en el reino de Aragón y elogios de Geronimo Zurita*, 1680. Reimpreso en 1878 (Zaragoza). En el libro IV, el cap. XI está dedicado á transcribir cartas de Páez. La 19 de éstas alude á la composición de su Historia.

manista, fué publicado á fines del siglo XVIII por D. Santos Díez González (1), aunque no con bastante crítica. De ella hay dos manuscritos en la Biblioteca Nacional: V, 87 y X, 20. Es obra notable para la historia del Humanismo y de la pedagogía en España. Contiene un párrafo ó título *De la Historia*, que en la impresión de Díez comienza á la página 53, y en él explica, con otras cosas menos interesantes para nosotros, lo que á su juicio debe comprender el conocimiento de la antigüedad, á saber: las monedas, gobiernos, magistrados, colegios, sacerdotes..... y las costumbres, y «finalmente, el tener noticia de aquellas otras cosas, tanto de paz como de guerra, de la misma manera que las tenemos de las nuestras». Para conseguir tamaño conocimiento hay, según Céspedes, dos medios ó fuentes: 1.º, los autores clásicos; 2.º, los monumentos (medallas, piedras, etcétera.) El autor añade algunas notas bibliográficas acerca de estos puntos.

En párrafo aparte (pág. 72), trata de las *Fábulas*, ó sea «narraciones de las cosas tocantes á los Dioses de los Gentiles», mostrándose partidario de la interpretación de aquéllas según la doctrina peripatética.

(1) *Discurso de las letras humanas, llamado El Humanista, que según D. Nicolás Antonio escribía en el año de 1600 D. Baltasar de Céspedes, Yerno del Brocense, y su inmediato sucesor en la Cátedra de Prima de Retórica de la Universidad de Salamanca, y que sale á luz la primera vez por D. Santos Díez González. Con Licencia. En Madrid: Por Antonio Fernández. Año de 1784.*

A continuación expone los conocimientos que cree necesarios al historiador, en lo cual no es menos enciclopédico que Páez, pues le exige que sepa teología, filosofía, matemáticas, derecho, geografía, gramática, retórica y cronología.— Termina con curiosas consideraciones acerca de la manera de comentar y de traducir los clásicos.

No es mucho, sin duda, lo que Céspedes dice de la historia. Indudablemente mucho más debió decir en el escrito especial que con el título de *Discurso sobre la Historia* existía antes manuscrito en la Biblioteca Nacional (Cc, 88, según el Índice), pero que ahora no parece. Quizá anda confundido en otro legajo con diversos papeles.

3. *Anónimo castellano* (1).—Títulase *Traza para escribir la historia de Felipe II* y está comprendido en una colección de documentos que consta de dos volúmenes, y que tiene por rótulo *Sucesos políticos del Reinado de Felipe II y otros*. (H, 151).

Empieza dando idea de las grandes utilidades de la historia, con textos clásicos; sigue con la mención de las fuentes que deben aprovecharse para escribir la vida pública de Felipe II, y luego pone una serie de efemérides relativas á hechos de aquel monarca y de otras personas relacionadas

(1) Este ms. no lo he pedido ver personalmente. Tomó las notas, según indicación mía, mi amigo D. Manuel Compañy, del Cuerpo de Archiveros, á quien repito las gracias más expresivas.

con él. La parte de mayor interés para nosotros es la relativa al contenido de la obra que se planea, en la cual, como biografía, entra por de contado el retrato moral del rey en todas sus determinaciones: lo que hoy llamaríamos su psicología. Claro es que la narración ha de girar alrededor de la persona de Felipe II, por imponerlo así el carácter de la obra; pero es de advertir que, lejos de conceder el autor lugar predominante, ni aun preferente, á los hechos políticos y militares, guarda una proporción muy equilibrada entre éstos y los demás órdenes de la vida pública y privada del rey, aproximándose así al concepto amplísimo de Páez de Castro, aunque en el desarrollo está muy lejos de alcanzar la perfección orgánica que el cronista del Emperador revela en su plan. De conformidad con esto, la historia de Felipe II había de comprender todos los hechos referentes á la vida y á la política religiosa del rey; á su celosa protección de las ciencias y artes (núm. 12); á su intervención personal en el gobierno y en la administración de justicia (números 13 á 17); á su cuidado en punto á obras públicas y progreso de la arquitectura, así como de las industrias, agricultura, ganadería y demás ramos de riqueza general. Se incluyen también en la narración (y no es de poca monta que así se haga, dados los tiempos), «las Cortes que S. M. ha ido celebrando así á la corona de Castilla como á las de Aragón, Portugal y Navarra, y las leyes y pragmáticas y fueros más esenciales que para su buen gobierno y

administración de la justicia ha ido ordenando, y otras revocando y otras reformando»; y también se acude á mencionar largamente «los insignes varones en letras muy señalados en cualesquier ciencia y facultades» que ha habido «en tiempo de S. M.», refiriendo «las obras que escribieron, distinguiendo á los religiosos sus órdenes, á los doctos varones sus facultades, á los catedráticos las suyas y sus universidades».

La conclusión que se saca de este plan es que el autor, si bien no concibe su historia de un modo tan *colectivo*, que pudiera decirse, como Páez de Castro, pues constantemente refiere todos los hechos á la persona del rey, y tan solo en cuanto con ella se relacionan los estudia (cosa en que Páez de Castro difiere mucho, no obstante proponerse también escribir la historia de un monarca), posee ya lo más esencial de la idea moderna en punto al contenido, apartándose de la tradicional limitación que encerraba la obra histórica en la esfera de la vida política externa y de la militar.

En este sentido la *Traza* anónima es un nuevo dato de lo mucho que habían penetrado en España las nuevas corrientes metodológicas.

3. *Anónimo italiano*.—Con la signatura Cc, 86, figura un papel en folio de diez páginas, titulado *Método para estudiar la historia en Italiano*. No tiene importancia metodológica, ni responde al título.—Lo primero que hay que hacer, dice, es escoger bien los autores, y enumerá varios para

las diferentes Edades de la historia, empezando con la Biblia, Josefo y Beroso. En la moderna cita á Guicciardini, Comineo (Commines) y Damian de Goes, entre otros. La letra parece del siglo xvii.

II

AUTORES ESPAÑOLES IMPRESOS

En el cap. III de *La enseñanza de la historia*, páginas 116 y siguientes, se cita á varios autores españoles cuyas doctrinas en punto al concepto y método de la historia interesa recoger: Vives, Fox Morcillo, Pérez de Guzmán, Pedro de Navarra, Juan Costa, Luis Cabrera de Córdoba, Fr. Jerónimo de San José, Ezquerra, el P. Andrés, Campomanes, el P. Martín Sarmiento, Jovellanos, Forner, Masdeu, Llió, Tapia, y Morón; nutrida lista en la cual se revela la continuidad que desde el siglo xv hasta nuestros días ha tenido, en lo que se puede llamar, sin ninguna intención vanidosa, ciencia española, la buena tradición en punto á las cuestiones que nos interesan.

En la proyectada tercera edición de aquel libro se convertirán estas citas en una historia, todo lo más amplia que fuere posible, de tales doctrinas en España, colocando cronológicamente los autores, estudiando á fondo sus libros y advirtien-

do la relación que entre todos ellos existe, influencia que han ejercido unos sobre otros y la que hayan podido recibir ó reflejar de ó en los escritores extranjeros. Entonces se añadirán á los nombres arriba transcritos otros no menos interesantes en este respecto, apurando la bibliografía en cuanto cupiere, desde el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en cuya *Crónica de España* algún vislumbre de doctrina puede hallarse (1), hasta don Francisco Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán Núñez, cuyo libro, *El hombre práctico*, es eco y resumen de las teorías de su época (2), pasando antes por Pérez de Guzmán, cuyo sentido psicológico de la historia general, en la que incluye la literaria, conviene examinar más detenidamente de lo que ya se hizo (3); exponiendo con todo pormenor las ideas de Luis Vives, especialmente las contenidas en el libro III de la obra *De tradendis disciplinis* (4), y comparándolas con las de Rollín en el comienzo del libro VI de su *Tratado*; dando

(1) V. en el texto publicado por la *Colecc. de documentos inéditos para la Hist. de España*, t. CV, el cap. II: *De las cosas que escribió el Arzobispo Don Rodrigo*.

(2) Impreso en Bruselas en 1680 y reimpresso en Madrid, por Ibarra, en 1764. Esta edición es la que utilizo.

(3) En este aspecto de la obra de Pérez de Guzmán se ha fijado el Sr. Menéndez y Pelayo en su prólogo del vol. V de la *Antología de poetas líricos castellanos*, páginas LI y LVIII.

(4) No basta con lo dicho por Lange en la *Enciclopedia* de Schmidt y por Thibaut en el *Dicc. de Pédagogie*, de Buisson, artículo *Vives*. El estudio de Lange se ha traducido al español y publicado recientemente.

amplios extractos de la obra de Fox Morcillo, realmente importante para su época, como dice el Sr. Laverde Ruiz (1); examinando también con holgura las de Juan Costá y Luis Cabrera de Córdoba, espigando lo que pudiera hallarse en los escritos de Simón Abril, y reforzando los estudios acerca de Masdeu (2), de Jove-Llanos (3), de Gonzalo Morón (4) y otros.

Mas porque no quede toda la obra para luego, anticiparemos ahora algo en punto á dos libros que respectivamente abren y cierran el siglo más crítico en la historia de nuestra cultura: me refiero á los de Cabrera y Fernández de los Ríos, publicado aquél á comienzos y éste á fines del siglo xvn.

El libro de Luis Cabrera de Córdoba es bastante conocido de nombre. Titúlase, conforme á la portada, *De Historia, para entenderla y escribirla*, y se imprimió en Madrid, por Luis Sánchez, en

(1) Discurso inaugural sobre Fox Morcillo. En el vol. I de *La Ciencia española* de M. Menéndez y Pelayo, páginas 288-9.

(2) La declaración más amplia que hace Masdeu de su concepto de la historia como historia de la civilización, hállese en el prefacio al tomo XIII de su monumental obra, que va incluído en la edición castellana de 1794.

(3) El Sr. Vizconde de Palazuelos ha publicado una breve disertación sobre *Jovellanos como cultivador de la Historia*.

(4) Es muy interesante la doctrina de este autor, que no se limita á seguir al P. Sarmiento. Véase el tomo IV de su *Curso de historia*, páginas 122-23. El mérito de Gonzalo Morón no es bien conocido hoy día, y merece reivindicarse.

1611. Forma un volumen en 8.º, foliado á la manera de los manuscritos, es decir, con folio doble (seneillo y vuelto), y llega al 110, con 4 más al principio sin número, y 2 al final para índice.— El texto se divide en dos libros, y éstos en discursos, siendo 19 los del primero y 30 (más breves) los del segundo. Este forma propiamente un tratado de crítica y de arte histórica, considerando la historia como obra literaria, mientras aquél atiende á las cuestiones de concepto, división, contenido, fuentes y condiciones del historiador. Cabrera muéstrase erudito en obras clásicas, sobre todo. De autores españoles que traten asunto análogo al suyo sólo cita á Juan Costa, que escribió, según es sabido, *De conscribenda rerum Historia libri duo* (1591).

No da Cabrera una lista de los asuntos que ha de comprender la historia (el contenido) tan detallada como Páez de Castro; y aunque en diversos pasajes de su libro, folios 21, 28, 35 vuelto y 36, parece incluir en la narración «los principios de la religión, los orígenes y naturaleza de las cosas, los inventores de las artes, grados, aumentos, imitadores»..... «institutos de las gentes, costumbres de las ciudades, vidas de santos varones»..... «riquezas y costumbres de alguna provincia,..... ritos é institutos antiguos, públicos, sagrados, que es decir de los dioses, sus nombres, templos, sacerdotes, sacrificios, etc.,..... los magistrados y su Imperio, oficios, Senado, autoridad y ornamentos, milicia, provincias,..... leyes, jueces, penas, casti-

gos, juégos, fiestas, triunfos, días festivos,..... potencia del pueblo y mandatos, comò las bodas, entierros, varios banquetes, vestidos y monedas», con lo cual elévase sobre el puro relato de la historia política externa, ora fuese por la diferente división de la materia tratada (más concreta y reducida en Páez), ora por el vicio de obscuridad de que dió muestras el propio Cabrera en su Historia de Felipe II (1), el hecho es que no se muestra en él tan clara la idea del contenido amplio de la historia como en Páez. No le faltaba, sin duda, en absoluto: como se demuestra por los pasajes citados y por la cultura enciclopédica que exige al historiador, del cual dice que «contiene el saber y objetos de todos..... llamándose, aunque es historiador, filósofo, matemático, dialéctico, orador, mostrando serlo todo cuando escribe. Representa, según se ha dicho, el gobierno de la ciudad, la constitución de las leyes, el culto de la religión, la virtud, las costumbres, los consejos, los hechos de los hombres»; pero el concepto es siempre más orgánico en el *Methodo* de Páez.

En punto á condiciones morales, pide Cabrera las de imparcialidad, justicia, veracidad, etc., que comunmente exigen los autores; atiende mucho al aspecto ético y psicológico de la narración, con

(1) En una nota marginal, manuscrita, del ejemplar que uso, folio 48 vuelto, se hace constar precisamente ésta circunstancia.

pintura de los caracteres y examen de lo moral (folios 36 y 56 vuelto), mostrándose en esto muy influido de los clásicos; y reconoce en la historia la utilidad del ejemplo, como es frecuente, inclinandose también á la «unidad psicológica» de la vida humana, «pues una manera de mundo es toda» (fol. 1.º)

Reglas de crítica da en el discurso 10 del libro primero, *Ánima de la historia es la verdad*, y en el 16, *De lo que se ha dudado de la verdad y crédito de los que han escrito*; y de composición, en los más del libro segundo (v. gr.: discurso 7, *Del exordio*; 8, *De las descripciones*; 10, *De las oraciones*, etc.), descendiendo á pormenores retóricos como la metáfora (discurso 21), la antonomasia (22) y otros.

En punto al empleo del elemento geográfico y demás de carácter natural, muéstrase también inferior á Páez, pues los considera como una digresión (discurso 9 del libro 2.º) aunque de amplio contenido, según puede verse en este pasaje: «En las regiones (*se ha de saber*), las demarcaciones de las provincias, clemencia del cielo, aire, temple, salud, términos, castillos, climas, planetas que dominan, montes, llanuras, valles, sus riquezas, multitud de gente, virtudes, vicios, inclinaciones de los naturales, la guerra, bosques, ciudades, fundador, antigüedad, sitio, cultura, fuentes, fertilidad, caballos, ganados, mieses, acueductos, palacios, templos, monasterios, hospitales, que toca á las descripciones también». Tan largo, he-

terogéneo y desordenado programa, puede inducir á engaño en punto á la manera como entiende el autor la composición de la historia; pero él mismo pone á seguida el remedio, aconsejando que las digresiones sean «moderadas» y dando á entender perfectamente que las concibe más como recurso literario que como elemento esencial: «para alentar la gravedad, y cuando va seca para aligerarla y hacerla delectable, y para más claridad» (fol. 68.)

Es muy curioso notar que Cabrera da en su libro una especie de plan de la historia de Carlos V (folio 30 vuelto y siguientes), como Páez había hecho en su *Methodo* con mucho más rigor científico. Finalmente, Cabrera adopta las divisiones usuales de la historia en divina (sagrada y eclesiástica) y humana (natural y moral ó de dichos y hechos).

Algo diferente de Cabrera de Córdoba es el conde de Fernán-Núñez, D. Francisco Gutiérrez de los Ríos. Cabrera es un historiador de profesión; Fernán-Núñez un noble ilustrado. Aquél escribe de su oficio y como erudito; éste como hombre culto y para instrucción de sus hijos, á quienes ofrece en compendio el fruto de sus lecturas y de su experiencia en la vida. Pero no en balde tiene su libro, *El hombre práctico ó discursos varios sobre su conocimiento y enseñanza*, sesenta y nueve años más de fecha que el de Cabrera. El movimiento de las ideas en el último tercio del siglo xvii refléjalo bien el manual de Fernán-

Núñez (1), que no puede sin embargo ocultar su diletantismo manifiesto en el desprecio con que habla de los trabajos de investigación.

Comprende *El hombre práctico* sesenta y un discursos, que tocan todos los extremos referentes á la educación intelectual y social. Por el momento sólo nos interesan dos: el XIII *De la historia*, y el XLVI *De la verdad de la historia, pasión en ella y otros escritos*.

Se hace eco Fernán-Núñez de la cuestión del método regresivo, que por entonces se discutía, «habiendo razones, como en todas las cosas humanas, por una y por otra parte». Nuestro autor se decide por el método natural, como «más acomodado á la práctica».

Reaparece en Fernán-Núñez, con toda claridad, el contenido amplio de la historia que Páez expone; pues, además de los sucesos políticos y militares, pide se consignent «la subsistencia y alimentación de todos, y los modos con que por la agricultura, comercio ó navegación los han buscado y adquirido.....» «los principios de las leyes de cada pueblo, las causas que fueron dando sucesivamente motivo á añadir y quitar en ellas (ó sea, la historia de la legislación); el juicio y estimación que en cada siglo se haya hecho de las di-

(1) Acerca de este personaje, véase lo dicho por Morel Fatio en *Etudes sur l'Espagne*, 2^{me} serie, páginas 15 á 22, 185, 322, 336 y 349 á 351. En punto al libro dice poco: páginas 17 á 20.

ferentes opinionés de los Philosophos y hombres sabios en las cosas naturales, en qué tiempos hayan florecido, descaecido ó perdidose las Artes liberales, á que dan gran luz, á más de las Historias, las Medallas y Monedas, como las fábricas, inscripciones y ruínas de grandes edificios....., sin ser de olvidar la Historia ó progreso de la hermosísima Poesía, y de los que en ella han florecido, de la Medicina, por qué causas y en qué manera haya sido apreciable ó despreciable. Y por último, debemos saber, no sólo la Historia y progreso de nuestra religión....., para lo cual no se debe omitir tampoco en la Historia todo lo que nos instruye del origen y progreso de las creencias, fábulas ó sectas que en cada pueblo han florecido».

Esto es lo más importante del libro de Fernán-Núñez. Siguen algunas consideraciones sobre el modo de estudiar las genealogías, y en el discurso XLVI una peregrina argumentación para probar la posibilidad de la verdad en la historia, bien que no da mucha importancia á esto, ya que, según dice, «el aprovechamiento práctico que de ella podemos sacar no se reduce á la puntual é infalible noticia de los acaecimientos pasados..... sino..... (á) la reflexión de los hechos pasados, comparándolos á los presentes, para poder hacer sobre ellos más atenta reflexión, y supliendo con esto á nuestra experiencia propia, acertar mejor en nuestras operaciones. Para lo cual *no nos importa el que sea cierto lo escrito, sino el que lo haya podido ser*». ¡Donosa conclusión y curioso sen-

tido *práctico*! Así se explica que Fernán-Núñez termine su discurso declarando ocupación servil la de «confrontar hechos ni averiguar verdades inútiles para los usos de la vida», investigar «las ruínas, inscripciones, etc.» ¡Qué lejos estaba aquí nuestro autor de la corriente crítica que ya por entonces era muy pujante en España, y que años después había de producir el gran florecimiento histórico del siglo xviii!

III

BIBLIOGRAFÍA MODERNA

Las papeletas y apuntes bibliográficos que he reunido desde Octubre de 1894, pueden clasificarse en dos grupos: uno, de los libros y artículos de revistas publicados con posterioridad á aquella fecha; y otro, de los anteriores é ignorados ó inadvertidos por mí al dar á la imprenta la segunda edición de *La enseñanza de la historia*. Consignaré unos y otros, ordenados por materias.

1. *Historia del método y del concepto de la historia*.—Casi al mismo tiempo se han publicado dos estudios de este género, el uno en alemán, el otro en inglés; el primero en la *Deutsche Rundschau* (año XXII, 1896, cuadernos de Julio y Agosto), con el título de *El desarrollo de la historiografía antigua*; el segundo en la *Educational Review*, de Nueva-York (Noviembre, 1896), con la rúbrica *Ranke y el comienzo del método de los seminarios en historia*.

El articulista de la *Deutsche Rundschau*, Otto Seeck, examina principalmente la cuestión de la verdad histórica en los autores griegos y latinos, empezando por los poemas históricos y las historias locales, y haciendo notar cómo, después del impulso científico que pretendió dar Hecateo á la historia, se produjo una reacción en favor de las leyendas poéticas de los rapsodas. Herodoto renunció tan solo á la forma métrica, pero dió libre entrada en su prosa á las leyendas. Hasta Tucídides no adoptó la historia su verdadero carácter, y después de él se inició la decadencia, ya notable en las obras de Jenofonte, á excepción de *La retirada de los diez mil*, por el carácter predominantemente moral de este libro. Lo mismo ocurre con Plutarco; y casi todos los historiadores latinos que se proponen defender una tesis, un partido político ó un punto de vista especial, subordinan la verdad histórica á sus opiniones particulares. El único historiador de la antigüedad que merece absoluta confianza es Tucídides (1).

El artículo de la *Educational Review*, firma lo

(1) Al mismo orden de cuestiones que este artículo pertenece la disertación reciente del profesor italiano Luc. Cerrate, *L'arte storica in Erodoto di Alicarnaso* (Génova, 1896. En 8.º, 85 págs.), que no he leído aún. Véanse también el artículo de J. M. Stahl, *La más antigua historiografía griega y sus relaciones con la poesía épica*, en *Neue Jahrbücher für Philologie und Pädagogik* (Bd. CLIII y CLIV, H. 6.) y el de R. Pichon, *Un historien positiviste dans l'antiquité. La méthode de Polybe*, en *Rev. universitaire*, 15 Nov. 96, págs. 317-334.

por Edward G. Bourne, de la Yale University, guarda relación más estrecha con nuestro punto de vista. Sábido es que ordinariamente se coloca el punto de partida de los seminarios históricos en el fundado por Ranke en 1839 (1); hecho que ya hicimos constar en el lugar oportuno de *La enseñanza de la historia* (2), si bien advirtiéndolo que antes de Ranke funcionaban ya en Universidades de Alemania seminarios de materias anejas á la historia, como el filológico de Thiersh. El señor Bourne trata especialmente este punto, y valiéndose de documentos contemporáneos y de las propias obras de Ranke, Koechly, Raumer y otros autores de comienzos del siglo actual, nos informa detalladamente de los precedentes que tuvo la iniciativa del primero, y del origen inmediato del seminario de 1825.

A fines del siglo pasado existían ya en Alemania seminarios filológicos, que no eran sino una especie de escuelas normales para la educación de los futuros profesores de literatura clásica. El más famoso de estos centros fué fundado en Halle, 1787,

(1) Esta fecha no es completamente exacta. Ranke planteó su seminario en 1825. En 1837 expuso por primera vez sus ideas acerca de este método en el prefacio de la obra de sus alumnos, *Jahrbücher des deutschen Reiches unter der Sächsischen Haue*; pero los biógrafos de Ranke, Dove y Giesebrecht señalan las fechas de 1833 y 1832 respectivamente. Véase la discusión de esto en la nota 12 del artículo de Bourne.

(2) Pág. 23.

por Wolf; pero el verdadero precedente ha de hallarse en la «Societas Philologica» de Beck, creada tres años antes que el seminario de Wolf (1) en Leipzig. Reuníanse los miembros de ella dos veces por semana, y el método de trabajo era como sigue: uno de los asistentes escogía un pasaje de autor clásico, cuya discusión y comentario gramatical é histórico preparaba para otra reunión, en la cual exponía el resultado de su estudio y escuchaba las observaciones de los demás concurrentes (2).

Poco después, en 1799, Godofredo Hermann fundó en Leipzig una «Societas Graeca» que duró hasta 1840 y que trabajaba en forma análoga á la Filológica de Beck. De una y otra formó parte Ranke cuando estudiaba en Leipzig (1814 á 1818), preocupado especialmente con los estudios de literatura clásica.

Ranke no hizo, pues, en 1825, sino aplicar en Berlín lo que había visto hacer en las clases de Leipzig (3); pero la excitación para ello la recibió, no de su propio ánimo, sino de su amigo Carlos

(1) El autor rechaza como precedente el *Institutum Historicum* creado en 1764 por Gatterer en Gotinga, y que Wegele en su *Geschichte der deutschen Historiographie*, pág. 761, reputa como tal.

(2) Cf. este método con los adoptados en los seminarios actuales. *La enseñanza de la historia*, págs. 26 á 31.

(3) Wilken, el célebre historiador de las Cruzadas, dirigió también en Berlín un seminario antes y durante la época de Ranke.

von Raumer, profesor de mineralogía; aunque es presumible que también contribuyera á su decisión el ejemplo de su profesor de derecho en Gotinga, Hugo.

Las ideas de Ranke en punto á su seminario y al método de que era expresión, hállanse expuestas en el prefacio antes indicado, en su *Obras*, volumen III, págs. 479-481, en sus cartas á Waitz y en su autobiografía, *Zu Eigenen Lebensgeschichte*, págs. 34, 257 y 148, 649 y 650. El autor del artículo que nos ocupa traslada algunos de estos interesantes pasajes, con otros de Sybel y de Waitz, el más notable discípulo de Ranke y uno de los más ilustres profesores de historia en este siglo (1).

De un reformador de otro orden, pero de no menor influencia en su patria por lo que toca á la organización de la enseñanza en general, se ocupa la *Revue du monde catholique* (Enero, 1896) en un artículo que firma H. Hoisnard: *M. Duruy et l'enseignement classique de l'histoire*.

Finalmente, al método histórico en América se refieren los dos siguientes artículos: *American history: how it is writen*, publicado en la revista *Black* (Enero de 1896), y *How the History is writen in America*, del *Macmillan's Magazine* (Julio, 1896).—Véase también en el *Annual Report of the*

(1) Waitz habla del seminario de Ranke en su *Glückwunschsreiben*, págs. 4-5, y en las 5-7 del suyo propio, establecido en Gotinga y que tan grande influjo ejerció en Alemania.

American Historical Association (1894) un estudio de H. Adams sobre el desarrollo de la ciencia de la historia, y el libro de Mr. Hinsdale, de que se hablará luego (1).

De otras publicaciones que en cierto modo pueden servir para la historia del método se tratará en el número 6.

2. *El elemento natural en la historia*.—El problema de las relaciones entre el medio natural y la humanidad en su desarrollo histórico, sigue discutiéndose en los mismos términos que ya expusimos (2); pero es fácil notar que se acentúa de cada día la reacción contra las exageraciones materialistas cuyo proceso conocemos.

Manifestación de esta corriente es, por ejemplo, el reciente artículo de Aly sobre el Materialismo en la historia (*Preussische Jahrbücher*, Bd. LXXXI, Heft. 2, 1895), que combate la pretensión de conceder al medio físico (el clima) y á la herencia fisiológica una influencia decisiva en el desarrollo histórico (3). Las investigaciones en

(1) Ignoro si pertenece á este mismo género un artículo del P. L. Bontié, *L'Histoire à notre époque* (en *Etudes religieuses*. 5 Enero, 1897). El profesor Beer, de la Columbia University (Nueva-York cita, en un artículo crítico de mi libro, publicado en la *Political Science Quarterly* (Diciembre, 1896), una obra de Mr. Flint relativa al desarrollo del concepto de la historia, que todavía no conozco.

(2) *La enseñanza de la historia*, págs. 160 á 190.

(3) No debe confundirse esta cuestión de la influencia del clima y de los factores físicos, externos al hombre, con la

este sentido no cesan, sin embargo, y no puede caber duda en punto á su utilidad para comprender el organismo de los factores históricos, siempre que no se extravíen con exageraciones dogmáticas ó anticipaciones teóricas, fatales para el éxito de todo trabajo científico. No deben, pues, olvidarse los escritos que á esta tendencia se refieren; y como muestra de ellos citaremos el estudio de Le Conte, *Critical Periods in the history of the Earth* (en el *Bull. of the Depart. of Geology.-University of California*, núm. 11, 1895), que responde al sentido de Lyell y Darwin; el del profesor Dr. W. J. van Bebbber, *Die Klimate der Erde und ihr Einfluss auf den Menschen* (*Globus*, núm. 69, 1896), el de Lagneau, *Influence des milieux sur la race*. Mo-

llamada del *materialismo histórico*, que se refiere directamente á la teoría de Marx y los socialistas, para quienes la clave de la historia son las condiciones económicas, de las cuales dependen todas las demás. Véanse sobre esto los folletos de B. Croce, *Sulla concezione materialistica della Storia* (Napoli, 1893. En 4.º mayor, 23 páginas), y *Le teorie storiche del Prof. Loria* (Napoli, 1897), que dan también una bibliografía bastante completa de la cuestión. Interesa igualmente para la bibliografía y exposición de este sentido, la obra reciente de Ferraris, *Il materialismo storico e lo Stato* (Palermo, 1897), publicada antes en *Nuova antologia*, 16 Abril 1916, y Mayo 1896. —A nuestro público, que lee pocas obras alemanas, le será más familiar que otras citadas por Croce y Ferraris, la de Thorold Rogers, *The economic interpretation of history* (Londres, 1888), por haber sido traducida al francés (París, 1892), y últimamente al español; y los escritos del Prof. Labriola, reunidos en la reciente edición francesa (París, 1897) bajo el título de *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*.

difications mésologiques des caractères ethniques de notre population (Bull. de la Soc. d'anthropologie, VI-2, 1895), el de W. Z. Ripley, *Geography and Sociology* (Political Science Quarterly. Nueva-York, Diciembre, 1895, págs. 636-655), y los de Sir J. W. Dawson y Rev. D. Gath Whitley, *The meeting Place of Geology and History* (Critical Review, Julio, 1895).

Por lo que se refiere á la teoría del relieve geográfico en el sentido de Ritter, es de gran curiosidad histórica el tratadito del filósofo K. C. F. Krause, *Aphorismen zur Geschichtswissenschaftlichen Erdkunde*, impreso por primera vez en Berlín en 1894 (80 páginas y un mapa) (1). Refiérense á lo mismo la disertación de E. Hölzel, *Das geographische Individuum bei Karl Ritter und seine Bedeutung für Begriff der Naturgebietes und der Naturgrenze* (Leipzig, 1896); el artículo de F. Schrader, *De l'influence des formes terrestres sur le developpement humain* (Rev. de l'Ecole d'Anthrop. Año III), y el estudio, particularmente interesante para nosotros, del profesor Th. Fischer, *Die Südeuropäischen Halbinseln* (en la colección Kirchhoff, *Unsern Wissen von der Erde*. Viena, Praga, Leipzig, 1893), que se refiere á la influen-

(1) Krause escribió también, en 1811, un estudio titulado *La Tierra como morada de la Humanidad* (*Erde als Wohnort der Menschheit*).—De F. Ratzel hay un reciente estudio sobre las relaciones entre el Estado y el suelo, en las Memorias de la *K. Saechsische Gesellschaft der Wissenschaften* (B. XVII, número 4, 1896).

cia de las condiciones geográficas en la historia de España y Portugal. Para el estudio de las variaciones del relieve puede servir en general el libro de Julio Girard, *La Géographie littorale* (París, 1895).

Como fórmula concreta del estado que hoy alcanza esta cuestión científica y de su solución más templada (que es la dominante, al parecer), debe verse la lección inaugural del curso de «Método geográfico» explicado en el «Colegio libre de Ciencias sociales» de París por M. Jean Brunhes, y titulada *Les principes de la Géographie moderne* (1). En ella se afirma la verdad de muchas relaciones importantes entre el hombre y el medio geográfico, al propio tiempo que se estudia el poder de la acción humana sobre las condiciones naturales del medio (2) y se critican las teorías extremas de los materialistas (3).

3. *El sujeto de la historia.*—Lo mismo que en la referente al medio físico, nótase en la literatura reciente sobre el sujeto histórico una reacción contra las teorías ligadas á la corriente positivista. Es fácil advertir, sobre todo en Alemania y en Fran-

(1) Se ha publicado en los números de 1.º y 16 de Septiembre, 1897 de *La Quinzaine* (París). La parte que interesa á nuestro asunto es la contenida en el número de 16 Septiembre, págs. 239-255.

(2) V. *Enseñ. de la hist.*, págs. 184-5.

(3) V. sobre las teorías de Buckle el reciente libro de J. P. Robertson, *Buckle and his critics* (Londres, 1896).

cia, una como restauración de la teoría del *genio*, contra la supuesta acción decisiva y preponderante de la masa, tan radicalmente sostenida por Mougeolle, Gumpłowicz (véase, por ejemplo, un artículo suyo en la *Revista de Derecho y Sociología*, 1895, págs. 537, 542-4 y 546-6) y otros. Para el estudio de esta reacción pueden servir de guía, verbigracia, el artículo de H. Prutz sobre la Historia del pueblo alemán, de Lindner (*Die Popularisirung der deutschen Geschichte*; en *Beilage zur Allgemeinen Zeitung*, 1895, núm. 199, 20 Julio); el ya citado de Aly sobre el Materialismo en la historia (*Preussische Jahrbücher*. Bd. LXXXI, H. 2, 1895), que combate la teoría del medio, en virtud de la cual «resulta inexplicable la personalidad de los grandes hombres»; el amplio estudio de E. Lombardo Pellegrino, *L'«Uebermensch» nella società e nel diritto* (*Riv. Scientifica del Diritto*, Junio-Julio, 1897, con ulterior tirada aparte), interesante sobre todo por la distinción que establece entre la acción de la masa en la *evolución* y la iniciativa de los genios en el *progreso*, y por la enérgica reivindicación del sentido *individual* en la historia que hace, conforme á las ideas clásicas de Cattaneo, Lazarus, Steinthal y otros; y, finalmente, las traducciones recientes al francés de Carlyle y Emerson, cuya boga parece renacer en el vecino país. Es de advertir que el traductor de Emerson interpreta malamente *Representative men*, por *Les Sur-Humaines*, ligando esto con la teoría de los «Uebermensch» de Nitzsche. Semejante

cambio en el sentido de Emerson, irremplazable por el de Nitzche, le ha sido con razón censurado al traductor (1). Véase también la Introducción á la versión francesa de *Los héroes*, por J. B. J. Izoulet, que se titula *Le Crepuscule des Dieux*, y la disertación de Frederic W. H. Myers, *The Psychology of Genius*, leída en el tercer Congreso de Psicología de Munich (Agosto, 1896). De otros libros y artículos relativos al mismo asunto y no escasos en número (lo cual revela la importancia que hoy se concede á esta cuestión, incluso en España y en la América española) se hablará en la parte de este libro dedicada á estudiar *El problema de la dictadura tutelar en la historia*.

A la doctrina general de la psicología de los pueblos se refieren el artículo de Fouillée, *La psychologie des peuples et l'anthropologie* (*Rev. des Deux Mondes*, 15 Marzo, 1895); el muy interesante de G. Richard, *La Sociologie ethnographique et l'histoire: leur opposition et leur conciliation* (*Rev. Philosoph.* Noviembre, 1895); el libro de Novicow, *Conciencia y voluntad sociales* (traducción francesa, París, 1897); el estudio de J. Torné Alerany, interesante por dar en España la expresión más desarrollada del sentido *individualista*, en la propia dirección que Lombardo-Pellegrino, á quien

(1) Esto no quita para afirmar que Nitzche es, efectivamente, opuesto á la teoría de la preponderancia del medio social sobre el genio, aunque con limitaciones, como veremos más adelante.

precede (*La Psicología social*, en la *Rev. jurídica de Cataluña*, tomo II, 1896, págs. 266 y 897); y, al parecer, el recientísimo libro de J. Fortoul, *El hombre y la Historia* (París, Garnier, 1896). Deben tenerse en cuenta algunos pasajes y notas de los *Principios de Política*, de Holtzendorff (lib. I, capítulo I), acerca de la psicología nacional, así como las consideraciones de Fichte en sus *Discursos á la nación alemana* acerca de las relaciones entre el genio y la colectividad (1).

4. *El contenido de la historia*.—Es esta la cuestión principal entre las varias teóricas que influyen en el problema metodológico. Ya hicimos notar (2) las vaguedades que en ella hay todavía, merced á la inseguridad del concepto de *civilización* y á las contradicciones de la corriente general que desde hace siglos viene integrando, paso á paso, el organismo de los factores históricos (3), contradicciones visibles en los mismos que se dicen hoy sus representantes, en quienes el antiguo exclusivismo de la historia política lleva peligro de ser sustituido por el exclusivismo de la *Kulturgeschichte* (4). Este peligro no ha cesado, á pesar de las protestas de muchos que, como nosotros,

(1) Véase también lo que decimos en el cap. III del estudio sobre *El problema de la dictadura tutelar en la historia*.

(2) *La enseñanza de la historia*, cap. III, II.

(3) Véase la historia de esta corriente en el mismo capítulo, § I.

(4) *Loc. cit.* especialmente, págs 150, 51, 52 y 53.

comienzan por defender el pleno derecho de todas las actividades humanas á ser consideradas como elementos de la historia; y las discusiones en este sentido continúan con iguales exageraciones é igual falta de precisión por ambos lados. Lo cual deriva, á nuestro parecer, de plantear mal la cuestión, atendiendo antes á fútiles pugilatos de primacía que al concepto de la unidad y organismo de la vida social, que es el que debe guiar en este punto.

Reflejo de tales discusiones es el folleto del escritor italianó, nuestro amigo, B. Croce: *Intorno alla Storia della Coltura* (Kulturgeschichte), publicado en Nápoles á fines de 1895 (en 4.º mayor, 18 páginas). El autor tercia en ellas, y como es un espíritu serio, y conoce además bien la literatura alemana referente á la cuestión (los artículos de Gothein, Schäfer y Steinhausen que ya citamos, además de los de Riehl, Lorenz y otros), su disertación ha de ser una guía excelente para los lectores españoles, que pueden abordar sin dificultad el italiano, en punto á la bibliografía y al criterio para resolver la dificultad. La conclusión á que llega el Sr. Croce no difiere esencialmente de la expuesta por nosotros, aunque por el tono polémico del folleto (que reduce algo los términos de la cuestión y la aparta de oquel sólido fundamento que da el apreciarla en sus orígenes anteriores á este siglo y á las disputas de Schäfer y Gothein) pudiera parecer el autor menos francamente conyencido de la razón que en el fondo asis-

te á los defensores de la *Kulturgeschichte* como elemento esencial de la historia humana, de lo que en rigor lo está, y aun algo tocado (á pesar suyo y seguramente sin darse cuenta de ello) de un cierto injusto tono satírico y despreciativo hacia las corrientes modernas de la historiografía, que le arrastra á fijarse demasiado en la caricatura y la exageración de ellas. Sirvan estas observaciones de mera prevención á los que leyeren el trabajo del Sr. Croce sin estar preparados por otras lecturas y por el conocimiento de las demás obras en que se revela el sentido general, noble y elevado, de la doctrina de aquel benemérito crítico é hispanófilo (1).

También tiene interés para nuestro punto de vista, y por el carácter concreto de su argumentación, el artículo de H. Flemming, *L'enseignement de l'Histoire dan ses rapports avec l'histoire de la Civilisation*. (*Rev. intern. de l'enseign.* 1896, tomo XXXII, págs. 522-28), que trae, en su comienzo, una nota bibliográfica complementaria de la de Croce.

Como pura curiosidad de detalle, citemos el artículo de M. de Saussurre, *Comment les chinois*

(1) Vid. más adelante: *Concepto de la historia*.—Véase la crítica que del folleto de Croce acaban de hacer Bernheim y Steinhausen en la *Zeitsch. für Kulturgeschichte*. Bd. III, Heft 4-5.—Sobre el concepto de la historia de la civilización, véase también el artículo de Lamprecht, *Was ist Kulturgeschichte, Beitrag zu einer empirischen Historik*. (*Deutsche Zeitsch. f. Geschichtswissenschaft*, Julio-Septiembre 1896).

conçoivent leur civilisation (*Rev. Scientifique*, 19 Enero, 1895), que puede servir de ilustración á lo dicho en las págs. 153 á 155 de *La enseñanza de la historia*, en punto al tipo especial de civilización de los pueblos no europeos.

5. *El concepto de la historia.* — Incluimos en este enunciado todas las cuestiones que formaban parte de la antigua Filosofía de la Historia y no constan en párrafos anteriores; y á la cabeza de ellas, la relativa á la clasificación de la historia en el orden de los conocimientos. Por ser de menos interés que las ya tratadas, para nuestro punto de vista, no las incluimos en las dos ediciones de *La enseñanza de la historia*. Tampoco haremos ahora sino señalarlas á la atención de nuestros lectores, indicando como guía para su estudio algunos libros de fecha reciente, que excusan nuevas explicaciones de nuestra parte.

De estos libros recomendamos en primer término el del Sr. Croce, *Il concetto della Storia nelle sue relazioni col concetto dell'Arte* (1), por lo comprensivo de su plan y la orientación que revela en punto á la bibliografía alemana referente al asun-

(1) 2.^a edición, aumentada (Nápoles, 1896), de las dos monografías tituladas *La Storia ridotta sotto il concetto generale dell'Arte* (Nápoles, 1893), y *Di alcune obiezioni mosse a una mia Memoria sul concetto della Storia* (Nápoles, 1894), con los siguientes dos nuevos capítulos: *L'Arte, la Storia e la classificazione generale dello scibile*, é *Intorno all'organismo della Filosofia della Storia*.

to, Croce niega á la historia la condición de ciencia (contra el parecer de otros críticos modernos, entre ellos Bernheim, en su por nosotros varias veces citado *Manual del método histórico: Lehrbuch der historischen Methode*), renovando la teoría escolástica, según la cual no puede haber ciencia de cosas particulares, como lo son aquellas en se ocupa la historia. Para Croce es esta, por el contrario, una forma del arte, que consiste en narrar ó expresar lo acaecido realmente, dándose la conexión entre historia y arte en el objeto, puesto que lo *bello* (asunto del arte en general, según el autor) equivale en último término á lo *interesante*, que es precisamente de lo que trata la historia (1).

Sin pretender discutir ahora estos conceptos del arte y de la materia histórica (aunque sin ocultar que no nos satisfacen), baste indicar para nuestro propósito la influencia que en el modo de escribir la historia puede ejercer, y de hecho ha ejercido siempre, su concepto. Ni cabe negar lo que un punto de vista análogo al de nuestro autor ha inclinado á los historiadores y tratadistas del Renacimiento hacia el lado retórico de la narración, ni pueden desconocerse los resultados beneficiosos que las modernas tendencias á constituir científicamente la historia han ejercido sobre ésta, sea cualquiera el juicio que de su pretensión

(1) Nueva explicación de este punto de vista de Croce se hallará en el cap. III de su folleto *Intorno alla Storia della Cultura*, págs. 15 á 18.

esencial se forme, y el éxito que al cabo obtengan en esa misma pretensión (1).

Para las demás cuestiones que se refieren directamente á la Filosofía de la Historia, pueden orientar, aparte de los libros citados en los números 2, 3 y 4, estos tres recientes: Plantiko (O), *Rousseaus, Herders und Kants Theorie von Zukunftsideal der Menschheitsgeschichte*. Greiswald, 1895. (66 págs.); Renouvier (Ch.), *Introduction à la philosophie analytique de l'histoire. Les idées, les religions, les systèmes, y Philosophie analytique de l'histoire* (París, 1896. 2 volúmenes).

En punto á las cuestiones generales de la verdad, certidumbre, probabilidad, certeza, etc., de los hechos históricos, conviene volver á registrar las hoy olvidadas discusiones de Pouilly, Sallier, D'Ansèlme, Fréret, Burigni, Levesque y Larcher, que pueden leerse en los tomos correspondientes al siglo pasado y comienzos del presente, del *Recueil de l'Academie des Inscriptions et des belles lettres*, así como seis Memorias de Wegelin insertas en el *Recueil de l'Académie de Berlin*, y los artículos de Voltaire acerca del *Pyrronismo* y de la *Filosofía de la Historia*. Las ideas del siglo XVIII,

(1) Sobre el mismo problema que estudia Croce, véanse W. S. Jackman, *Correlation of science and history* (*Educ. Rev.* Nueva-York, Mayo, 1895), y Vitt. Cian, *L'estetica della Storia considerata specialmente nelle sue manifestazioni letterarie*. Messina, 1896 (77 págs); y sobre el sentido moderno general de la Historia, S. Lilly, *The new spirit of History*. (*Nineteenth Century*, Octubre. 95).

juzgadas por lo común demasiado en conjunto, reservan más de una sorpresa á los que las estudien al pormenor.

6. *Teoría metodológica*.—La bibliografía referente á este punto es la más abundante, y revela el creciente interés que la cuestión metodológica inspira á los pedagogos y á los historiadores. Clasificaremos las papeletas en tres grupos: a), libros anteriores á este siglo ó de sus comienzos; b), tratados generales modernos del método; c), tratados de cuestiones particulares.

a) A los autores y libros citados en el capítulo correspondiente de *La enseñanza de la historia* hay que añadir, entre otros, los siguientes:

Methodus tradendi in scholis historiam, escrito en 1717 para las Provincias alemanas de la Compañía de Jesús. Se ha publicado en los *Monumenta Germaniae paedagogica*, vol. XVI.

Essai de l'éducation nationale, de La Chalotais, autor francés del siglo XVIII. Defiende la conveniencia de la historia en la instrucción de los niños, contra el parecer de Rousseau y en parte de Volney, como sabemos (1).

En los *Ensayos* de Prescott, tan interesantes para España, se hallarán notas y reflexiones importantes sobre el modo de escribir la historia (tomo II, págs. 55-72). La fecha de estas reflexiones es de 1829.

(1) Vid. lo que dice de La Chalotais la *Hist. de la Pédagogie* de Compayré, pág. 292.

Algún interés, en fin, aunque menos directo para nuestro estudio, tiene el *Discurso sobre el estudio metódico de la Historia Literaria*, publicado en 1790 por D. Cándido María Trigueros. (Madrid, Cano. En 8.º, 56 págs.)

b) Debe mencionarse en primer término por su extensión (110 páginas en 4.º) y por el nombre del autor—conocido en España merced á la traducción de su excelente *Historia Universal*,—la monografía de Oscar Jäger incluída en el *Handbuch der Erziehungs und Unterrichtslehre für höhere Schulen* que dirige el Dr. A. Baumeister (Dritter Band: *Didaktik und Methodik der einzelnen Lehrfächer*. — Erste Abteilung. VIII. Munchen, 1895).

El profesor Jäger trata en esta monografía de la enseñanza de la historia en los varios grados ó Escuelas que en Alemania corresponden, en cierto modo, á nuestros Institutos (1). Los muchos datos y observaciones prácticas que el autor acumula, hacen de su estudio un libro grandemente interesante. Conviene notar que Jäger es director de un Gimnasio (ó escuela de segunda enseñanza) en Köln.

De menores proporciones, más reducido plan y propósito menos práctico, es la disertación de

(1) Los lectores españoles podrán acudir para formarse idea de la organización alemana al estudio comparativo hecho por el Director y secretarios del Museo Pedagógico Nacional é inserto en el *Bol. de la Dirección general de Instrucción Pública*. Año 2.º, 1894. *Reforma de la segunda enseñanza*. Cuaderno III (Madrid, 1894), págs. 361 y siguientes.

K. Lamprecht, *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft* (Berlín, 1896, 79 págs.), que contiene un estudio sobre el método histórico y otro de las ideas de Ranke.

Algunas indicaciones interesantes se hallarán también en la memoria correspondiente al segundo Congreso ó reunión de los historiadores alemanes, celebrado en 1894: *Bericht über die zweite Versammlung deutscher Historiker* (Leipzig 1894), que cita Jäger.

Italia ha contribuído á esta bibliografía con un libro reciente de Camillo Trivero: *La storia nell' educazione* (1), que comprende amplio programa, á saber: un capítulo que puede considerarse preliminar, dedicado al «problema pedagógico» (concepto y fin de la educación, medios para ella, etcétera); otro dedicado á la «naturaleza de la historia» (objeto de ella, espíritu histórico y producción histórica); un tercero que aborda directamente el asunto: «la historia en la educación» (utilidad general y educativa de esta enseñanza), y el cuarto, de interés práctico, que estudia las normas, los medios y métodos de la enseñanza histórica (lecciones, libros de texto, preguntas, ejercicios, etcétera). No habla del material histórico: mapas, cuadros, dibujos.....

Del profesor francés D'Arbois de Jubainville hay un breve tratado que se titula *Deux manières*

(1) Del mismo autor hay un estudio titulado *Che cosa è la Storia?* Torino, 1894.

d'écrire l'histoire (París, 1896), que más particularmente se enlaza con el punto de vista de Páez de Castro, por ejemplo, ó el de Fustel de Coulanges, que con el de la enseñanza, que ahora nos ocupa.

El profesor de pedagogía y metodología de las Secciones Normales de Bruselas, F. Ley, ha publicado una *Preparation à l'étude de l'histoire* (Premier et deuxième degré. Entretiens familiers à l'usage des instituteurs. Bruxelles, sin a.) que es una aplicación de las doctrinas de la metodología moderna en forma de libro modelo, indicádor de la marcha que puede seguirse en las conversaciones y «lecciones de cosas» que deben constituir el primer paso en la enseñanza de la historia (1). Así las diferentes conversaciones entre el maestro y los alumnos están dedicadas á los recuerdos del niño, á los padres, á la familia, á la vida doméstica, á la parentela, á los antecesores, á la escuela, al municipio, al tiempo (empezando por la idea elemental de esta categoría y siguiendo por las determinaciones cronológicas de siglo, mil años, más de mil años), á los diversos grados de civilización, á la idea de continuidad, á las razas humanas, á la relación entre las generaciones de hombres, etcétera; todo conducido con la ayuda de ejemplos concretos y de numerosos grabados. Cualesquiera que sean las rectificaciones que en la práctica hayan de hacer á este plan los maestros (pues sabi-

(1) Vid. *La enseñ. de la hist.*, págs. 396 y siguientes.

da es la dependencia que la enseñanza guarda con las circunstancias, el grado de desarrollo del alumno, etc.), la lectura de este libro ha de serles muy sujestiva.

Lord Acton, profesor de Historia moderna en la Universidad de Cambridge, leyó, en la clase inaugural de 1895, una disertación titulada *The study of history. (A lecture on The study of history delivered at Cambridge, June 11, 1895)*, que forma impresa un tomo de 142 páginas en 8.º (Lòndon, 1895). El autor se ocupa en las relaciones entre la historia y la política; importancia del estudio de la historia moderna; alcance cronológico de ella y unidad de espíritu que ofrece; valor que tiene el conocimiento de lo antiguo; desarrollo del sentido crítico; fuentes; influencia del elemento religioso y de la revolución; insuficiencia de los libros; uso de las fuentes inéditas; imparcialidad, criterio para el juicio histórico; extensión del método histórico, reglas para el estudio, filosofía de la historia y otras cuestiones generales análogas. Las notas, que ocupan más de la mitad del tomo y van reunidas al final, ofrecen mucho interés por la gran cantidad de textos de otros autores que contienen (1).

De un carácter todavía más técnico es el re-

(1) En la Univ. de Oxford dió Mr. G. W. Prothero en 16 Octubre 1894 una lección análoga á ésta, que se titula, *Why should we learn history*. La conferencia de Lord Arton se ha traducido al alemán (Berlín, 1897).

ciente libro de B. A. Hinsdale, *How to study and teach history*, publicado en la «International Education Series» de la casa Appleton, de Nueva York; y con él forma *pendant* la *Guide to the Study of American History*, de Channing y Hart, impresa también en Nueva York (Macmillan y C.^ª), que contiene, además de una excelente bibliografía, interesantes observaciones acerca del método de enseñanza de la historia (1). De menor importancia es el folleto de Gansen, *Geschichte und Unterricht in der Geschichte*, publicado en 1890 en Stuttgart.

El profesor del Instituto Nacional de Chile, D. Domingo Villalobos B. ha puesto, como introducción al tomo I de sus *Lecciones de historia de Chile* (Santiago, 1895), un breve tratado (34 páginas) en que estudia las diferentes cuestiones metodológicas relacionadas especialmente con la enseñanza de la historia nacional. El Sr. Villalobos es partidario del método concéntrico, del uso de biografías como primer paso, del empleo de mapas, y en general, de todos los principios que caracterizan la metodología moderna.

Finalmente, otro profesor, D. José M. Muñoz Hermosilla, ha escrito un tratado especial de *Metodología de la historia, considerada especialmente desde el punto de vista de la educación del carácter*

(1) De un libro de Fr. Harrison, *The meaning of history*, de que hablan *The Academy* (núm. 1.178. Dic. 94) y *The Athenæum* (número 3.502) no conozco más que el título.

y preparación de la vida cívica (Santiago de Chile, 1896), que obtuvo premio en el Certamen pedagógico de 1893. El Sr. Muñoz Hermosilla ha tomado como base de su estudio dos libros alemanes (*Praxis der Volksschule*, de Kehr y *Methodik des geschichtlichen Unterrichts*, de Rusch), y dos españoles (el del Sr. Miró y el mío). Su interés capital reside en las numerosas indicaciones prácticas que contiene, referidas á la historia americana, y de segura utilidad para los maestros; en los programas de historia nacional y universal que presenta, y en las lecciones-modelo con que completa las consideraciones teóricas.

Como artículos de revista citaremos:

Boynton Thompson (Anna).—*Educational value of History*. (*Educat. Rev.*, de Nueva York. Abril, 1895).

Bouteyre (J.).—*L'enseignement de l'Histoire*. (*La Quinzaine*, Agosto, 1895).

Lilly (S.).—*The new spirit of History*. (*Nineteenth Century*. Oct., 1895).

Spencer (H.). — *History as a Profession*. (*Contemporary Rev.* Sept., 1895).

Wilson (W.).—*On the Writing of History*. (*Century Magazine*. Sept., 1895).

Weigand (H.).—*Lehrmittel für den Geschichtsunterricht*. (*Paedagogium*. Marzo, 1896).

New Methods of historical Inquiry. (*Quarterly Rev.* Julio, 1896).

Knyvet Wilson (R.).—*La enseñanza de la Historia*. (*The Contemporary Rev.* Sept., 1896), ar-

título que contiene indicaciones respecto del aprovechamiento moral de los estudios históricos. El autor aboga por el método regresivo, y sostiene que las épocas más próximas á nosotros son las que importa principalmente conocer (1).

c) El pormenor nos obligaría en esta sección á muy menudas y fragmentarias consideraciones, que no entran en el plan actual. Nos limitaremos á la bibliografía:

Arnold (Thomas). *An inaugural Lecture on the study of modern History*. Oxford, 1841. Solo por incidencia citamos este libro, precursor en Inglaterra del moderno de Freeman y otros, en *La enseñanza de la historia*, cap. IV.

Wachsmuth (Curt.)—*Einleitung in das Studium der alten Geschichte*. Leipzig, 1895.

Schiller (H.).—*Leitfaden für den Unterricht in der Geschichte des Alterthums*. Leipzig, 1883.

Guérin (C.).—*De la possibilité de la vulgarisation de l'histoire locale*. Avranches, 1895. En 8.º, 13 páginas.

L'enseignement de l'histoire. (Rev. pédagogique. Marzo, 1895).

Délon. — *L'histoire qui convient aux enfants*. (L'educat. integrale. 16 Marzo, 1895).

(1) Los libros y artículos cuyos títulos no consignemos en el idioma que les corresponde, nos son conocidos por simple referencia de otra fuente, que tampoco da el título original, sino que lo traduce. Traducción por traducción, preferimos la castellana.

Learning of local history. (*Educ. Rev.* de Nueva York. Dic., 1895).

Richter (A.). — *Die Kulturgeschichte in der Volksschule.* (*Pädagogische Zeit und Streitfragen.* I Band. H. 2).

Flemming (H.). — *L'enseignement de l'histoire de la civilisation* (*Rev. internat. de l'enseignement*, XXXII, 1896, pág. 522). Es importante este artículo por las indicaciones de carácter práctico que contiene para uso de los profesores, especialmente en cuanto al empleo de los textos, de los sumarios y de los libros de «lecturas históricas» (1).

Rice (Emily F.). — *History in the common schools.* (*Educ. Rev.* de Nueva York. Sept., 1896).

De Meaux. — *De l'étude de l'histoire et en particulier de l'histoire moderne.* (*Revue du clergé français.* Sept., 1896).

Romaseth (G.). — *De la leyenda á la historia.* En ital. (*Riv. internazionale.* IV año, vol. X, número 39. Trae ejemplos: la leyenda como punto de partida de la historia. Historia antigua de Roma).

La enseñanza de la jeografía i de la historia en nuestros liceos. (*El Educador*, de Santiago de Chile. 15 Agosto, 96.) Aboga por la enseñanza simultánea y da reglas prácticas.

Bayet. — *Enseignement de l'histoire.* (*Rev. universitaire.* 15 Junio, 96).

Seignobos (Ch.). — *Une experience d'exercices*

(1) V. *La enseñanza de la hist.*, cap. VIII.

historiques. (*Rev. universit.* 16 Junio 1896.) Artículo muy interesante. Se refiere á experiencias hechas con alumnos de un colegio de segunda enseñanza, en los siguientes ejercicios: 1.º Comparación de estados sociales, de figuras históricas, de objetos arqueológicos. 2.º Reproducción y análisis de grabados que representan monumentos antiguos. 3.º Análisis de un relato ó descripción detallada, tomados de un libro. 4.º Lectura de mapas y planos. 5.º Apreciaciones sobre hechos históricos.

Weill (G.).—*Un projet de changement dans les programmes d'histoire*. (*Rev. universit.* 15 Julio 1896). Trata de la segunda enseñanza.

En los tomos del *Annuaire de l'enseignement elementaire* que publica en París M. Jost, se hallarán frecuentemente artículos que pueden incluirse en este grupo de fuentes. Tales el de Lavisse, *L'histoire générale à l'école primaire* (*Ann.* 1885); el de Zeller, *L'histoire locale et les instituteurs* (*idem* íd.), que contiene un programa de investigaciones posibles en archivos, registros civiles y monumentos y de leyendas, tradiciones, etc., con un plan de monografías; y el de Pizard, *Simples observations sur l'histoire contemporaine dans l'enseignement primaire* (*Ann.* 1895).

7. *Estado actual de la enseñanza*.—La bibliografía tocante á este punto tiene excepcional interés, porque merced á ella puede seguirse el desarrollo de la organización académica de los varios

países en relación con los estudios históricos.

Lodge (R.).—*The Study of History in a Scottish University*. Oxford, 1894.

Cipolla.—*L'istituto storico italiano e le sue pubblicazioni*. Torino, 1890.

Wittneben.—*Enseñanza de la geografía y la historia en los Gimnasios prusianos, según los nuevos programas*. En al. (*Neue Jahrbucher für Philologie und Paedagogic*. 1895. H. 9.)

Lot (F.). — *La Faculté de Philosophie en Allemagne et les Facultés des Lettres et des Sciences en France* (*Rev. intern. de l'enseign.* XXXII, 1896, pág. 225 y sigs. y en especial, 229, 232, 236-37, 240-41). Es un estudio comparado de la organización de la enseñanza histórica en Alemania y Francia, desde el punto de vista de las materias más atendidas y del número de catedráticos (1).

Por lo que toca especialmente á los estudios históricos en Francia y al resultado de las últimas reformas introducidas en la enseñanza superior (2), deben verse los siguientes trabajos:

Enseignement de l'histoire; Experience des exercices historiques. 3 arts. (*Rev. universitaire*. Junio, 1896).

(1) Es conveniente también leer, para darse cuenta de la organización de los Seminarios, el art. de H. Halévy, *Les Séminaires philosophiques et l'état actual des études de philosophie aux Universités de Berlin et de Leipzig*. (*Rev. int. de l'enseign.* 1896, II, p. 504).

(2) *La enseñanza de la hist.* cap. II.

Un projet de changement dans les programmes d'histoire. (Rev. univ. Julio, 1896).

Lavisse. — *Concours d'agregation d'histoire de 1896* (Rev. univ., Diciembre, 1896).

Le nouveau diplôme d'études supérieures d'histoire et de géographie dans l'Université de France. Serie de notas suscritas por varios profesores y que dan cuenta de los resultados obtenidos con el nuevo diploma á que aluden, en las diferentes Universidades francesas (París y departamentos) y en la Escuela Normal superior. Son altamente instructivas (Rev. intern. de l'enseign. 15 Sept. 97).

Vertsch (F.)—*Ueber den Geschichtsunterricht in Frankreich.* Programme. Perleberg, 1897. 26 páginas en 4.º

Acerca de la enseñanza en la Escuela Normal de Maestros, véase: Athané, *L'enseignement de l'histoire à l'Ecole Normale* (Ann. de Jost, 1893).

Referente al Seminario histórico organizado en la Universidad libre de Bruselas, hay una nota en la Rev. intern. de l'enseignement, 1896, II, página 455.

Sobre la enseñanza de la historia en Ginebra, ver Rev. pédagogique, Marzo, 1895, pág. 273. Sobre lo mismo en Holanda, Rev. histor., Sept, 1895, página 133.

Para completar las noticias concernientes á la organización de las Escuelas y los Seminarios históricos que sostienen en Roma y Atenas varios Estados europeos y una sociedad científica (la Görres Gessellschaft), véase la nutrida Memoria de A. Cau-

chie leída en el Congreso arqueológico é histórico de Tournay (1895) y publicada luego con este título. *De la création d'une école belge à Rome* (Tournay, 1896) (1).

En punto á las Escuelas francesas creadas en aquellas dos capitales, véase también un artículo de H. Weil en el *Bulletin de l'Académie des Inscriptions...*; y por lo que respecta á España, léase lo que dice (abogando por una fundación semejante) D. R. de Hinojosa en la Introducción á su libro *Despachos de la diplomacia pontificia en Roma* (Madrid, 1896).

Los caracteres de la enseñanza moderna de la historia han sido estudiados en conjunto por K. Lorenz en su reciente monografía *Des moderne Geschichtsunterricht. Eine historisch-pädagogische Studie* (Munich, 1897).

Tengan, por último, en cuenta, aquellos de mis lectores que quieran seguir con atención el desarrollo de la bibliografía pedagógica, que en Berlín publica C. Rethwisch, desde hace nueve años, los *Jahresberichte über das höhere Schulwesen*, en que va señalando y criticando, á la vez, los nuevos trabajos referentes á historia, teoría y práctica de la enseñanza histórica. El tomo IX, que trata de los libros impresos en 1894, se ha publicado en 1895. De esta obra, que no figura, según mis noticias, en ninguna biblioteca de España, habrá

(1) Puede verse un resumen de ella en la *Rev. intern. de l'enseignement*, 1896, II, p. 565.

pronto un ejemplar en la del Museo Pedagógico á disposición del público (1).

(1) *Post scriptum*.—La obra de Mr. Flint que se cita en la página 30, nota (1) se titula *History of the philosophy of history*. En punto á la historiografía romana, véase la obra de Hermann Peter, *Die geschichtliche Litteratur über die römische Kaiserzeit bis Theodosius I und ihre Quellen*. 2 vols. Leipzig, 1897.

ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS DE ESPAÑA (1)

La mayor parte de los archivos, bibliotecas y museos que existen en España, pertenece al Estado ó depende de él en lo concerniente al personal técnico ó, como se dice, «facultativo». Este se forma en la «Escuela Superior de Diplomática», fundada en 1856 y cuyo programa de estudios comprende las siguientes materias: Paleografía y Diplomática, Geografía de la Edad Media y Anti-

(1) Estas apuntes fueron escritas primitivamente en francés para publicarse en la *Revue internationale des Archives, Bibliothèques et Musées*. Aunque por dirigirse á un público extranjero contienen, como era forzoso, noticias que son familiares á los lectores españoles, hemos creído que todavía puede ser útil á éstos la reunión sistemática de datos, en su mayoría dispersos y de difícil busca, y algunos inéditos, tanto más cuanto que se carece en España de una monografía referente á estos puntos, y quizá no son muy conocidos los libros y artículos de revista extranjeros que á los mismos se refieren. En la presente edición se han añadido, además, nuevas noticias.

gua, Gramática histórica comparada de las lenguas románicas, Arqueología, Historia literaria, Instituciones de la Edad Media en España, Instituciones de la Edad Moderna, Trabajos prácticos de archivos y museos, Historia de las Bellas Artes, Bibliografía, Trabajos prácticos de bibliotecas. La duración de los estudios es de tres años (1).

Los alumnos salidos de la Escuela componen el personal «facultativo» de los archivos, bibliotecas y museos (*Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios*), que depende de la Dirección general de Instrucción pública en el ministerio de Fomento. Desgraciadamente, los alumnos están muy amenudo insuficientemente preparados (conocimientos del latín, geografía general,

(1) Sobre este programa y su comparación con el de la «Escuela de Cartas» de París, v. lo que se dice en *La enseñanza de la historia*, pág. 84 y sigs. Por R. O. de 30 Julio 1897 que aplica la ley de 29 Julio 1894, las enseñanzas de la Escuela han sufrido alguna modificación, aunque no esencial, con arreglo al plan siguiente: *Sección de Archivos*. Comprende 8 asignaturas, á saber: Gramática histórica de lenguas romanas. — Paleografía general y crítica. — Geografía antigua y de la Edad Media en España. — Historia de las instituciones de la Edad Media y Moderna en España. — Archivonomía y ejercicios prácticos. — Historia literaria en sus relaciones con la Bibliografía. — Bibliología. — Ordenación de bibliotecas y ejercicios prácticos. — *Sección de Bibliotecas*: Las mismas asignaturas, menos la cuarta. — *Sección de Museos*: Las tres primeras, y además Arqueología y ordenación de Museos. — Numismática y Epigrafía. — Historia de las Bellas Artes. — Ejercicios prácticos de clasificación, catalogación y arreglo de Museos.

historia) para seguir con aprovechamiento las clases de la Escuela, y los resultados son inferiores á lo que parece prometer el programa y á los deseos del profesorado. La reciente incorporaci3n del personal de los Archiveros de Hacienda y de otros cuerpos administrativos (reclutados fuera de la Escuela y de origen, por lo general, puramente burocrático), t3mese que cause alguna perturbaci3n por lo que toca á la marcha de los servicios en los establecimientos técnicos.

Los archivos, bibliotecas y museos cuyos funcionarios no pertenecen al Cuerpo de Archiveros, son llamados «no adscritos ó no incorporados», y pertenecen á los Institutos de segunda enseńanza y á corporaciones municipales ó religiosas, caso aparte de los que son de propiedad particular.

Las obras generales para el estudio de la organizaci3n y conocimiento del contenido de los archivos, bibliotecas y museos, son escasas, y la mayoría de ellas no da más que una idea muy imperfecta del estado actual.

El último volumen del *Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios*, es de 1882; desde entonces no se ha publicado otro. El *Minerva, Jahrbuch der gelehrten Welt* (1894-95), de Kukula y Trübner, se reduce á copiar los datos que se encuentran en el *Anuario*; y el artículo del doctor Kukula (*Statistisches über die Universitäts-Bibliotheken des grösseren europäischen Staaten*) recientemente publicado en la *Academische Revue* (Marzo, 1895), encierra casi los mismos datos que *Minerva*.

En fin, la *Historia de las Universidades*, últimamente publicada por la Dirección general de Instrucción pública (1), contiene poco sobre los archivos y bibliotecas, y las indicaciones que en ella se figuran son contradictorias con las del Sr. Kukula y las de los Anuarios. Añadamos que, salvo raras excepciones, nuestros archivos, bibliotecas y museos carecen de catálogos é inventarios completos (por lo menos publicados) y es, por lo tanto, casi imposible adquirir datos fijos y seguros sobre este asunto.

Las noticias que irán á continuación (y que he tenido siempre el cuidado de comparar con las de Kukula y las de la *Historia de las Universidades*, que son más recientes), proceden de la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos, en el ministerio de Fomento (2). Están fechadas en 1893, y componen un resumen de las respuestas enviadas por los jefes de los diferentes establecimientos á la Circular oficial de Febrero de 1893, que ordenaba una información acerca del estado y necesidades de los establecimientos dependientes del Cuerpo de Archiveros. Los números solo son aproximados.

(1) *Boletín oficial de la Dirección general de Instrucción pública*. Año III, 1895. *Historia de las Universidades*, Madrid, 1895. En 4.º, 240 páginas.

(2) Debo estos datos á la bondad del Sr. Ortega, secretario de la Junta, el cual me ha permitido consultar el libro original donde están resumidas las respuestas de los jefes de los diferentes establecimientos.

Posteriormente (desde Enero 1897) la interesante *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, ha comenzado á publicar notas y artículos acerca de diferentes establecimientos oficiales, en que se completan los datos de 1893 y se da cuenta de las nuevas adquisiciones. Aprovecharemos estas noticias y artículos en su lugar respectivo.

Para los manuscritos en general, lo mismo de archivos que de bibliotecas, es muy excelente guía el libro últimamente publicado por Rodolfo Beer, *Hadschriftenschätze von Spanien*. (Viena, 1894. En 4.º mayor, 755 páginas). Contiene, por orden alfabético de localidades, la relación de todos los archivos y bibliotecas de España, antiguos y modernos, con indicación de su contenido y de las fuentes en que pueden hallarse noticias acerca de de ellos. Aunque tiene este libro vacíos y errores (1), no extraños en obra de tan menuda y trabajosa erudición, será de utilidad inmensa para los investigadores. En el prólogo trae noticias históricas muy interesantes. Véanse también, como obras generales: Eguren, *Memoria descriptiva de los códices más notables conservados en los archivos eclesiásticos de España* (Madrid, 1859); Villaamil, *Los códices de las iglesias de Galicia en la Edad Media*; Tailhán, *Les bibliothèques espagnoles du*

(1) Han publicado adiciones y correcciones á la obra de Beer el P. G. M. Dreves, en la *Oesterreichisches Litteraturblatt* (1.º Agosto, 1895), y A. Morel-Fatio en la *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 1895, pág. 392.—Otras pudieran citarse.

Haut Moyen Age (1) (París, 1877); el *Índice de los documentos de los Monasterios y conventos suprimidos*, publicado por la Real Academia de la Historia; Lafuente Alcántara, *Catálogo de los códices adquiridos en Tetuán* (Madrid, 1861); Bofarull y Sans, *Apuntes bibliográficos y noticia de los manuscritos, impresos y diplomas de la Exposición universal de Barcelona de 1888* (en el tomo de *Conferencias dadas en el Ateneo barcelonés, relativas á la Exposición Universal de Barcelona*, 1890); L. Delisle, *Manuscripts de l'Abbaye de Silos, acquis par la Bibliothèque Nationale* (*Mélanges de paléographie et de bibliographie*. París, 1880, págs. 53-116); F. Michel, *Rapport sur une mission en Espagne* (*Archives des missions scientifiques*, vol. III, serie VI. 1880); Carini, *Gli archivi e le biblioteche di Spagna* (1886); Silvestri, *Isidoro Carini e la sua missione archivistica nella Spagna* (Palermo, 1895: contiene cartas de Carini sobre los archivos y bibliotecas); P. Ewald, *Códices manuscripti Hispanici ad historiam mediæ ævi et præsertim ad res historicas Germaniæ spectantes*, (Hannover, 1881); Graux et Martín, *Notices sommaires des mss. grecs d'Espagne et de Portugal* (París, 1892); Demersay, *Rapp. sur les documents conservés en Espagne et en Portugal qui sont relatifs á la domination de ces*

(1) La *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica barcelonesa*, anuncia como de próxima publicación en sus páginas un estudio del Sr. D. J. Brunet, *Sobre algunas librerías de la Edad Mitjana*.

deux puissances dans l'Amérique du Sud (*Archives des Missions*, 1865); Durrien, *Manuscrits d'Espagne* remarquables par leurs peintures ou par la beauté de leur exécution (Paris, 1893); J. Delaville le Roulx, *Les archives de l'Ordre de l'Hôpital dans la péninsule ibérique* (*Nouv. Arch. des missions*, 1893); Fierville, *Renseignements sur quelques mss. latins des bibliothèques d'Espagne* (*Archives des Miss. scient.* III serie, vol. V); U. Chevalier, *Souvenirs d'une excursion archéologique en Espagne* (Lyon, 1892); A. Bouteau, *Rapp. à M. le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, sur une mission archéologique en Portugal et dans le Sud de l'Espagne* (Paris, 1893); Gachard, *Rapp. sur ses recherches en Espagne* (Bruselas, 1845); Fustagueras y Fuster (Jaime), *Breve reseña de los archivos, bibliotecas, gabinetes, monetarios y museos de Barcelona* (Barcelona, 1858, 31 págs. en 4.º).—La bibliografía de las obras que especialmente se refieren á determinado archivo, biblioteca ó museo, se dará al tratar de cada uno de ellos en particular (1).

Para la legislación puede consultarse el *Diccionario de la Administración española*, de Martínez Alcubilla, 4.ª edición (Madrid, 1896), en las

(1) Mi paisano D. F. de Paula Fullana, individuo que fué del Cuerpo de Archiveros, tenía escrito un libro titulado *Historia y organización de los Archivos de España* (en 4.º), que permanece inédito, no sabemos dónde. En Beer se hallará indicación de otras fuentes generales, como el libro de G. Heine, *Briefliche Mitt... über spanische und portugiesische Bibl.*

palabras *Archivos y bibliotecas* (vol. I, págs. 537-78 y 1.059-1.069) y *Museos* (vol. VII, págs. 587-95), donde se hallarán, no sólo las leyes, reglamentos, decretos y órdenes relativos á los archivos, bibliotecas y museos, pero también noticias importantes acerca de su historia y contenido (págs. 571-77 del vol. I).

I.—Archivos.

Los archivos de carácter histórico y oficial que existen en España actualmente, son: Archivo general central (Alcalá).—Archivo histórico nacional (Madrid).—Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona).—Archivo general de Galicia (La Coruña).—Archivo del reino de Valencia (Valencia).—Archivo de Simancas.—Archivo de Palma de Mallorca.—Archivo de Toledo.—Archivo de Indias (Sevilla).—Archivo de la Baylía general del Real Patrimonio (Barcelona).—Diez archivos universitarios (Universidades de Barcelona, Granada, Madrid, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Oviedo, Valladolid y Zaragoza).

Existen, además, los archivos de los ministerios (Estado, Fomento, Gobernación, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda y Ultramar), que encierran un cierto número de documentos históricos (especialmente los de Estado y Guerra); los archivos de los tribunales; los archivos municipales, de los cuales algunos (Madrid, Barcelona, Valencia) son muy importantes; el archivo regional independiente de Navarra (Pamplona); los archivos de

las iglesias, catedrales, que son bastante ricos, pero poco accesibles, y los archivos de particulares.

ARCHIVO GENERAL CENTRAL.—Este archivo, situado en Alcalá, cerca de Madrid, comprende, según la información de 1893, 100.000 legajos, de los cuales 5 á 6.000 no tienen armarios y arrastran por el suelo. El *Anuario* de 1881 consigna 15.000 legajos históricos y 44.190 administrativos (153 del Ministerio de Estado; 12.126 del Ministerio de la Gobernación; 24.259 del Ministerio de Hacienda, y 7.652 del Ministerio de Fomento) del siglo XV al siglo XIX. Kukula da únicamente para los legajos administrativos el número de 12.126 (1), que es el del Ministerio de la Gobernación.

Los legajos históricos se dividen del modo siguiente:

1.º *Inquisición*: 4.000 causas del tribunal de Toledo y cerca de 5.000 genealogías. Para las investigaciones en esta serie genealógica, hay 12.000 fichas de índice alfabético de nombres y materias. Existen además 684 legajos del tribunal de Valencia y 300 de causas fiscales (2),

2.º *Cámara de Castilla*: 4.671 legajos y 444 volúmenes. Hay 11 volúmenes de índices, 4 inventarios alfabéticos de nombres y materias, y 10.000 fichas.

(1) *Minerva*, 1894-95.

(2) *Anuario*, de 1881.

3.º *Audiencia de Madrid*: 377 volúmenes de decretos, vistas, sentencias (1579 á 1834), y 43 legajos de causas célebres del siglo XIX.

4.º *Orden de San Juan de Jerusalém*. Lengua de Castilla: 175 legajos.—Lengua de Aragón: 374 legajos y además 102 volúmenes de cartularios, manuscritos, etc. (Contenido muy importante).

5.º *Universidad de Alcalá*: 52 legajos (1.545 á 1.800). Pertenecen también á esta sección el proceso de canonización de San Diego de Alealá y un volumen de inscripciones del colegio de San Ildefonso (1724-1771.)

6.º *Iglesias de Santa María y del Santo Sepulcro, en Calatayud*. Sección inexplorada, que comprende 80 legajos, de los cuales algunos, según el *Anuario*, datan del siglo XIII.

7.º *Jesuitas*. 260 legajos de los colegios y residencias y 148 de jesuitas expulsados.

8.º *Papeles de Estado*. Distribución provisional en 5.048 legajos. Se está preparando un inventario de papeletas de esta importante colección.

Del archivo de Alcalá no hay catálogo ni inventario impreso. Consultar los *Anuarios* de 1881-82, el libro de Beer y la memoria de Baudrillart. (1)

ARCHIVO HISTÓRICO-NACIONAL (Madrid). — Este archivo, actualmente en el nuevo edificio de Bibliotecas y Museos, estaba antes en el de la Aca-

(1) *Archives des Missions...* (1888).

demia de la Historia. Sus fondos provienen de los monasterios y conventos suprimidos en la primera mitad de este siglo, de la comunidad de Daroca, de la Orden militar de Santiago, de la catedral de Toledo, de los conventos de la Sisla y San Clemente de Toledo. Contiene también cartas de Indias y de los Jesuítas, y una colección de 30.000 facsímiles de sellos de municipios y corporaciones españolas (1).—Los documentos están repartidos en secciones: la primera (diplomática) está dividida en 266 series, cuyo inventario ha sido publicado en el vol. I de la antigua *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid, 1871): la segunda comprende las pruebas y encomiendas de los caballeros de la Orden de Santiago (10.000 en 924 legajos): la tercera, cartas; la cuarta, cartularios y códices. Los diplomas en pergamino están encerrados en 200 cajas. La Dirección de los archivos ha impreso el *Índice de los documentos del monasterio de Sahagún*, que le pertenecen. En el *Anuario* de 1882 se encontrará una lista descriptiva de 80 grupos de manuscritos, existentes en este archivo. Cf. Beer, 322-24. Para las adquisiciones posteriores, algunas muy importantes, véanse el *Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1896) y la *Revista*, que lo ha sustituido (1897, núms. 4 y 10). V. también, F. Pons, *Apuntes sobre las escrituras*

(1) Actualmente se están incorporando á él otros muchos grupos de documentos.

mozárabes toledanas que se conservan en el Archivo-histórico Nacional (Madrid 1897).

ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN.—Este archivo, situado en Barcelona, es muy rico en documentos. Según los datos de 1893, contiene: Registros de la Cancillería, 6.389 vol.; de *procesos*, 179; de las Cortes, 188; de gravámenes, 38; de historia política, 55; varios, 97; escrituras en pergamino de los años 875-1701, 18.121; en papel (1162-1796), 36.183; Cámara de Aragón: registros y asuntos varios, 2.159; *Generalitat* de Cataluña: actas, registros y diferentes colecciones, 2.982; apocas en pergamino, 10.310; antigua legación de Génova: asuntos varios, 611 legajos; guerra de la Independencia de Cataluña: actas, correspondencias, etc., 274. Sección de los monasterios: de Ripoll, 231; de San Cucufate de Vallés, 95; de la Merced, 274; visitas y otros asuntos de la congregación de la Orden de San Benito de Tarragona y Zaragoza, 378; escrituras en pergamino, diversas épocas, 7.488. (1)

Se han publicado 40 volúmenes de los documentos de este archivo: *Colección de documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón, publicada por su cronista D. P. Bofarull y Mascaró*, Barcelona, 1847-80. Véase también: Me-

(1) Las cifras del *Minerva* son bastante diferentes respecto de los monasterios. Hay errores de transcripción en algunas cifras en el *Anuario* de 1881. En éste se encontrará el número de documentos de cada sección y la indicación de los índices.

memoria que en la solemne apertura del Archivo general de la Corona de Aragón en el nuevo edificio, leyó D. Manuel Bosarull y de Sartorio. Barcelona, 1853; y las memorias de L. Cadier (*Bibl. de l'Ecole des Chartes*, 1888) y de Courteault (*Rev. des Bibliothèques*, 1891). La organización del Archivo es excelente.

ARCHIVO GENERAL DE GALICIA.—Establecido en la Coruña. *Minerva* no lo menciona. Según los datos de 1893, posee 5.554 legajos de un metro de alto cada uno; 200 procesos; 200 más de la curia y 300 legajos grandes. Las malas condiciones del local donde se halla instalado este archivo hacen que los legajos estén amontonados sin que puedan clasificarse los documentos. Hay procesos civiles de los siglos XVI, XVII y XVIII. El índice está formado por 158 vol. en f.º

ARCHIVO DEL REINO DE VALENCIA.—79.278 legajos y 1.898 volúmenes, distribuidos en 5 secciones y en 25 series, más una de papeles incompletos ó inclasificables. Los detalles se encontrarán en el *Anuario* de 1881.

El Sr. Casañ, jefe que fué del Archivo, empezó á publicar una *Colección de documentos inéditos del Archivo general del Reino de Valencia* (vol. I. Valencia, 1894). El depósito es rico en documentos sobre las Cortes, la Generalitat (diputación del reino de Valencia) y otras instituciones privativas de esta región en la época de su autonomía.

ARCHIVO DE SIMANCAS.—Es uno de los depósitos más importantes de España: contiene 79.278 lega-

jos y 1.898 volúmenes, papeles y pergaminos concernientes á la Cámara de Castilla, el Consejo Real de Castilla, la Hacienda, Inquisiciones y los grandes Centros administrativos (Estado, Justicia, Marina, Hacienda, Guerra, Indias, Italia, Consejo y secretaría de Italia). Entre los documentos más notables, reunidos en la colección conocida bajo el nombre de «Colección autógrafa» (véase el *Anuario* de 1881, p. 66), deben citarse: los testamentos originales de la reina Isabel 1^a, de Carlos V, del príncipe D. Carlos, de Felipe II, etc., las cartas de Carlos V, de San Ignacio de Loyola, del Duque de Alba, de María Stuardo, y otros personajes históricos. Hay también sellos originales.—En 1829-33 publicó D. Tomás González en seis volúmenes una doble *Colección de cédulas, cartas patentes, provisiones, etc., concernientes á las Provincias Vascongadas... y Colección de privilegios, franquezas, exenciones y fueros concedidos á varios pueblos y corporaciones de la Corona de Castilla, copiadas de orden de S. M. de los registros del Real Archivo de Simancas*.

Fuentes: *Anuario del cuerpo de Archiveros*, 1881, pp. 45-68; Romero de Castilla y Peroso, *Apuntes históricos sobre el Archivo de Simancas*, Madrid 1873; Díaz y Sánchez, *Guía de la villa y Archivo de Simancas*, Madrid, 1885; *Indice de las Escrituras Reales que están en el Archivo de Simancas*, 1568 (Colec. de docum. inéd. para la hist. de España. Vol. LXXXI, pág. 45-153). *Akten, Register und Inventare aus dem Archivo general*

zu Simancas. Wien, 1890; Beer, op. cit.; memorias de Baudrillart y Boissenade (1).

ARCHIVO DE PALMA DE MALLORCA.—El inventario de 1881 (*Anuario*, p. 114) contenía 34 mss. (la mayor parte de ellos en pergamino), más de 200 diplomas reales de 1228 á 1717; 200 volúmenes de registros, de los cuales 36 de cartas, misivas ó correspondencias, 1454 hasta 1660; 1.600 causas civiles y criminales; algunos procesos históricos de importancia; 500 pergaminos con sellos de cera y de plomo; 100 legajos de mss. é impresos. A esto debe añadirse, según la información de 1893, 280 volúmenes y algunos legajos procedentes del antiguo colegio de la Mercadería.

D. José M. Quadrado, jefe durante varios años de este archivo, emprendió poco antes de morir la publicación del inventario y extractos de los documentos más importantes: *Privilegios y franquicias de Mallorca, cédulas, estatutos, órdenes y pragmáticas otorgadas por los reyes de Mallorca, Aragón y de España desde el siglo XIII hasta fin del XVII, y triplemente catalogadas y extractadas por orden de registros, datos y materias, con un apéndice de bulas pontificias y otros documentos*. Palma de Mallorca, 1895. Consúltese también el *Bol. de la Sociedad Arqueológica Luliana*.

ARCHIVO DE TOLEDO.—4.780 legajos concernientes á las Ordenes militares de Santiago, Alcántara

(1) *Archives des Missions* (1889) y *Nouv. Arch. des Missions* (1891).

y Calatrava. V. *Anuario*, 1881 (p. 119) y 1882 (p. 83) y *Rev. de Archivos*, III (1879).

ARCHIVO DE INDIAS.—Este archivo hállase establecido en Sevilla (véase *Minerva*, p. 684, y Beer, p. 445-446), y un cierto número de los documentos que encierra han sido publicados en las dos colecciones de *Documentos inéditos, referentes al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía* (Madrid 1864-84, 42 vols.), y de *Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas colonias españolas en Ultramar* publicados diez tomos), en las *Cartas de Indias*, publicadas por el Ministerio de Fomento, en las *Relaciones geográficas de Indias*, y en otras obras referentes á América. Puede consultarse la *Lista de los objetos que comprende la Exposición Americanista*, Madrid, 1881, y el reciente estudio de M. Desdevises du Dezert, *Mission en Espagne; les archives des Indes à Seville*. París, 1895.

ARCHIVOS UNIVERSITARIOS.—*Barcelona*: Las noticias del *Anuario* son insuficientes, y la información de 1893 no añade datos nuevos.—*Barcelona*: El archivo se compone de libros y legajos procedentes de la antigua universidad de Cervera.—*Granada*: 1.200 legajos, 140 volúmenes de la *Gaceta* y algunos otros legajos.—*Madrid*: La sección histórica de este archivo contiene un gran número de documentos de la antigua Universidad de Alcalá y de los colegios que de ella dependían, desde 1517 hasta 1852. La sección moderna comprende 70.000

expedientes. (*Anuario*, 1881, p. 126).—*Salamanca*: Según el *Anuario* de 1881, 1.400 legajos, 1.300 volúmenes y 3.000 impresos. La información de 1893 arroja 1.500 legajos. La sección histórica (1243 á 1845) comprende los documentos de la Universidad y de los colegios.—*Santiago, Sevilla, Valencia, Oviedo, Valladolid, Zaragoza*: no hay datos en el *Anuario* ni en la información de 1893.

ARCHIVOS DE HACIENDA.—En todas las capitales de provincia. La mayor parte de ellos carecen de importancia histórica.

Los documentos que tienen carácter histórico, se trasladarán á los archivos generales.

ARCHIVOS MUNICIPALES.—Los hay muy importantes; pero faltan en general los inventarios. Véase Beer, y por lo relativo al archivo de la ciudad de Barcelona, la *Colecció de documents històrics inèdits del Arxiu Municipal de la ciutat de Barcelona*, de los cuales el sexto volumen es de 1897. El de Madrid es más importante, por contener los papeles de los antiguos teatros de la villa, y es indispensable consultarlo para la historia de la literatura dramática. Véase *Colección de documentos originales y curiosos que se custodian en el Archivo de la Villa de Madrid*. Madrid, 1871, 240 págs. en 4.°, á dos columnas; *Documentos del archivo general de la Villa de Madrid, interpretados y coleccionados* por D. Timoteo Domingo Palacio, tomo I, Madrid, 1888, 488 p. in.-8. Estas dos colecciones son muy importantes.

El Archivo municipal de Valencia es muy rico

en documentos posteriores á 1238. Consta de dos grupos: 1.º de documentos de la época foral, en cinco secciones (Legal: más de 400 legajos y volúmenes; Administrativa: 2.000 volúmenes; Judicial: papeles referentes al tribunal llamado «Cort del Racional»; Estudio general: papeles de la Universidad valentina; y Varia); 2.º, documentos posteriores á dicho régimen (desde 1707).—Véase: *Memoria de los trabajos realizados por el Archivo municipal de Valencia desde 1.º de Septiembre de 1894 hasta 31 de Agosto de 1895*, por el archivero D. Vicente Vives. (Valencia, 1896).

Tocante al Archivo municipal de Oviedo, véase la esmerada *Colección histórico-diplomática del Ayuntamiento de Oviedo*, por D. Ciriaco Miguel Vigil (Oviedo, 1889). Para el de Lérida, el *Catálogo de los privilegios y documentos originales que se conservan en el Archivo reservado de la ciudad de Lérida* (Lérida, 1897.-75 págs.), por D. R. Gras de Esteva; para el de Avilés, los apéndices, especialmente el octavo, de la obra *Avilés, Noticias históricas*, por D. Julián García San Miguel (Madrid, 1897); para el de Alcira, el *Índice y catálogo del Archivo municipal de la ciudad de Alcira*, por D. R. Chabás (Alicante, 1889. 40 págs.), y para el de Cifuentes, la nota de D. J. Catalina, inserta en el núm. 5 (1897) de la *Rev. de Archivos*. Los de Vich y Sevilla (bastante importantes), han publicado también sus inventarios; del de Talavera (que no trae Beer), trata D. L. Jiménez de la Llave en el *Boletín de la R. Acad. de la Hist.* (1894); y de los

de Tarazona, Tudela, Alfaro y Borja (estos dos últimos también faltan en Beer), D. Vicente de la Fuente en el mismo *Boletín*. Respecto del Consulado de Cádiz, véase Desdevises du Dezert, *Mission en Espagne* (1890): *les archives des Indes à Seville; les archives du Consulat de Cadix* (1894). París, 1895. Este archivo no es más que una dependencia del de Indias y corresponde á la época en que la Casa de Contratación estaba en Cádiz. En breve se incorporará al archivo de Indias.—En las bibliotecas provinciales (véase el párrafo *Bibliotecas*), se encuentran amenudo pequeños archivos: por ejemplo, el llamado de Castilla en Burgos.

ARCHIVO DE NAVARRA.—En Pamplona. Depende de la Diputación general de Navarra. Aparte de las noticias de Cardier (*Bibl. de l'Ecole de Chartes*, 1888, et *Mélanges de l'Ecole de Rome*, 1887), de Courteault (*Rev. des Bibliothèques*, 1891), de Boissonnade (*Nouv. Archives des Missions* (1891), y de Michel (ob. cit.), no conozco fuente alguna de datos tocante á este archivo. Brutails ha publicado algunos documentos. (París, 1890).

ARCHIVOS DE LOS MINISTERIOS.—En Madrid. Véanse los insuficientes datos que trae Alcubilla, vol. I. El de Ultramar está en la biblioteca de este departamento. El de Fomento posee 7.546 legajos catalogados. En el de la Gobernación hay documentos administrativos de grandísima importancia. (V. Alcubilla, VIII, p. 216).

ARCHIVOS DE LOS TRIBUNALES.—Los más importantes, según Alcubilla, son los de Madrid, Valla-

dolid y Palma. En los de Barcelona y Granada hay procesos de antigua fecha (desde el siglo XIII). Véase Alcubilla, I, p. 575.

ARCHIVOS NOTARIALES.—Poco explorados todavía, pero importantísimos. Respecto del de Barcelona, véase: *Catálogo de los protocolos de escrituras públicas existentes en Barcelona... en el presente año 1869*. (Barcelona, 1869. 8.º, 56 págs. Menciona escrituras desde el siglo XIV en adelante).

ARCHIVOS ECLESIASTICOS.—Son importantes, aunque poco accesibles por lo general. De los de la catedral de León hay un índice manuscrito, por Beer y Jiménez. Para los de la Orden de Jerusalem en Barcelona, v. la memoria ya citada de Delaville de Roulx. Del riquísimo archivo de la catedral de Valencia (6.000 pergaminos y 6.000 legajos), ahora puesto en orden por su director el benemérito D. Roque Chabás, se publicará pronto un índice. Este archivo guarda no pocas sorpresas á los eruditos.—En general, para los archivos de iglesias y monasterios, v. Beer, muy informado de las fuentes, aunque no completo. En la Biblioteca Nacional hay un ms. Dd. 145 que contiene un *Índice* (no señalado por Beer) de los instrumentos de esta Iglesia (Palencia) remitido por D. Carlos Simón Pontero. En la *Colec. de documentos inéditos para la historia de España*, t. XIII, están publicadas las *Cartas* de Burriel relativas á los archivos de Toledo y otros. En la misma *Co-lección* hay una *Noticia del viaje literario á las iglesias de España*. 1802 (tomo XXI).

Respecto del de la catedral de Barcelona, véase: *Noticias históricas del templo Catedral de Barcelona* (Barcelona, 1888. 22 págs.) Para muchos documentos del de la de Oviedo, *Asturias monumental, epigráfica y diplomática*, por D. Ciriaco Miguel Vigil (Oviedo, 1887. Folio XV-638 págs.), el apéndice I del folleto del Sr. Canella, *Resumen de las actas de la Comisión provincial de monumentos* (Oviedo, 1872) y las págs. 210 á 216 de *El libro de Oviedo, Guía de la ciudad y su concejo*, del mismo autor (Oviedo, 1887). Al archivo de la catedral de Tortosa se refiere la reciente publicación del Dr. R. O'Callaghan, *Los códices de la catedral de Tortosa* (Tortosa, 1897. 4.º, 136 pág.). Respecto de la abadía de Silos, véanse los dos interesantes volúmenes de D. Marius Férotin, *Recueil des chartes de l'Abbaye de Silos, é Hist. de t'Abbaye de Silos* (París, 1897).

ARCHIVOS DE SOCIEDADES.—Poco abundantes y menos conocidos. Los hay, no obstante, de gran interés histórico, como, v. gr., los de las antiguas Sociedades de Amigos del País. Véase como ejemplo la manuscrita *Memoria sobre el archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias*, redactada en 1834, por el Sr. Oviedo y Portal (apud Vigil).

ARCHIVOS DE PARTICULARES.—En algunas familias de la nobleza, existen todavía importantes archivos. Son dignas de mención los de Alba, Fernán-Núñez, Villahermosa, Medinaceli y Alcañices, en Madrid; Gor, Floridablanca, Sessa y

otros en provincias. Y el libro de Beer, que trae datos sobre todos éstos y algunos menos importantes. (1)

II.—Bibliotecas. (2)

Las bibliotecas públicas de España pueden dividirse en tres grupos: el primero, comprensivo de la Biblioteca Nacional, las de las Academias Reales (particularmente la Española y la de la Historia) y las dos de S. M. (Biblioteca de Palacio y biblioteca del Escorial); el segundo, de las biblio-

(1) Cf. todo este capítulo de Archivos, con lo dicho en el de *Fuentes literarias originales* de *La enseñanza de la historia*, donde hay datos que aquí no caben. De los archivos de Alba y Villahermosa se han publicado recientemente algunos documentos en libros bien conocidos.—V. *Organización de los Archivos de la Corona, aplicada á los archivos particulares*, por D. F. de Guemes. Madrid, 1876, 4.^o, 111 págs.

(2) Tratándose de Bibliotecas españolas, no debe olvidarse el curiosísimo «Memorial del Rey D. Phelipe II de mano del Doctor Juan Paez», publicado, aunque no íntegramente (véase mss. Q. 39 de la Nacional, fol. 190 y especialmente el 197 en que hay una adición que no se imprimió), por D. Blas Nasarre, y que es nada menos que el plan de un Museo-biblioteca tal como podía concebirse en el siglo XVI. Paez trata en su *Memorial* estas cuatro cosas: «1.^a, Antigüedad de las librerías y el precio en que se tuvieron por los Reyes antiguos, y después por los emperadores romanos, en que diré cómo y de qué cosas ataviaban sus recámaras; 2.^a, Honra y provecho que viene al Reyno; 3.^a, Del edificio para biblioteca; 4.^a, Facilidad con que se juntarán libros y otras cosas» (objetos arqueológicos y naturales).

tecas universitarias, que son diez; el tercero, de las bibliotecas de los establecimientos de enseñanza secundaria. Quedan aparte de esta clasificación ciertas bibliotecas especiales é importantes, como las del Congreso y del Senado; las bibliotecas de algunos establecimientos científicos, como la de la Comisión del mapa geológico y del Colegio Nacional de sordo-mudos y ciegos (1), incorporadas por decreto del 7 Agosto 1895, y la del Museo Pedagógico Nacional; las bibliotecas municipales (las hay muy ricas); las bibliotecas de las iglesias (la Colombina por ejemplo) y las bibliotecas privadas.

La mayor parte de las bibliotecas públicas, están servidas por empleados del «Cuerpo general de Archiveros». Pero hay algunas (particularmente de las que pertenecen á establecimientos de segunda enseñanza) que no dependen del Cuerpo.

I. BIBLIOTECA NACIONAL.—Abierta al público en el nuevo edificio construido en el Paseo de Recoletos, desde Marzo de 1896. La biblioteca gana mucho con este cambio, puesto que el local que antes ocupaba era muy defectuoso y expuesto á incendios (1). Las nuevas salas son muy espaciosas, y la distribución general es en las seis secciones siguientes: 1.^a, manuscritos; 2.^a, incunables y libros raros, con la preciosa colección de Uzós; 3.^a, obras

(1) Esta, solo contiene 2.700 volúmenes.

(2) V. *Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I, 1896, n.º I, p. 9-10.

dramáticas; 4.^a, geografía, con los mapa-mundi, cartas, etc.; 5.^a, bellas artes, con la colección de estampas; 6.^a, música. También hay gabinetes especiales de trabajo. En el gran salón de lectura se han colocado las obras generales (diccionarios, enciclopedias, bibliografías), que pueden usar libremente (es decir, sin papeleta) los lectores, lo cual es una gran novedad en el establecimiento. La anunciada organización de una sala de revistas y periódicos prestaría grandes servicios, pues la biblioteca está muy desprovista de este género de publicaciones. (1)

Las cifras que hasta ahora se han dado respecto al número de los volúmenes de la Biblioteca Nacional no son exactas. No se sabe á punto fijo el total, pero según parece, en el recuento hecho para la nueva instalación se ha llegado á un número aproximado de 300.000 á 350.000 volúmenes, en vez de 500.000, 600.000 y hasta 700.000 como se creía. El *Minerva* dice 500.000 volúmenes, 1.700 incunables, 30.000 manuscritos, 30.000 autógrafos, 20.000 grabados, 15.000 copias y 1.400 dibujos. Para las cifras particulares de algunas materias, vease el *Anuario* de 1881, págs. 139-140. No hay impreso catálogo general. Para el servicio de la biblioteca hay un Índice de papeletas por autores, incompleto (véase *Anuario*, p. 140-2). Se hallará en esta misma obra (p. 146-151) una lista de

(1) Recientemente ha sido organizada esta sala, que todavía cuenta con escaso número de publicaciones.

algunos incunables, libros raros, cartas, estampas, mss., etc. La sección de mss., tiene un índice manuscrito en tomos.

Catálogos.—*Regiæ bibl. Matritensis codices Græci mss. rec. Ioanes Iriarte*, vol. I (Madrid, 1769); Guillén Robles, *Catálogo de los manuscritos árabes existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid* (Madrid, 1889); Gallardo, *Inventario de los mss. de la B. N.*, en su *Ensayo de una biblioteca*, etc. (1); Massó Torrents, *Manuscrits catalans á la biblioteca Nacional, Madrid. Noticies per ajudar á la formació d'un cataleg raonat* (Barcelona, 1896); Véase Beer, p. 285-306 y 307-311, para el fondo Osuna, recientemente adquirido.

El reglamento de la biblioteca, es de 1857 (véase Alcubilla, I, 4.^a edic., p. 1060). Para algunas adquisiciones recientes, véase mi *Revista crítica de historia y literatura* (1896 y 1897) y los núms. 8-9 y de la *Rev. de Archivos* (1897); y para algunos códices notables de la sección de mss., los interesantes artículos del Sr. Paz y Melia, dignísimo é insustituible jefe de esta sección, publicados en la misma *Revista*.

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.—28.000 impresos y 6.000 mss. Las materias más importantes provienen de S. Millán de la Cogolla, de S. Pedro de Cardena y de los colegios de jesuítas de Madrid.

(1) Las signaturas que da Gallardo, no son siempre las que ahora tienen los manuscritos.

Entre los mss. son dignos de mención la célebre colección de Salazar, que comprende 20 volúmenes de correspondencia de Carlos Quinto; la de Muñoz; un volumen de cartas de Erasmo, y otros, que provienen de Simancas. Se ha recibido recientemente un ricodonativo de libros y mss. del general San Román, otro de la biblioteca del difunto D. Aureliano Fernández-Guerra, y una colección de libros y mss. en lenguas orientales, cedida por los herederos de D. Pascual Gayangos.

Véase el *Índice... de monasterios y conventos suprimidos*, del cual el primer volumen (documentos de la Vid y San Millán) se ha publicado en 1861; del segundo (documentos de Oña) solo se han impreso 13 pliegos (208 p.). Estos documentos se hallan al presente en el Archivo histórico nacional (véase el cap. *Archivos*). Para fuentes de información, Beer, págs. 312-16, y el *Diccionario bibliog.-histor.* de Muñoz y Romero (Madrid, 1858). De la colección americana de Muñoz, se han publicado muchos mss. importantes en las *Relaciones geográficas de Indias* (4 tomos), impresas por el Ministerio de Fomento. (1).

ACADEMIA ESPAÑOLA.—No existen datos. V. lo poco que dice Beer, pág. 318, tomándolo de Valentinelli, *Delle biblioteche della Spagna*.

ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA.—V. *Catálogo sistemático de las obras existentes en la Biblioteca de la Academia de Jurisprudencia y Legislación*, for-

(1) V. mi *Rev. crít. de hist. y lit.* Enero, 1898.

inado por D. Manuel Torres Campos. Madrid, 1875; 8.º, 206 págs.

BIBLIOTECA DE PALACIO.—Muy rica en libros raros y mss. Se calcula el número de sus volúmenes en 100 á 120.000. Su actual director, señor conde de las Navas, ha dado ya á la prensa el catálogo de manuscritos. V. Beer, p. 278-82.

BIBLIOTECA DEL ESCORIAL.—Una de las más importantes de España: 35.000 volúmenes, de ellos 4.564 mss. (1.920 árabes, 562 griegos, 72 hebreos, 210 latinos) y 7.000 grabados. Los PP. Agustinos, que cuidan de la biblioteca, han terminado el Catálogo de los impresos, el cual se publicará en breve, y según se dice, reserva grandes sorpresas á los eruditos. El Catálogo de los mss. está en preparación y corregirá á Casiri en muchos de sus puntos.

Fuentes: Cardona, *De Regia S. Laurentii Bibliotheca libellus* (Tarragona, 1587); Clementis Claudii, *Descriptio R. Bibl. S. Laurentii Escorialensis* (Lugduni, 1635). Corderii, *De Biblioth. Reg. S. Laurentii Escorialensis Epistolæ II* (Antwerp, 1648); Casiri, *Bibl. Arabico-Escorialensis* 2 vol. (1760-1770); Miller, *Catalogue des mss. grecs de la Bibl. de l'Escorial* (París, 1848); Llacayo, *Antiguos mss. del Escorial* (Madrid, 1878); Derenbourg, *Manuscrits arabes de l'Escorial* (vol. I, París). Gachard, *Les bibliothèques de Madrid et de l'Escorial. Notices et extraits des manuscrits qui concernent l'histoire de Belgique* (Bruxelles, 1875); P. F. Lazcano, *Los manuscritos árabes del Escorial*

(*La Ciudad de Dios*, 1897); P. L. Villalba, *El archivo de música del Escorial* (idem íd.).—En el ms. G. 63 de la Bib. Nac., hay las siguientes relaciones: fol. 218, Relación de los libros que se llevan al Escorial desde Granada, por mandato del Rey; fol. 246 al 264, «Libros y papeles de Zurita en la librería de D. Juan Paez» (fueron á parar á El Escorial).

II.—BIBLIOTECAS UNIVERSITARIAS.—*Universidad central* (Madrid). Distribuída en 7 edificios ó dependencias (véase para detalles, *Anuario* 1881, páginas 152-187 y la información de 1893); 202.219 volúmenes (según *Minerva*, 202, 219 y 3.013 mss. y según la *Acad. Revue*, 205.000, 3.013). Para los incunables, libros raros y mss., véase *Anuario*, pág. 195-204, y Villa-amil, *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca del Noviciado de la Universidad Central*, parte I: *Códices*, Madrid, 1878. (Cf. Beer, 320). Recientemente se ha aumentado la biblioteca con dos donativos importantes: uno de más de 1.100 volúmenes (donativo de la hija del profesor F. de P. Canalejas, fallecido hace algunos años) y el otro de 5.751 volúmenes, 437 legajos y una numerosa colección de guías, indicadores, almanaques ilustrados, etc. (donativo de D. M. J.-F. Camacho, ex-ministro).

Barcelona.—Tres locales: 140.832 volúmenes (impresos y mss.) según el *Anuario*; 14.400 según los datos de 1893; Kukula (*Acad. Revue*) indica 154.000 imp. y 2.000 ms.

Granada.—14.192 obras en 30.134 volúmenes,

5.200 fajos, 36 ineunables y 138 mss. (Información de 1893). La Historia de las Universidades dice 25.000 volúmenes próximamente; Kukula, 21.000 imp. y 136 mss. Para los ineunables, véase *Anuario*, p. 296-9, y para los mss., *ibid.*, p. 299-300.

Oviedo.—38.000 vol. (Kukula, 40.000 y 200 manuseritos). Para los incunables y los mss., véase el *Anuario*, p. 274-5. (1).

Salamanca.—98.000 vol. (Kukula, 3.000 impr., 1.038 mss.). Para los mss. é ineunables, véase *Anuario*, 1882, p. 149-152. Según el *Anuario* de 1881, el catálogo de los ineunables llegaba en aquella fecha al número 279.

Santiago.—40.000 vols. (Kukula añade 37 incunables). Para los detalles, ineunables, etc., véase *Historia de las Universidades*, págs. 129-131.

Sevilla.—67.000 (datos de 1893). La *Historia de las Universidades* dice 66.691 volúmenes, de ellos 828 mss. (pp. 171-72). Más de 250 incunables. Kukula señala 6.300 impresos y 796 mss. (V. *Anuario*, 1882, p. 163). La Facultad de medicina de esta Universidad, situada en Cádiz, posee 7.500 vol. y 800 mss. (Kukula).

Valencia.—50.400 y 3.557 de la Facultad de medicina (más de 5.000 en la *Hist. de las Univ.*); 304 incunables (*Hist. Univ.*); Kukula indica 326 incunables y 719 mss. (Véase el *Anuario*, 1881,

(1) Los trabajos de catalogación que se están haciendo ahora, permiten asegurar ya la existencia de algunos incunables y libros raros que se ignoraban.

p. 226-241, que da una larga lista de los incunables, libros raros y mss.).

Valladolid.—Dos edificios: Sta. Cruz, 17.569 impresos y 395 mss.; Universidad, 13.421 volúmenes; según Kukula, 32.000 vol. y 308 mss.

Zaragoza.—33.000 vol.; Kukula, 30.000, 22 incunables y 31 mss. Para los incunables y manuscritos, véase *Anuario*, 1881, p. 264-6. (Consúltese para las fuentes relativas á los mss. de todas, Beer).

ESCUELAS SUPERIORES.—Entre las bibliotecas de las grandes Escuelas que existen fuera de las Universidades, merece especial mención la de la Escuela de Ingenieros de caminos, canales y puertos, cuyo catálogo se ha publicado en Madrid, 1875 (in. 4, XVI-636 pp.), con un suplemento en 1883 (445 pp.).

III. BIBLIOTECAS DE LOS INSTITUTOS. — Pertencen al Cuerpo de Archiveros, 18 de ellas (19 si se cuenta la de Orihuela, en donde no hay Instituto), y hay otros 18 que no dependen de él y están dirigidas por profesores del Instituto. Las dividiremos por consiguiente en dos grupos.

1.º Alicante, 18.960 vol. —Burgos, 19.000 (137 inc. y 86, ó 276 según otros datos, mss.). — Cáceres, 14.000. —Cádiz, 34.000 (27 inc. y 184 mss.). — Canarias, no existen datos. —Castellón, 14.000, 294 incunables. —Córdoba, 15.000. —Gerona, 10.000. —Huesca, 27.319 (para los inc. y mss., véase el *Anuario*, 1881, p. 282-88). —León, 10.000 (1). —

(1) En 1882 constaba de 6.928 vols., 2.182 entregas, 126 láminas y 6 hojas. V. su *Catálogo* publicado por R. Alvarez de la Braña (León, 1875.—378-228 págs.)

Lérida, 10.000.—Mahón, 14.500, 6 legajos de manuscritos, 310 monedas, 6 medallas y 7 ejemplares de cerámica (1). — Murcia, 14.000. — Orense, 16.328. — Orihuela: no existen datos más que para los incunables, que son 250. — Palma, 40.000 (2).—Tarragona, 15.000, con 283 mss.—Teruel, 10.345.—Toledo, 80.000.—Zaragoza, 30.000, 196 mss.—Todos estos datos son de la información de 1893, y del *Anuario* de 1882, excepto la cifra de Zaragoza, que está tomada del *Anuario*, 1881.

Para los detalles sobre incunables, mss. estampas, etc., véanse los dos *Anuarios*.

2.º Albacete, 2.518 vol.—Almería, 2.814 obras.—Ávila; 3.444 vol.—Cuenca, 2.659 (1 inc. y 3 manuscritos).—Guadalajara, 3.500.—Huelva, 3.321.—Jaén, 4.596.—Jerez de la Frontera, 3.900.—Logroño, 4.790.—Reus, 701.—Santander, 3 á 4.000.—Soria, 3.836.—Zamora, 5.200.—Lugo, 6.000.—Málaga, 5.017. Para el Instituto de Gijón, véase Somoza de Montsoriu, *Catálogo de manuscritos é impresos notables del Instituto de Jove-llanos, en Gijón, seguido de un índice de otros documentos inéditos de su ilustre fundador*. Oviedo, 1883.—No hay datos de Badajoz, Ciudad Real y Palencia. (*Anuario*, 1882.) (3).

(1) V. Roura, *Reseña de los incunables que posee la Biblioteca pública de Mahón*, 1891.

(2) Para los códices, véase *Anuario* 1882, pág. 77.

(3) Posteriormente á la redacción de este artículo, se han incorporado las bibliotecas de Albacete, Coruña, Guadalajara, Jaén y Málaga. (*Gaceta* del 4 Sept. 1895).

IV.—BIBLIOTECAS DEL CONGRESO Y DEL SENADO.—
Congreso: 15.882 obras. En 1889, el número de volúmenes (10.271 obras) era de 35.000. Véase su *Catálogo* (Madrid, 1888) y el *Apéndice* (Madrid, 1893)

Senado: Véase *Catálogo de la Biblioteca del Senado. Autores*. Tres gruesos volúmenes. Madrid, 1888-90. Desgraciadamente, las papeletas del catálogo no están numeradas y no es posible hacerse cargo del número de volúmenes, á menos de contar todos los incluidos en estos tres tomos.

BIBLIOTECAS DE LOS MINISTERIOS.—Los más importantes son las de los ministerios de Gracia y Justicia, Marina, Hacienda, Ultramar y Guerra.

Respecto á la de Fomento, véase lo que se dice más adelante, referente á la Biblioteca agrícola. La de Ultramar situada en el mismo edificio que el Museo (Vid. *Museos*), no contiene más que 5.000 vols. (1) La de Marina, fundada en 1856, y de la cual hay un catálogo de 1865, comprende ahora 26.000 volúmenes aproximadamente.

Para el uso de esta Biblioteca hay índices alfabéticos por orden de materias y autores, y otro especial para los artículos de las revistas, llevado al día.—V. la historia de la bibl. en Fernández Duro, *Los ojos en el cielo* (Madrid, 1879), pá-

(1) Recientemente se ha publicado el «Catálogo extractado del índice de la Biblioteca del Ministerio de Ultramar para uso de los funcionarios de dicho departamento». Madrid. Imprenta de los Hijos de J. A. García. 1897. En 8.º, 364 páginas. (No se vende).

ginas 371 y sigs. La biblioteca está abierta al público.—El cuerpo especial de Ingenieros del Ejército posee en Madrid una biblioteca que consta de de 18.885 vols.

BIBLIOTECA DEL MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL.— Poco importante todavía si se juzga por el número de volúmenes (unos 7.000), esta biblioteca, en su especialidad (educación, instrucción, historia de la pedagogía y de la enseñanza pública), es bastante completa, siendo además la única de su género que existe en España. En el mismo Museo hay una colección muy rica de planchas, hojas y mss. para la historia de la caligrafía española. V. su *Catálogo provisional*, Madrid, 1890. En 4.º, 134 págs. á dos columnas.

BIBLIOTECAS MUNICIPALES. — No existen fuentes para conocer las cifras de la mayoría. La de Jerez de la Frontera ha publicado recientemente su catálogo: *Catálogo de la Biblioteca municipal pública de Jerez de la Frontera*. (Jerez, 1897. Un vol. in-4.º de 318 páginas, á dos columnas). La de Ciudad Rodrigo ha impreso también el suyo.

BIBLIOTECAS DE LOS OBISPADOS, IGLESIAS, ETC. — Sevilla: 1.º *Bibl. del Obispo*, 1.100 imp. y 30 mss. —2.º *Biblioteca Colombina*.—Pertenece al clero: 34.000 imp. y 1.600 mss. (1). Cf. HARRISSE, *Gran-*

(1) El catálogo de los impresos de la Colombina, consta ya de 3 volúmenes: *Biblioteca Colombina. Catálogo de sus libros impresos, publicado por primera vez bajo la dirección de D. Servando Arboli y Faraudo*. Tomo III. Sevilla, 1894.

deur et decadence de la Colombine. (París, 1888); Boutelou, *Códices ilustrados de la Bibl. Colombina* (*Museo Esp. de Antigüedades*, I); Matute, *Adiciones y correcciones al tomo IX del «Viaje de España, por D. A. Pons.* (En el *Archivo Hispalense*, II, 1888. Trata de la biblioteca colombine, con notas de D. José Vázquez y Ruiz).—Córdoba (bibl. del Obispo), 1.100 vols.—Valencia (bibl. del Arzobispo): poco importante por el número de volúmenes, pero mucho por la calidad de éstos (incunables y mss.).—Toledo: V. *Breve noticia de los mss. de la bibl. de la Santa Iglesia de Toledo*, por el Padre Fr. Lorenzo Frías (Documentos inéd. para la historia de España, IX) y Beer, pág. 479.—Oviedo: Vid. *Librería de Oviedo (Iglesia Mayor)* en el manuscrito Q. 317 de la Bibl. Nac., fol. 333(1), y Canela, ob. cit.—Pamplona: B. C. Hunt, *The Library of the Cathedral of Pamplona*, en *Centralblatt f. bibliotheksw.* (1896).

Puede utilizarse el libro de Beer para las fuentes y para los manuscritos de este grupo de bibliotecas; pero no para los impresos.—Véanse también las relaciones de los mss. Q. 317 y G. 63 de la Bibl. Nacional.

BIBLIOTECA AGRÍCOLA.—En el Ministerio de Fomento: 2.000 volúmenes en 1893. Se consideran también como bibliotecas el Depósito de los libros

(1) Publicada esta lista en el tomo II de los *Oprúsculos castellanos* de A. de Morales, así como otras que éste hizo en sus viajes.

del mismo ministerio y el Registro de la Propiedad intelectual.

BIBLIOTECAS POPULARES. — Llámanse así las colecciones de libros que regala de vez en cuando el ministerio de Fomento á las ciudades, sociedades, corporaciones, etc. Son poco importantes.

BIBLIOTECAS PRIVADAS. — Hay muchas y algunas de gran valor. Véase Beer, que está bastante bien enterado. En la Coruña (Galicia) existe una «Biblioteca del Consulado», abierta al público, pero de fundación privada, que es importante (12 ó 14.000 vols.).—Análoga á ésta es la preciosa Biblioteca Arús, de Barcelona, también abierta al público; pero de fundación particular. Consta de 25.000 volúmenes, entre ellos algunos incunables y libros raros. Véase su *Catalech general. Index per ordre de autors y per ordre de materies*. Barcelona, 1895. 4.º, 870 págs.

Entre las de corporaciones ó sociedades, son dignas de mención: la del Ateneo de Madrid (34.000 á 36.000 vols.) y la del Colegio de Abogados de Madrid (V. *Catálogo de la Bibl. del Ilust. Coleg. de Abogados de Madrid*, tomo I: *Indice de autores*. Madrid, 1889; in-4.º, 481 págs.; 16.131 volúmenes). El Colegio de Abogados de Barcelona posee 10.000 vols.; el «Ateneo Barcelonés», 22.000, de los cuales 2.000 tratan especialmente de Cataluña; el «Fomento del Trabajo Nacional» (Barcelona), 17.000, entre ellos 25.000 folletos, que tratan del desarrollo de la industria en Cataluña.

Las bibliotecas de particulares que pudieran

citarse (v. gr., la del Sr. Gayangos, la del Sr. Menéndez y Pelayo, la especial artística del Sr. Font y Sangrá, la del Sr. Luanco, etc.), son muchas; pero la dificultad que tiene la reunión de datos á ellas referentes nos hace desistir de toda descripción ó catálogo, que resultaría necesariamente muy incompleto.

III.—Museos.

Los Museos del Estado importantes para las investigaciones históricas son: Museo Arqueológico Nacional; Museo de reproducciones; Museo de Pinturas ó del Prado; Museos Arqueológicos de Barcelona, Granada, Sevilla, Toledo, Tarragona, Valladolid y León (en la Coruña está próximo á ser creado un Museo arqueológico, sobre la base del de la Sociedad Económica de Amigos del País); Museo de Ultramar, Naval, de Artillería y otros de menor interés que luego se citan (1).

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.—Instalado recientemente en el nuevo palacio de Bibliotecas y Museos, por el lado de la calle de Serrano. Consta

(1) Prescindimos, como es natural, dado nuestro punto de vista, de los Museos que no tienen carácter histórico ó utilidad inmediata para los estudios de este género, tales como el de Historia Natural, el Mineralógico, el Anatómico, el Meteorológico, el Geodésico, etc. Véase, para lo que á ellos se refiere, cualquier *Guía* de Madrid. — Adviértase, no obstante, que en el Museo de Historia Natural hay bastantes objetos de prehistoria española.

de cuatro secciones: 1.^a Prehistoria é Historia antigua; 2.^a Edad Media y tiempos modernos; 3.^a Monedas; 4.^a Etnografía. Sólo existe un tomo impreso del *Catálogo* (Madrid, 1883), que comprende 3.556 números. Se está procediendo á la impresión de dos más.— Véase: *Exposición histórico-americana. Catálogo especial de España* (Madrid, 1892). Para las recientes adquisiciones de objetos egipcios, Mérida (J. R.), *La donación del gobierno de Egipto al Museo Arqueológico Nacional* (en mi *Revista Crítica de historia y literatura*, núm. 1, 1895) y *Museo Arqueológico Nacional. Su reapertura y sus aumentos* (ídem, núm. 6); y para los diferentes aumentos en general, A. de Gorostizaga, *Museo Arqueológico Nacional. Sus aumentos desde la celebración de las Exposiciones históricas*. (*Bol. de Archiv. Bibl. y Mus.*, Oct. 96), y la *Rev. de Archiv.* (1896). En punto á monedas, vid. *Catálogo de las monedas árabe-españolas del Museo Arqueológico Nacional* (Madrid, 1893) y Codera, *Colección de monedas árabes españolas adquiridas por el Museo Arqueológico*. (En mi *Rev. crít. de hist. y lit. españolas, portuguesas é hispano-americanas*. Diciembre, 1895) y para la cerámica y escultura, J. R. Mérida, *Sobre los vasos griegos, etruscos é italo-griegos del Museo Arq. Nacional* (Madrid, 1882), y *Sobre las esculturas de barro cocido griegas, etruscas y romanas del Mus. Arq. Nac.* (Madrid, 1884).—En los *Anuarios* hay también algunas noticias.

MUSEO DE REPRODUCCIONES.—Muy bien instalado en el «Casón del Retiro». En 1881 se publicó

un Catálogo, que hoy ya no tiene valor ninguno, por el gran crecimiento de las colecciones.—V. el art. *Museo de Reproducciones. Sala oriental y arcaica*, en la *Rev. de Archivos*, núms. 8 y 9 (1897).

MUSEO DE PINTURAS.—Por lo que toca á los cuadros, véase: *Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid*, por D. Pedro de Madrazo. Parte primera. *Escuelas italianas y españolas*. (Madrid, 1872), y el Catálogo ordinario, en un solo volumen. Anterior á éstos hay un *Catálogo provisional historial y razonado del Museo Nacional de pinturas, formado.....* por D. Gregorio Cruzada Villaamil. (Madrid, 1865). — Recientemente se ha publicado en París (1896) un lujoso volumen en folio, con grabados y aguas fuertes, titulado *Les Musées de Madrid*, en que los señores Lefort, Hymans, Lostalot y Mabillean estudian las diferentes escuelas del Museo del Prado. Véase también, Cossio, *Algunos vacíos del Museo del Prado*. (*Bol. de la Inst. libre de enseñanza*, 1884, página 187) y para las excursiones breves y metódicas, el artículo del mismo autor titulado *Los alumnos de las escuelas de Madrid en el Museo de Pinturas. Consejos prácticos para hacer una excursión* (el mismo *Boletín*, 1889, páginas 5 y 22). Consúltese, por último, la *Historia de la pintura española*, de Cossio, publicada en la *Enciclopedia* de Gillman, tomo IV (Madrid, 1885), muchos de cuyos capítulos se han vuelto á publicar, rehechos, en diferentes volúmenes del *Bol. de la Inst. libre de enseñanza*, y el libro análogo de Lefort (*La*

peinture espagnole. París, sin a.) que contiene datos bibliográficos, suprimidos, no sabemos por qué, en la traducción española de *La España Editorial* (Madrid, 1896).

Para la sección de escultura y objetos antiguos véase Hübner, *Die Antike Bildewerk in Madrid* (Berlín, 1862), que contiene también noticias acerca de otras colecciones que existían entonces en Madrid y pasaron luego al Museo Arqueológico; de algunas particulares (Medinaceli, Alba, Anglona, etc.), situadas en la capital, y de varias existentes en ciudades de provincia: «Casa de Pilatos» de Sevilla; Museo del Cardenal Despuig (Palma); Barcelona, Tarragona, Valencia, Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla. Véase igualmente otra obra de Hübner, *La Arqueología de España*. Barcelona, 1888 (1).

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE BARCELONA.—EN 1893 contenía 1.580 objetos, aparte de las monedas y medallas. Para datos, véase el *Anuario* de 1882,

(1) La R. Academia de Bellas Artes (ó de San Fernando), guarda en sus salas una rica colección de cuadros, cuya incorporación al Museo del Prado desean muchos y se ha intentado varias veces.—Véase el estudio de conjunto incluido en el citado volumen *Les Musées de Madrid* (págs. 191 á 209).—Recientemente se ha ordenado la formación de un *Museo de Arte moderno*, constituido por los cuadros de autores de este siglo, que se desglosarán del Museo del Prado. Aun no ha sido abierto al público y no cabe, por tanto, dar noticias acerca de él. La Academia de la Historia posee una reducida colección arqueológica de objetos varios.

Rev. de Archivos, 1897, núm. 3, y sobre todo su *Catálogo*, admirablemente formado por D. A. Elías de Molins y que inutiliza el antiguo *Cat. de los objetos que la Comisión de monumentos.... de la provincia de Barcelona tiene reunidos....* (Barcelona, 1877).

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE GRANADA. — Algunos datos hay en el *Anuario* de 1881.

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE SEVILLA. — 2.179 objetos, según la información de 1893.

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TARRAGONA. — El jefe de este Museo, Sr. Arco y Molinero, ha publicado dos volúmenes que son la mejor guía para visitar las colecciones: *Catálogo del Museo arqueológico de Tarragona* (Tarragona, 1894. Un vol. de 400 páginas con grabados) y *Estudios de Arqueología. Disertaciones sobre los principales objetos del Museo arqueológico de Tarragona* (Tarragona, 1894; 112 páginas).

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TOLEDO. — No existen datos oficiales. En las *Guías* de Murray y Toda, y en las especiales de Toledo (Vizconde de Palazuelos, etc.), se hallarán noticias acerca de esta colección.

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE VALLADOLID. — En 1893 (según la información oficial), poseía 5.000 objetos. V. el *Anuario*.

MUSEO-BIBLIOTECA DE ULTRAMAR. — Comprende el Museo interesantes ejemplares relativos á la etnografía, antropología, arte, industria, etc., de nuestras colonias americanas y oceánicas, espe-

cialmente de estas últimas, además de colecciones referentes á la fauna y la flora de aquellas regiones. Como este Museo está formado sobre la base de la Exposición filipina celebrada en 1887, y carece de Catálogo, puede utilizarse, para el conocimiento de muchos de los objetos expuestos, el libro publicado por la redacción de *El Globo* en aquella fecha, acerca de la Exposición. Recientemente se ha publicado un tomo de D. Antonio García Llansó, *El museo-biblioteca de Ultramar* (Madrid, 1897, con grabados) que contiene la descripción de los más importantes objetos.

MUSEO NAVAL.—Instalado en el edificio del ministerio de Marina. Tiene carácter mixto, técnico é histórico. En la sala 1.^a figuran muestras de los elementos de construcción (maderas, hierros, aceros, etc.), y planos en relieve de los arsenales españoles. En la sala 3.^a están reunidos los modelos y diseños de artillería naval, armamentos de todo género y maquinaria. De interés histórico hay en esta sala armas y banderas de los moros de Filipinas y Joló, una ametralladora del siglo pasado, copia de la enseña de la Santa Liga y modelo del estandarte real de Castilla. La sala 4.^a, destinada á las Colonias y posesiones de Ultramar, es importante por las colecciones de armas, barcos y utensilios oceánicos. La sala 5.^a es plenamente de carácter histórico: está dedicada á la Marina antigua, y comprende en su anejo algunos documentos históricos. La sala 6.^a se titula Gabinete Colombino, y encierra recuerdos de las expediciones de Colón.

En ella se guarda la célebre carta de Juan de la Cosa. La sala 7.^a es interesante para la historia de nuestra marina en el siglo XVIII, á partir del gran impulso que se le dió en tiempo del marqués de la Ensenada. La 9.^a encierra recuerdos y reliquias de marinos españoles ilustres. Las demás salas no importan á nuestro propósito.—El Museo ha impreso su *Catálogo* recientemente.

MUSEO DE ARTILLERÍA.—Contiene muchos objetos de interés histórico, especialmente en la 1.^a sala llamada de *Recuerdos históricos* (espadas, armaduras, banderas, mesas, sillas, etc., de diferentes siglos), entre los cuales forman instalación especial los referentes á la guerra de la Independencia; la 2.^a, formada particularmente por armas (siglos XVI, XVII, XVIII y modernas), y la 5.^a (armas, banderas y otros objetos de Oceanía, China, Conchinchina, Africa y Méjico). Como se ve, este Museo comprende muchas más cosas de las que indica su título.

MUSEO DE INGENIEROS.—Consta de 4.882 modelos en relieve de nuestras plazas fuertes y otros del material antiguo y moderno de ingeniería militar. Tiene menos interés histórico que el de Artillería.

MUSEOS ANTROPOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS. — Existen dos Museos antropológicos en España: el fundado en Madrid por el Dr. Velasco, y que hoy pertenece al Estado, y el de Las Palmas (Canarias). En el primero figuran objetos prehistóricos y cráneos de las diferentes provincias de España.

—Museo especialmente etnográfico no le hay. Lo suplen las colecciones de este género del Museo Arqueológico y del de Ultramar.

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL.—Aparte de algunos objetos de prehistoria y geografía, contiene de interés histórico la rica colección de modelos cartográficos españoles, ya mencionada, y otra de paños y bordados antiguos.—V. el *Catálogo provisional*.

DEPÓSITO HIDROGRÁFICO.—Aunque no tiene la categoría de Museo, puede considerarse como tal por la riquísima colección de cartas geográficas antiguas y modernas que contiene, y que son necesarias para el estudio histórico de nuestra geografía política, especialmente. A la vez hay en el Depósito (que depende del ministerio de Marina) un verdadero archivo, donde se guardan numerosos derroteros de viajes, memorias y papeles históricos de gran interés, que en mucha parte aprovechó para sus trabajos Fernández de Navarrete (1).

ESCUELA DE DIPLOMÁTICA.—Posee una breve colección de objetos arqueológicos (especialmente monedas), para uso de los profesores y alumnos.

ACADEMIA DE LA HISTORIA.—Se guardan en ella algunos objetos y pinturas, que constituyen un

(1) Cf. el juicio que del Depósito hidrográfico en tiempo de Navarrete hizo el viajero americano Mackenzie, consignado en el artículo *Libros de viaje norte-americanos*, etc., que va en este tomo.

museo corto, pero interesante, no abierto al público.

ARMERÍA REAL.—Colección muy rica de armas y armaduras, perteneciente á la Casa Real. Está situada actualmente en un nuevo edificio construido en el ángulo Sur de la plaza de Armas. El Catálogo antiguo está invalidado por la nueva organización.—V. *Guía Palaciana*. Cuarto cuaderno. *Armería Real*, por el conde de Valencia de Don Juan (Madrid, 1896. Con fotograbados) y Maindron, *L'Armeria* (en el vol. *Les musées de Madrid*, ya citado).

MUSEOS PROVINCIALES Y MUNICIPALES.—En algunas capitales de provincia se han creado Museos de Bellas Artes que contienen objetos arqueológicos; y con distinto carácter existen otros que ofrecen igualmente interés para los cultivadores de la historia. Citaremos los más conocidos.

En Barcelona: Museo de arquitectura (en la Universidad); Museo municipal de Historia; Museo Martorell (1); Museo de Bellas Artes; Museo de Reproducciones.—Respecto del Museo Martorell, véase: *Cat. de la colecc. conchiológica que fué de D. F. Martorell y Peña, legada... á la ciudad de Barcelona....*—Barcelona, 1888. En 4.º, 94 págs.

(1) Actualmente, este Museo ha quedado exclusivamente destinado á Ciencias Naturales, y los objetos históricos que poseía han pasado al Museo Arqueológico municipal de nueva creación. Véanse los arts. que acerca de él ha publicado el Sr. García Llansó en *La Vanguardia*, 27 y 28 Enero 1898.

En Valencia: Museo de Bellas Artes.

En Sevilla: Museo de Bellas Artes.

En Burgos: Museo histórico y artístico (Torre de Santa María).

En Badajoz: Museo arqueológico de la Comisión de Monumentos.—V. el *Inventario de los objetos recogidos en el...* por D. T. Romero (Badajoz, 1896) y el de las *Monepas*, del mismo autor. (Badajoz, 1897. 4.º, 241-464 págs.)

En Almería: Museo de la Real Diputación arqueológica y epigráfica.

En Cádiz: Museo Arqueológico y Museo de Bellas Artes.

En Córdoba: Museo de Bellas Artes y arqueológico.

En Tarragona: Museo arqueológico municipal, formado merced á los afanes del Sr. Girbal.

En Castellón de la Plana: Museo provincial. (Hay una *Memoria* inédita, del Sr. D. Juan A. Balbás, *histórico-artística* de este Museo).

En Palma de Mallorca: Museo provincial de antigüedades.

En Oviedo: Museo arqueológico asturiano.

En Gerona: Museo provincial, muy rico.—Véase *Rev. de Archivos*, núm. 3.º, 1897 (1).

(1) En Santiago se trata de organizar un Museo. Véase el folleto de J. Villa-amil y Castro, *Memoria sobre la creación de un Museo arqueológico en la ciudad de Santiago, que en cumplimiento de la R. O. de 30 de Junio de 1833 presenta...* Madrid, 1887. 8.º mayor.

En León: Museo arqueológico de la Comisión de Monumentos.

En Huesca: Museo arqueológico de la Comisión.

Sentimos mucho no poder dar noticias exactas de todas estas colecciones, por falta de fuentes de información.

MUSEOS Y COLECCIONES PRIVADAS.— Los hay en gran cantidad. Citaremos los más importantes, según nuestros informes.

Barcelona: Museo Güell (V. Puiggari, *Mono-grafía de la Casa-Palau y Museu del Excmo. D. Eusebi Güell y Baciçalupi*. Barcelona, 1894); Armería de D. José Estruch, espléndida colección de más de mil piezas, muy bien colocada y abierta al público: tiene Catálogo impreso (Barcelona, 1888. En 4.º, 133 págs. y láminas); Museo de la Vireina, propiedad de D. Baudilio Carreras (pinturas y grabados); Colección de grabados del Sr. Farando; Museo de Indumentaria de Puiggari; Museu Artistic-arqueologic de los Sres. Bosch y Pozzi; colecciones de antigüedades de los Sres. Soler y Rovirosa y conde de Belloch; Museo sigilográfico del Sr. Segarra; colecciones numismáticas de los Sres. Vidal (su *Catálogo*, en 4 volúmenes, impreso en 1893 (1), Carreras, Siscar y Pedrals (esta última, adquirida ahora por el Ayuntamiento); colec-

(1) Véanse también los artículos de D. Alvaro Campaner, *Colección de monedas y medallas de D. Manuel Vidal Quadras y Ramón*. (En el *Diario de Barcelona*, 1888).

ción de azulejos catalanes antiguos, de D. S. Font y Gumá (V. un art. de D. A. García Llansó en *La Vanguardia*, 4 Dic., 1897); colección de cerámica, orfebrería, marfiles, armas y otros objetos, de D. Enrique Batlló (V. el art. de García Llansó en *La Vanguardia*, 23 Sept. 1897)..... (1).

Villanueva y Geltrú: Museo Biblioteca Balaguer. Fundación del literato y político catalán don Víctor Balaguer, donada á la villa. Muy abundante en objetos arqueológicos y en libros y manuscritos. V. A. García Llansó, *Una visita al museo-biblioteca Balaguer de Villanueva y Geltrú*. Barcelona, 1893 (con grabados); M. Creus Esther, *Los cuadros del museo-biblioteca. Villanueva y Geltrú*, 1882 (8.º 16 págs.), y el *Boletín* que publica el Museo.

Figueras: Museo de antigüedades ampuritanas, del Sr. Alfarás.

Santander: Museo de antigüedades cantábricas, del marqués de Comillas (en Comillas).

Palma de Mallorca: Museo arqueológico-Luliano, fundado por la Sociedad Arqueológico-Luliana. V. *Instalación del Museo arq. Lul. en la Exposición Universal de Barcelona. Catálogo de los objetos que contiene*. (Palma de Mallorca, 1888. Fol. 16 págs.), y en el *Boletín* que publica la Sociedad, los inven-

(1) La colección del Sr. Cortada á que se refiere el folleto *Colección de antigüedades, medallas y otros objetos históricos que posee D. Juan Cortada* (Barcelona, 1847), se disolvió por venta.

tarios anuales de adquisiciones. — Antiguo Museo del Cardenal Despuig, en la actualidad del conde de Montenegro, y cuyo Catálogo, impreso en 1842, no se vende, y ha sido rectificado por Hübner en su citada monografía *Die Antiken Bildwerke*, etc. — Colección del Archiduque Luis Salvador, en Miramar. — V. un art. de García Llansó en *La Vanguardia*, 8 Enero 1898.

Madrid: Entre las varias colecciones importantes, merecen citarse la del Sr. Conde de Valencia de Don Juan (armas y cerámica); la del Sr. Riaño (cerámica especialmente); la del Sr. Osuna; las de los Sres. Marqués de Monistrol, de Arcicollar y general Nognés, etc. De estas tres últimas se hallará descripción ilustrada en el *Boletín de la Sociedad española de excursiones* (Febrero, Marzo y Agosto 1896), que con muy buen acuerdo se propone hacer lo mismo con todas las colecciones privadas, de difícil acceso para el público.

MUSEOS ECLESIASTICOS. — Nuestras iglesias son todavía muy ricas en objetos de arte de diferentes épocas, como ha podido verse, aunque parcialmente tan sólo, en la Exposición histórica celebrada con motivo del Centenario del descubrimiento de América (1). Desgraciadamente, muchos de estos objetos son de difícil examen para

(1) Véase, como otro ejemplo, el reciente folleto de don Julián Paz, *El monasterio de San Pablo de Valladolid. Noticias históricas y artísticas*. Valladolid, 1897.

los visitantes y no muy pocos continúan olvidados en los rincones de los templos.

De desear sería que se formasen museos en las capitales de los obispados, como ha hecho en la suya el Sr. Obispo de Vich, creando un riquísimo *Museo cristiano*, notable, no sólo por la abundancia de las colecciones, sino también por la perfecta y adecuada exposición. Tiene catálogo impreso (1), y sus continuas adquisiciones se notician periódicamente en la *Revista de la Soc. artístico-arqueológica de Barcelona* y otras publicaciones análogas.

No tengo noticia de que exista ningún otro Museo de este género (2), aunque muchas iglesias (la de Santiago, verbi gracia), poseen notables colecciones arqueológicas. El celo que con recientes pastorales han demostrado los Sres. Arzobispo de Sevilla y Obispo de Teruel, en favor de la conservación de los tesoros artísticos de las iglesias de sus respectivas diócesis, hace esperar que no esté lejano el día en que se imite el provechoso ejemplo dado por el prelado de Vich (3).

(1) *Cat. del Museo arqueológico-artístico episcopal de Vich*. Vich, 1893-96. 8.º mayor, VII-542 págs., más el índice y grabados.

(2) Vid. García Goncellón, *Los museos diocesanos*, en la revista *Pro Patria*, Marzo, 1895.

(3) Así se deduce del siguiente párrafo de la pastoral del Obispo de Teruel:

«Si los objetos artísticos ó arqueológicos pueden continuar sin deterioros sirviendo para el culto ó para el fin á que

los destinaron nuestros mayores, continúen en el mismo lugar para mayor gloria de Dios y recreación espiritual de los pueblos.

»En caso de que al presente no presten ya utilidad alguna ó por su estado de deterioro peligren, avísesenos para que de momento podamos disponer lo conveniente hasta que resolvamos la colocación definitiva de los mismos, y no siendo motivo bastante para desprenderse de ellos sin consultar á Nos, el que persona que tengan por competente les hubiera asegurado que carecían de mérito. Y si se encuentra alguna iglesia ó corporación religiosa que por su extremada pobreza creyera tener necesidad de desprenderse de los objetos referidos, acuda á nuestro Secretario de Cámara y Nos dispondremos quede satisfecha la necesidad sin que desaparezca de nuestro país lo que no sólo es ejecutoria de su antigua importancia, sino que aun en la actualidad fomenta el buen gusto, educa las costumbres y es esplendor de la Iglesia.»

EL PROBLEMA DE LA DICTADURA TUTELAR EN LA HISTORIA ⁽¹⁾

I

Entre las verdades definitivamente adquiridas por la ciencia hállase, sin duda, el reconocimiento de la sociedad como un organismo que, idéntico en esto á los organismos individuales, nace, se desarrolla, sufre trastornos morbosos, reacciona y hasta muere, á lo menos en sus determinaciones concretas. Antes de que los filósofos alemanes y los sociólogos modernos formularasen en términos

(1) El presente estudio se escribió para que sirviese de conferencia inaugural en el curso planteado el año 1895 por la sección de Ciencias históricas del Ateneo de Madrid, sobre el tema *La tutela de pueblos en la historia*. Por esta circunstancia, el autor no podía, ni se propuso hacer otra cosa que exponer, á manera de programa, los diferentes problemas que supone aquel tema de investigación. Debiendo constar el curso de varias conferencias monográficas encargadas á diferentes personas, cada una de las cuales había de aportar el dato

científicos esta verdad, manifestábase su presentimiento, como imposición de fenómenos reales que á la vista de todos se producen, en el conocimiento vulgar y en el habla común. La existencia de pueblos jóvenes, de pueblos decrepitos, de pueblos enfermos, de pueblos sanos y vigorosos, y el espectáculo de la desaparición de muchos que un tiempo fueron importantes agentes de civilización, han sido cosas siempre advertidas por la conciencia popular á la vez que por los estudiosos. La explicación—ó á lo menos el intento de explicación—de estos hechos y su estudio conforme á los procedimientos de investigación científica, son recientes; pero los hechos mismos, como materia de estudio, siguen produciéndose y afirmando su realidad por sí mismos. Así que, sean cuales fueren las divergencias de los autores en la interpretación de la teoría del organismo social, ó de algunos de sus términos ó de sus consecuencias prácticas; y sean también las que fueren las anticipaciones y exageraciones á que en este punto hayan podido llegar los sociólogos—anticipacio-

de su trabajo personal para el esclarecimiento de la cuestión, hubiera sido anticipación indiscreta, y como imposición del propio criterio á los que le siguieran, que el autor comenzara dando un cuerpo de doctrina con afirmaciones y conclusiones cerradas; aparte de que, siendo la cuestión oscura por lo inexplorada, contiene muchos puntos en que el autor confiesa no tener formado criterio, y algunos en que no le parece aventurado asegurar que nadie lo puede tener aún científicamente.

nes contra los cuales ya prevenía el ilustre Röder (1)—queda siempre en pie la afirmación general que asimila la vida de las colectividades á la de los individuos, y nota en aquéllas, fundamentalmente, las mismas leyes de desarrollo que en éstos. Podrán venir muchas rectificaciones á la biología social en sus diferentes partes; pero el hecho de que las sociedades son entidades sustantivas, distintas de los miembros individuales que las forman, y que en ellas se producen muchos de los fenómenos de la vida humana intelectual y volitiva, eso no cabe negarlo, cualquiera que sea la filiación doctrinal del que discute (2).

(1) V. como ejemplo reciente de rectificación á errores y exageraciones muy comunes, el artículo de G. Richard, *La Sociologie ethnographique et l'Histoire, leur opposition et leur conciliation* (Rev. Philosophique, Noviembre 1895).

(2) No todos los sociólogos son propiamente «organistas», aunque las diferencias de doctrina entre muchos de ellos sean más irreductibles en apariencia que en realidad. Para conocer bien las distintas corrientes actuales acerca de este punto capital de la Sociología, véanse las *Actas* del «Tercer Congreso Internacional de Sociología» celebrado en París en Julio de 1897, y un resumen de ellas, hecho por R. Worms, en la *Revue internationale de Sociologie* (núm. de Agosto-Septiembre 1897).—V. también lo que se dice en el capítulo V de este estudio y lo consignado acerca de la novísima reacción individualista en el III, 3 de las *Adiciones á la enseñanza de la Historia*. Añédanse, á los datos allí expuestos, los artículos de polémica de Rachfal y Lamprecht sobre el individualismo y la teoría colectivista de la historia, en *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik* 1897, Heft 5 y 6, y las discusiones del último Congreso de historiadores alemanes cele-

No extrañará, pues, con esto, la aplicación á las personas sociales de términos hasta ahora principalmente usados con referencia á los individuos. Y de ellos es el de *tutela*, tomado, no ya en el sentido concreto y especial con que lo usan las ciencias jurídicas, sino en el más amplio que le corresponde en el terreno de la biología, de donde, al fin y al cabo, lo han sacado para una aplicación especial los juriseconsultos. Todos sabemos, efectivamente, que se habla de muchas más tutelas que las contenidas en el Código civil, y que la palabra tiene, en la conversación general, su pleno valor de protección é influencia preponderante que un elemento superior en la escala social ejerce sobre otro inferior, cualquiera que sea la esfera en que esto se produce: la familia, la amistad, el Gobierno, las relaciones entre sociedades diferentes, la ciencia, la literatura, etc. Recuérdese aquí que, á la protección ejercida hoy por el Estado sobre fines que transeúnden del orden jurídico, y respecto de los cuales la sociedad no ha llegado á una organización bastante robusta para darles cumplimiento por sí misma, se llama *función tutelar*.

La razón de que estos casos de auxilio é influencia preponderante, acompañados de poder, se produzcan de continuo y en todas esferas, estriba en la heterogeneidad de los individuos y de los

brado en Ynsbruck (1897), resumidas por Blondel en *Revue historique*, Nov.-Dic. 1897.

grupos sociales, en su finitud y en el desarrollo desigual que ofrecen en un momento dado de la historia. «En el proceso de la civilización—dice Röder (1)—se confirma por completo este principio, pues también aquí hay ciertos individuos, familias, clases, Corporaciones, razas y pueblos, que aventajan á los demás en importancia y cultura y mantienen su preponderancia, no de mero hecho, sino legítimamente; ejercen una verdadera *tutela* sobre aquellos que entonces se encuentran todavía en un grado inferior de desarrollo, que exige la dirección de su vida por otras personalidades superiores, mientras no han igualado ó sobrepujado á éstas.» Tales indicaciones complétalas Röder en otro lado de su libro con las referentes á la protección y ayuda de los sujetos, no ya inferiores por su desarrollo, sino anormales ó enfermos, en la más amplia aplicación de estas palabras: locos, ancianos en estado que llamamos de chochez, pródigos, epilépticos, etc. (2).

De todos estos casos de *tutela*, en los que, como se ve, van comprendidos con el de la tutela individual, á que se refieren los Códigos civiles, el de la tutela de clases sobre clases y el de pueblos sobre pueblos (que supone los graves problemas de la colonización y de la intervención política), hay

(1) *Naturrecht*, Secc. VI-IV-4, § 66.

(2) V. II, § 92. Véase el capítulo *El individuo en estados anormales* en *Resumen de Filosofía del Derecho*, de F. Giner, página 371.

muchos que manifiestamente no nos interesan de momento; como tampoco aquel sentido lato de la tutela que comprende á toda relación jurídica en cierto orden, y se enlaza con la teoría general de la representación y del ejercicio de derechos (1), de la capacidad y de la *facultas agendi*. Dejamos á un lado también, completamente, todo lo relativo á la tutela de derecho civil (tutela en sentido estricto y comprensiva de la antigua *curatela romana*), y vamos á fijarnos en la que toca al llamado derecho público.

Manifiestamente—y ya va indicado así en las anteriores consideraciones—el concepto general de tutela abraza todo el derecho público, todas las relaciones políticas del pueblo con los funcionarios y de éstos con aquél, lo mismo en la vida normal que en los momentos de anormalidad ó perturbación (2); y así decía ya nuestro gran Arias Montano, que «el príncipe para gobernar bien, téngase por *tutor*, y no señor de sus vasallos»; idea que en el fondo reproduce las definiciones más clásicas y notables de la Monarquía, si bien ofrezca la novedad de usar la palabra *tutor*, á la que, después de todo, responden las limitaciones que San Isidoro y otros imponen al poder real.

(1) Röder, II, § 92, y Lorimer, *Principes de droit nat.* 259-266.

(2) Mediante la necesidad de la *representación* en las personas sociales, que trae consigo la *necesidad* de la representación tutelar en el Estado. — Giner, *Resumen de Filosofía del Derecho*, § 39 y 40.

Este mismo sentido lato en lo político nótese en la doctrina de Santo Tomás, según la cual la sociedad necesita siempre una inteligencia individual que la dirija y en que resida el poder; ó en la del obispo Bonomelli, para quien la autoridad es «la guía y tutora de la libertad, y en tanto mayor grado cuanto más atrasado está el pueblo» (1).

Los casos que especialmente nos interesan ahora son los que corresponden en la esfera social á la tutela estricta del derecho individual, y, por tanto, los que se refieren á estados sociales de infancia ó minoridad y de perturbación morbosa (ya sea ésta profunda é indique una verdadera degeneración con peligro de muerte, ya sea superficial y pasajera, como á veces ocurre en pueblos y en individuos fundamentalmente sanos, que de momento sufren crisis), puesto que ambas clases de estados incapacitan para regir por más ó menos tiempo la vida propia y ejercer los derechos que á ella corresponden.

Estos casos forman, naturalmente, dos grupos: uno, de aquellos en que la acción tutelar se halla ejercida por una colectividad superior sobre otra inferior (v. gr., la tutela de Inglaterra en el Indostán, que cita Lorimer, y también las tutelas políticas de clase sobre clase dentro de un mismo Estado); otro, de las tutelas de un individuo sobre

(1) *Libertá e autoritá*, pág. 332, en el libro *Problemi di governo*. Compárese con Carlyle, *Los héroes*, sexta conferencia, páginas 155 y 160 de la traducción española.

una colectividad, ya sea el Estado total, ya los Estados subordinados (ó si se quiere, las esferas subordinadas de la administración general). Este segundo grupo es el que preferentemente consideran los autores, y el que hemos fijado como punto central de nuestra investigación. La historia ofrece ejemplos de semejante tutela en todos sus grados, y en algunos de ellos le ha dado también nombre, que la ciencia ha reeogido: *dictadura*, si bien aplicándolo igualmente—como la propia historia lo ha hecho—á la tutela de un grupo de individuos que asumen el poder central. v. gr., la dictadura de la Convención francesa.

Responde siempre esta forma de régimen en el Estado á momentos iniciales en la vida de los pueblos, ó á situaciones críticas en su desarrollo, bien por retraso, bien por perversión más ó menos profunda, ora toque á los órdenes todos de su actividad, ora sólo á uno ó varios fundamentales, de cuya normalidad é impulso dependen funciones absolutamente necesarias para el bien común. La historia nos ofrece ejemplos de dictaduras que se han producido en virtud, no de peligros interiores, sino de complicaciones internacionales de carácter militar, como en Roma, donde parece que falta aquella condición de anormalidad en el sujeto, que supone en ciertos casos la tutela. Pero, si bien se mira, el propio hecho de acudir á una dictadura para resolver el conflicto exterior, indica que la colectividad se siente débil ante él y padece, por tanto, de una incapacidad, sin duda menos gra-

ve y duradera que la proveniente de la descómposición interior. Tales casos de dictadura se pueden presentar en pueblos que han logrado un cierto desarrollo en su vida, determinando un caso, no más, de la tutela que á veces, de modo pasajero, exigen las colectividades que conservan sanas sus energías más esenciales (lo cual no exime de momentáneos desvanecimientos, como sucede á los individuos), y que conviene distinguir con toda claridad de la tutela que necesitan los pueblos constitucionalmente enfermos ó degenerados.

Con aquel carácter, y no con éste, nació en Roma la *dictadura*, según hemos apuntado antes, como remedio extraordinario, investida de todo el poder exigido para salvar el peligro actual: *Dictator appellatur quod ejus dicto omnes audientes essent* (1), y así se ha reproducido en la historia de otros pueblos (más ó menos legítimamente, cosa que no toca ahora discutir), lo mismo en el Estado total que en organismos jurídicos de menor radio, como el Municipio: según ha podido verse recientemente en Nueva York con la dictadura municipal de Mr. Strong, reflexivamente promovida por los vecinos resueltos que, libres de la inmoralidad reinante en su Ayuntamiento, deseaban barrerla de una vez.

* * *

Supone, pues, este régimen extraordinario, una

(1) Cf. esta etimología con la que da Cicerón: *Repubblica*, II, XXXII.

incapacidad en el organismo social para cumplir por sí propio, con los medios normales, el fin de su vida, ó restaurar, mediante la acción instintiva de las fuerzas naturales que en todo cuerpo tienden á la salud (la *vix medicatrix* de los políticos), la regularidad de su funcionalismo interno más ó menos perturbado. Puede ocurrir esto, repetimos, ya por deseoneamiento original del fin, ó por falta de desarrollo en las energías necesarias para llevarlo á buen término (como en los pueblos salvajes ó infantes); ya—y esto, como más frecuente y posible en sociedades que han traspuesto los límites de la infancia y aun han logrado madurez de vida, nos interesa mayormente—por producirse en la comunidad, ora la inacción, ora ciertas extralimitaciones, ó bien alguna falta de equilibrio entre las funciones diversas, «resistiéndose á deponer por algún tiempo el ejercicio de alguna que ya poseía, y para la cual se ha incapacitado», ó «pretendiendo conquistar otras antes de haber adquirido la necesaria aptitud para desempeñarlas racionalmente», ó por el contrario, «resistiéndose á cooperar en el grado debido á su cumplimiento», «con lo cual abandona sus fines y racional destino, desconoce sus propias necesidades, se niega á su propia reforma, se rebela continuamente contra los órganos ejecutivos del derecho, ó encerrándose en apática indiferencia, se retrae, verbigracia, en las elecciones, ó consiente la elección de asambleas incultas ó torpes, ó tolera, con marasmo mortal, que la inmoralidad vaya ga-

nando á todos sus miembros y se erija en espectáculo normal contra el que no siente los impulsos de reacción que en toda conciencia sana deben producirse» (1). Y puesto que entonces el remedio no puede venir de la propia colectividad, enferma como tal colectividad, mediante su propia acción (como en las revoluciones), forzoso es que venga del otro término, del Jefe del Estado, ó de un individuo que, teniendo conciencia de la situación en que se hallan las cosas y del camino necesario para rectificarla, asuma la tutela suprema para proceder «á la aplicación de aquellos medios que han de reformar la conciencia viciada de la sociedad, levantarla de su postración ó envilecimiento, restituirla á la vida del bien y encaminarla á una pronta emancipación» (2), empezando por interrumpir el ejercicio de la soberanía colectiva, que no podría dar resultado alguno beneficioso.

Así se ha hecho repetidamente en la historia y modernamente en pueblos tan libres como Inglaterra, donde se ha suspendido más de una vez el *Habeas corpus* (3); en los Estados Unidos, donde se ejerció la dictadura en los Estados del Sur, después de la guerra de secesión, como único medio de curar aquella fiebre que á tan alto grado hubo de subir; y así hizo, ni más ni menos (bien que no

(1) Costa, *Vida del Derecho*, § 34.

(2) Costa, *loc. cit.*

(3) V. Bagehot, *La Constitución inglesa*; V. del Pontón, *La libertad en Inglaterra*: III, última conferencia.

tomase el nombre, ni la representación légal de *dictador*) Cicerón, cuando suspendió realmente é infringió las leyes del Estado para salvarlo de un peligro gravísimo, aceptando luego la responsabilidad de sus actos. Y no será inútil citar otro caso de dictadura, la del Gobierno prusiano antes y durante la guerra de 1866, no para cubrirla con la justificación que alcanza á otras de las citadas, sino para notar que, en casos de dictadura por conflictos pasajeros y más bien relacionados con la vida internacional, el poder absoluto que la caracteriza tiene grados de aplicación que pueden permitir la coexistencia de ciertas libertades. Así aquel gobierno, no obstante la facultad que le concedía el art. 111 de la Constitución y la ley de 4 de Junio de 1851 para suspender la libertad de la prensa y el derecho de reunión, no hizo uso alguno de ella.

Tenemos, pues, fijado ya el objeto de las investigaciones propuestas: estudiar la acción de los reformadores y tutores políticos que se sustituyen á la acción colectiva—en tiempos en que ésta no tiene conciencia de su misión, ó carece de fuerzas para cumplirla por su propio esfuerzo,—y la realizan mediante el ejercicio de un poder absoluto.

II

Hemos visto que al poder tutelar extraordinario se le da generalmente el nombre de *dictadura* que tomó en Roma, nombre, como observa el ya citado señor Costa, «todavía vago é indeterminado, é involucrado con otros que no pertenecen á la terapéutica, sino á la patología política, como «poder absoluto», «tiranía», «autocracia», «despotismo», etcétera.» Esta confusión se refleja en el lenguaje común incluso para la palabra *tutela*, á la cual suele dársele un sentido de dominación ó vejación tiránica, como en aquel verso de Corneille:

Sa sœur à cinquante ans le tenait en tutelle (1).

Los caracteres propios de la dictadura, que examinaremos más adelante, excluyen, por el contrario, su confusión con extravíos ó abusos del poder, tanto por su origen y por la necesidad á que obedece, como por la dependencia que con ésta guarda, y por la imposición, que le rige inde-

(1) *Atila*, acto I.

clinablemente, de las leyes generales de toda tutela, que no se da sino á beneficio y con respeto absoluto de la dignidad personal del tutelado. Decía Carlyle, hablando de su héroe en párrafo que lo estudia precisamente como dictador político (1), que «viene al mundo á establecer el orden dentro del caos y la confusión, es el misionero del orden»; y mal podría serlo si fuese él mismo quien primeramente perturbara con excesos egoístas de poder aquello que está llamado á restaurar.

La indeterminación de concepto á que venimos refiriéndonos, nace de lo inexplorado del asunto. Carece todavía la dictadura tutelar, en la ciencia política, de una teoría y de una investigación sistemática. Los más de los autores pasan por el lado del problema sin verlo. Se limitan á consignar la sentencia, tan antigua como la política, de que á la anarquía, al desenfreno de las demagogias, al envilecimiento de la libertad, sustituye fatalmente el despotismo (2), como un castigo, con toda la dureza que el nombre supone. Algunos hablan del poder dictatorial como de pasa-

(1) *Los héroes*, sexta conferencia, pág. 169 de la trad. española. Emerson tiene párrafos que se pueden equiparar á éste, y Baltasar Gracián, en *El héroe*, señala bien el sentido moral y jurídico que ha de acompañar á los actos de aquél.

(2) Blot, *De l'autorité dans les sociétés modernes*, cap. IV; Luigi Palma, *Corso di diritto costituzionale*, I, I, V; Sánchez Toca, *La realeza*; Donoso Cortés, *Lecciones de Derecho político*, 3.^a *Teoría del despotismo*; Bagehot, *La Constitución inglesa*, VII (forma dictatorial revolucionaria), etc.

da, limitándose á reconocer la necesidad de esta forma de gobierno con caracteres de justicia en determinados casos; y todavía es frecuente en tales autores que, ofuseados por el espectáculo de la realidad más próxima á ellos, no discernan claramente la diferencia entre la tutela dictatorial y las formas abusivas y egoístas del poder, como la tiranía ó despotismo. Tal sucede en los tratadistas griegos, para quienes el ejemplo de los tiranos de su patria es un elemento de juicio que les perturba frecuentemente: Platón (1) señala con notable exactitud el objeto del poder dictatorial, cuando dice que, para obligar á los hombres á aceptar leyes sabias en sustitución de otras malas, y realizar con prontitud útiles reformas, es una fortuna que haya al frente del Estado un *tirano* joven, *dotado* de memoria, penetración, valor, energía, sentimientos elevados y, sobre todo, templanza; donde si usa la palabra tirano, que puede hacer pensar en el origen ilegítimo de los tiranos griegos y en su degeneración despótica, limita este concepto (que es el latente hoy día en nuestra habla común, cuando decimos aquel vocablo) con aquellas elevadas condiciones personales que le pide, y la indicación precisa de las funciones que le corresponden y que le alejan de aquel «Gobierno de uno sólo en provecho propio», según define Aristóteles la tiranía (2).

(1) *Leyes*, libro IV.

(2) III, V.

Sin embargo, en la *Política* de Aristóteles es posible hallar conceptos análogos á los de Platón, que modifican también la idea general de tiranía y la acercan á las formas tutelares. Sabido es que Aristóteles distingue tres clases de tiranía, y que las dos primeras (1), si bien las clasifica como tales por la naturaleza despótica (absoluta) de su poder, las incluye también como formas de la monarquía (2) por su origen legítimo y por los servicios que prestan á la sociedad. Verdad es que no formula propiamente teoría sobre el caso, sino que se refiere á hechos históricos, á ejemplos de la historia política griega; pero aun así, y más bien diríamos que por esto mismo, tienen sus palabras importancia excepcional. Refiérese el primer caso de los que cita á la institución llamada *aesimnetia* entre los antiguos griegos. «Los *aesimnetas* recibían sus poderes ya por toda la vida, ya por un tiempo determinado», dice; y en el ejemplo que en seguida aduce (Pitaco, elegido por los de Mitilene para rechazar á los desterrados que mandaban Antímenes y Alceo, es decir, para un caso especial y en un momento de crisis) parece apuntarse una verdadera forma dictatorial en el tipo de la romana; así lo confirman otros hechos de la propia historia griega, en que el *aesimneta* era elegido para poner fin á luchas civiles, como ver-

(1) VI, IX.

(2) III, IX.

bigracia, entre los Tesalios (1). El segundo caso que Aristóteles mención, es el de la monarquía de los tiempos heroicos. «Los fundadores de estas monarquías—escribe—bienhechores de los pueblos por haberles guiado á la victoria ó educado en las artes, fueron nombrados tales por reconocimiento..... Estos monarcas antiguos, jefes políticos, jueces en el interior, caudillos en el exterior, reunían todos los poderes»: donde señala justamente el caso de la dictadura tutelar sobre pueblos en la infancia de su desarrollo y organización; y para que no quepa duda de este sentido, añade más adelante (2): «Si nuestros antepasados se sometieron á los reyes, fué quizá por ser entonces muy difícil encontrar hombres superiores, sobre todo en tan pequeños Estados como los de aquellos tiempos. Quizá fué el reconocimiento quien erigió en monarcas á hombres que habían prestado á su patria extraordinarios servicios. Pero cuando hubo en el Estado muchos ciudadanos iguales en mérito (ó sea, como diríamos nosotros, cuando estuvo hecha la educación del pueblo), no se pudo soportar por más tiempo el yugo de la monarquía.»

Como se ve, la diferencia entre Platón y Aristóteles estriba en que este último no cree posible el poder absoluto, pero tutelar, en los tiempos actuales; refiriéndose siempre á hechos de remotas

(1) Schoemann, *Antiquités Grecques*, 188.

(2) III, X.

épocas, puesto que no cabe contar como tal el poder de la monarquía pura (1), tutelar solo en el sentido lato de la palabra, pero no en el que á nosotros nos interesa; mientras que Platón señala perfectamente la posibilidad actual de este poder (distinto del normal de la monarquía regulada) y la función extraordinaria educativa que le corresponde. Platón rinde así justicia á la tiranía griega, que si frecuentemente cayó en el abuso que la incluye en la citada definición de Aristóteles, ó sea, en la tercera clase de tiranía que éste admite, ejerció más de una vez la función tutelar de los dictadores de pueblos nuevos, como los monarcas heroicos, ó la de los dictadores en momentos de crisis social, como Pitaco (2). Al fin y al cabo, los *tiranos* no fueron en su origen sino usurpadores del poder; pero este vicioso origen de su jefatura no suponía por sí el mal uso de ella (el sentido actual, malo, de la *tiranía*, igual á *despotismo*), y efectivamente, no siempre lo produjo.

Parece lógico que los escritores romanos ofrecieran abundante doctrina acerca de la *dictadura* propiamente dicha, puesto que en Roma nació, y durante varios siglos se produjeron numerosos casos de ella. Nos serviría sobre todo esta doctrina para depurar bien el sentido político que daban los romanos á aquella institución, si veían en ella

(1) III, X.

(2) Sobre los beneficios que los tiranos produjeron á la civilización griega, v. Curtius, I, 354.

el carácter tutelar que la acompañaba, ó, como creen algunos, un simple robustecimiento del poder en momentos de peligro—y preferentemente de peligro exterior, internacional, según afirma Cicerón—y, por fin, su relación con las luchas internas entre patricios y plebeyos. Desgraciadamente, la literatura romana apenas cuenta tratadistas políticos, y los pocos que hay, escasamente originales, no nos ilustran tocante al punto en cuestión (1). La dictadura romana puede decirse que no tiene teoría, pero sí, en cambio, el alto ejemplo de haberse encerrado casi siempre en los límites de su función temporal, y cumplida ésta, haber renunciado los dictadores, aun antes de terminar el tiempo legal de su poder, á la dirección de los negocios públicos, que entraban nuevamente en normalidad.

Los Padres de la Iglesia no son más explícitos. San Agustín (2) no hace sino repetir el pensamiento de Platón, y aun así, refiriéndose no más que á la dictadura por causas morbosas, al decir que si

(1) Cicerón, en su *República*, habla muy de pasada de la dictadura. En un pasaje del libro I (XL) la cita como magistratura creada para los tiempos de guerra, «porque (dice) cuando la mar se alborota, cuando redobla la fiebre, pasajeros y enfermos se abandonan á una mano experta.» En el mismo libro (XLIII-VI) repite párrafos de Platón acerca de lo inevitable que es que los excesos de la demagogia produzcan la tiranía; y en el II (XXXII) cita la creación de la dictadura *proximum similitudine regie*.

(2) *De lib. arbit.* cap. I.

el pueblo llega á depravarse, y háy un hombre de bien con poder bastante, debe quitar á ese pueblo la facultad de conceder los honores y encomendar el Gobierno á los pocos que haya buenos, ó á uno sólo.....

De los autores del Renacimiento, Maquiavelo, no obstante el carácter circunstancial é inhumano de su doctrina, apunta la necesidad del poder absoluto como medio de mejorar al pueblo: para mantener la libertad en un Estado corrompido, lo mismo que para restablecerla y para fundar y regenerar la igualdad, no bastan los medios ordinarios, antes bien, son perjudiciales; es preciso ser uno y hacerse dueño absoluto del Estado por medio de la fuerza. Por desgracia, añade, este hecho supone de ordinario un hombre malvado y ambicioso, mientras que el proyecto de reformar un Estado en su organización política supone un ciudadano generoso y probo, y rara vez se encontrará un hombre de bien que quiera seguir caminos reprobados (los que Maquiavelo indica) para llegar á un buen fin, ó un hombre perverso que se avenga á sacrificar, en aras del bien, la autoridad adquirida injustamente (1).

Nuestros tratadistas políticos del Renacimiento (y los del siglo XVII, que continúan su tradición), tan influidos por los italianos (2), pero que

(1) *Disc. sobre T. Livio*, lib. I, cap. 9, 15, 18.

(2) Véase sobre esto el precioso estudio de A. Farinelli, *Gracian y la literatura de Corte en Alemania* (*Rev. crítica de hist. y lit. esp., portug. é hispano-americanas*, Enero, 1896).

supieron elevarse á conceptos de propia originalidad é influir á su vez en Europa, no añaden en rigor nada nuevo á las doctrinas anteriores sobre este punto: ó confunden la dictadura con la tiranía (1), ó se limitan á distinguir las dos clases de tiranos, el que lo es por carecer de título para el Gobierno (usurpador: tirano *quoad titulum*), y el que siendo legítimo soberano cae en tiranía por arbitrariedad (injusticia) en la conducta (*quoad administrationem*) (2); advirtiendo unas veces que es lícito matar al primero (3) para eludir su tiranía (Márquez), y otras, que si da buenas leyes ó el pueblo lo consiente, se legitima y debe ser respetado (Vitoria; Suárez: *reipublicae consensus supplet defectum potestatis tyranni*). Resulta elaro; según esto, que los políticos y teólogos españoles no tuvieron idea clara de la *dictadura tutelar*,

(1) Alvaro Pelagio, Eximenes, Madrigal, Castrillo, Mariana, Osorio, Soto, etc. Véase Hinojosa, *De la influencia que tuvieron en el Derecho público de su patria y singularmente en el Derecho penal los teólogos y filósofos españoles*.... Madrid, 1890.

(2) Es la doctrina general: Molina, Suárez, Márquez, etcétera. Cf. esta distinción con los casos de tiranía en los autores griegos.

(3) El respeto al tirano *quoad administratione* es, por el contrario, muy general, no obstante lo extendido de las doctrinas tiranicidas. Domingo de Soto (*De justitia et jure*. Libro IV. Q. 4.^a), decía que no podía despojarse al Rey de su autoridad «nisi fuerit in Tyrannidem corruptus». Cf. sobre todas estas doctrinas, Hinojosa, op. cit., y Cánovas, *De las ideas políticas de los españoles durante la casa de Austria*. (*Revisita de España*, IV y VI, 1868-69, págs. 497 y 40.)

como función política y fenómeno distinto de la *tiranía*, cuyo concepto les preocupa y distrae sobre todo, en relación con las teorías acerca de la revolución, el tiranicidio y el respeto al soberano. Esta deficiencia nace principalmente de no ver la cuestión sino desde el punto de vista personal del soberano, estudiando solamente la normalidad ó anormalidad de las funciones del monarca, en vez de atender al otro aspecto de la cuestión, el de los estados de la colectividad en que se funda la teoría de la dictadura, como hicieron los filósofos griegos y Maquiavelo. Aunque alguna reminiscencia puede hallarse en los autores españoles de tal teoría, lo que principalmente les atrae, repetimos, es la relación inversa, la conducta del soberano, y en relación con ella, el derecho de castigar ó el deber de sufrir por parte del pueblo.

En el siglo XVIII, Rousseau y Montesquieu reconocen la necesidad de la dictadura en momentos dados. Rousseau (1) comienza por advertir que «sólo los grandes peligros pueden contrapesar el de alterar el orden público, y no debe detenerse el poder de las leyes más que cuando se trata de la salvación de la patria». Para esto encuentra dos medios: ó un simple robustecimiento del poder ya existente, sin llegar á la dictadura, ó la dictadura propiamente dicha, según el sentido romano. Reconoce la condición tutelar de esta última cuando dice: «en los albores de la Repú-

(1) *Contrato social*, IV, 6.

blica se recurrió con frecuencia á la dictadura, porque el Estado carecía aún de una base bastante sólida para poderse sostener por la fuerza de su constitución»; y tiene buen cuidado de afirmar la temporalidad de su poder, porque «en las crisis que llevan á establecerla, el Estado pronto se destruye ó se salva, y pasada su urgente necesidad, la dictadura se convierte en tiránica ó vana. En Roma los dictadores, lo eran sólo por seis meses; la mayor parte abdicaron antes de este término... El dictador debía serlo el tiempo necesario para resolver el asunto para que había sido elegido».

Los autores modernos, aunque en mayor número que los antiguos, no tratan el asunto de un modo especial, y no adelantan gran cosa en la teoría de la dictadura, limitándose los más á exponer la necesidad de aquella institución. Ancillon (1) señala como fin de la dictadura imponer por la fuerza la razón y la justicia contra el despotismo de abajo; Sismondi (2) pone al dictador como representante de la revolución, identificado con ella, sustituyendo su voluntad á la que la nación no puede expresar todavía, y llevando la voz de ésta mientras dura la tempestad política; nuestro Donoso Cortés (3) le señala como función contener las revoluciones en su justo límite, cuando las le-

(1) *Espíritu de las Constituciones políticas*, pág. 103.

(2) *Estudios sobre las Constituciones de los pueblos libres*, tomo I, págs. 195 y siguientes.

(3) *Lecciones de Derecho político*. Lección 10.

yes son benéficas y tutelares, pero viciosas las costumbres; Alcalá Galiano (1) lo indica como necesario cuando, buscándose el reinado de las leyes, se perpetúa el desorden por no darse con la fuerza que para gobernar legalmente se necesita: ó para conservar lo ganado en las revoluciones, poniendo término á los excesos que se emplearon para la conquista, y aun tomando algo de lo antiguo y amalgamándolo con lo nuevo; Napoleón III (2) lo cree preciso para regenerar el Estado en disolución: si en medio de la tempestad, próximo á naufragar aquél, aparece un hombre designado por la voz pública como el único capaz de sacarlo á puerto, ó cuando hay que guiar á los pueblos á la libertad, y es menester humillar con el despotismo de ésta el despotismo de la servidumbre, y salvar á la patria con los mismos medios que de otra suerte la esclavizarían; Taparelli (3) cree que se impone la dictadura cuando el orden social y la salvación del pueblo dependen de un determinado individuo que, por sus títulos de legitimidad, ó de genio político, ó de rectitud, ó por la grandeza de sus empresas, aparece á los ojos de la multitud como su única y toda esperanza, en cuyo caso, *aunque haya adquirido por modo injusto*

(1) *Lecciones de Derecho constitucional*. Lecciones 18 y 20.

(2) *La idea napoleónica y Sueños políticos*: tomo I de sus obras; *Historia de Julio César*, libro IV, capítulo X.

(3) *Esame critico degli ordini rappresentativi nella Società moderna*. Roma, 1854, pág. 1, capítulo III, § III.

el poder, se halla la multitud obligada á obedecerle en igual medida que lo está el individuo á evitar el exterminio de los suyos; y como al deber corresponde el derecho, si los ciudadanos deben obediencia á ese individuo, él tiene derecho á obtenerla para el bien común; Stuart Mill (1), ampliando más la razón y casos de origen de la dictadura, la cree necesaria cuando un pueblo no puede sostener el gobierno representativo, por carecer de capacidad ó de voluntad con que ejecutar todo lo necesario para sostenerlo y cumplir los deberes y funciones que impone, ó por desconocer el principio de obediencia, ó al contrario, por una extrema pasividad y sumisión pronta á la tiranía, ó por vicios positivos en el carácter nacional, por incultura, etc., ó por ser un pueblo bárbaro ó semibárbaro y necesitar para desarrollarse la tutela de un pueblo libre (2); Ph. de Tayac (3) la admite cuando un pueblo por ignorancia y grosería ó corrupción profunda, no se halla capacitado para dirigir sus propios destinos, si bien ha de tenerse en cuenta (como ya observaba Rousseau) que la dictadura, semejante al derecho del tutor en la persona y bienes del pupilo, es precaria y se extingue al llegar la mayor edad ó rescatarse la

(1) *El gobierno representativo*, capítulos I, II, XVIII.

(2) Es el mismo caso que reconoce Lorimer, *Principes de Droit naturel*, capítulo XIX del libro I, pág. 263 de la traducción de Nys.

(3) *Principios de Política positiva*, libro III, capítulo I y libro V. capítulo XI.

perdida aptitud; Laveleye (1) reconoce su necesidad (la necesidad del *despotismo*, dice, confundiendo cosas y nombres) en las sociedades atrasadas, sin que produzca entonces degradación ó rebajamiento de la dignidad popular; Guizot (2), apreciando el mismo caso, dice que «cuando en tal estado de la sociedad surge un hombre de genio ó de carácter superior, se ve inevitablemente forzado á fundar el despotismo, es decir, el imperio de la voluntad individual..... que no es radicalmente ilegítimo, y lo prueba el hecho del fácil asentimiento que encuentra, de la admiración de que es objeto y aun del reconocimiento que inspira y que dura tanto como la situación que ha creado con su poder»; y aunque no tarda en corromperse, «lo que ha constituido al principio su fuerza y su crédito es haber comprendido mejor que nadie las necesidades generales de la sociedad, es haber penetrado más hondo que ningún otro hombre en el conocimiento de la verdadera ley que debe regirla, y haberla arrancado á la dominación y á la lucha de una multitud de voluntades individuales ignorantes ó feroces»; Letourneau afirma (3) que «en la vida de una nación hay momentos extremadamente críticos en que

(1) *Essai sur les formes du gouvernement*, VII.

(2) *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, I, páginas 250-52.

(3) *L'évolution politique dans les diverses races humaines*, página 375.

puede ser útil conceder á un hombre las atribuciones de gobierno más extensas»; Holtzendorff (1), en fin, equiparando la revolución y la dictadura como violaciones de la *ley* para restaurar el *derecho*, no sólo indica la necesidad de la institución que nos ocupa, al decir que «la prohibición absoluta de toda dictadura conduciría fatalmente en tiempos de revueltas á la destrucción final de todas las libertades públicas», sino que establece su doctrina propiamente jurídica en el principio de que la violación de las formas legales, positivas, se justifica moral y necesariamente cuando aquéllas ya no sirven para el fin social ó lo estorban, como en el caso de Demóstenes, infringiendo la ley de Eubúlo para atender á la necesidad nacional urgente de la guerra contra Macedonia. Así existe—continúa Holtzendorff—para las Constituciones una necesidad derivada del principio histórico; y es la de prever las imperiosas y excepcionales circunstancias en las cuales la ley que se promulgó teniendo en cuenta situaciones normales y pacíficas, no es aplicable. Una Constitución excelente en tiempos ordinarios, puede ser temporalmente inaplicable durante una crisis política intensa. Ya de antemano se previenen ciertos conflictos peligrosos, autorizando *temporalmente* una restricción al ejercicio de los derechos y libertades del ciudadano»..... En la política constitucional, pues, «que considera la armonía entre la ley

(1) *Principios de política*, págs. 150-61 de la trad. española.

y el desenvolvimiento histórico del espíritu nacional,... es preciso... admitir la supresión temporal de la ley en casos excepcionales de necesidad imperiosa, á fin de prevenir una ruptura violenta»; pero bien entendido que ha de constar «la imposibilidad de resolver el problema por medio de una reforma legislativa», es decir, por el juego normal de las instituciones.

Antes de terminar este capítulo, creo necesario añadir, como un complemento de aquellas doctrinas, que no pocos de los autores que admiten la posibilidad de dictaduras verdaderamente tutelares, manifiestan el temor unas veces, y otras la convicción, de que, prolongándose por algún tiempo aquéllas, caigan, no obstante su buen principio y su función benéfica, en la corrupción que lleva á la arbitrariedad. Tal dicen Chateaubriand y Guizot, entre otros; y este dato, que se refiere á los peligros de la institución mencionada, aun siendo plenamente institución de derecho, y plantea á la vez el problema especial de las condiciones de ejercicio de su poder—ya se considere posible fijarlas externamente, ya se coloquen, como algunos han sostenido, en frenos morales internos, ó en la misma reacción social, caso de que la dictadura haya llegado en sus efectos hasta colocar á la colectividad en situación de producir movimiento reactivo—es dato que interesa grandemente para nuestro estudio.

III

No creo necesario advertir que la lista de opiniones consignada en el párrafo anterior está lejos de pretender ocupar el sitio de una «Historia de las doctrinas sobre la dictadura.» No ha sido ese mi propósito: antes bien, lo señalo como uno de los temas ó cuestiones especiales que deben tratarse y que es inexcusable tratar, en la serie de las que han de servir de ilustración al tema general propuesto. Creo, por mi parte, que una tal historia, bien estudiada en todos sus elementos—esto es, apreciando, no sólo las declaraciones concretas de tal ó cual autor, sino el momento en que fueron hechas, el motivo y los antecedentes que las produjeron, las fuentes literarias y de experiencia personal de que por ventura provienen—ha de ser elemento de juicio tan valioso como la misma investigación de los casos *reales* de dictadura.

Pero aun con esta limitación, que me apresuro á poner, al alcance de la serie de opiniones citadas,

resulta evidente, del examen en conjunto de ellas, que la doctrina tocante á la dictadura tutelar es todavía embrionaria, y, en lo fundamental, apenas si adelanta hoy un paso sobre las indicaciones hechas por Platón. Reduciendo á conclusiones útiles las diferentes indicaciones de filósofos, tratadistas especiales y políticos de acción, podemos obtener las siguientes, que resumen todo el saber concreto acerca de aquel punto, á lo menos hasta donde llegan mis lecturas:

1.^a Necesidad de la dictadura tutelar en determinados casos y circunstancias de la vida social y política de los pueblos.—No faltan autores (aunque pocos, á la verdad), de los no citados antes, que afirmen, ora la necesidad de aquella forma de gobierno para el logro de todas las mejoras sociales de alguna importancia (v. gr., Bucher), ora su condición de única forma racional y compatible con el progreso y el orden (v. gr., Carlyle), por donde se supone la colectividad en eterno estado de infancia, incapacitada por esto mismo para realizar por sí su destino; no sin tender visiblemente (á lo menos los partidarios de la segunda dirección de esta doctrina) á confundir la dictadura propiamente dicha con la monarquía paternal, forma normal de gobierno (1). Anótese, no

(1) Cf. este sentido con el de Molinari (*La morale économique*. París, 1888, capítulos II, III, IV, V, VIII, del libro IV, y VIII y IX del libro VII), que tiende á confundir la *tutela* con el *gobierno* y afirma resueltamente la permanente necesidad

obstante, esta teoría como originaria de una cuestión á que luego hemos de referirnos en otro sentido.—Volvamos ahora á las conclusiones:

2.^a Los casos de dictadura pueden ser, en cuanto se refieren á la actividad interior de cada pueblo, de dos clases: casos de insuficiencia en el desarrollo (infancia ó atraso, paralización del movimiento progresivo), y casos de enfermedad, anormalidad, degeneración ó crisis, tanto pasajera, en pueblos fundamentalmente sanos (los casos citados de Inglaterra y Estados Unidos), como permanentes, en pueblos esencialmente enfermos, y ora se produzcan para resolver problemas peculiares de la colectividad, ora para evitar ó destruir un peligro venido del exterior (diferentes dictaduras romanas). A estos casos se unen los referentes á las relaciones entre dos pueblos que se hallan en grados distintos y muy apartados de civilización (doctrina de Röder, Lorimer, Stuart Mill) (1).

de *tutela* en que se halla la mayoría por no ser capaz de *gobernarse* á sí propia. Cf. págs. 120 y 390, que parecen contradecirse en este punto. Molinari plantea con sus observaciones una cuestión preliminar que no discute: la de quién sea el objeto del gobierno y de la administración, y, por tanto, si en los problemas políticos hay que apreciar la acción de todo el pueblo ó sólo la de la minoría que *gobierna*.

(1) V. también Giner, *Resumen de Filosofía del Derecho*, Parte orgánica, II, pág. 364, en que se estudia la tutela sobre pueblos atrasados como un deber jurídico.—El problema es aquí de mucho mayor alcance del que suele suponerse,

3.^a El dictador ejerce una función especial, limitada, y no puede excederse de ella. Una vez cumplida, cesan su necesidad y su legitimidad; y lo mismo, como es lógico, si no la cumple.

4.^a El dictador asume, para realizar su función, el poder total del Estado, con suspensión de los procedimientos normales, pero no puede usarlo sino en cuanto sirve para su fin.

5.^a La dictadura no cabe sino á condición de no poder resolver el conflicto mediante el juego normal de las fuerzas sociales y de las instituciones existentes, y supone en el dictador condiciones personales extraordinarias; lo cual excluye á los puramente ambiciosos, que sin reunir estas condiciones, pretenden la dictadura por vicioso afán del poder.

6.^a El dictador puede ser elegido reflexivamente, por voluntad explícita del pueblo, ó surgir de un modo espontáneo, ayudado por la voluntad tácita: ora permitiéndole que usurpe lentamente el poder, sin ser nombrado y sin protesta, cuando menos, de la mayoría; ora aceptándolo si se declara de pronto violentamente, como en los llamados golpes de Estado puede suceder. En el caso de vo-

reduciéndolo á los casos de pueblos formalmente salvajes ó bárbaros. Entre pueblos que se hallan en muy apartados escalones de la civilización, aunque dentro de ella (y aparentemente iguales), puede surgir la misma cuestión, y quizá de parte del inferior sea un *deber* suscitarla. Pero el estado actual del sentimiento *patriótico* veda discutir estas cosas.

luntad explícita, la dictadura es legal en la forma (dictadura romana); en el de la voluntad tácita, lo es en el fondo, por la misión que lleva y porque la voluntad tácita es tan voluntad como la expresa (1).

Si á estos datos de la opinión de los autores unimos los que ofrece la legislación, tendremos el reconocimiento de la dictadura total ó parcial en «circunstancias graves y extraordinarias para la seguridad del Estado,» como en la Constitución de la antigua República romana y en las de casi todos los países modernos (casos que llama nuestra Constitución vigente, art. 17, de suspensión de garantías constitucionales), con los demás que llevamos citados.

Tan breves y escuetas afirmaciones no pueden satisfacer, porque no dan, ni con mucho, el conocimiento de la institución de que se trata. Quedan por estudiar no pocas cuestiones que los tratadistas omiten, como las referentes á los procedimientos para ejercer la dictadura, á su funcionalismo interno, á las relaciones entre tutor y tutelados, que, bien apreciadas, podrían traer quizá alguna rectificación importante en cuanto á los atributos del poder dictatorial. Los mismos puntos indicados por los autores exigen una investigación detallada y profunda, de la cual nazca, sobre todo, la determinación concreta de las cir-

(1) Cf. Las doctrinas de Suárez y otros sobre la legitimación del tirano *quoad titulum*.

cunstancias que pueden dar nacimiento á la dictadura (1), especialmente en pueblos dotados ya de cierta organización; y queda, en fin, la reducción á términos generales de todas las observaciones, para deducir, por ventura, la institución misma como institución regular en la vida del

(1) Conviene notar aquí la dificultad que hay en todo caso de tutela para fijar el momento en que empieza á necesitarla el sujeto; v. gr., el delincuente joven, si en la *primera* ó en la *segunda* manifestación (síntoma de su estado anormal) y cuando ha de cesar..... Esta dificultad, evidente respecto de los individuos, ¿será menor en las colectividades, por *sentir* éstas mejor que aquéllos la falta y la *necesidad* de corregirla? Por regla general, el individuo no se reconoce á sí propio culpable, ni busca la tutela penal que ha de servirle; necesita que haga el reconocimiento y aplique la pena otro (la sociedad, el juez). ¿Puede decirse que los pueblos —quizá porque *objetivizan* su enfermedad (evitando con esto, entre otras cosas, el escollo del amor propio), quizá por tener ciertos órganos diferenciados (los partidos, la prensa, etc.) que estudian y declaran las enfermedades, y otros á quienes atribuyen á veces las culpas que son del todo,—se hacen cargo mejor del momento en que se requiere la medicina, ó sienten con más fuerza la necesidad de ella y la piden por esto? ¿Qué valor tiene el hecho de que el pueblo busque por sí propio su medicina, su nuevo gobierno, su dictador, aunque engañándose respecto de la eficacia de este medio, por creer casi siempre que basta la acción personal de *un* hombre ó la aislada de un partido para producir la curación, sin apoyarla con un movimiento general de reforma en la propia masa que se ofrece para ser dirigida?—Cuestiones son éstas que conviene discutir y resolver, pero que ni puedo yo tratar ahora, ni me atrevería á decir que las tengo pensadas lo suficiente para emitir juicio propio.

Derecho, arrancándola á la arbitrariedad de la ambición ó á la vaguedad de lo imprevisto, y reconociendo su correspondencia, que no su oposición, con las mismas garantías jurídicas de los pueblos y con el supremo interés de su educación y progreso general.

A esta labor científica han de concurrir naturalmente las disciplinas llamadas políticas y morales, ilustrando desde sus respectivos puntos de vista, ora con la teoría general de la tutela, ora con la referente á la actividad general del Estado y otras más que no necesito apuntar ahora; pero no menos pueden contribuir los estudios históricos, investigando y esclareciendo el origen de las más célebres dictaduras de otros tiempos; el efecto que produjeran, al nacer, en la colectividad; los medios de que en cada caso hubieron de valerse para cumplir su misión; el grado de poder de que hicieron uso; el papel que la masa desempeñó durante la dominación tutelar; de qué manera hubo de servirse de ella el dictador; qué resultado útil produjeron sus medidas; cuánto tiempo duró la influencia de ellas; por qué causas y en qué medida fué degenerando el poder, si es que degeneró; cuáles son los peligros en que más fácilmente da, y cómo, tal vez en algún caso, fueron eludidos; de qué modo lograron los pueblos desprenderse de la tutela cuando ésta persistía en usar, fuera de tiempo y razón, del poder; en una palabra, la determinación de la psicología experimental de los dos sujetos que intervinieron en la

dictadura, y el análisis de los actos en que ha ido revelándose y que pueden servirnos hoy para la formación de la ley histórica y racional de la institución que nos ocupa.

Y esto, y no otra cosa, es lo que se propone la Sección (1) encerrándose en el límite de su campo científico y llevando por delante la seguridad de que, sin ese estudio histórico de las dictaduras que en el mundo se han producido, toda teoría jurídica quedará falta de base segura, é imposibilitada de dar buenos frutos. Adviértase no más el esclarecimiento que por sí representaría el discernir con toda precisión los casos de verdadera dictadura tutelar que han existido, de los que solo la apariencia de tales tienen. Cítanse en montón como tutores de pueblos á Moisés, á Masinisa, á Sertorio, á César, á Teodosio, á Mahoma, á Carlomagno, á Abderramán I, á Alfonso *el Sabio*, á los Reyes Católicos, á Federico de Prusia, y á tantos más como á diario se barajan en libros y periódicos; pero no eabe duda que el estudio circunstanciado que nos lleve á distinguir entre ellos, señalando cuáles han sido verdaderos tutores y dictadores políticos y cuáles no, evitará confusiones substanciales, apartándonos cuando menos de aquel sentido amplio del tutor que con Carlyle y Emerson, y algo también con Baltasar Gracián, puede llevarnos á romper el propio cuadro de

(1) La de Ciencias históricas del Ateneo de Madrid.—
V. nota de la pág. 107.*

nuestras investigaciones para incluir casos de alta influencia intelectual, como la de Dante, la de Goethe, que manifiestamente caen fuera de nuestro asunto. Hé aquí un primer servicio que la investigación histórica puede prestarnos.

IV

De todas las cuestiones indicadas, es la más importante (por ser la fundamental, la que lleva en sí el criterio de resolución de otras muchas) aquella que se refiere á los principios que rigen la relación entre el dictador y la colectividad. Puede decirse, en cierto respecto, que esta cuestión es *toda* la cuestión de la dictadura, puesto que mirada en su pleno desarrollo comprende, desde la generación misma del dictador, como personalidad excepcional y en todo el cuadro de sus condiciones especiales, hasta la forma en que el pueblo aprovecha las medidas salvadoras de aquél y, mediante su propio progreso ó regeneración, concluye por hacer inútil la dictadura.

La filosofía jurídica puede por sí propia responder en cierta manera á esta cuestión, aplicándole la teoría de una institución de derecho á la cual se asimila, por declaración general de los autores, la dictadura, y que tiene la ventaja de haber sido estudiada muy prolijamente durante

siglos, y muy experimentada en la vida de todos los pueblos del mundo. Me refiero, como es de suponer, á la tutela, respecto de la cual ya hemos indicado antes algo.

En la lista de autoridades citadas se hallará desde luego la afirmación de las condiciones fundamentales de la tutela aplicadas á la dictadura: que ésta ha de ser temporal, limitándose al tiempo necesario para realizar su misión y terminando así que el pueblo alcance su mayor edad ó salga de la crisis morbosa que le aqueja; que el dictador no puede usar de otros medios que los conducentes á cumplir su fin especial en provecho de los sometidos á su poder: tales son las afirmaciones repetidas en los tratadistas y que conforman con las de los filósofos del Derecho en punto á la teoría general de la tutela.

Röder, que es sin duda el autor á quien esta teoría debe más amplios y profundos desarrollos, coincide completamente con los atisbos de los escritores que han formulado opinión sobre la dictadura. «Solo puede haber derecho—dice Röder (1)—á aquellos *medios* de educación y tutela que *plenamente corresponden* al fin de la dirección y madurez de la vida... y no en verdad á los que están fuera de toda relación con este fin ó excedan de él. Pero en cuanto el fin desaparece ó se cumple, no es lícito pretender derecho alguno á los medios. De suerte que, tan pronto como se al-

(1) Ob. cit., I. sec. IV, párrafo 46.

cance la completa madurez de la vida, cesan evidentemente la dependencia y la necesidad de educación que hasta entonces había, y, por consiguiente, cesa también el derecho de educación y de tutela en escrito sentido.» «El grado inferior de capacidad jurídica — añade en otro lado (1) — correspondiente al grado ínfimo de personalidad, es aquel en que los hombres (individuos ó pueblos enteros) están sumidos todavía en una vida puramente sensible, cercana á la de los animales. Pero ni aun en este grado deben nunca ser tratados como si no fueran hombres, sino que debe tenerse en consideración que semejante estado de vida, sea *natural* ó *morboso*, es transitorio, y ha de ser corregido, hasta donde sea posible, conforme á las leyes del arte de la educación, conduciéndolos gradualmente á un estado superior de cultura.» Esta doctrina coincide, como se ve, con la de los políticos, en afirmar la necesidad de la tutela para todos los estados de infancia ó degeneración, y en limitar la acción del tutor á su función propia, en vista del derecho de los tutelados.

Pero adviértase que, por bajo de estas proposiciones generales más aparentes, parece haber, lo mismo en Röder y los juriconsultos que en los políticos, otra no menos importante y general, implícita en la definición de la dictadura ó tutela y

(1) Ob. cit., I, IV-V, párrafo 50.

de sus límites, á saber: que en esta relación no se suprime enteramente la actividad del pueblo, de modo que sea tan sólo elemento pasivo, sino que, aparte de conservar la plenitud de su derecho y de su dignidad, aunque no la ejerce de momento, en gran parte su acción concurre con la del dictador en la obra de la regeneración ó del progreso, hasta el punto de convertir en inútil, en un momento dado, la tutela misma. Esta afirmación, que sin violencia puede hallarse latente en la mayor parte de las doctrinas citadas, tal vez no la reconocieran como propia, si se les formulase explícitamente, algunos de los autores mencionados. Contribuiría á esto, sin duda alguna, la preocupación, todavía muy fuerte en la generalidad, tocante al papel que desempeña en la relación educativa ó tutelar (de todos órdenes) el sujeto inferior á quien se educa ó tutela, considerándolo elemento puramente pasivo que no colabora en nada, mediante actos de propia voluntad é iniciativa, en la obra de su educación ó dirección.

Plantéase con esto una de las cuestiones principales que integran la de la relación entre ambos sujetos de la dictadura. ¿Es el dictador la única actividad que en ella se produce, convirtiéndose los sometidos en blanda éera que recibe las impresiones de los dedos soberanos, sin reaccionar lo más mínimo? ¿Se agota por completo en la tutela política la actividad del tutelado, de modo que el autor pueda decir que es, no sólo el que

dirige, sino el único que anda y que tiene movimiento propio?

Conste, ante todo, y únicamente como dato en este puro análisis de la cuestión, que los filósofos del Derecho están muy lejanos de contestar afirmativamente á esta pregunta, por lo que toca á la tutela en sentido estricto, y á la relación jurídica educativa.

Lejos de ello, reconocen que el menor y el enfermo (como el penado, en su caso), á menos de una perturbación tan absoluta (ciertos casos de locura, v. g.) que no quepa la posibilidad de que salga de ella el sujeto — limitándose entonces la tutela á una verdadera guarda de derechos, en vez de ser, como en los demás casos, una representación que lleva en sí el deber de ir capacitando al representado, para que cese el estado de cosas que hace necesaria la tutela (1)—reconocen,

(1) Como que toda tutela no es uniforme y constante en el poder que supone, sino que éste—y con él las funciones del tutor,—va disminuyendo en intensidad según se acerca la mayor edad del tutelado. Cf. Giner, *ob. cit.*, 369-70 y Molinari, *ob. cit.* (pág. 121), para quien es una condición de la tutela que «según sea el pupilo más ó menos capaz de obrar por sí propio, de subvenir á sus necesidades y cumplir el conjunto de sus naturales obligaciones, el tutor debe obrar por él, subvenir en todo ó en parte á sus necesidades, ayudarle á cumplir sus obligaciones, ó, finalmente, limitarse á prescribirle las reglas de conducta que debe observar con el fin de ejercer su actividad útilmente para sí y para los otros».

digo, que el concurso de la actividad del tutelado es indispensable si la relación ha de cumplir su fin; porque el mejor tutor del mundo, sea el padre ú otra persona, nada lograría, caso de oponer el menor ó el enfermo una resistencia pasiva ó una oposición directa y franca á la dirección de aquél; siendo absolutamente preciso que, cuando menós, el tutelado reciba los consejos, indicaciones y órdenes del tutor, y se determine á obrar según ellos. Se comprende muy bien que de nada serviría la dictadura del genio más grande que la humanidad pueda producir, si la sociedad no le prestase concurso mediante la aquiescencia á sus órdenes, la admiración á sus dotes personales, incluso el fanatismo por él, hechos todos que suponen actividad, y que, á su vez, la producen. ¿Qué dictador sería posible si se negasen á obedecerlo el pueblo, el ejército, todas las fuerzas vivas del país? La dictadura, como la tutela, requiere, pues, cuando menos, una serie de actos de conformidad por parte del sujeto sobre que se ejerce.

Este hecho elemental, con cuya afirmación nada nuevo se pretende descubrir, lleva al parecer indeclinablemente á una consecuencia, interesante también como dato que se ha de investigar históricamente, para el estudio de las funciones dictatoriales, á saber: que la dictadura no se puede producir nunca como acto arbitrario de un individuo y sin apreciar la oportunidad de su manifestación, sino que viene siempre preparada, y aun puede decirse que impuesta, por estados so-

ciales que se traducen en una aspiración, instintiva unas veces (y que se manifiesta en el reconocimiento de la superioridad del tutor y en la sumisión á él), plenamente reflexiva otras, á la cual el dictador satisface convirtiéndose en representante y ejecutor de una necesidad sentida por el sujeto social y que éste no puede cumplir directamente por falta de condiciones actuales.

No debe perderse de vista, para el examen de esta cuestión, las condiciones en que se produce (ó á lo menos se ha producido hasta ahora) el desarrollo social: el papel predominante de las minorías cultas, que imponen á la masa su criterio y son las que, al cabo, se mueven realmente; el efecto, transitorio sin duda, de la fuerza material puesta al servicio de un individuo ó corporación contra la mayoría, con otras análogas que dan complejidad enorme á la acción colectiva. Pero sólo mediante el reconocimiento de aquellas condiciones en que hemos supuesto que se produce la dictadura, cabe allanar la dificultad enorme que suscitaría á la doctrina acerca de esta institución la verdad, innegable en el orden sociológico, de que los cambios en la masa no se hacen nunca de golpe, bruscamente, y que, por lo tanto, si no hay en ella una preparación más ó menos reflexiva para el cambio, éste no se producirá, por muy grande que sea la fuerza que quiera imponerlo. El resultado útil de todas estas consideraciones sería, para nuestro asunto, que las dictaduras (salvo casos raros y anormales de brevísima duración)

se producen cuando deben producirse, y son, en cierta manera, obra social también.

No cabe duda que á pensar de otro modo ha contribuido muchísimo, hasta ahora, el prejuicio de no ver en los casos de tutela de pueblos más que un simple fenómeno de superioridad *intelectual*, como se nota, por ejemplo, en Guizot, en Emerson y en el mismo Carlyle; ó, por el contrario, un fenómeno en que intervienen dos cantidades, de las que una, la colectividad, es igual á cero, y la otra, el dictador, es la más elevada posible. Lo primero, haciendo por ahora abstracción de la teoría de Aristóteles, según la cual todos los individuos reunidos saben más que el más sabio tirano (el *tout le monde a plus d'esprit que M. de Voltaire*, de los franceses), es solo verdad en ciertos casos, como el de la tutela de pueblos infantiles, en que el tutor, cuando lo es realmente, tiene á lo menos una más clara y comprensiva idea de los fines humanos—á cuyo cumplimiento ha de ser conducido el pueblo objeto de tutela—que el pueblo mismo, porque si no, éste los cumpliría normalmente por medio de sus órganos naturales. Lo segundo, juzgando conforme á la posición actual sociológica, es falso siempre, no solo por que no se agota nunca la actividad colectiva, sino porque en el funcionalismo social no son constantemente precisas las mismas cualidades para resolver todos los conflictos, y bien puede darse (en las dictaduras por anormalidad seguramente se dan) repartidas entre la colectividad y el tutor, tocan-

do á éste solo las referentes á la voluntad (al carácter) que falten en aquélla, no obstante tener conciencia clara de lo que debería hacer y haría si pudiese.

El valor de la energía, de la voluntad, en la obra de la civilización, no es bien conocido todavía, por haber adoptado hasta hoy la historia un punto de vista sobradamente intelectualista, como si la inteligencia y el saber fuesen las únicas fuerzas sociales (1); pero es indudable que muchos de los problemas históricos se resuelven por condiciones de carácter, y no de inteligencia, y aquéllas son precisamente las que pierden en primer término los pueblos degenerados ó perturbados momentáneamente y las que el dictador ha de sustituir con las suyas propias. Entonces se da el caso de una sociedad que conoce su mal y que se arroja en

(1) La reacción más acentuada contra este sentido tradicional la representa Kidd, *La evolución social*, cap. IX, especialmente (*La inteligencia no es el factor principal de la evolución humana*).—Nordau, para quien el genio se caracteriza por un desarrollo «especialmente poderoso» del *juicio* y de la *voluntad* (*Psycho-physiologie du génie et du talent*, pág. 132), cree que «el desarrollo del centro de la voluntad, tan solo, no basta para constituir un genio» (pág. 141), pero que el «genio de *juicio* sin vigor particular de voluntad, produce un gran pensador, un filósofo, un matemático, quizá también un naturalista» (pág. 148), pero no un hombre de Estado, para darse el cual es preciso que «el centro de voluntad esté tan extraordinariamente desarrollado como el del juicio.... Un genio semejante no se manifiesta ni en pensamientos (?) ni en palabras: sino en actos» (pág. 153).

brazos de quien, conociéndolo igualmente, tiene, además, temple de alma bastante para remediarlo; así como en muchos casos de tutela de pueblos infantiles el cambio es inverso, dando el dictador conocimiento y el pueblo fuerzas de voluntad sanas y frescas para cooperar, una vez encaminadas, á la obra de su educación. La romanización de las provincias conquistadas por los legionarios, y la de los germanos que, puestos en contacto con el Imperio, se civilizaron hasta el punto de sustituirlo, son dos ejemplos de ello, si bien poco estudiados todavía bajo este aspecto.

V.

Este mismo problema que ahora nos ocupa, no con ánimo de resolverlo, sino de apuntar todos los elementos de que consta y que piden nueva revisión, es el que en el terreno de la historia general se ha discutido con el nombre de problema del *genio* ó del *sujeto histórico*, en el cual los nombres de Emerson y Carlyle brillan en primera línea.

Conocidos son los términos en que este problema se ha planteado y discutido, y no creo necesario detenerme en su exposición. Con otro motivo que el que ahora me guía he tenido yo necesidad de hablar largamente sobre este punto, y no quisiera ni copiarne ni repetirme; pero no puedo desatender puntos de vista especiales, que ahora son pertinentes, y con ellos la rectificación, también, de algunas apreciaciones por mí mismo hechas (1).

(1) *La enseñanza de la historia*, cap. iv, 2, especialmente págs. 201-3 de la 2.^a edición.

La diferencia entre las teorías modernas y las antiguas de la ciencia histórica por lo que toca á este punto, estriba en que, mientras éstas consideraban como único sujeto de la historia al individuo, en la representación de las personalidades salientes (genios, hombres providenciales, etc.), aquéllas tienden á considerar como verdadero sujeto á la colectividad, de quien proceden todos los individuos, por superiores que parezcan, y sin cuyo concurso no se explica, ni la obra de éstos, ni aun su aparición en el mundo (1).

(1) Véanse como mantenedores de la teoría individualista: Emerson, *Los representantes de la Humanidad y Ensayos*; Carlyle, *Los héroes*; Hegel, Prefacio de su *Filosofía del Derecho* (cf. el estudio que de las ideas de Hegel en este punto hace Fouilleé, *L'idée moderne du droit*, lib. I, cap. V, poniendo de relieve las contradicciones en que al parecer cae Hegel, y que en rigor expresan su posición intermedia en el problema); Hennequin, *La critique scientifique*, págs. 149 y sigs.; Stuart Mill, *Système de logique*, (cf. el análisis de su idea por Lombardo Pellegrino, *Rev. scientif. del Diritto*, 1897, fasc. VI-VII, pág. 398); Aly y Pruzt, artículos citados en *Adiciones á la Enseñ. de la hist.*, pág. 34. Como mantenedores de la personalidad de la masa: Macaulay, ensayos sobre *Dryden* y sobre la *Historia*; Spencer, *Sociología*; Gumpłowicz, *Derecho político filosófico* y *Rev. de Derecho y Sociología*, 1895, págs. 537, 542 á 44 y 545-7; Lombroso, *L'uomo di genio* (la 8.^a edición de este libro, completamente reformada, acaba de publicarse: Torino, 1897); P. Mougelle, *Les problèmes de l'histoire*; Kidd, *La evolución social*, págs. 263-4 de la trad. esp.; Bourdeau, *L'histoire et les historiens*; Metchnikoff, *La civilisation et les grandes fleuves historiques*; Letelier, *¿Por qué se rehace la historia?* etc.

La primera rectificación que hay que traer á esta divergencia de escuelas, que, formulada así escuetamente, parece radical y extrema el sentido de cada una, es que los primeros defensores de la

—Recuérdese también la teoría de la historia como epopeya divina, en Schelling.

La reacción que se ha producido recientemente en Francia y en Alemania á favor de la teoría de las grandes individualidades, como fuerzas directoras en la historia, ha originado una riquísima literatura, que (según haremos observar luego) más bien que reproducir, por lo general, los antiguos radicalismos en este sentido, representa una solución armónica de la cuestión principal. A esta literatura novísima corresponden los siguientes trabajos: Lombardo Pelegrino, *L'«Uebersch» nella società e nel diritto* (loc. cit.); Schiller, *Ueber die Bedeutung des Genies in der Geschichte* (Leipzig, 1894); Turck, *Der geniale Mensch* (Jena, 1896); Charles H. Cooley, *Genius, Fame and the comparison of Races* (en los «Annals of the American Academy of Polit. and Soc. science,» Filadelfia, 1896); Fr. W. H. Myers, *The Psychology of genius* (Congreso de Psicología de Munich, 1896); M. Halm, *Die Liebe des Uebersch»* (Leipzig 1897); L. Berg, *Des Uebersch» in der modernen Litteratur* (Munich, 1897); K. A. Gerhardt, *Das Wesen des genies* (Berlin, 1897); Max Nordau, *Psycho-physiologie du génie et du talent* (trad. fr. París, 1897); M. F., *El génio* (Bibl. Warsszanska, tomo 227, núm. 7: artículo que refuta las teorías de Lombroso y Moreau respecto de la anormalidad de los genios); N. Pla y Deniel, *El hombre de Estado* (Rev. jurid. de Cataluña. Dic. 96, Feb. 97); P. Groussac, *Génesis del héroe* (La Biblioteca, de Buenos Aires, núm. 8: Enero, 1897); Odin, *La genèse des grands hommes* (París, 1896, 2 vol. cf. su crítica, por H. Joly, en Rev. Philosophique, Nov., 1896. Joly es autor de un libro de *Psychologie des grands hommes*. París, Hachette); Unamuno, *Sobre el cultivo de la Demócra* (conferencia en el Ateneo de Sevilla, 1897); Rachfal, *Sobre una teoría de la ciencia colectivista*

teoría del genio no han llegado nunca á desconocer el valor y la función de la masa en la historia. El mismo Emerson dice de Napoleón (precisamente el hombre, de todos los que cita, que se refiere más directamente á nuestro problema) que «debió su predominio á la fidelidad con que expresó el tono de pensamiento y las creencias ó tendencias de las masas activas y cultas.....» (1); y que «si Napoleón es la Francia, si Napoleón es la Europa, es porque los pueblos que gobierna son Napoleones en miniatura:» ó en otras palabras, que el gran dictador francés era el producto de su tiempo y de la colectividad á que pertenecía (2). Carlyle, como observa muy acertadamente su crítico español (3),

de la historia (crítica de la teoría de Lamprecht, publicada en *Jahrbücher f. Nationalökonomie und Statistik*, 1897, Heft 5, y contestada por Lamprecht en la misma Revista, H. 6. : *El individualismo y la fuerza del socialismo psíquico en historia*, V. también las discusiones del Congreso de historiadores alemanes reunido en Innsbruck (1897): en *Rev. Histor.* Nov.-Dic. 1897. La nota exagerada no podía faltar en esta abundante literatura y la da, en efecto, un Mr. Saint Georges de Bonhelier, en su art. *Lois du genie* (absolutamente independiente del clima y de «la época») en *Revue naturiste*, Sep., 1897. Nietzsche trae también en su *Crepúsculo de los ídolos* algunas consideraciones acerca del papel de los genios, que en otro lugar extractamos.

(1) *Los representantes de la Humanidad*, pág. 283 de la trad. francesa de 1863.

(2) Lo mismo concluye por decir Hegel: «El individuo es hijo de su tiempo y ningún individuo puede realmente sobrepasar á su siglo.»—V. Prólogo á la *Filosofía del Derecho*.

(3) Leopoldo Alas: Introducción al tomo II de la trad. es-

aunque á veces parece exageradamente *individualista*, tiene en ocasiones muy atenuado este sentido, puesto que admite la posibilidad «de muchos héroes simultáneos,» de una *democracia* intelectual. El inmortal autor de *Los héroes*, á pesar de que la orientación general de su doctrina le lleva á la justificación del éxito y de la fuerza y á sentir muy escasa simpatía por las masas (1), deja esca-

pañola de *Los héroes* (Madrid, 1893), especialmente la página 17 y sigs.

(1) V. sobre el *oportunismo* de sus doctrinas, el fondo materialista de ellas, y en general sus lados ó aspectos peligrosos, el precioso estudio de Jhon Morley, *Carlyle*, comprendido en el tomo de *Essais critiques* (traducción francesa. París, 1895, pág. 160-2, 164-69, 232-3.) Complétese este trabajo con un *Discurso* del propio autor, pronunciado en el *meeting* de 4 de Diciembre de 1895 (en honor de Carlyle: *Daily News* del 5 de Dic., 95, p. 6.) Morley hizo resaltar en este discurso la diferencia entre Carlyle y Emerson, y el predominio de la cualidad de artista en aquél, á quien no puede llamarse un sabio ni se le puede discutir como tal. — V. también el juicio de Lombardo Pellegrino, loc. cit., p. 397. Sobre Carlyle siguen publicando con frecuencia artículos las revistas, v. gr., las tituladas *Leisure Hours* (Dic. 95), *Young Man* (Dic. 1895), *Sunday at home* (Febrero 1896. Art. de S. G. Green, *Carlyle as Religious Teacher*, etc.) Reciente es también un libro titulado *The Homes and Haunts of Th. Carlyle* (London, 1896. Reimpresión aumentada de lo publicado sobre este punto en *Westminster Gazette* y *Budget*), que muestra cuán viva está la memoria del gran escritor en el pueblo inglés.—En Alemania se ha publicado también recientemente una traducción de Carlyle: *Sozialpolitische Schriften von Th. Carlyle. Aus den Englischen übersetzt von E. Pfannkuche. Mit einer Einleitung und*

par, á lo mejor, rectificaciones como la de reconocer la ineficacia de la acción individual para imponer una idea al mundo, aun siendo quien la propaga un hombre de genio y haciendo uso de la espada: «¡La espada! (dice). ¿Dónde hallaréis la espada? Toda opinion nueva, en su principio, se encuentra precisamente en *una minoría de uno*... (1) Un hombre solo, de todos los habitantes de la tierra, la cree: un hombre contra todos los hombres. Que ese hombre tome una espada y trate de propagar con ella: le servirá de muy poco. ¡Necesitáis, en primer lugar, conseguir vuestra espada! Por regla general, *una cosa se propagará por sí misma* de la manera que pueda;» es decir, que la difusión se hace en la masa por propia virtud de la idea, y mientras no sucede esto, la espada es inútil. El hombre grande, para Carlyle, es como rayo del Cielo; pero le hace falta el combustible de los demás hombres para crear una hoguera (2).

Todas estas declaraciones de Emerson y Carlyle atenúan bastante las demasiado absolutas que en otros lugares de sus libros asientan en punto á la superioridad de los genios ó grandes hombres (3) y al carácter pasivo de la colectividad; y no

Anmerkungen herausg. von Dr. P. Heusel. I Band. Gottingen, 1895.

(1) Esto es lo que empieza á dudar la ciencia moderna.

(2) I, 139.

(3) Emerson, loc. cit., pág. 13.—Carlyle, I, 2, 75, 83, 98 y 99. Debe notarse que uno y otro comprenden en su concepto de genios á muchos que no pueden considerarse como

deben olvidarlas los que, con sobrada precipitación, han reducido á fórmulas simples, radicales, el pensamiento de aquéllos, exagerándolo, como siempre hacen los discípulos. Estos son los que han venido á establecer la teoría de la independencia del genio respecto de la sociedad en que ha nacido, en cuanto se refiere á la génesis de sus ideas, de su carácter, de toda su obra histórica. Y contra esto precisamente, no contra el valor propio del genio mismo y el reconocimiento de su función especial en la vida, es contra lo que se levantan casi unánimemente los defensores del sujeto social como sujeto fundamental de la historia. Así que, cuando el calor de las primeras discusiones hubo pasado, el estudio, no ya de los términos reales del problema, sino de los mismos términos en que se había planteado originariamente, ha impuesto ciertas soluciones intermedias, más ó menos justas, que llevan la cuestión á campo distinto y más seguro. La teoría crítica de Guyau (1), según la cual el genio, si bien condicionado y suscitado en parte por la sociedad real preexistente (la de su tiempo y la anterior), crea á su vez, en su inteligencia, una sociedad idealmente reformada (mediante la la reflexión interna de los mismos términos de la

«tutores» desde nuestro punto de vista; siguiendo en esto á Baltasar Gracián, que les abrió camino con *El héroe*, donde habla de capitanes, reyes, filósofos, etc. Véase sobre Emerson el estudio de Morley, pág. 225 y 231-2.

(1) Ob. cit., págs. 30 y siguientes, y en especial 42-45.

realidad presente) y reobra sobre la masa merced á la síntesis nueva, que le ofrece, del propio espíritu colectivo que á todos es común; esta teoría, repito, ha venido á ser la fórmula provisional de conciliación que marca, no solo el estado del problema, sino el camino que deben llevar de hoy en adelante las investigaciones: dirigidas, no á negar ó afirmar sistemáticamente el papel del genio y de las colectividades en la historia, sino á discernir cuáles elementos aporta cada uno y qué ley rige la influencia y reacción mutuas que entre ambos se producen. Así, uno de los recientes tratadistas de este punto, el alemán Sigmund Schilder (1), resuelve de aquella manera armónica, que

(1) *Ueber die Bedeutung des Genies in der Geschichte*. Leipzig, 1894.—Todavía Schilder vacila un poco, al sostener que el genio no es un *resultado*, como las instituciones, sino una de las fuerzas fundamentales de que procede la historia; pero declara, al propio tiempo, que no es el único factor de ella.—La posición intermedia (y la más real, á nuestro parecer) de la cuestión, la preludiaba ya, hace años, Gobineau al escribir (*Essai sur l'inégalité des races humaines*, tomo IV.—*Conclusion générale*, págs. 323-4): «Los grandes hombres no se creen á sí propios omnipotentes... Aquellos cuya altura excede del nivel común, saben bien que el radio de acción consentido á su autoridad no traspasa nunca, en la más amplia expansión posible, los límites de un continente; que, en su propio palacio, no se vive como ellos desearan; que si su invención retrasa ó precipita el paso de los sucesos, es de la propia manera que un niño contraría la marcha de un riachuelo, al cual no puede impedir que siga corriendo. Lo mejor de sus resoluciones procede, no de invención, sino de comprensión.» Pero añade en seguida (pág. 326): «los pueblos tienen siem-

diríamos, la respectiva acción de la colectividad y del genio, que si viene preparado por precursores individuales y por el estado de la conciencia social, trae á su vez algo propio que él solo sabe hacer.

En el fondo, todos ó casi todos los autores que han resucitado en nuestros días el problema, llegan, repito, á conclusiones análogas: es decir, reconocen que á la producción del movimiento histórico concurren activamente, aportando elementos y energías esenciales, el genio y la colectividad. Las diferencias señálanse en cuanto se trata de determinar cuáles sean los elementos que proceden de la masa y cuáles los que trae el genio, ó sea, la parte de actividad que cada factor aporta: creyendo unos que la iniciativa del genio necesita, para ser eficaz, de la conformidad con el «clima histórico», con el estado latente de las conciencias, (1) al paso que otros suponen, como

pre necesidad de un hombre que comprenda su voluntad, que la resuma, la explique y la conduzca donde debe ir.»—Gobineau creía inútiles (por imposibilidad de obtener un resultado) las tutelas de pueblos inferiores.

(1) Esta es la posición de Nietzsche quien, en el párrafo titulado *Mi idea del genio*, de la obra *Crepúsculo de los Idolos* (v. la trd. fr. en *La revue blanche*, 15 Septiembre 1897, páginas 409 y 10), afirma ser los grandes hombres «como materias explosivas en que está acumulada una fuerza enorme», siendo su hipótesis «histórica y fisiológica»; de modo que, cuando la tensión de la masa ha llegado á ser demasiado grande, basta la más leve excitación para que aparezcan en el mundo el «genio», el «acto», el «gran destino».

Nordau, que la colectividad, enteramente ajena en un principio á la idea del genio, va lentamente recibíendola, asimilándola, hasta que la hace suya, y sólo entonces llega el momento de la acción fecunda y sólida. (1)

Se comprenderá ahora, con más claridad que antes, la relación que existe entre el problema del sujeto de la historia y la cuestión fundamental psicológica de la dictadura. El dictador, tal como lo entendemos aquí, es un hombre de genio (si se mira desde el punto de vista de la inteligencia), ó un hombre superior (para comprender también los casos en que su acción no es preferentemente del orden intelectual); y todos los estudios que se hagan para depurar la mutua acción y reacción de los dos sujetos históricos en general, nos interesan aquí también especialmente. Hay más: el estudio particular que vamos á emprender se ofrece como el más apto para rendir conclusiones útiles al problema general; porque precisamente lo que á éste le falta para salir del terreno de las consideraciones abstractas, es la base real que solo pueden darle las investigaciones históricas concretas — poco explotadas aún—que depuren en

(1) No faltan algunos para quienes la fuerza del genio procede de él solo, y la colectividad no hace más que plegarse á sus dictados y dejarse llevar pasivamente. Tal puede deducirse de algunos pasajes de Lombardo Pellegrino. Pero esta solución radical y extrema es poco frecuente, y aun en los mismos que parecen acariciarla no sería difícil hallar atenuaciones de gran trascendencia.

cada caso de los que se aducen como casos de tutela ó de obra genial, y con ayuda de todos los medios de que ya disponen las ciencias de este orden, cómo se ha producido la tutela, cuál era el estado de la colectividad cuando se produjo, de qué elementos se sirvió el hombre superior y qué efecto produjeron, con todas las demás cuestiones subalternas que hemos indicado. ¡Quién sabe si muchos fenómenos históricos, inexplicables aún hoy día, lo son tan sólo por ignorancia de datos, y una vez adquiridos éstos quedará reducida la originalidad absoluta de muchos grandes hombres á lo que ha quedado reducida, v. gr., la originalidad artística de los griegos, después de las profundas investigaciones hechas sobre los orígenes orientales de su arte!

Y ya que he venido á citar este ejemplo de Grecia, bueno será advertir cómo se refleja en él aquella misma posición intermedia de Guyau; puesto que si el reconocimiento de los orígenes orientales del arte griego quita á éste la cualidad de *invención* absoluta, no le niega la parte propia, sustantiva que trajo, prosiguiendo la evolución hasta sus últimos grados de perfeccionamiento, y dando una resultante, que sin escrúpulo puede llamarse nueva, del contacto entre los precedentes y el propio espíritu del pueblo griego, que á su vez también era una resultante étnica.

Pues bien: después de todas las relaciones indicadas entre el problema del sujeto de la historia y el de la dictadura, queda por advertir una cosa.

que parecerá tal vez extraña á primera vista, á saber: que cualquiera que fuese la solución científica dada al problema general, el que á nosotros nos ocupa no sufriría modificación alguna en punto á la posibilidad y realidad de su existencia. La razón es obvia. Si los únicos factores que impulsan á las sociedades fuesen los individuos dotados de una cierta superioridad intelectual ó moral, la dictadura sería el hecho más lógico, no ya como extraordinario en la vida de las colectividades, sino como normal y constante. (1) Si al contrario, todo impulso procede de la sociedad, y los grandes hombres no son sino meros representantes de ella, como ya decía Emerson, la dictadura tutelar no se hace imposible, puesto que es ley de la vida social, perfectamente reconocida, la representación; y no ya sólo, como sabemos, en los casos de imposibilidad de ejercicio del derecho por el todo social (por falta de desarrollo, por impotencia morbosa, por trastornos pasajeros, etc.), sino constantemente, merced á las propias condiciones de la persona social, á la diferenciación de funciones que en ella se cumple irremediablemente, y á la encarnación más ó menos genuina y completa que en momentos dados se produce, en individuos determinados, del espíritu público de su tiempo. Los ejemplos de esto último se ofrecen tan á me-

(1) Recuérdese lo dicho antes refiriéndose á doctrinas de Santo Tomás, Bucher, etc.

nudo á nuestros ojos, y por fortuna en concurrencia con un movimiento social análogo, que bastan por sí solos para demostrar cómo la iniciativa individual es posible con el puro carácter de representación y coincide, á lo menos en los pueblos que todavía alientan, con explosiones colectivas que no son meros reflejos, aunque hayan necesitado de un como acicate ó reóforo para salir al exterior.

Los escritores que más importancia dan á la fuerza colectiva, aun en agrupaciones inorgánicas y pasajeras, como Le Bon, que acaba de escribir una *Psicología de las muchedumbres*, reconocen la necesidad casi fatal de un «conductor,» de un guía ó adalid. Que éste reciba su fuerza, «su espada,» como diría Carlyle, de la misma masa á quien guía, ó la eduzca de sí propio y la imponga, da lo mismo, en cuanto á la producción del hecho. En cuanto á la ley de su funcionalismo interior, ya importa que sea lo uno ó lo otro, porque de ello han de dimanar las condiciones externas, las condiciones jurídicas de esa dirección al convertirse de hecho natural, espontáneo, en institución reflexiva y acotada.

Al señalar estas diferencias y estas relaciones que se dan entre ambos problemas, y la independencia relativa entre uno y otro, se ha querido prevenir la confusión, limitando á su horizonte especial el de la dictadura y previniendo contra la objeción preliminar que pudiera oponerse por los partidarios de la teoría del sujeto social como único,

v. gr., Gumpłowicz (1), Mably (2), negando la posibilidad de aquel hecho por darle el sentido exagerado de los *individualistas*.

Fijado ya el único que le es aplicable, y demostrada así la compatibilidad de la dictadura tutelar con la actividad colectiva, y aun con la doctrina de que los grandes hombres son un puro producto de su tiempo, queda abierto el camino al estudio particular de aquel fenómeno y á la determinación de sus elementos y de su funcionalismo interior, que no cabe ahora anticipar por mucho que la inteligencia se incline á una solución cualquiera.

Lo rudimentario de los conocimientos tocante á la persona social, á su psicología, tanto normal como patológica, á su misma composición y á la dependencia de sus diferentes miembros, nos impone—dejando á un lado las construcciones sistemáticas, que no faltan—una reserva prudente; pero no sin que le acompañe la fe más viva en que, así como de los estudios monográficos se van formando las ciencias naturales, y de ellos saldrá también algún día, por ventura, la verdadera Historia de España, únicamente de ellos hemos de obtener la serie de datos que permitan construir

(1) V. su artículo *Prejuicios políticos, Ilusiones del sentido en la Sociedad*, en la *Revista de Derecho y Sociología* (1895), págs. 537-45-46 y las 542-3-4 acerca de la inutilidad de los esfuerzos individuales. (José II de Austria).

(2) *De la manière d'écrire l'histoire*, págs. 71, 185-88 y 200.

sólidamente la doctrina de la dictadura, no sólo en punto á su necesidad, mas también á las leyes de su ejercicio y de su génesis: y entre ellas, de esa á que he venido refiriéndome en este capítulo, y en la cual enciérrase la explicación de cómo en un pueblo infante, ó enfermo, y aun moribundo, se pueden producir personalidades vivas y superiores que saquen al pueblo mismo de su estado inferior.

VI

Este rápido análisis de los términos del problema que nos ocupa bastará, creo yo, para advertir del contenido riquísimo de cuestiones que encierra, y, por tanto, del programa de exigencias *teóricas*—como suele decirse—á que las mismas investigaciones concretas de carácter histórico han de atender.

Todas estas cuestiones reúnen, al propio interés general de cualquier asunto de estudio, el de *actualidad* que tienen siempre las cuestiones históricas. Cuán útiles puedan ser sus conclusiones científicas para la resolución de problemas palpitantes, de graves y urgentes necesidades que tal vez lleguen á tocarnos de cerca, no hay para qué encomiarlo. Los espíritus sinceros, generosos, que sin renegar del espíritu de su siglo advierten ya el fracaso de muchas instituciones que les fueron queridas desde la infancia, vacilan aún en decla-

rarse contra ellas, no sólo por el amor á la tradición en que se educaron, al reeuerdo grato de las ilusiones pasadas que perduran en su memoria, sino, sobre todo, porque no aciertan á dar con la justifieaeión teórica de un eambio ó de un retroceso (más aparente que real en este punto), de modo que encaje dentro del sentido de la evolución moderna, más que agotada (que seguramente no lo está), desviada de su cauee propio, y á la cual no pueden justamente desatender; y con esta vacilación retrasan, quizá en no poeo, aquellas rectificaciones ó restauraciones del genuino carácter de las cosas, que parecen imponerse y llamar á nuestra puerta con gran prisa.

¡Quién sabe si para ellos también—y con mayor disereta seguridad que para los entusiastas preeipitados de todo lo nuevo, en cuyas manos suele malograrse lo mejor y más grande—esta labor de allegar términos con que construir racionalmente la doctrina de un elemento de gobierno hasta ahora tenido tan sólo (por confusión de nombre y de ideas) como manifestación brutal, antijurídica, podrá descubrir algún apoyo firme para llegar á la ecuación ideal entre sus conveiciones de ayer, sus temores de hoy y su conciencia de un necesario remedio á los males presentes!

La deelaración que, en nuestro mismo país acaba de hacer la opinión pública en punto á la necesidad de remedios extraordinarios, quizá momentáneamente antilegales si se les mira con formalismo inflexible, aunque redimidos inmediata-

mente de esta tacha por la misma conciencia nacional que crea las leyes, parece llevar en el fondo la presciencia de ese acomodamiento con el derecho fundamental del sujeto jurídico que, sin salir de la esfera jurídica, como ya nota Holtzendorff, pueden tener ciertos remedios extraordinarios.

Y á eso precisamente hemos de tender: á la elaboración de la doctrina *jurídica* de la dictadura tutelar; en la cual doctrina, no es uno de los puntos menos importantes la determinación, legal y sociológica, de los casos en que procede la aplicación de aquel remedio, punto que requiere el más detenido examen: porque no es infrecuente el caso de creer por simples apariencias que lo «que huele á podrido en Dinamarca» es el pueblo, es la sociedad toda, cuando la podredumbre está realmente en lo alto. Y aunque sea cierto que una sociedad verdaderamente sana no tolera el mal ni arriba ni abajo, y que la continuidad de la perturbación en las esferas oficiales sin una reacción poderosa en la masa es prueba segura de que en ésta hay algo enfermo, ó el sentido moral, ó la fisiología (el poder de reacción), parece indudable que la diferencia de tacha impone también una diferencia de aplicación en el medio curativo.

Sin extralimitarse de su propio campo, la Sección de Ciencias históricas del Ateneo puede contribuir al esclarecimiento de estas cuestiones. No le toca á ella el examen *filosófico*, como se dice, de la dictadura, aspecto que compete exclusiva-

mente á otra Sección hermana; pero en el examen de su aspecto histórico, sin discutir teorías, aportando hechos, datos de observación concreta, puede ayudar grandemente á la obra indicada. Esperemos que lo hará así.

LIBROS DE «VIAJES» NORTEAMERICANOS

REFERENTES Á ESPAÑA

Por condiciones especiales de nuestra Historia, que no hay para qué recordar, España ha sido uno de los países más visitados de gentes extranjeras, y también uno de los que más contingente han dado á la literatura de viajes desde remotos siglos de la Edad Media. Por desgracia, tan gran caudal de fuentes permanece casi inexplorado. No tenemos siquiera un Catálogo impreso de los *Viajes* por España, aunque hace tiempo haya prometido uno el Sr. Foulché-Delbosc (1); y sólo en algunas curiosas monografías, como la reciente de Farinelli acerca de las «Relaciones literarias entre Alemania y España», se han aprovechado con suficiente

(1) V. más adelante el artículo *Viajes por España*, en que se habla de este Catálogo.

intensidad las muchas noticias que aquellos libros ofrecen (1).

Esta falta es tanto más de sentir, cuanto que los *Viajes* contienen dos clases de datos que ninguna otra fuente literaria suele contener: los referentes á las costumbres públicas y privadas (tan poco atendidas en sus escritos por historiadores y cronistas), y los que expresan la opinión de los extranjeros respecto de nuestro país. Sin conocer los primeros, es imposible rehacer el cuadro de nuestra historia social; sin haber leído y comparado los segundos, imposible formarse idea del juicio que de nosotros han tenido otros pueblos, ni explicarse el proceso de consolidación de esos juicios y su influencia sobre los actuales, ó el momento y las causas concretas de que proceden; quedando así falta de ocasión, y de base, toda rectificación que pudiera importarnos.

Los rozamientos lamentables que la cuestión de Cuba ha venido á producir entre nosotros y parte, cuando menos, de la opinión y de los elementos oficiales de los Estados Unidos, da marcado carácter de actualidad á los datos procedentes de viajeros norteamericanos, con los cuales podrán completarse é ilustrarse los juicios y el grado de conocimiento de la vida española que en diarios y discursos políticos de la República *yankee* de continuo se advierten.

(1) La colección más completa de ellos la poseen en España los Sres. de Riaño, á cuya amabilidad debo la comunicación de varios tomos.

Sin más pretensiones que las de un puro expositor, voy á extractar esos datos, fijándome principalmente en los *Viajes* menos conocidos en España y más curiosos por sus observaciones y crítica.

Sabido es que allá por los años 18 á 26 de este siglo, visitaron nuestra Península dos hombres cuya fama literaria se ha hecho luego universal, y cuyos libros principales, traducidos al castellano, son bastante leídos: Ticknor y Washington Irving. Por igual época Prescott comenzaba sus estudios acerca de nuestra historia nacional, auxiliándose precisamente de un amigo de W. Irving, Everestt. Ninguno de estos tres autores publicó propiamente un *Viaje* por España, aunque en los *Ensayos* de Prescott (1837), en las obras de Irving y en las *Cartas*, *Diario* é *Historia* de Ticknor, pueden hallarse noticias y opiniones que importa conocer (1). Por este motivo, y por lo vulgarizadas que están entre nosotros las obras de los tres mencionados escritores, prescindiremos de ellas, para

(1) Las cartas y diario de Ticknor (del año 1818) hállanse en el vol. I de *Life, letters and Journals of George Ticknor* (2.^a ed. Londres, 1876). En el vol. II, cap. XIII, habla de la preparación de su *Historia de la literatura española* (págs. 199 á 215). En ésta, véase el cap. VII de la tercera época (tomo IV de la traducción española. — Madrid, 1856). Los *Ensayos* de Prescott (aparte de sus grandes obras históricas), son dos: uno sobre Cervantes, y otro sobre *La Conquista de Granada*, que publicó en 1837 Washington Irving. De los *Ensayos*, cuyo primera edición es de 1843, hay traducción belga (Bruselas, 1862. Véase el tomo I). Los *Cuentos de la Alhambra*, de Irving, son de 1832.

acudir á otras de *Viajes* que se han publicado en este siglo.

Realmente, la cifra de ellas es exigua, aun sin compararla con la que arrojan los *Viajes* de autores ingleses y franceses. Justo será decir que, en cambio, ninguna de aquéllas incurre en tantos desatinos y extravagancias como suele haber en éstos, aun los más recientes, y por tanto de menor excusa en sus errores: como el curiosísimo de Mr. Bogue Luffmann (Londres, 1895), viajero universal que recorrió la Península vestido de portador, y se indignaba de ver que un humilde cura navarro ignorase el inglés, «idioma que tanto deleite proporciona á la mitad de los habitantes del mundo», bien que el propio Luffmann desconociese absolutamente el castellano, es decir, la lengua del país que visitaba (1).

Volviendo á los viajeros norteamericanos, el primero en fecha es Mr. A. Slidell Mackenzie, quien, allá por el año 1831, publicó la primera edición de un libro titulado *Un año en España* (2). El Sr. Mackenzie demuestra grandes simpatías hacia

(1) Véase una nota crítica de este viaje, por el Rev. W. Webster en *Rev. crít. de historia y literatura*, 1895, Agosto, pág. 141.

(2) La 3.^a edición es de 1836, y la 5.^a (en tres volúmenes) que es la que uso, de 1857: New York, Harper and Brothers. El primer viaje americano no es propiamente éste, sino el de Mordecai Manuel Noah, verificado en 1813-15 y publicado en 1819, Nueva York). Pero de él no tenía yo noticia cuando publiqué el presente artículo.

nuestra patria. Escribe su *Viaje* «para llamar la atención respecto de un país que, á pesar de ser tan interesante como otro cualquiera, lo han desatendido casi enteramente los turistas». Merece ser estudiado—añade—un pueblo «que, más que ningún otro, conserva sus peculiares costumbres»; en fin, declara venir á España para «perfeccionarse en el idioma que tanta importancia tiene en la parte del mundo que se divide con el nuestro.»

El Sr. Mackenzie es medianamente romántico y se deja llevar de su fantasía poética más de una vez, casi siempre en sentido optimista. Trae bien remachada su correspondiente leyenda de bandidos que pululan por todas partes, y confiesa que no le desagradaría topar con una aventura, aunque le costase ser llevado á la cueva de los malhechores, como Gil Blas. Desgraciadamente, en el camino de Tarragona á Valencia tuvo ocasión de cumplir su deseo, pues la diligencia fué asaltada y asesinados el mayoral y el zagal. Los viajeros no sufrieron vejamen personal alguno, salvo la pérdida del dinero.

El autor hizo su entrada por la frontera de Cataluña. Su opinión tocante á los aduaneros no difiere mucho de la maliciosa opinión vulgar que entre nosotros han gozado durante mucho tiempo. Nada nuevo hay, pues, que señalar en este punto: pero sí un detalle del registro de equipajes, muy gráfico para el estudio de la época. (No se olvide que el autor viaja en 1828. El prefacio del libro está fechado en Enero de 1829.) Lo que con más

empeño se revisaba en la frontera eran los libros. La consigna prescribía la absoluta prohibición de entrada para las obras de Marmontel, Voltaire, Rousseau, y en general «los metafísicos y economistas modernos», y el rigor habíase extremado por entonces á causa de haberse encontrado un cargamento de traducciones del *Contrato social* y de ediciones de bolsillo de la *Historia de la Inquisición*, por Llorente, disfrazadas con el rótulo de «Vidas de los Santos».

Lo que más llama la atención del autor es la falta de seguridad personal, que tantas causas, principalmente políticas, amenazaban entonces. «No hay aquí—dice—otra ley que la del más fuerte, y todo el mundo lleva (*is seen carrying*) un fusil para proteger su persona y su propiedad.»

La exageración es en esto evidente: pero Mackenzie insiste en el juicio, ora con motivo de las persecuciones que de parte de la policía sufrían los liberales, ora al tratar de un cierto capitán general de Valencia «que castigaba á los delincuentes, ahoreaba á los ladrones», etc.; por lo cual lo juzga el hombre á propósito «para gobernar á los españoles de la presente generación».

No confía, sin embargo, mucho en las autoridades. Los criminales — dice, — si tienen dinero para ganar al escribano ó notario (*sic*) ó al carcelero, ó logran que el clero intervenga á favor suyo (!), pueden salir libremente de la prisión. A pesar de lo apuntado respecto del consabido capitán general, más bien confía Mackenzie en la

masa, en el pueblo. Elogia el tipo castellano, y añade que no puede negarse la conclusión de que «si los castellanos han caído de su elevado rango entre los pueblos de Europa, no cabe buscar la causa de su decadencia en el hombre mismo, sino en las instituciones que lo han oprimido». En general, le parece España un pueblo falto de libertad, de derechos individuales, como se decía hace pocos años.

Demuéstrase el autor sensible á los encantos y especialmente al modo de saludar (?) de las mujeres catalanas, y le choca la libertad con que las solteras, á presencia de sus mismos padres, escuchan y admiten obsequios y galanterías. Como término contrario de comparación, cita «la reservada modestia de las jóvenes en Francia».

En Barcelona le asombra el gran número de curas y frailes, y cree que en ninguna parte de España es tan numeroso el clero como en Cataluña. Forma, dice, el 2 por 100 de la población. Elogia las escuelas de navegación y arte sostenidas por la Municipalidad y el gran gusto para la música de los barceloneses. En Valencia alaba también la cultura literaria y los hermosos paseos.

Como era lógico esperar, censura el mal estado de los caminos — ¡todavía nos quejamos de lo propio! — y halla las fondas de Barcelona menos buenas que las de Francia, y las de Madrid poco satisfactorias. La música religiosa le parece admirable en Madrid, y en esto no cabe duda que hemos degenerado, hasta ser precisa la fundación de

una Sociedad para la reforma de la indicada música. Pondera las colecciones de minerales y la especial de mármoles del gabinete de Historia Natural, y los mapas del Depósito hidrográfico, que entonces dirigía Navarrete.

En punto al teatro, es decididamente calderoniano, como los primeros románticos alemanes; y tiene la candidez de creer que «la rara y admirable simetría ó proporción de nuestro idioma se debe en gran parte á los trabajos de la Academia».

Con referencia á las tonadillas y seguidillas, escribe una curiosa observación que viene á concordar en parte con las últimas investigaciones de Pedrell: «cabe hallar en estas breves primitivas composiciones — dice — el primer grado ó escalón de la ópera.»

Los toros le parecen espectáculo, «si cruel y brutal....., no igualado por ningún otro en profundo y ansioso interés».

Por último—coincidiendo en esto con cuantos viajeros han hablado de Madrid—le sorprende dolorosamente la extensión de la mendicidad, no obstante el número de hospitales y asilos que existen. La causa de este mal la encuentra en que no se recluye á los pobres forzosamente en aquellos establecimientos, á cuya reglamentación prefieren la libertad de la calle y la facilidad de recoger sin trabajar; y dos de sus motivos fomentadores—¡curiosa observación, aunque muy discutible! — los encuentra en la sopa de los conventos y en la

errónea piedad de la mayoría hacia el mendigo.

El propio Mackenzie volvió á España poco después, y escribió un nuevo libro, *Spain revisited*, cuya tercera edición (en dos volúmenes) es de 1857 (New York). Los juicios generales no discrepan en esta obra de los consignados en la anterior.

Dice que si los franceses viven mejor que nosotros es porque se hallan también mejor gobernados, gozan de mayor libertad y tienen más recursos; y cree que el partido liberal (de entonces) es incapaz de reformar nuestro estado social, porque deja incólumes los abusos tradicionales, la misma plaga de empleados, etc.

Son curiosas las observaciones que hace tocante á las causas de origen y sostenimiento de la guerra carlista (tomo II, pág. 315). Termina declarando que, á pesar de la inseguridad personal que hay en España, desea volver á este país, al cual ama sobre todo después de su patria.

Años antes que Mackenzie publicara la tercera edición de su primer libro, en 1833, daba á la prensa el Sr. Caleb Cushing dos tomos titulados *Reminiscences of Spain, The country, its people, history and Monuments* (Boston), cuyas fuentes son, en parte, la observación personal del autor, y en parte los libros anteriores á él. No guarda plan sistemático, y muchos de los capítulos son de pura historia.

Comienza señalando el carácter completamente original de los españoles, diferente del de todos los pueblos de Europa, aunque no desenvuelve

esta afirmación enumerando los elementos propios de ese carácter.

Dejando aparte muy curiosas observaciones tocante á Madrid, Valencia, Elche, Murcia, Alicante y otras localidades, en la descripción de cuyo paisaje y costumbres el autor usa un estilo brillante y poético, aunque romántico y exagerado, la enjundia del libro se halla en el último capítulo del tomo II. El autor dice dejar á España «sintiendo admiración por los elevados hechos y cualidades del pueblo, y simpatía é indulgencia hacia sus varios defectos». Nuestra decadencia la atribuye —siguiendo la corriente general, cuya más sistemática expresión ha dado Buckle— al espíritu reaccionario del clero, á la expulsión de judíos y moriscos, y á la mala política económica de nuestros gobernantes, que no supieron aprovechar los dominios de América: punto este último tan curiosamente estudiado hace poco por dos escritores alemanes, Bonn y Haebler. Para Mr. Cushing, el pueblo español es «bravo, caballeroso y noble, capaz de las más elevadas acciones.....; pero está debilitado por la influencia concurrente de la *bigoterie* y la servidumbre». Sólo hace falta que un soplo de libertad «le levante, despierte, anime é informe sus dormidas energías». —«Si España—concluye—tuviese un buen rey ó un buen ministro y leyes liberales; si aprovechase las fuentes de prosperidad interna en que abunda: si aboliese los odiosos derechos señoriales y nobiliarios (?) de los grandes propietarios territoriales; si rompiese con

las absurdas restricciones del comercio, y mejorase su sistema económico, volvería, si no á igual poder, á igual prosperidad que cuando era rival de Inglaterra, terror de Francia y dueña de Italia.»

La falta de espacio que supone el tener que reducir toda esta vasta materia á un solo y breve artículo, nos impide detenernos en otro libro, contemporáneo del de Caleb Cushing, *Scenes of Spain*, publicado anónimamente en Nueva York en 1837 y comprensivo de la relación de un viaje hecho en 1831. Los temas de este libro son, poco más ó menos, los ya indicados anteriormente; bandidos, monumentos, procesiones, mendicidad, etc.

En 1853, otro viajero, S. T. Wallis, autor de un volumen titulado *Glimpses of Spain*—que no he visto,—dió á la prensa un tomo titulado *Spain: her Institutions, Politics and public men* (Boston), muy interesante por la gran cantidad de datos históricos de la época que contiene, y por un capítulo especial (el X) relativo á Cuba, á la conducta de los Estados Unidos y á la anexión, que bien pudiera aplicarse á las actuales circunstancias á pesar de su remota fecha. El autor demuestra una gran simpatía hacia España, y un criterio altamente discreto, muy alejado de los injustos *jingoisismos* que ya por entonces florecían.

En 1870 empieza un nuevo grupo de libros de Viajes, que ya no podremos sino citar á la ligera. Rompe la marcha el titulado *Castilian Days*, por John Hay, escrito en 1870, si bien no publicado hasta años después (Boston, 1882). El autor cree,

contra los que piensan «que los españoles no son aptos para la libertad», que ningún otro pueblo lo es en mayor escala. Estudia la fuerza del sentimiento familiar en España; la sobriedad de nuestro pueblo; la cultura de nuestras mujeres (acerca de lo cual dice cosas que se acercan á lo escrito por D.^a Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán); la influencia de la *tradición*, ó sea de los *precedentes*; el poder del clero en el Estado (con grandes errores históricos, por cierto); la conservación de muchas supersticiones; los refranes (capítulo muy curioso); la moral en política y el pesimismo del pueblo respecto de los gobernantes, y termina con grandes esperanzas de mejora basadas en los efectos de la Revolución de 1838.

Siguen al libro de Hay uno, menos importante de Kate Field, *Ten Days in Spain* (Boston, 1875, con grabados), que se refiere al mes de Septiembre de 1873; otro de Edward E. Halle, *Seven Spanish Cities and the way to them* (Boston, 1883), en que deben notarse los capítulos XI y XII, relativos á la política y á la administración; y un tercero, de Henry M. Field, *Old Spain and new Spain* (New York, 1888). El autor escribe su libro para mostrar la diferencia grande que hay entre la España antigua *tiranizada*, y la España presente liberal, sirviéndole de lema frases del discurso de Castelar pronunciado en 31 de Diciembre de 1886. El Sr. Field cree despertar con esto el interés de los americanos «hacia un país que ha tenido una

gran historia y que puede alcanzar un no menos glorioso porvenir».

Cierra la serie un libro que no es propiamente de «Viajes», por más que quien lo ha escrito hable por experiencia personal, adquirida en el desempeño de su cargo de embajador de los Estados Unidos en España. Me refiero al Sr. J. L. M. Curry. Su libro se titula *El Gobierno constitucional en España (Constitutional Government in Spain. A Sketch.*—New York, 1889), y examina la historia política de este siglo á partir de la Constitución de 1812. El Apéndice C, *Estado actual de España*, aunque breve é incompleto, es interesante, así como los capítulos I y XIII. Pero de este libro, que cae ya fuera de nuestro actual propósito, no podemos decir más en el presente artículo. Qué-dese para nueva ocasión.

LA CUESTIÓN DE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS EN 1850

(Datos y opiniones de un viajero norteamericano.)

En otro lugar (1) he hablado, en conjunto, de los viajeros norteamericanos que han escrito sus impresiones acerca de España. Uno de ellos S. T. Wallis—de cuyo libro *Spain: her Institutions, Politics and Public men* (Boston, 1853) no pude hacer más que ligera indicación, por no prestarse á más las obligadas dimensiones del artículo—tiene especialísimo interés en estos momentos, por haber dedicado varias páginas á la cuestión de Cuba y los Estados Unidos, tan palpitante en aquella fecha como ahora. Mr. Wallis hizo dos viajes á España. El primero en 1847, relatado en el libro *Glimpses of Spain*; el segundo en 1850 (salió de

(1) V. el artículo anterior, publicado en *La Ilustración Española y Americana*, 1896.

Francia en Diciembre 1849), al cual se refiere el volumen *Spain* antes mencionado.

Por lo que toca al estudio de las instituciones políticas y sociales de nuestra patria, la obra de Mr. Wallis es la más completa que conozco en la literatura de «Viajes» norteamericanos, siendo preciso saltar hasta nuestros días (1889) para hallar en la de Mr. Curry, *Constitutional Government in Spain*, algo que se le parezca y, en parte, la sustituya. De los treinta capítulos de que consta *Spain*, dedica el autor catorce á estudiar la historia constitucional de España, su organización administrativa, los partidos políticos y las más salientes personalidades de éstos: Narváez, Marqués de Pidal, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Espartero, etc. Trata además de las costumbres, la literatura (tres capítulos), el Ejército y la Marina, el clero, la instrucción pública, la agricultura y las Bellas Artes.

El capítulo X es el referente á Cuba. Lo encabeza el siguiente sumario: *Cuba y los Estados Unidos.—El periódico La Crónica.—Los partidos en Cuba.—Opinión pública en aquella isla.—Abusos y sus remedios.—La anexión.*

Sabido es que por aquella época se realizaban en Cuba intentonas en favor de la independencia, saliendo expediciones, como hoy día, de los Estados Unidos. El autor comienza reconociendo que, no obstante la cordialidad de relaciones entre el gobierno de Washington y el de Madrid, habiendo aquél llegado á impedir, mediante su vigilan-

cia, el éxito de una de las expediciones filibusteras, existían en España justos recelos en punto á la conducta de la república norteamericana. El por qué de estos recelos, lo razona así el propio Mr. Wallis: «La obligación que tienen las naciones de cumplir sus Tratados, incontestable y precisamente supone el deber de dictar leyes que fueren á la observancia de ellos por parte de sus ciudadanos. Cuando, no obstante, un pueblo á quien perentoriamente se exige el estricto cumplimiento del Tratado estipulado con otro, alega la naturaleza de sus propias instituciones como razón de la incapacidad en que se halla para ser tan exactamente fiel como ha prometido serlo, *no tiene derecho á maravillarse si se pone en cuestión su honradez*. Las naciones tratan unas con otras como iguales. Dueñas son de gobernarse internamente como bien les parezca; pero en sus relaciones exteriores no son más que naciones, con todas las facultades y deberes de tales. La soberanía que tiene suficiente responsabilidad para contratar y obtener con esto beneficios, no puede alegarse para rechazar la responsabilidad referente al cumplimiento de lo prometido... Si las instituciones de una nación no son bastantes para garantizar los Tratados, no debe hacerlos. O tiene, ó no tiene gobierno. Si no lo tiene, no debe hacer como si lo tuviera; si lo tiene, el gobierno *debe gobernar*. La lógica del asunto es tan clara como su honradez; y los pretextos falsos son tan criminales desde el punto de vista de la ley general,

como de la local.—Debe confesarse que, en punto á la cuestión de Cuba, las apariencias no eran favorables á nuestro leal proceder nacional. Que en un país civilizado, y en pleno siglo XIX, pueda haber sido propuesta seriamente y á todas luces, como un principio de administración pública, la adquisición por fuerza moral ó material de un territorio perteneciente á una nación amiga—á la cual se cree débil—y esto no por otra razón ni con otro pretexto, sino, simplemente, porque el partido que propone tal cosa piensa ser justa semejante codicia—es lo bastante para sobresaltar, en toda la redondez de la tierra, á los pueblos sinceros, que han aprendido á considerar la buena fe como sagrada y la rapiña como un crimen. *Pero cuando tal vergüenza ha sido defendida, calurosa y constantemente en la prensa de la nación agresora, sin provocar una universal ó general protesta de indignación y de pudor; cuando en los puertos de aquella nación se combinan expediciones de hombres y se envían juntamente municiones de guerra con el propósito de invadir el ambicionado territorio, y apoderarse de él ó sublevar su población, con la mira final de adquirirlo—difícilmente cabría maravillarse de que el mundo civilizado prorrumpiese en unánimes acusaciones.»*

Habla luego Mr. Wallis de la prudencia y serenidad de los españoles, que sufren en silencio largamente; pero advierte que todo martirio tiene sus límites, y añade: «No servirá, ciertamente, para aumentar su serenidad de ánimo, el hecho

de que á los insultos nacionales se unan injurias privadas, y que gentes que practican y periódicos que glorifican los principios y la conducta de los forbantes, den juntamente gracias á Dios por ser *libres y cultos*, y no como la «ignorante é incivil raza», á la cual tratan de saquear y destruir.— Aunque, pues, se concedía generalmente en Madrid que el gobierno ejecutivo de los Estados Unidos había hecho por su parte todo lo posible, teniendo en cuenta sus limitados poderes, era igualmente claro que tales poderes adolecían de más de la necesaria limitación... habiendo lo bastante en las demostraciones de la prensa americana, lo bastante también, *con pena y vergüenza sea dicho, en varias expresiones que deshonran al Congreso americano*, para demostrar á los españoles que la posible acción de nuestro pueblo y la debilidad é imperfección de nuestras leyes envuelven un peligro para ellos.»

Señala el autor como otra causa de irritación en España los escasos informes que en Madrid se recibían directamente en punto á la prensa y los sucesos de América. Generalmente, la opinión de los diarios norteamericanos llegaba á los de España y al público por intermedio de otro titulado *La Crónica*, que se imprimía por entonces en castellano—como ahora *Las Novedades*—en Nueva York, y no parece que los informes de *La Crónica* fuesen completos ni aun suficientes. Ignorábanse así entre nosotros «la opinión y los sentimientos sanos y honrados de que participaba gran

parte de la población americana, y que hallaban tan frecuente expresión en las columnas de periódicos influyentes. A pesar de esta falta de información, Mr. Wallis hace notar que los comentarios de la prensa de Madrid eran «extremadamente moderados», y los compara con los que seguramente estamparía la prensa americana si se tratase de una tentativa de Inglaterra para anexionarse la California; é insiste en reconocer que «no puede negarse que (los españoles) tenían, en verdad, muchos motivos sólidos para pensar mal de nosotros, y plausibles fundamentos para dar á esta creencia mucha mayor extensión de la que realmente cabía darle.»

Habla en seguida el autor de la organización y programa de los tres partidos cubanos—el español incondicional, el revolucionario ó separatista (muy poco numeroso) y el propiamente cubano, cuyo objeto es simplemente «el interés de la isla y de sus habitantes», dispuesto á soportar cualquier sistema de gobierno con tal de que asegure á los cubanos «una racional libertad y la exención de cargas opresoras é injustas», opuesto en principio á la independencia, que considera como «peligrosa é insegura experiencia», y en manera alguna pronto «á cambiar su dependencia de la madre patria por la de los Estados Unidos» (1). Al contra-

(1) Tal era la opinión de Heredia el Viejo, expresada en un párrafo de su solicitud al general Tacón, que publica el Sr. Zerolo en su *Legajo de varios*, páginas 290-91.

rio, todo le inclina del lado de España, si bien se queja del mal gobierno. «No es este el momento, dice Mr. Wallis, de investigar hasta qué punto sean fundadas sus quejas. Que los daños (del gobierno cubano) se han exagerado grandemente en cuanto á su número y á su gravedad, no me cabe duda. Tal es el caso, especialmente de *muchas publicaciones absurdas hechas en los Estados Unidos*, con el fin de estimular las excitaciones para la anexión é invasión, y que han extraviado á tantos.....» Lo cual no quita para que haya defectos y males en el gobierno de la isla, de que los primeros en quejarse eran los políticos españoles con quienes habló Mr. Wallis. El autor es partidario de lo que ahora llamamos las reformas, y cita un folleto que en este sentido publicó por entonces D. José Antonio Saco, cubano anti-anexionista, pero liberal. «A menos—dice—que ocurra un cambio, pero muy decisivo, en la actitud de España respecto de su más importante colonia, habrá inevitablemente que repetir, más pronto ó más tarde, la célebre frase *C'est trop tard.*»

Antes de terminar el capítulo, insiste Mr. Wallis en declarar que «las aspiraciones reformistas no suponen que la población cubana simpatice con las expediciones filibusteras.» «Lo que los cubanos desean—escribe—es mejoras, no revolución; protección á la propiedad y seguridad personal, con mejor gobierno y mejores leyes.» Sólo llegarían á la sublevación como «último recurso»; pero semejante recurso traería, en el mejor de los casos, «consecuencias en que es horrible pensar».

Todavía añade Mr. Wallis algunas exactas observaciones acerca de las miras egoistas de los filibusteros, y concluye diciendo que los cubanos saben bien que «anexión es equivalente de absorción, y que el *ave altiva* de que nos gloriamos tanto, tiene garras y picos para su propia edificación, á la vez que benéficas alas para proteger á la pollada que de ella depende».

En el último capítulo de su libro, Mr. Wallis expresa nuevamente sus justas simpatías hacia España, protestando de que se la confunda con Austria y Rusia en «nuestras diarias y vulgares acusaciones de despotismo», rechazando las vergonzosas doctrinas *jingoistas* á que antes había hecho referencia, y exponiendo los motivos de simpatía que tiene América respecto de España, y el deber «de hacerle» justicia, simpatice ó no con ella.

El libro de Mr. Wallis—muchos de cuyos párrafos, como se habrá visto, parecen escritos ahora, en 1896—prueba dos cosas importantes: que en 1850 la cuestión estaba planteada en los mismos términos que ahora, y que, á despecho de todas las populacherías, entonces, como al presente, había en los Estados Unidos gentes sensatas y justas que no se dejaban arrastrar por la desaprensión de unos cuantos políticos ni por el movimiento egoista y lijero de una masa más ó menos numerosa. Y téngase en cuenta que Mr. Wallis era poco menos que un diplomático, puesto que desempeñó en Madrid una comisión encargada por el Ministro del Interior de los Estados Unidos.

VIAJES POR ESPAÑA

Doliame en un artículo anterior (1) de lo descuidada que está la bibliografía de los viajes por España (especialmente de extranjeros), y aludía á la promesa de un Catálogo, hecha por el hispanista señor Foulché-Delbosc. La promesa ha quedado cumplida recientemente con la publicación de un grueso volumen de 349 páginas en 4.º, titulado *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal* (París, A. Picard, 1896) y comprensivo de 858 números ó papeletas en que se describen otras tantas obras impresas ó manuscritas, aparte de las ediciones varias y las traducciones, que van fuera de enumeración (1.700 en total).

Ocioso sería encarecer ahora la literatura de «viajes», y más ocioso que lo hiciera yo después de lo dicho en el artículo mencionado. La importancia de esa literatura como fuente histórica está

(1) *Libros de viajes norteamericanos referentes á España.*

reconocida (teóricamente al menos) por todo el mundo, y claro es que de ella participa su *Bibliografía*, puesto que allana y desbroza el terreno para las investigaciones presentando la lista completa y ordenada de los documentos que han de utilizarse.

La obra del Sr. Foulché-Delbosc reúne, pues, gran utilidad y mérito, y sería ingratitud en los españoles no agradecersele y estimarla en todo lo que vale. Pero sólo aquellos eruditos que se hayan empeñado alguna vez en investigaciones propiamente bibliográficas, comprenderán perfectamente los esfuerzos y cavilaciones que representa cualquier trabajo de este género, árido é ingrato de suyo. En ellos, no sólo puede estar cierto el autor de que su obra, por mucho que haya querido apurar la busca de libros, padecerá numerosas omisiones, sino que desde el principio le saldrán al paso graves cuestiones de clasificación, que á veces desconciertan por completo el plan primitivo.

En punto á los «viajes», la dificultad empieza en la determinación del sentido de esta palabra. ¿Deberá comprender su *Bibliografía* únicamente los libros que llevan el título de *Viaje*? De ser así, quedarían excluidos no pocos cuyo contenido corresponde propiamente á aquella literatura. ¿Deberá exigirse la condición ineludible de que el viaje se haya verificado efectivamente, tal cual se dice? Se suprimirían entonces los viajes fingidos, que no son pocos y que ofrecen especial interés, y las descripciones en forma de itinerarios, como

la de Cuendías (núm. 422), la de Zeiller y otras análogas, que el Sr. Foulché incluye. ¿Se tomará como criterio que los libros contengan «relatos de viajes» en el sentido pintoresco y enciclopédico que suele darse á estos escritos, y no exposición de un asunto concreto (v. gr., el Gobierno español, la instrucción pública, los archivos, el arte, las leyes y costumbres jurídicas), objeto especial de la visita del autor? Habría en este caso que reechar viajes como el de Jaubert de Passa, cuyo asunto no es más que el estudio de las ordenanzas de riego de Cataluña y Valencia, sin que tenga de «viaje», tal cual suele entenderse esta palabra, más que el nombre y la circunstancia de haber venido efectivamente Jaubert á España para recoger los datos de su obra; pero también vinieron otros para hacer lo mismo en diferente orden de cosas, y las Historias, Críticas, Memorias, Informes, etc., que luego publicaron, no se consideran (y con razón) como «viajes». ¿Deberán incluirse todas las relaciones y cartas de embajadores que, como la *Relación de España*, de Mocenigo, la de Contarini y las cartas de Fourquevaux, contienen descripciones y noticias de todo género (no sólo políticas) tocante á nuestro país?

El Sr. Foulché-Delbosc debe haberse visto embarazado por estas dudas al comenzar su obra; pero ha podido más en él, á lo que parece, el legítimo afán de bibliógrafo, y ha querido peear antes por carta de más que por carta de menos. Así hay en su *Bibliografía* libros de todas las clases indica-

das, y aun documentos que se prestan á mayores vacilaciones, como el itinerario de los vasos Apolines, simple lista de nombres y distancias del camino de Cádiz á Roma.

Semejante amplitud trae aparejadas de modo inevitable repetidas inconsecuencias. Si se incluyen, v. gr., los relatos de «misiones» arqueológicas de Chevalier y Boutrone (núms. 812 y 816), también parece que deberían estar la de Carini (muy importante) y las de Demersay, Delaville, Baudrillart, etc. (1) De poner algún itinerario regional como el de Guardia (núm. 721) y el de Arabia (724), hubiera sido lógico poner todos los itinerarios y guías particulares, entre los que son de gran interés los publicados por el Sr. Osona y otros excursionistas de Cataluña. Finalmente, la inclusión de monumentos como las inscripciones de los vasos Apolines, autoriza á que se mencione también el itinerario de Antonio Augusto, los del Ravenate, la tabla de Peutinger y otros análogos.

Y es que el bibliógrafo, en su buen deseo de acumular datos, admite excepciones, pero á menudo retrocede ante la adopción de la regla general.

(1) De los viajes literarios y arqueológicos por España que hicieron varios eruditos nacionales y extranjeros en la época del Renacimiento, habla el *Discurso del Editor* puesto al frente de *Las antigüedades de las ciudades de España*, de Ambrosio de Morales, edición de Madrid, Cano, 1792; y convendría determinar bibliográficamente las indicaciones que hace.—V. también el tomo X, pág. 96.

El Sr. Foulché-Delbosc ha querido limitarse esta vez—y así lo declara para evitar malas inteligencias—á dar una bibliografía pura, sin caracteres críticos. Tratándose de una literatura reducida como la de «viajes» (que si es rica en sí no puede ser comparada, por ejemplo, con la general de la Historia de España, ó simplemente de Castilla), nos parece razonable esta limitación, á lo menos como trabajo preliminar: no obstante que las autoridades en la materia se pronuncian hoy contra toda bibliografía que no sea crítica. Indudablemente el Sr. Foulché-Delbosc concluirá por hacer este trabajo. Entonces habrá de plantearse las cuestiones antes indicadas, para fijar bien el contenido de sus estudios y decidir, con pleno conocimiento de cada libro, los que deben incluirse ó no, mediante la aplicación de un criterio uniforme. Entonces, v. gr., será suprimida la obra de Jaubert de Passa, ó tal vez añadida á su lado la de Aymard (*Irrigations du midi de l'Espagne*), que versa sobre el mismo asunto y fué escrita mediante un viaje del autor á las comarcas de Cataluña y Valencia.

Un principio de clasificación se nota ya en esta misma *Bibliografía* que ahora nos ocupa. El autor ha segregado en principio (no siempre de hecho á la verdad) las «descripciones generales» de España y Portugal, de las cuales se propone hacer catálogo aparte. En él habrán de figurar, sin duda, los libros de Estrabón, el Edrisi, Bruin, Birkmanus, Zeiller, Ortelius y tantos otros geógrafos ó colec-

tores y arregladores de «viajes», que incluyen descripciones generales de la tierra y costumbres de nuestra Península (y desde luego todos los itinerarios ó Guías como las de Murray, Germond de Lavigne, Toda, etc.), completando así las relaciones de los viajeros particulares.

La bibliografía crítica de los «viajes» no ha de limitarse, sin embargo, á su clasificación. Hay algo más que hacer, de suma importancia.

Es cosa averiguada que en este género de literatura existen, tal vez más que en otra alguna, libros que llamaríamos *matrices*, y libros de copia ó remedo. Los primeros (pocos en número), señalados por su importancia, su volumen, su minuciosidad y exactitud ó el nombre de su autor, han servido de base en cada período á multitud de relatos, incluso de viajes efectivamente hechos, pero en cuya descripción los autores, ora arrastrados por la fuerza de autoridad, ora por lo cómodo que resulta aprovechar notas y juicios ajenos, han copiado más ó menos descaradamente un relato anterior.

La determinación de estos modelos ó viajes tipos sería de extraordinaria utilidad, no sólo para evitar lecturas ociosas, sino para rastrear el origen de noticias y apreciaciones que, por lo repetidas, parecen hijas de una espontánea unanimidad en el juicio de los viajeros, siendo así que proceden de una sola y única fuente, cuyos fundamentos importaría discutir.

Indudablemente, los viajes que más interés tie-

nen para nosotros son los de extranjeros. El señor Foulché-Delbosc ha comprendido también en su *Bibliografía* los de españoles, entre los cuales son algunos, como el de Ambrosio de Morales, el de Villanueva, el de Ponz, de inapreciable valor. Su inclusión, no obstante, sugiere, más que la idea de su utilidad particular, la de su comparación con los de extranjeros, especialmente en los juicios de personas y cosas. Fácil es advertir la extraordinaria curiosidad que encerraría este trabajo comparativo de las opiniones de propios y extraños acerca del mismo asunto. Más de un rasgo de psicología nacional, y más de una explicación de errores ajenos, saldrían indudablemente de él.

Quedarían luego por confrontar las analogías y diferencias en punto á hechos concretos, de que, con referencia á otro país, son muestra, y. gr., las descripciones casi iguales que de los baños de Baden traen Poggio (1415) y Pero Tafur (págs. 234-5 de la edición de Jiménez de la Espada).

Al bibliógrafo crítico le sería fácil, después de hacer el trabajo de clasificación á que antes nos hemos referido, señalar concretamente los «viajes» dignos de ser consultados y los que, por ser copia de otros, ó por sus desmedidas extravagancias y errores, no puedan en manera alguna recomendarse como fuente segura de estudio. Verdad es que esto sólo podría hacerlo bien un español, á condición de no ser chauvinista ni adolecer de ese lamentable pesimismo que padecemos ahora en España, como hace poco menos de un siglo lo pa-

decieron en Prusia. Indudablemente, toca á uno de nosotros hacer esta crítica, con el íntimo conocimiento del genio nacional y del porqué histórico de nuestras cosas, que sólo los indígenas pueden poseer; y entonces sería la ocasión de rectificar ó sacar á la vergüenza pública de una vez todas las falsedades, fantasías y errores que muchos viajeros han acumulado sobre nosotros y aun hacen fe en el mundo. El simple bibliógrafo, caso de no ocuparse en estos particulares, que indudablemente trascienden de su propia esfera, debería, cuando menos, tomar nota de los libros ó artículos de periódicos y revistas en que varios autores han hecho hasta hoy esa crítica con referencia á determinados «viajes». Sirva de ejemplo el graciosísimo folleto de D. M. Ossorio y Bernard, titulado *Un país fabuloso, estudio de actualidad y remedio contra el mal humor* (Madrid, 1878, 8.º menor, 53 páginas), principalmente dirigido contra la relación de viaje de Roger de Beauvoir (*La Porte du Soleil*. París, 1844), que por cierto falta en el catálogo del Sr. Foulché-Delbosc.

De igual manera convendría anotar siempre los trabajos modernos en que se exponen ó extractan libros de viajes. El Sr. Foulché lo hace así con referencia á unos pocos: pero en este particular tiene su obra muchos vacíos, entre los que recordamos el artículo del Sr. Riaño acerca de los *Viajes de extranjeros por España en el siglo XV* (*Bol. de la Soc. Geográf.*, III, pág. 289), en que por primera vez en España, según creemos, se habla de Rozmi-

tal (1) y otros autores; y el *Estudio crítico de las descripciones antiguas y modernas del palacio árabe* (La Alhambra) publicado por el mismo escritor en la *Revista de España* (XCVII, 1884).

En esto de los vacíos ya hemos advertido antes que no debe extrañar los haya en toda obra de bibliografía. El lector que quiera hacerse cargo, sin gran esfuerzo, de las enormes dificultades que semejantes trabajos ofrecen para el investigador, y las deficiencias que aun hoy día tienen en los temas más tratados y conocidos, no tiene sino que hojear el reciente *Manuel de bibliographie historique* (París, 1896) que ha publicado el profesor de la Sorbona, mi amigo, Sr. Langlois. Si en vez de esto prefiere manejar cualquier Bibliografía determinada, se convencerá en seguida de cuán fácil es pasar por alto, incluso libros de cierta fama y de gran circulación.

No es extraño, pues, que en la *Bibliografía* del Sr. Foulché-Delbosc falten, por ejemplo, las cartas en que G. Ticknor relata su viaje por España durante el año 1818 (*Life, letters and Journals of George Ticknor*, tomo I, capítulos IX y XII de la 2.^a edición. London, 1876); las *Scenes in Spain*, anónimas (New York, 1837), de que hablé en mi citado artículo; la *Relación del camino y buen*

(1) De Rozmital había extractado ya antes D. Pascual de Gayangos, en la *Revista Española de Ambos Mundos*, el viaje por España. V. la necrología de Gayangos por P. Roca, en mi *Rev. crit. de hist. y lit.* Octubre, 1897.

viaje que hizo el Príncipe de España D. Felipe..... de España en Italia, por Vicente Alvarez (1551) que trae Gallardo, núm. 176; los *Viaggi* de F. Fontana y D. Papa (dos volúmenes, 1893); el del Río de la Plata y *Tenerife*, de Mantegazza (1877), distinto del que cita Foulché en el núm. 770; el de Robert Gaguín, viajero francés del siglo XV, cuyo relato está incluido en el tomo I del *Thesaurus novus anecd.*, de Martène y Durand; el *Viaje al Congreso* (en árabe) de Ahmed Zequí, impreso en Bulac, 1893; el *Viaje* de Thomas Platter (1599), que se conserva manuscrito en Baden, y de que recientemente han publicado una edición los bibliófilos de Montpellier (1892); la traducción del *Viaje* de Jaubert de Passa, que se hizo en Valencia en 1844; la publicación original de la *La Sierra Nevada*, del Sr. Rute, hecha en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza* (Marzo-Abril, 1889), y no en *Les matinées espagnoles*; las cartas de Carini publicadas por Silvestri (*Isidoro Carini e la sua missione archivistica nella Spagna*. Palermo, 1895) y que hablan de varias ciudades españolas; el *Viaje á España en 1883*, de D.^a Soledad Acosta de Samper (dos vols. en 16. Bogotá, 1893-94) y otros más, cuya enumeración sería prolija y aquí inoportuna (1).

(1) La circunstancia de haberse publicado esta crítica en *La Ilustración Española y Americana* (15 Oct. 96) vedaba extenderse en mayores detalles de erudición, propios de las revistas técnicas. Ahora, y para responder en particular al de-

Habiéndose impreso el libro del Sr. Foulché á mediados del año actual (1896), quizá hubiera sido preferible que detuviese su catalogación en fin de 1895, sin incluir obra ninguna en 1896, porque in-

seo que benévolamente nos expresa el Sr. Foulché, añadiríamos algunas otras noticias que faltan en su libro, como ejemplo y sin la menor pretensión de redactar un suplemento completo á la *Bibliographie des voyages*.

Chauvière (Patrice). *Séville et ses merveilles*. Touruay, 1881. Es un viaje cuyo itinerario se marca en el Prefacio. Luego ya se ocupa de Sevilla en catorce capítulos. El XV se titula *De Sevilla á París*.

Vairac (l'abbé). *Etat présent de l'Espagne*. París, 1718.

Cornide (D. José), *Estado de Portugal en el año 1800* (de su viaje realizado de 1798 á 1801). *Memorial histórico*, tomo XXVI. Madrid, 1893.

Juan García (Amós de Escalante). *Costas y montañas*. 1871; y *Del Ebro al Tíber* (cap. I).

Aguiero (Adolfo). *Excursiones y recuerdos*. Bilbao, 1871. (La parte titulada «Por la costa»).

Del viaje de Peder Loeffling (núm. 148), hay traducción castellana hecha por el botánico y humanista D. Casimiro Gómez Ortega, conforme al manuscrito que se halló entre los papeles de aquel escritor al morir en la Guayana en 22 de Febrero de 1756.

Del *Viaje de Figaro* (núm. 188) hay un ms. con otros papeles referentes á él en el Archivo Central de Alcalá de Henares: uno y otros procedentes, (según la opinión de mi amigo el doctísimo investigador Sr. Jiménez de la Espada, á quien debo esta nota, las tres anteriores y la que sigue) del ministerio de Estado.

El *Viaje á la Mancha* de Viera y Clavijo, lo publicó, con anterioridad al Sr. Morel-Fatio, el Sr. Fernández Duro (1886).

La parte que tiene mayores vacíos en la obra del señor Foulché es la de manuscritos. Sólo en la Biblioteca Nacional

dudablemente estos informes de última hora tenían que ser deficientísimos, como lo son, en efecto, incluso para libros franceses, v. gr., el de Bernard (*Autour de la Méditerranée*. París, 1896).

Los vacíos son mayores (porque también es

hubiera podido encontrar muchos que no menciona. Hé aquí algunos de los que yo he hojeado:

D. Juan Palafox y Mendoza. *Diario del Viaje que la Reyna de Ungría hizo el año 1629 desde Madrid á Alemania*. V 179.

Lo sucedido en el viaje de S. A. (después Felipe II). Q 317, folios 114-124. En el fol. 126 hay otra relación de viaje.

Cartas sobre la entrada de Felipe II en Córdoba, salida de allí y entrada en Sevilla. Q, 317, fol. 225.

Viaje del Rey con el Príncipe y las Infantas de Vacia al Madrid á Aranjuez y Aceca. Q. 317, fol. 403.

En el mismo tomo Q. 317 hay un papel, *Comisión del Rey á Ambrosio de Morales su coronista*, que se refiere al Viaje de éste, una *Relación de la entrega de la Reyna nuestra Señora* (en Roncesvalles: fol. 182) y otra de la *Entrada de la Srma Reyna nra Sra en Toledo* (1560: fol. 183), que en cierto modo también podía incluirse en la *Bibliografía de Viajes*.

Otro ms. inédito (y este de los Archives Nationales de París: A. F. IV cartón, 1625) falta: es el *Rapport* del viaje á España de H. J. Carrion Nisas en 1810, como enviado de Napoleón.

Volviendo á los impresos, todavía pueden citarse: *Itinéraire juif d'Espagne en Chine au IX siècle*, publicado por Sch-wab (*Rev. de Géographie*. Junio-Julio 1891).

Livro del conoscimiento de todos los reinos... escrito por un franciscano español, á mediados del siglo XIV. Madrid, 1877.

Aboul' Abbas Ahmed.— *Ambassade marrocaïne en Espagne au XVIII siècle. Extrait de la relation d'un voyage en Espagne* (1766).—(*Rev. africaine*, t. V, p. 456).

Steele (Thomas), Esq. M. A.—*Notes on the war in Spain: de-*

mayor la dificultad de su bibliografía) en punto á lo publicado en periódicos y revistas, de lo que el Sr. Foulché-Delbosc incluye bastante; pero todavía le quedan por registrar y utilizar las coleccio-

tailing occurrences military and political in Galicia and at Gibraltar and Cádiz from the fall of Corunna to the occupation of Cadiz by the French. — London, 1824. 4.º, VIII-362 págs. (Ferrol. Coruña.—Gibraltar.—Cádiz).

Vandoucourt (Gen. Guillaume de).—*Letters on the internal political state of Spain, during the years 1821, 22 et 23; extracted from the private correspondance of the author and founded upon authentic documents; now published for the first time.* Third édition (es la que poseo). London, 1825. 4.º, XII-412 y un retrato de Mina (Tarragona.—Valencia.—Alicante.—Trafalgar).

En esta clase de relaciones de oficiales ingleses que vinieron á España en la primera mitad de este siglo, podrían citarse muchas que son verdaderos viajes y faltan en Foulché.

Los viajes á Canarias apenas se citan, y no parece justificada su exclusión, pues se mencionan los de las Baleares.

En punto á los viajes Reales por España en el siglo actual, podrían añadirse algunos, como el de D. Alfonso XII narrado por Pastor de la Roca; el de Isabel II á Asturias, por Rada y Delgado....

Faltan muchos de los itinerarios y viajes de carácter botánico, geológico, etc., entre ellos la importante descripción de Cavanilles, que es un verdadero Viaje.

También faltan no pocos de los Viajes á Covadonga y el que hizo por Asturias á mediados del siglo D. Francisco Lu xán, publicado en folleto y reimpresso en un periódico asturiano, así como los interesantísimos de Jovellanos, que no llegaron á incluirse en la edición de Rivadeneyra, aunque se pensó en ello, y de parte de los cuales trata el libro de don J. Somoza, *Escritos inéditos de Jovellanos, dispuestos para la imprenta* (Barcelona, 1891).

nes del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, el de la *Institución Libre de Enseñanza*, los *Anales de la Sociedad de Historia Natural*, el *Butletí del Centre excursionista de Catalunya*, el de la *Sociedad Española de Excursiones* y otras muchas revistas, amén de los periódicos, como *El*

De las *Cartas* de Barette hay traducción portuguesa incompleta (lo referente á Portugal), de 1896.

La popular obra de Parcerisa y Quadrado, es también un viaje y de los de mayor importancia entre los modernos.

El Sr. Canella en sus *Estudios asturianos*, p. 40, cita un libro de L. de Marsillac, *Aperçus sur la Biscaye, les Asturies et la Galice* (París, 1807), que dice ser de igual carácter que el *Voyage* de Townsend.

En el vol. XVI de la biblioteca de Jove-Llanos (Instituto de Gijón) hay nota de tres tomos (de la Academia de la Historia?) en que están las relaciones de los tres viajes hechos al Escorial por D. Pedro de Campomanes y D. Lorenzo Dieguez.

El lector podrá acudir, para mayores complementos, á estas fuentes: Arturo Farinelli, *Deutschlands und Spaniens litterarische Beziehungen*, trabajo publicado en la *Zeitschrift für vergleichende Litteraturgeschichte* (1895) y que contiene indicación y extractos de muchos Viajes por España.—K. Haebler, nota crítica sobre el libro de Foulché (en *Centralblatt für Bibliothekswesen*. Dic., 1896), donde añade 15 Viajes.—J. Maldonado Macanaz, informe sobre el mismo libro (*Bol. de la R. A. de la Hist.* Nov. 1896.)—F. Adolpho Coelho, crítica de ídem. (*Rev. crít. de hist. y lit. esp., portug. é hisp. amer.* 1897). — El Sr. Farinelli publicará en breve un largo Suplemento de cerca de 500 números á la *Bibliographie* de Foulché. De los existentes en la biblioteca del Sr. Riaño podrían añadirse otros más, y sería gran servicio publicar estas adiciones.

Liberal, que ha publicado recientemente (y continúa publicando) viajes por España.

Todas estas omisiones repito que tienen fácil explicación y son, en parte, inevitables. No lo es igualmente la de los viajes clásicos, tales como el de Avieno (de que hay edición reciente, 1887), el de Hecateo (de que se conservan fragmentos), el de Piteas (no existente hoy, pero aprovechado por geógrafos posteriores), los de Artemidoro, Posidonio y Asclepiades, de que hay pasajes en Estrabón y otros autores, etc. Incluyendo, como incluye, el Sr. Foulché en su *Bibliografía* las escuetas inscripciones de los vasos Apolinales, más parece que debiera haber dado entrada en ella á todos los viajeros citados, interesantes, no sólo por ser los más antiguos que hablan de la Península con descripción de costumbres y lugares, sino por la enorme importancia de alguno de ellos, como Avieno, cuyo relato está fundado, según es sabido, en un viaje griego del siglo VI antes de Jesucristo, y cuyo texto todavía es objeto de recientes estudios y rectificaciones después de los trabajos de Holder y de Martins Sarmiento (1).

Nada de esto quita á la obra del Sr. Foulché el mérito de ser la primera que cataloga en respetable cantidad los viajes por España, ni disminuye la alabanza que corresponde á tan ímproba tarea, que no comprende sólo las señas bibliográficas de

(1) La segunda edición, corregida, del estudio de Martins Sarmiento, acaba de publicarse. Oporto, 1896.

cada libro, sino también, en casi todos, el itinerario del viaje y muchas noticias respecto de éste y de su autor respectivo. Sin la iniciativa del erudito hispanista francés no sería posible, ni utilizar ahora, mediante adiciones, el fruto de hallazgos y lecturas de otros eruditos que no pensaban, quizá, en redactar catálogo, ni, lo que más importa, el trabajo de aprovechamiento de aquellas fuentes históricas. Sería un curioso é interesante libro aquel que ofreciera extractadas y comparadas las opiniones y juicios de conjunto de los extranjeros acerca de nuestro carácter, de nuestras costumbres, de nuestra civilización, en una palabra, como datos críticos con que contrastar las opiniones indígenas y el conocimiento de nuestras propias cualidades y de su desarrollo en la Historia. Al lado de él podrían irse colocando los libros que artistas, jurisconsultos, políticos, folkloristas, literatos, etc., están en el caso de escribir, registrando sistemáticamente las noticias originales que acerca de los monumentos, las costumbres y prácticas jurídicas, las ideas políticas, el estado económico de las diferentes clases sociales, la distribución de la propiedad, los usos de la vida diaria, etc., traen los viajeros. Ocioso será decir que muchas de las noticias de pormenor, por estar muy repetidas ó por ser de vulgar conocimiento para los españoles (aunque de gran novedad para los extranjeros), no necesitan ser mencionadas; pero, aun descartando todas éstas, quedan no pocas por explorar, especialmente en los viajes an-

teriores al siglo XVIII (que no pasan de 123 en el catálogo de Foulché, de los cuales 59 están escritos ó vertidos en castellano) y los de este mismo siglo, que son sólo 94, de ellos 13 españoles, y no todos importantes.

La empresa es tentadora. ¿Quién tendrá el patriotismo de acometerla?

HISPANÒLOGOS É HISPANÓFILOS

Las presentes circunstancias políticas, que han venido á refrescar en Europa la memoria de nuestra casi olvidada y desgraciadísima nación, constituyen nuevamente en actualidad todo lo relativo al juicio que los extraños—y particularmente los que son autores de libros y artículos—suelen hacer de la España de hoy y de la España de otros días. Si fuéramos á guiarnos por la pasión, fácil sería resolver este punto con sólo entrar en cualquiera de los dos opuestos y exagerados bandos que discuten aquí sobre lo mismo, con criterios tan extremos y radicales, que no sólo hacen imposible todo acuerdo, mas desnaturalizan y extravasan la propia cuestión que se examina. Lo ordinario, en efecto, es que unos—los *chauvinistas*—supongan inmejorable, y aun superior á todo lo ajeno, lo de casa, despreciando la ayuda y concurrencia de esfuerzos que de fuera vengan para la

obra de nuestra educación, como si ésta no fuese de suyo labor común y constante en que juega toda la humanidad culta, mediante influencias y rectificaciones recíprocas; mientras otros—los *extranjerizados*—suponen, no sólo que es mejor lo de ajenas tierras—en lo cual bien pueden llevar razón, á veces—sino que nada bueno hay en España, mereciéndoles fe únicamente, ó cuando menos fe más pura y firme, el testimonio y juicio de autores extranjeros, de quienes casi llegan á decir «que no pueden engañarse ni engañarnos.» Semejante extravío no es de ahora en España, puesto que ya nuestro Ambrosio de Morales se quejaba de lo propio en pleno siglo XVI: «Somos infamados los españoles, de Tito Livio—decía—por amigos de novedades, y añadimos sobre esto otro daño mayor, que es extraño hastío que los españoles en este tiempo tenemos de nuestras cosas propias, como si fuesen las más viles y apocadas del universo las desdeñamos: y nos preciamos de lenguas, trajes, manjares, servicios, usos y costumbres extranjeras. Y á vueltas de esto, no tenemos en nada saber las cosas de nuestros pasados, ni nos acordamos de leer sus hechos, ni mirar sus ejémplos, por saber qué hizo el otro en Grecia, ó en Roma, ó en otra región donde aquello podía ser acertado...» Y añade en otro sitio, remachando el clavo con dura exactitud: «... Por culpa ó negligencia de nuestros naturales está (la lengua castellana) tan olvidada y tenida en menos, que ha perdido mucho de su valor. Y aun se pudiera esto sufrir ó di-

simular, si no hubiera venido en tanto menosprecio *que ya cuasi basta ser un libro escrito en castellano, para no ser tenido en nada...*»

No llevaremos ahora la cuestión por estos caminos, entendiendo que así se pierde la *diritta vía*. El presente artículo dirígese nada más que á examinar—sin términos de comparación y á grandes rasgos—la literatura extranjera referente á la vida contemporánea, carácter, ideas, inteligencia y condiciones de nuestro pueblo.

La cual literatura—cuyo núcleo forman innúmeros *Diarios* de viaje, de turistas más ó menos ingleses y franceses — abunda tanto (digámoslo de de una vez) en tomos como en disparates y equivocaciones, salvo alguna señalada excepción (1).

El conocimiento de toda sociedad, especialmente si es muy compleja, tiene para los extraños siempre una parte en absoluto inasequible, que es precisamente la que toca á lo más íntimo y personal de la vida, á lo que, á veces, ni los propios nacionales pueden formular de una manera exacta, aunque lo *sientan* dentro de sí y les alumbre y dirija con criterio seguro, emanado de la misma naturaleza de las cosas. Así como no puede ser verdad nunca que para un extranjero la lengua española «no tenga secretos,» porque la erudición y el manejo del lenguaje que dan los libros dista mucho de aquella adivinación especial que aun á los

(1) V. gr. de varios viajeros norteamericanos, como he notado en otro lugar.

menos cultos comunica el hecho de oír y hablar castellano desde que nacieron, así tampoco cabe penetrar el espíritu de una nación, apreciar todas las condiciones en que vive y las anteriores que condicionaron el estado presente, con sólo permanecer en el país dos ó tres semanas.

Los juicios cerrados y las sentencias firmes son, en este punto, recusables. La inspección rápida, la convivencia breve bastan, sin duda, para advertir de las cosas más externas y elementales. Es suficiente pasar un día y una noche en Madrid para decir, por ejemplo, que tenemos muy mal empedradas las calles y casi tan mal alumbradas; pero querer juzgar de la sociedad madrileña por el dato de unos cuantos holgazanes que hay en la Puerta del Sol, ó de una juerga en el café Imparcial, es altamente ridículo, aunque muy frecuente.

Las leyendas son de todos los tiempos y de todos los países, bien lo sé. Hay todavía muchísima gente que llama á París la «Babilonia moderna» y lo cree prototipo de ciudades viciosas, sin saber lo que en punto á inmoralidad representan, verbi-gracia, Viena y Londres, é ignorando lo que en París se trabaja, intelectual é industrialmente, con un afán, un amor, una constancia que muchos de los censores han de menester para sí. España también tiene su leyenda. Sigue no habiendo más españoles, para muchos extranjeros, que los gitanos, los *cantaores* andaluces, los toreros y los «bandidos» de Sierra Morena; siguen (incluso personas de cultura y de mundo) preguntando en confian-

za si llevan aun navaja en la liga nuestras mujeres; siguen copiándose los juicios de viajes del siglo pasado y comienzos del presente, como si, aparte de los disparates de todo tiempo que suelen contener, no hubiesen variado las cosas desde entonces; siguen viniendo á estudiarnos gentes que no hablan y apenas entienden nuestra lengua, á pesar de lo cual se atreven á escribir juicios acerca de nosotros; siguen, en fin, tratando con tal ligereza de nuestras cosas, con tanto desenfado y tranquilidad, que no parece sino que la característica de España se les comunique por ciencia infusa, sin que haga falta estudiarla, despacio y con interés, como tocante al resto del mundo se hace.

Todos estos defectos vienen de dos fuentes principales: la falta de estudio y la falta de amor. Suelen creer los viajeros que, no obstante requerirse años de preparación y trabajo para conocer cualquiera región del centro del Africa, para conocer á España no precisa sino venirse por acá en primavera, ver la Semana Santa en Sevilla y Toledo, San Isidro en Madrid y el Corpus en Valencia, con lo cual queda todo visto y sabido. Para llenar huecos, juzgan que ha de bastarles la lectura de los periódicos, como si éstos reflejaran, ni pudieran reflejar, los mil aspectos, la complejidad enorme de nuestra sociedad nacional, ni aun á veces la misma opinión dominante sobre los contadísimos problemas en que se ocupan; de los cuales, es frecuente además que no se hagan cargo los lectores ultrapirenáicos, como ha sucedido re-

cientemente con motivo de sucesos políticos, de los más externos y perceptibles.

Fáltales también, casi siempre, á los viajeros y escritores de que hablo, amor á nuestra tierra. Vienen los más buscando lo *pintoresco*—sin perjuicio de inventar, sobre lo visto de prisa, otro tanto—y desatienden aquello que más podría darles idea de lo que somos y de los esfuerzos que hacemos para mejorarnos: en suma, de lo bueno y serio que haya (en medio de mucho malo y ligero, que no es dable negar), y á lo cual acude en primer término el que siente simpatía verdadera por una persona ó una nación, ganoso, más que de hallar nuevas faltas, de explicarse las que se notan y de compensarlas con buenas cualidades. El sentimiento de altivo desprecio en que se ha trocado para muchos aquel odio y envidia que nuestras proezas y excesos militares de otros tiempos produjeron en Europa, les crea, cuando menos, prejuicios que descarrian su observación de las cosas y de los hombres. Les falta aquella *piedad* necesaria para ser maestros nuestros en lo que cupiere, y se quedan en fiscales que á menudo no se han cuidado de leer el sumario de la causa, ni menos de averiguar si está bien formada.

Y esto es lo grave y doloroso. El nombre de *hispanófilos* con que generalmente se designa á los extranjeros que escriben de asuntos españoles, no cuadra sino á bien pocos de ellos, aunque algunos, por el prestigio y la elevación de su nom-

bre, compensen sin duda lo exiguo del número. Los más podrían ser llamados, á reserva de discutir su ciencia, *hispanólogos*, gentes que saben ó presumen saber de España, pero que no solo no la aman, ni aun sienten por ella benevolencia y simpatía, sino que están dominados por ese rigor de juicio, esa ligereza despreciativa, esos prejuicios ciegos que á veces—¡triste es decirlo!—llegan hasta los mejor enterados de minucias de erudición referentes á nuestra patria, muy afanosos por reconstituir nuestra historia, pero limitados á esta función de arqueólogos, sin llevar su esfuerzo á la piadosa rehabilitación del nombre de España, harto más caído en la opinión—incluso de sus propios hijos—de lo que merece.

No queremos citar nombres, ni de los unos ni de los otros. Quédese para nueva ocasión recordar los de aquellos pocos que en Alemania, en Italia, en Francia, en Inglaterra, son ante todo *hispanófilos*, buenos amigos, de los que ni adulan ni huyen ante la desgracia, sin perjuicio de ser también, muchas veces, grandes *hispanólogos*; y quédese también para nueva ocasión la tarea grata de reunir textos modernos simpáticos á España, que contrarrestan en algo la dominante curiosidad sin amor, que tanto apena.

Quizás del movimiento de interés que actualmente se ha producido en Europa hacia nosotros, salga nueva corriente que fortifique la falange de los verdaderos *hispanófilos* y disipe muchas leyendas y muchos prejuicios. Hagamos por nues-

tra parte lo necesario para que así ocurra; y á este propósito, ¿han pensado algunos españoles que escriben de nuestras cosas en revistas ó periódicos extranjeros, cuán inmenso daño hacen á la patria llevando á sus escritos las triquiñuelas personales y el orgullo que les mueven, ora á callar nombres respetables, ora á desfigurar las cosas y tergiversar los datos?

LA PSICOLOGÍA DE LA JUVENTUD

EN LA NOVELA MODERNA (1)

La juventud y el amor son los dos temas constantes y esenciales de la literatura: pero, así como

(1) El presente estudio no es más que el esbozo de un capítulo de la obra que el autor pensaba escribir acerca de *Las ideas y los caracteres en la literatura contemporánea*. Como, no obstante haber reunido á este propósito durante varios años abundantes notas y observaciones, le han alejado de realizar su plan trabajos perentorios de otra índole, nuevas aficiones científicas y preocupaciones de la vida diaria, á tal punto que considera poco menos que imposible escribir hoy por hoy el mencionado libro, se decide á indicar en la presente nota el sumario de lo que hubiera querido tratar, para que se vea la relación que con ello guarda el fragmento que ahora se publica, y para que tal vez sirva de acicate á otro escritor de más frescas y desembarazadas energías: resultado el más grande que el autor pudiera apetecer.

El libro *non nato* debía constar de dos partes. La primera de ellas había de ocuparse en las tendencias ideales de la

literatura moderna, á partir de la reacción contra el naturalismo, examinando el programa moral y la filosofía de los diferentes grupos de escritores que representan esa reacción ó un punto de vista análogo á ella, desde los novelistas y dramaturgos rusos y escandinavos, á los redactores de las varias é interesantes «revistas jóvenes» de Francia, detallando la historia de este movimiento, poco conocido en España, desde sus albores, menos próximos de lo que se cree, y estudiando de una manera muy especial la psicología de los literatos españoles que, no obstante su aislamiento y su carácter muy original, en algo se enlazan —y no siempre por imitación— con la gran crisis espiritual de Europa.—Ocioso será añadir que el punto de vista adoptado en estas investigaciones no es el artístico, sino el social, y que, por tanto, no se trataría en ellas de la *estética* de los literatos contemporáneos sino por excepción, en aquellos casos en que, por ir muy ligada al fondo ideal de la obra (v. gr., en los simbolistas), no cabría entender éste á no explicar aquélla.

En la segunda parte proponíame exponer la manera cómo ha estudiado y expresado la literatura moderna ciertos tipos y caracteres de la vida real y ciertos sentimientos sociales de importancia. Así, de igual modo que el presente capítulo se refiere á la *psicología de la juventud* (masculina), otros habían de referirse á la mujer en sus diversos aspectos:—la *adolescente* (v. gr., en *Cherie*, de Goncourt, *La mejor aventura de D. Juan*, de Barbey d'Aurevilly, *El cisne de Vilamorta*, de Pardo Bazán), la *mujer de su casa* (en la *Marcelina* de Palacio Valdés y la *Camila* de Pérez Galdós), la *fanática* (en *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch*, *Marta y María*, *Saschka y Sanska...*), la *adúltera* (en *Le rouge et le noir*, *Le lys dans la vallée*, *Ana Karenina*, *La de Bringas*, *La Regenta*), la *histerica* (en *Lo prohibido*, *Pepita Jiménez*, *Angel Guerra...*), la *mujer del pueblo*, la *mujer moderna*, etc. De algunos de estos puntos hay hechos ensayos en diferentes países, de que son ejemplo los artículos de Bordeaux sobre *La jeune fille dans la littérature contemporaine*, publicados en la *Revue generale* de

Bruselas (1896), los de Flat, *Essais, sur Balzac* (*Rev. bleu*, 15 Abril, 1893), los de *La femme russe dans le drame et le roman* (*Nouvelle Revue*), etc. Otro capítulo habría de corresponder á la *relación de los sexos* en general, incluyendo, lo mismo el sentimiento amoroso perfecto (como en *La chartreuse de Parme* y en las novelas del discípulo de Nietzsche, Ola Hansson) que la pura unión sensual y fugitiva, con harta frecuencia estudiada en la literatura (novelas de Zola, algunas de Pardo Bazán, etc.). A la *psicología de los niños* correspondería nuevo estudio, examinando las novelas de Dickens, V. Hugo, Mme. Michelet, Loti, P. Adam, Amicis, Pérez Galdós, Daudet, Kipling, etc., y lo mismo había de hacerse con la de los *degenerados y criminales* (obras de Zola, Dostoyuski, Tolstoy, Ibsen, Hansson, Ch. y E. Bronte...) y de los *artistas* (*L'œuvre* de Zola, v. gr.). El *sentimiento de piedad hacia los que sufren*, los humildes y los desheredados, tan enérgico ó interesante en la novela moderna, se estudiaría en las de Maupassant, Tolstoy, Lemaitre, Flaubert, Balzac, Miss King y Mr. Page, Turgueneff, Daudet y Fontane; las *ideas religiosas* en las obras de Jorge Sand (*Mademoiselle de la Quintinie*), Tolstoy, Pérez Galdós, Lemaitre, Vyzewa, Rod, Alas, Palacio Valdés (*La fé*) Bjorson, etc.; los *problemas sociales* en las de Ibsen, Galdós, Pardo Bazán (*La piedra angular*); la *educación* en las de Ch. Brontë (*The Professor*), Th. Hughes (*Tom Brown*), G. Elliot (*Mill on the Flows*), Dickens, O. Wendell Holmes (*Elsie Venner*), Eggleston, Amicis, Mrs. Ward.; la *vida escolar* en los libros de Amicis, Töpffer, Laurie, Girardin, Vallés; y también los *tipos nacionales*, interpretados por extranjeros (v. gr., los ingleses en la novela francesa: v. *Rev. bleu*, Mayo, 1892). A la *vida rural* y el *sentimiento de la naturaleza* era forzoso dedicar varios capítulos, resumiendo y completando los estudios anteriores de Anderson Graham (*Nature in books*. London, 1892), V. Laprade, Gazier, Guyau, y examinando las obras de Hansson, Löland, Seland, Caravagnori, Sienkiewicz, Tolstoy, Ouspenskij, Zola, Maupassant, Justh, Auerbach, Gogol, Keller, Reuter, Biteins, Pereda, Pardo Bazán y tantos

algun crítico (1) ha dicho que les quedaba mucho por explorar á los literatos en materia de amor, cabe decir—y con mayor razón, sin duda—que con haber tanto *joven* (los *héroes* lo son casi siempre) en la novela y el drama modernos, las obras literarias dedicadas propiamente á estudiar la juventud, sus luchas, sus problemas característicos en cada época, son muy escasas, y las que existen pecan de deficientes.

Posible es, sin embargo, recogiendo notas dispersas, y, mejor aún, el sentido general dominante en las citadas obras, reconstruir la psicología de la juventud europea durante este siglo, á lo menos tal como la han visto é interpretado los artistas que, como hijos de su tiempo, no han podido menos de reflejar el «estado de alma» de sus contemporáneos y el suyo propio, no menos interesante. Débese no obstante insistir en que son raros los autores que han escogido el tema de la juventud como asunto especial y único de sus libros,

otros, sin olvidar el interesante punto de *los animales en la literatura*, poco estudiado aún (v. por ejemplo, por lo que toca á literatura no moderna, *Gli animali nella Divine Comedia: Inferno*, por Lessona. Torino, 1893), y otros de mayor detalle.

Resta advertir que el presente capítulo de *psicología de la juventud* fué publicado por primera vez en *La España moderna* y luego reproducido, en traducción, completa ó extractada, por varias revistas y periódicos extranjeros, como *Revue des Revues*, *L'Independence belge* y otros.

(1) Emilia Pardo Bazán. Mucho antes había dicho lo mismo Stendhal, en el *Primer prólogo* en su *Fisiología del amor*.

tal vez porque no sintieron bastante amor hacia él, ó porque no se hicieron cargo de los problemas que supone, ó también—y esto es lo cierto en la mayoría de los casos—porque les faltó la *experiencia consciente*, y no les alcanzó la inquietud personal que originan tales problemas por modo tan intenso que les moviese á escribir acerca de ellos, «para curarse á sí mismos», como dice Musset.

Por esta razón, las pocas obras en que se abraza de lleno este asunto merecen atención particular y detenida. Su examen comparado no sólo es una lección preciosa de historia, cuyos resultados parecerán increíbles á muchos—¡tanto y de tal manera hemos cambiado en menos de un siglo!—sino también una experiencia rica en enseñanzas para nuestros jóvenes de hoy día, y llena de advertencias para los que se interesan sinceramente en el porvenir de los pueblos, que pende, en absoluto, de la regeneración de la juventud.

La enormidad de la distancia salvada y de las transformaciones sufridas, se nota al punto, con sólo mencionar el título de algunos de los libros á que hacemos referencia. ¿Quién recuerda hoy, y menos lee, *La Confesión de un hijo del siglo*, de Musset, *Fausto* y *Savonarola*, de Lenau, *Eugenio Onegin* de Puchkin? Nuestros jóvenes se aburrirían seguramente con tales novelas. Los estados de alma á que responden—así como el *Don Juan*, de Byron, en muchas de sus partes, y aun el *Werther*, de Goethe, en las más sentimentales y menos humanas de sus páginas—no son ya com-

prendidos, no encuentran eco en el alma de nuestra juventud. ¡Y, sin embargo, más de una generación ha sentido como sentían Musset, Lenau y Puchkin!

Pueden distinguirse en las obras literarias tres elementos: uno, puramente imaginativo, propiamente *artístico*, que es fruto especial de las condiciones *profesionales*, que pudiera decirse, del escritor; otro, esencialmente humano, que procede de las facultades, sentimientos, etc., en cierto modo inmutables, de la humanidad, y el cual constituye como el fondo común de todas las literaturas; y un tercero, que es mera consecuencia del estado social de cada tiempo, y que sirve, por tanto, para caracterizar la obra y señalar indeleblemente la fecha de su aparición: tal, v. gr., los entusiasmos napoleónicos de los héroes de Stendhal, ó los generosos sueños socialistas de los de Jorge Sand.

Cuando este último elemento es el que domina, la obra pierde seguramente en interés para la mayoría del público y reduce en gran manera sus horas de vida; pero gana, en cambio, como documento psicológico especialísimo, que juntamente nos ilustra, en la forma más íntima y auténtica que la literatura puede ofrecer, acerca de las «reconditeces psíquicas» del autor y su tiempo. Y de tal manera apremian el medio ambiente contemporáneo y la propia modalidad personal del momento—es decir, de tal manera se impone casi siempre la llamada *nota subjetiva*, en el instante

de la concepción y de la ejecución de la obra—que la mayoría de las novelas y de los poemas famosos en un tiempo, pierden mucho de su interés ante el cambio de ideas y estados del público y de los mismos escritores, explicando así el pronto é injusto olvido en que caen muchas veces. Tal sucede con muchos de los libros de que vamos á tratar.

El problema que más especialmente han estudiado los literatos en la juventud, es el de su conducta en las relaciones amorosas, con todos los efectos que las diferentes vicisitudes de ellas producen; señalando en particular algunas de sus modalidades más salientes, ya se considere el amor en sí, ya en la modificación que sufre al encarnar en diferentes clases de caracteres, desde el sentimental y débil de *Werther*, al egoísta y más humano de *Adolfo*.

La pasión loca y desesperada; el desengaño brutal; el afectado y enfermizo pesimismo amoroso; la licencia y el descnfreno, buscados como medios de olvidar sufrimientos á menudo exagerados ó ilusorios; la pesadumbre terrible con que sujetan al cabo ciertos amores, destruyendo la vida toda y aniquilando las energías más sanas..., todo esto y más de análoga condición se encuentra en los libros de Goethe, de Musset, de Puchkin, de Sand, de Lenau, de Balzac, de Constant, de Daudet, etc.

Pero al lado de esta preocupación dominante, de este predominio, explicable y natural, de la

vida amorosa, se deslizan con frecuencia observaciones de gran valor tocante á otros órdenes de conducta y al fondo ideal de la juventud, redondeando algo más la figura moral de ésta. Así es cómo Musset refleja las preocupaciones de los jóvenes de 1830 en punto á las creencias religiosas, á la organización social, á la educación, y cómo Balzac analiza, tan hermosa y profundamente, los sentimientos de la ambición, de la vanidad y de la gloria en los jóvenes. Aunque *Le Rouge et le Noir* de Stendhal sea, predominantemente, novela amorosa—cuya primera parte, henchida de bellezas y de alta poesía, inspiró sin duda á Balzac su famosa *Lys dans la vallée*—la atención que el autor concede al espíritu ambicioso, egoísta y grande, en medio de sus defectos, de Julián Sorel, es suficiente para que resulte estudiado desde este punto de vista el carácter, y ciertamente de un modo magistral, como era lícito esperar del talento de Stendhal actuando sobre un hecho real de la vida de entonces (1).

Pero, dejando á un lado el estudio de sentimientos especiales, que alargaría mucho las presentes consideraciones, fijémonos en la conformación general de los tipos, en el estado de alma que

(1) Es ya cosa averiguada que el *Sorel* de Stendhal está calcado en la figura de otro Sorel, seminarista, que, como el de la novela, mató á su amante en la iglesia. Los documentos probatorios se han publicado en la *Revue Blanche*, de París (Marzo, 94.)

reflejan, tomando en conjunto sus ideas y sus actos en punto á las diferentes manifestaciones de la vida, y especialmente á su concepto de ésta y de su orientación ideal.

La diferencia resulta enorme entre los héroes de 1830 y los de ahora. El joven romántico (es decir, *sentimental*) de Byron y de Musset, desesperado, melenudo, escéptico, lleva en el fondo del alma energías vivas, optimismos prontos á resurgir, creencias que *sinceramente* no se atreve á negar, porque todavía *las siente* y son para él, á pesar de todo, ideas-fuerzas. El joven de hoy, el depravado y egoísta de Bourget y de Daudet, el débil, indeciso y neurótico de Turgueneff, de Galdós y de Bérenger, ó tiene sólo energías para el mal, en una sequedad aridísima de ideales, ó se dobla, como Hamlet, ante la duda y ante la incapacidad de reobrar contra los vicios y contra los defectos de educación que le aplastan, y cuya existencia reconoce, y aun deplora como el que más. Desconfiando absolutamente de su propio esfuerzo, falto de guías tan cautos y generosos como los que tuvo *Wilhelm Meister*, ni siquiera intenta luchar: cree inútil toda tentativa para escapar del abismo, y á menudo se sustrae á la vida, como Federico Viera ó Jorge Lauzerte, el de *L'Effort* (1). Con los románticos, todavía cabe intentar empre-

(1) *L'Effort*, novela de Henry Bérenger, uno de los jóvenes de la nueva generación francesa, tan deseosa de una regeneración moral.

sas elevadas: son espíritus perturbados, sin duda, pero valientes, llenos de fuego y de nobleza, en medio de su especial egoísmo. Con los citados tipos modernos, fríos, cobardes, cortesanos del éxito, que ni se rebelan, ni siquiera dudan; ó débiles, impotentes, aunque atormentados de nuevo por la sed del ideal, ¿qué empresa puede acometerse?

Dejando á un lado el *Don Juan*, de Byron—tan característico y curioso—para reducirnos á las obras en prosa, en tres autores de este siglo puede estudiarse principalmente la representación del joven romántico: en Puchkin (*Eugenio Oneguín*), en Musset (*Confesión de un hijo del siglo*), y en Lenau (*Fausto*, *Savonarola*, *Don Juan*) (1). En Balzac, no obstante conservar algunos rasgos importantes, el tipo ha variado mucho: es más frío, más calculador, más egoísta; es el joven del realismo y del naturalismo, casi. Recuértese á *Rastignac* y al propio Félix de Vandenesse, en muchos de sus actos.

La novela de Puchkin, tan hermosa é instructiva, se ha borrado de la memoria del público. Las de Lenau apenas se conocen en España. La de Musset todavía la recuerdan muchos, aunque

(1) Completa esta trilogía, y no se cita en el texto para no hacer *double emploi* con la novela de Puchkin, la de su gran compatriota Lermontof, titulada *Un héroe contemporáneo*, cuyo protagonista, Petchorin, es (decía el propio autor), «retrato no de un individuo, sino de una generación».

ya nadie la lee. Las observaciones, pues, resultarán más inteligibles si recaen sobre la *Confesión de un hijo del siglo*.

Conocida es la gran parte de autobiografía que contiene la novela de Musset. No perjudica esto al valor representativo de la obra, porque Musset era un verdadero prototipo de su época; y además, hay en la *Confesión* observaciones y detalles objetivos, de aplicación común á todos los jóvenes de aquel tiempo.

Tres cosas llaman la atención, preferentemente, en el *Octavio* de Musset: la desesperación sentimental, hija, en parte, de pedir á la vida más de lo que ésta puede dar, y, en parte, de no comprender la necesidad y la generalidad del dolor y del desengaño; el error de buscar en el desorden, en la sensualidad viciosa ó extravagante, un remedio para las heridas del espíritu, con la constante decepción que produce este medio y la falta de sinceridad con que se hace gala de semejante paliativo; y las dudas respecto del ideal de la vida, de las más altas creencias, dudas que, si aparentemente se resuelven en un escepticismo frío, en el fondo son la prueba de una crisis espiritual que aspira á descansar en una afirmación, con tal de que no cueste gran fatiga y surja de pronto, hecha de una pieza: resultado muy superior á las fuerzas de un hombre que, además, solía no estar preparado para tales investigaciones. Y es que, al fin y al cabo, el héroe de Musset resulta, como todos sus compañeros, hijo de aquel

René cuya sentimental locura hace de Chateaubriand un romántico verdadero, en quien prenden todas las ansias del siglo, no obstante el aparente arrebató religioso que lo eleva y hace popular su nombre (1).

La desesperación exagerada, lacrimosa, la heredaron los románticos de los *sentimentales* del siglo XVIII, y es la parte más conocida, más popular de su psicología. Aquellos disgustos, tan sin motivo, aquellas heridas del amor propio elevadas á la condición de grandes problemas, aquella manera trágica é infundada de considerar la vida, amargándola, enturbiando todos sus placeres, trayendo sobre sí y sobre los demás la infelicidad menos merecida y lógica, se ha perpetuado tanto en la literatura de nuestro siglo, que está todavía latente en gran parte de los héroes de la novela moderna, y sobre todo del teatro, donde aún la aplauden los mismos que en la conversación diaria abominan de ella. Tiene, no obstante, una base psicológica que supone cierta superioridad en la aptitud para sentir, para recoger impresiones y responder á ellas con un vigor y un acutismo que, á veces, descubre sentimientos muy

(1) En cierto modo, todos estos héroes proceden de *Werther*, y así ha podido escribirse un libro en que se estudian las diversas encarnaciones del personaje de Goethe en la literatura francesa; pero si se comparan despacio las ideas de aquéllos y de éste, han de advertirse diferencias muy radicales. *Werther* es, además, menos complejo, se reduce más á un solo problema de la vida.

delicados. Así, el héroe romántico, como aquel inglés de *La Mujer de treinta años*, sabe sacrificarse por su dama, cosa que parecen ignorar los héroes del naturalismo, explotadores más que amantes de la mujer.

La depravación sensual del «hijo del siglo» no cierra el ánimo á toda esperanza, porque no es producto espontáneo de una inclinación física morbosa, ni efecto reflexivo de una depravación moral absoluta; no es tampoco sensualidad franca y desnuda, á la cual se entreguen los héroes románticos por afición verdadera; al contrario, les disgusta, no les satisface, no les divierte, al cabo. La buscan para olvidar—como enfermos, como se emborrachaba, v. gr., el príncipe de *Martín el expósito*,—no sabiendo el modo de curarse razonablemente, ó de resolver con calma, y por términos lógicos y humanos, los conflictos que la ligereza en el obrar, la ilusión ó la inexperiencia producen. En suma, los héroes románticos saben poco; son unos niños, unos inocentes que, al ver que las cosas no les salen como ellos quisieran, en vez de buscar la solución natural, ó resignarse, se echan al surco, como vulgarmente se dice, y abominan de la vida que no saben comprender. Basta leer los capítulos VI y IX de la novela de Musset (primera parte, páginas 72 y siguientes de la traducción española) y el IV de la segunda, para convencerse de esto que apuntamos. Aquellos libertinos—no ya sólo Octavio, sino el más frío y vicioso Dagenais—están tristes, se aburren en medio de

los placeres: les falta la alegría de los libertinos del Renacimiento, tan comunicativa y simpática, á pesar de todo.

Así ha podido calificarse el tipo romántico de «inaguantable», porque, como dice la señora Pardo Bazán, es «exigente, egoísta, mal avenido consigo mismo y con los demás, insaciable de amor y despreciador de la vida... y siempre de mal humor». Y, sin embargo, en el paroxismo de esa locura, cuando Octavio se convierde en *Rolla* y llega al suicidio, aún le quedan, como en su ironía—según reconoce M. de Chantavoine,—«una lágrima, y, á veces, una oración inquieta, errante y desolada» que lo ennoblecen.

En general, por lo que toca al concepto de la vida misma y á las creencias fundamentales, Octavio, más que un escéptico convencido, es un desorientado. El espectáculo de las miserias sociales, del éxito momentáneo que el mal obtiene, de la positiva indiferencia y crueldad inhumana de la masa (á quien no ahora, sino siempre, en todas épocas, arrastran las despiadadas imposiciones de una barbarie egoísta), le han hecho dudar de la eficacia real de las ideas y de los sentimientos nobles y elevados, de la moral sincera y pura; y por otra parte, las doctrinas críticas le han hecho desconfiar teóricamente de la *verdad* de las antiguas creencias. Falto de cultura para subir á un punto de vista superior, *inferior él mismo al problema* (no sólo personalmente, sino también por condición de la época en que vive), no se atreve á afirmar

nada, oscila de un extremo á otro, pero siente la necesidad de creer en algo, de apoyar en base sólida la conducta. Esta situación, tan propia de los tiempos de crisis intelectual, y que supone, al fin y al cabo, que la juventud piensa y se preocupa con los altos problemas ideales, tiene en el fondo una elevación y una seriedad muy interesantes, á menudo no sospechadas («inconscientes», que se dice) por el mismo que las experimenta.

El Octavio de la *Confesión de un hijo del siglo* ofrece variadas pruebas de esto. En rigor, es bueno—mejor dicho *no quisiera* ser malo—y aunque por el camino sospechoso del sentimentalismo, sabe ser dulce y sacrificarse, sabe tener dignidad en ciertos momentos.

A veces, sus dudas nacen de un motivo pueril. Consulta la Biblia, como la Dinah de Jorge Elliot, y se asombra y desespera de encontrar en el libro santo acentos de duda é incertidumbre. Sólo se fija en lo pequeño. «¡Dios mío!» (dice). Me habla una mujer de amor y me engaña; me habla un hombre de amistad, y me aconseja que me entregue al libertinaje; otra mujer quiere consolarme y me enseña, llorando, una pierna bien formada; busco una Biblia que me hable con el idioma de los ángeles, y sólo me dice: «¡Quizá!» — No sabe salir del ejemplo inmediato, de la experiencia personalísima, del dato individual. No habiendo acertado á interrogarla bien ni á servirse de ella, acusa á la razón, como ciertos católicos que creen así serlo más y más puramente. Pero con todo esto,

queda siempre en su alma un rinconcito sano, que el dolor pone de manifiesto alguna vez. Las reflexiones que se le ocurren después de la muerte de su padre están llenas de buen sentido, y demuestran una emoción real que pudiera ser base de la regeneración. Conoce también los afectos puros, comprende los elementos normales y honrados del amor, odia la mentira, y sabe sentir, como no sienten jamás los depravados, los celos de un pasado desconocido, en que la desconfianza suele poner mil imágenes perturbadoras. El capítulo en que habla de estos celos es uno de los más interesantes para la psicología, porque tiene una verdad asombrosa, que sólo podrán comprender los que hayan experimentado la misma amargura. Pero también sabe Octavio hacer sufrir, reflejando su enfermedad en los otros; y el martirio terrible de que es víctima Brígida, parecería una crueldad repugnante si no supiéramos que lo padece por igual Octavio, que es una consecuencia fatal de su dolencia, terminada con un arranque generoso.

El tipo de Octavio se prolonga por algún tiempo en la literatura. Flaubert nos da su última encarnación degenerada, y á la vez su crítica, en *La Educación sentimental* (1869) (1). Todavía después de Musset la juventud tiene bríos y recobra sus entusiasmos peculiares en la política. Hace de la

(1) Este tipo está tratado especialmente en el artículo que más adelante se publica con igual título que la novela de Flaubert.

libertad su Dios, y lueha por ella, olvidándose á sí propia, relegando á segundo término, por algunos años, sus problemas partieulares é íntimos; y hasta llega á preocuparse, con Jorge Sand, de las reformas sociales, aspirando de nuevo aquel inocente pero generoso optimismo de los hombres del siglo pasado.

La fatiga y las desilusiones, hijas de haber perdido á los hombres, á los sistemas y á las ideas, mayor perfección y más rápidos resultados de los que pueden dar, le produeen nueva y más grave caída. Parte de la juventud sigue fría y ealeuladamente el camino de Dagenais y de Rastignac; otra, cae en la inacción de *Demetrio Rudín*. Demetrio Rudín personifica, en efecto, un nuevo estado de alma que aún sufren hoy las juventudes europeas, y que en 1855 conocían ya los rusos. *Rudín* no es perezoso con la pereza semifatal de una raza, como *Oblomoff*, no es inactivo tampoco por motivos dogmáticos, por lecturas de Schopenhauer y Hartmann mal digeridas; lo es por la peor de las enfermedades morales, por la desconfianza en las propias fuerzas, por la conciencia firmísima de una impotencia personal que erree sufrir. Con ella marchita todos sus buenos instintos, todas sus preciosas faeultades. Ve el ideal, lo ama, lo acaricia á tientas, pero se figura no poder aleanzarlo, y el desaliento le hace caer al borde del camino. Conoce los vieios de su educación, pero no fía en remediarlos. ¡Ha visto tantos fracasos de grandes aspiraciones! ¡Le han hablado tantas veces de fata-

lismos, de la pequeñez humana, de la pesadumbre de los heehos y de la tradieión! Todavía sueña empresas y comienza obras; pero eomo el *Doctor Faustino*, las deja sin eoncluir, las abandona al primer tropiezo. Las dificultades le desalientan. Ni siquiera es testarudo é inocente eomo *Bouvard* y *Pécuchet*, que ensayan sin descanso. Le falta la perseveraneia. Su amigo Lejneff se lo advierte, y él contesta: «Tú lo diees; no he tenido perseverancia. *Jamás he edificado nada*; en efecto, es difieil edifiar, sea lo que quiera, cuando falta el suelo debajo de los pies.»

Su ineptitud para la vida positiva, real, fruto de la edueación romántiea é inteletualista, eomienza á revelarse.

«Lo que es cierto, le dice Lejneff, es que tñ permaneeerás pobre.—Yo, ¿qué quieres? Por de contado, sé que siempre he pasado á tus ojos eomo un hombre nulo.—¡Tú! ¡Qué loeura, hermano! Verdad es que hubo un tiempo en que sólo saltaba á mi vista el lado defectuoso de tu caráeter, pero ahora, créeme, comienzo á saber apreeiarte eon más justicia. No eres capaz de hacer fortuna..... Pues bien; ¡te quiero á eausa de esto mismo! Sí, ¡de veras; te estimo por eso mneho más..... ¿Me comprendes?»

Han pasado los tiempos en que Schaunard y sus compañeros de la vida *bohemia* vivían de ilusiones..... y de trampas. La juventud, frente al grave problema positivo de la existencia, aspira á ser independiente y feliz; pero no está educada

para los combates que esa aspiración exige, y cuando va con buena fe, con nobleza, se rinde ó dilapida sus energías, y al fin se *déclasse*, como dicen los franceses, creando el mísero proletariado, económico y moral de levita. El resultado último de todo esto es una enfermedad de la voluntad: el desfallecimiento del ánimo. La juventud ha olvidado que, según Fausto, «en el principio era la acción»; y si lo sabe, no puede ó no cree poder producir acción ninguna eficaz, ni para sí, ni para los otros.

Creyéndose impotente para lograr su felicidad personal, menos puede pensar en ser levadura de progreso para la patria, en acometer altas y generosas empresas. No le queda más que una vaga, impotente piedad hacia los hombres desgraciados y hacia las miserias de los pueblos; pero ni siquiera intenta agruparse para dar el impulso de regeneración. Necesita largo reposo para dar lugar á que resurja, en lo íntimo de su conciencia, la voz divina que grita al hombre: «Anda», como Jesús á Lázaro; y cuando la oiga, empezará por reformarse á sí propia, por curar la llaga enorme que lleva en el alma y que le impide todo movimiento. Le hace falta, ante todo, recobrar la confianza en sí misma y en el destino humano, reconocerse libre y capaz de *acción*.

Pero antes de que esto llegue, todavía ha de hundir la juventud su espíritu en más lóbregas y tenebrosas simas. Llevará el fanatismo materialista hasta la exaltación de *Bazarof*, el héroe de *Pa-*

dres é hijos (Turguencf), que representa la negación pura de las ideas tradicionales, la fría, inflexible crítica, más dura cuanto más precipitada, más errónea cuanto más radical y absoluta pretende ser en sus conclusiones. Llevará también el egoísmo cobarde hasta la perversión más honda, hasta la locura, tergiversando las ideas, haciendo, incluso, responsable de sus extravíos á la ciencia, de la que no supo servirse, á la que no supo interrogar con calma, esperando la respuesta serenamente y con pureza de intención. Y así nacen el *struggle for life* de Daudet (1)—que todavía tiene su eco en el protagonista de la reciente novela de Vandérem, *La Cendre* — y Roberto Greslou de *Le Disciple*, la más alta encarnación del tipo preludiado ya, en parte, en el Rodion Romanovich de *Crimen y castigo* (1868).

Al mismo grupo pertenecen algunos de los personajes creados por Zola, aunque la psicología del gran maestro no puede definirse sino luego de muchas explicaciones, y teniendo muy en cuenta su punto de vista especial, su propósito dogmático (2).

La emoción profunda que causó *Le Disciple* demuestra, aun descartada la exageración del tipo

(1) La *La Lutte pour la vie* (1889). El tipo de Paul de Astier figura ya en *L'immortel*. Del mismo jaez egoísta son Bel-ami, de Maupassant, y el Octavio de *Au bonkeur des dames*.

(2) Los personajes de Zola no sienten casi nunca los problemas ideales. Son raros en sus novelas los tipos de este género, como el socialista de *Germinal* y el tísico de *L'Argent*.

y la errónea atribución de su origen, que el mal, en el fondo, era exacto, á saber: el mal del egoísmo y de la cobardía de alma.

Pero ya cuando Roberto Greslou revelaba (1889) el horrible vacío moral de su espíritu, la juventud había llegado á la conciencia de su falsa posición, y empezaba á repugnarla, analizándola, aunque sin fuerzas todavía para redimirse por su solo esfuerzo. Ya *Demetrio Rudin* se daba cuenta del origen de sus males, reconociendo su verdadera psicología, con ayuda de Lejneff; y el propio Greslou vence al fin su cobardía, y la reconoce y redime, dejándose matar por el hermano de su víctima. Poco á poco adquiere la juventud la ciencia de su propio estado: pero el análisis que hace del alma la precipita en nuevos abismos, á menudo. Así como los aprensivos llegan á la locura de creerse víctimas de todas las enfermedades, en fuerza de observar síntomas en sí mismos y de leer libros de medicina para cuyo cabal aprecio no están preparados, así los *psicólogos* que estuvieron en moda no hace mucho, los analizadores, llegan á la locura en fuerza de querer experimentar *estados*, de querer sentir cosas raras, *desdoblamientos*, etc., sugestionados por lecturas mal entendidas, amando el análisis por sí mismo, como un médico que amara la enfermedad sin pensar que ésta sólo se estudia... para curarla. Semejantes desvarios tienen su representación social y figuran también en la literatura. Pero el análisis se concreta, á veces, y toma direcciones positivas. Con

Julio Valles (*Le Bachelier, L'Insurgé*), revela la parte de culpa que corresponde á los otros, á los padres, á los maestros, á la sociedad, protestando y acusando todavía con algún dejo de romanticismo, pero más en firme, y con propósitos revolucionarios bien definidos. Igual carácter viene á tener la explosión nihilista entre la juventud rusa, que al punto se refleja en la novela, v. gr., con Tchernichenski (*¿Qué hacer?*). Los héroes nihilistas, como los revolucionarios de Valles, conservan aún mucha levadura romántica, no obstante su realismo forzado, levadura que juntamente se manifiesta en el misticismo de los unos y la bohemia de los otros. Pero ya entrevén un fin: les alumbrá una nueva luz y se sienten capaces de una acción enérgica. Todavía más: rompen con el *individualismo* que caracteriza á los héroes románticos, y le sustituyen con un altruismo fervoroso, desinteresado, una piedad vehemente, simpática, no obstante las extravagancias, crueldades y locuras con que la mezclan. Los nihilistas, como dice Emilia Pardo Bazán, son la manifestación de un pueblo joven «capaz de ilusión histórica y de sublimes calenturas», y son simpáticos, porque al diferentismo egoísta hay que preferir siempre «los apasionados extremos y hasta los desbarros» de cualquier fanatismo, ya que en la vida social toda, como en arte, lo hermoso es lo que vive. Valles dedica su *Bachelier* á todos los que, «nutridos de griego y de latín, han muerto de hambre», y su Jacques Vingtras representa toda una clase real-

mente desgraciada, loca por la desesperación, y que si á veces tiene ella misma la culpa de su desgracia, no ignora que gran parte le viene impuesta, y pretende remediarla hasta en lo que tiene de irremediable. Nunca se ha hecho crítica más despiadada—ni más cierta, después de todo—de la educación moderna, de la falsa «preparación para la vida» que se da á la juventud y que arroja á buena parte de ella en el proletariado, marchitándole ilusiones y sofocando aptitudes. Los anarquistas de levita, esos que presiente el ciego Rafael de *Torquemada en la cruz*, nacen con Vingtras, que representa así todo un estado de alma de la juventud moderna.

Pero esta dirección revolucionaria no es la de la mayoría. La lucha que emprende con más ardor la juventud para conseguir su regeneración, y la que mayor provecho ha de darle, es la lucha interna, titánica, desesperada, llena de vacilaciones y desfallecimientos, que unas veces termina en deslumbrante claridad, como les sucede al *Pedro* y al *Levine* de Tolstoy (1), y otras concluye con el suicidio, como en *L'Effort*.

Los jóvenes del tiempo de Musset y del propio Valles descargaban toda la culpa de su desgracia sobre la sociedad, guardando siempre una cierta orgullosa confianza en sí mismos; pero los de hoy saben cuán grande parte de culpa les toca. Llegan

(1) De ellos se ha tratado especialmente en el capítulo «Tolstoy» de *Mi primera campaña*. Madrid, 1893.

á ver la raíz profunda del mal en la voluntad seca y exánime, y comprenden que á ellos mismos toca reaccionar; pero á menudo perecen, víctimas de su flaqueza, ó se sustraen al problema suprimiéndolo con la muerte. Ya no se suicida la juventud por el amor, como Werther y los héroes románticos, sino como Hamlet, por no poder cumplir el deber ni acertar á verlo claro y definido. Jorge Lauzerte (*L'Effort*), se mata, como dice su hermana, «por no saber lo que quería». Cautivo de una vida superficial, egoísta, viciosa, seca de energía y de ideal, cuya falsedad conoce y abomina, se liberta de ella por el único medio que sabe emplear, puesto que le falta fe en el *esfuerzo* íntimo, y vigor en la voluntad que lo ha de producir. Su pesadumbre es mayor, porque ya no es sólo un débil, como Rudin, sino también un inmoral, como *Rolla*.

Pero con todo esto, en Jorge Lauzerte brilla la esperanza. Cuando un hombre como él se mata por motivos de conciencia, es que el ideal alumbrade nuevo en el horizonte. No es ya el pesimista Larcher de *Mensonges*, que se cree imponente para regenerar su dignidad, y sigue encanallándose. Lauzerte no sabe curarse, pero tampoco quiere seguir viviendo como hasta entonces. Con esta consoladora perspectiva termina la novela de Bérenger.

Y ciertamente, para confirmarla, asoman ya los héroes nuevos, los jóvenes de Tolstoy, que llegan á encontrar la palabra de luz y de vida; los

últimos (1) de Bourget, que transpiran la esencia del ideal, germinado en ellos; el David Grieve de Mrs. Ward, que, nuevo Meister, alcanza al fin la serenidad de alma que lo fortalece y consuela, después de haber sufrido todas las influencias intelectuales que han pesado sobre la juventud de este siglo, por lo cual es *David Grieve* como un resumen de toda la evolución; y tantos otros, salidos de las filas del renacimiento moral con Ibsen, con Björnson (2), con Lemaitre, con Rod, con Henzey, con Vyzewa, con P. Valdés (*La Fe*).

Verdad es que muchos de ellos no ofrecen resuelto el problema; que sobre muchos, generosos y nobles en no poca parte de sus ideas y de su conducta, como el Eynhardt de *El mal del siglo*, pesa todavía muy gravemente esa enfermedad del intelectualismo egoísta, que convierte la ciencia en fuente de placer solitario y la reforma moral en labor de exclusivo provechamiento, sin pensar en los efectos sociales ó sintiéndose impotentes para la acción; que, indecisos aún en punto á la explicación de la vida, se abstienen de escoger resueltamente, como el propio Max Nordau, entre dos direcciones distintas...

Pero el espectáculo de esa nueva juventud que comienza á reflejarse y á llenar con sus represen-

(1) Sólo los últimos. En las primeras novelas de Bourget predominan los inmorales y los pesimistas.

(2) V. gr. *Los caminos de Dios*, traducido al francés en la *Rev. bleue*.

tantas la novela contemporánea, juventud nacida del propio seno del intelectualismo, que, como dice Bérenger, lleva por el análisis «á la negación de sí propio»; juventud que se afirma sustantivamente, que aspira á redimirse, que va creyendo posible la redención, que la busca con sus propias fuerzas y que se preocupa con las grandes cuestiones sociales, con la suerte de los obreros, de los desgraciados, á quienes ama, como Eynhardt; esa, trae consigo la génesis de nuevos tiempos é infunde á la literatura savia fresca, sana, psicología interesante y consoladora. Mucho le queda que andar. Las soluciones de Tolstoy, de Björnson, de Mrs. Ward, no alcanzan aún á todos ni pueden ser por todos admitidas. Todavía la representan en gran parte Rudin, Federico Viera, Eynhardt y Lauzerte. Pero no en balde dice Mefistófeles á Fausto: «Si no te extravías no encontrarás jamás el camino de la razón. Si quieres ser, sé por tus propias fuerzas». Y que hay ya falanges en el buen camino, lo demuestra la novela contemporánea, y en la vida real lo demuestran también las iniciativas de la juventud francesa, la juventud de ese pueblo que la pasión sectaria tacha de ligero, de corrompido, y que emprende ahora tan vigorosa regeneración en todos los órdenes, incluso en la vida política y en el sentimiento nacional. (1)

(1) Cuán instructiva lectura ofrecen desde este punto de vista las Revistas parisienses escritas por jóvenes (*Mercur*

Desde el joven romántico de 1830 al joven neocristiano de 1894, la distanciamiento es grande, el camino recorrido largo, difícil y lleno de tristezas. ¡Ojalá no sea un engaño más esa generosa aspiración, en que parecen entregarse los jóvenes á la reforma interior de su alma y á la resolución de los grandes problemas sociales! Tienen maestros que los conducen; poetas, como Henry-Chantavoine, que los animan. ¿Saldrá algo sano, positivo, de este movimiento? Hé aquí la pregunta que está en todos los labios... La respuesta quizá la den las novelas de comienzos del siglo XX.



Y ahora, esbozada ligeramente la evolución psicológica de la novela moderna en punto á las representaciones de la juventud, cabe indagar si quedan agotadas las manifestaciones de ésta, si los novelistas no han incurrido en vicios graves... Y lo primero que ocurre contestar es que la única psicología que han sabido hacer es la de los estados álgidos, supremos, del *hombre* joven; pero que parecen ignorar casi por completo la psicología de la mujer. De qué manera la han entendido y cuáles sean los pecados de superficialidad que deban imputárseles, requiere especial estudio. Pídelo también un nuevo aspecto de la psicología ju-

de France, Ermitage, L'Effort, etc.), aun las más extravagantes, no lo sospechan seguramente muchos de nuestros doctores y licenciados.

venil, que empieza á despuntar en la literatura y que llena un vacío de la anterior: la psicología del obrero, ya que los jóvenes de la novela han sido hasta hoy, casi siempre, representantes de la clase media más ó menos alta y de la aristocracia tradicional.

LA PRIMERA CONDICIÓN DEL CRÍTICO

(CARTA Á UN CRÍTICO NOVEL)

Mi estimado amigo: Tiene usted la bondad de consultarme acerca de su vocación literaria, y sin meterme á discutir mi mayor ó menor competencia para dar opinión en este caso (lo cual sería más grave inmodestia real, aunque aparentase otra cosa, que conformarme con el llamamiento y tratar de complacer á usted lisa y llanamente, sin *calificativos*, como lo hago), allá va mi leal saber y entender relativo al asunto.

No insisto acerca de las condiciones positivas que revelan *ya* los escritos de usted. Me figuro que no es esto lo que principalmente quiere usted que le diga, ni yo me encuentro con ánimos de convertir esta carta en registro personal de esos que suelen hacer los amigos (y los enemigos también) cuando disponen de la Prensa más ó menos imparcial y culta. Bien sabe usted que mi fran-

queza es de buena ley, aunque desusada; por eso puede formularse brevemente, sin fraseología ni ambigüedades.

Creo que goza usted de uno de esos talentos claros y vigorosos tan frecuentes en nuestra tierra y tan abonados, y aun forzados, por el intelectualismo dominante, talentos que á todo ó á casi todo pueden atreverse, con seguridad de *brillar* en lo que se propongan; pero que en esto mismo llevan su peligro mayor: el de atreverse demasiado, gastando fuerzas preciosas en empresas que no responden á su verdadera vocación, ni descansan en preparación adecuada, ni acaso responden á la idiosincrasia verdadera de su mente.

Hay en esto su poquito de inmoralidad, hija del aturdimiento ó de la prisa, porque

il suo dí di festa anco tardi á venir,

que dijo el poeta. Lo moral es, por lo contrario, aquí como en otras muchas cosas, lo económico: no dedicar las fuerzas sino á lo que mejor pueda hacerse, para lograr lo *más con el menor trabajo posible*. Si cada cual hiciera esto ¡cuántas energías hoy perdidas pudiera ahorrarse la Humanidad!

Pues bien: creo que este punto es el que á usted conviene, ante todo, meditar seriamente. Ya sabe usted que si se empeña en ser crítico, lo será con lueimiento, es decir, euando menos, lo *parecerá*, sin hacer *mal papel* entre las gentes.

Pero á un hombre como usted entiendo que no debe bastarle esa satisfacción. Me atrevo á supo-

ner que si algún zahorí certificara á usted, verbi-gracia, de que no había de pasar del susodicho *buen papel* en la crítica, y que en cambio podría usted ser gran astrónomo á poco que se dedicara á la ciencia de Galileo, me atrevo á suponer, repito, que dejaría usted sus empeños de ahora, sacrificando quizá vanidades ya despiertas, por triunfos más sólidos, aunque más remotos.

Me apresuro á decir que yo no sé si valdría usted más para cualquier otra aplicación de la inteligencia que esa de la crítica. No le conozco á usted *pedagógicamente* lo necesario para diagnosticar delicadezas de ese jaez. Pero, en fin, á usted toca examinarse en este respecto.

No vaya usted ahora á interpretar mis reflexiones demasiado estrechamente. No vaya usted á ponerse exigencias desmesuradas, ni á establecer comparaciones (tambien inmodestas, en el fondo) que le desanimen. No crea usted, por ejemplo, que de no ser un Homero no puede ser poeta. Cada cual llega donde sus fuerzas permiten..... y no está obligado á más. Lo único que le está prohibido es desperdiciarlas, á no ser por fuerza mayor.

Con todo esto, ya verá usted que me dirijo á extremos muy diferentes de los que tal vez pensara usted en un principio. Quizá le pasme lo que va á seguir; pero, amigo mío, así es como yo entiendo el punto sujeto á consulta.

Doy por hecho que á usted le consta ya la seguridad de su preferencia por la crítica entre to-

dos los géneros literarios; que está usted dispuesto á seguir estudiando todo lo que la empresa pide de suyo, que no es poco; que va usted á ella con amor, no tomándola como *medio*, á la manera que otros toman el periodismo ó la política; que piensa usted delicarle lo mejor de sus fuerzas y de sus entusiasmos.....

En todo esto, lo mismo que en cualquiera otra condición de la clase de las intelectuales, seguramente ha pensado usted.

Pues con importar todas ellas mucho, aún hay otra de género distinto que, á mi parecer, importa más, y en ella quisiera yo que pensara usted también un poco. Es, para mí, la primera cualidad del crítico, y se llama «tener corazón».

Tener corazón es sentir la belleza, hállese donde se halle; es ser justo; es anteponer la razón de estética á todas las razones humanas; es olvidar, pluma en mano, por la pasión del arte, las otras, lícitas é ilícitas, que pueden perturbarla; es tener la valentía y la lealtad de declarar en público, siempre, lo que en el fuero interno se aprueba, aunque sea de un enemigo; es no pensar en *sombras* ni en *competencias*; es no hacerse cómplice de la *conspiración del silencio*, ni de las vanidades de los endiosados; es no poner nunca la luz debajo del celémín, ni consentir que la pongan otros; es no tener horizonte estrecho, confinándose siempre en los mismos nombres... aunque tengan mucha mano para ayudar en propósitos egoistas de la particular ilusión del crítico; es tener abierto

el espíritu á todos los vientos del arte y saber orientarlo hacia los puntos de donde soplan nuevos y frescos, que suele ser del lado de los humildes y de los jóvenes; es poner sobre todos los intereses el supremo interés de la belleza y del arte, olvidando lo demás del mundo como el buen sacerdote olvida, cuando dice misa, todo lo que no sea de Dios y para Dios; es ser bueno, indulgente, franco, absolutamente franco, lo mismo cuando la franqueza acusa defectos de quienes, por estar altos, pueden creer que son impecables é indiseutibles, que cuando diseubre méritos nuevos, que también saben mal, á veces, á los que convierten el arte en esto cerrado; es participar un mucho de la enfermedad de Marcial, el de *La Pasionaria*, que se traduce luego en la facultad de indignarse por las tropelías... *críticas* que otros cometen; es tener *sangre y vergüenza*, como dice el vulgo, en las relaciones á que obliga la literatura; es, en fin, no olvidar, en medio de la franqueza, ni la cortesía, ni aquel calor de humanidad que sólo los buenos saben poner, incluso en sus más severas justicias.

Si usted cree poseer todos estos extremos de la cualidad citada, sea usted crítico. Si teme que le han de veneer la envidia, la enemistad, la dureza para con el caído, la desconfianza y frialdad para con el nuevo, el placer de inventar un ehiste ó de pulverizar á un contendiente, á guisa de discusión parlamentaria, entonees deje usted el propósito y evite á su talento la ocasión de lucirse ha-

ciendo el mal... y tal vez evitando que otro haga el bien.

Quizá tendrá usted por demasiada y excéntrica exigencia ésta de que hablo; pero, amigo mío, siempre será verdad que las condiciones éticas son las que deben guiar la vida, y, por fortuna, en este sentido van las corrientes modernas del arte literario que usted tan bien parece conocer, á juzgar por uno de los artículos de *muestra* que me envía.

Crea usted que, por no pensar en ellas, se malogran los mejores propósitos, y la obra buena posible de muchos talentos se convierte, no ya en infructuosa, en nociva, aun para los mismos que la realizan.

Claro es que hay que luchar con no pocas dificultades *internas* y *externas*, que tuercen del buen camino; pero esas las encuentra usted en todas las profesiones sociales. Luchan con ellas el juez, el abogado, el profesor, el político, todo el mundo. Más le diré á usted. En algunas de estas esferas la complejidad de la vida autoriza casi, ó tolera, cuando menos, una cierta *manga ancha*. Pero no cuando se trata de juzgar al prójimo, y menos si el papel de juzgador se lo toma uno porque le viene en ganas, sin que nadie se lo pida y sin que sea de temer que, por faltar, deje la tierra de dar vueltas alrededor del sol ni de seguir su curso la literatura universal.

No olvide usted que, á despecho de todas las democracias, son muy pocos los hombres que pién-

san por sí, que tienen personalidad para el juicio, ó cuando menos para declararlo y hacer que pese; y que, por tanto, la inmensa mayoría, si usted llega á gozar de fama y respeto, se guiará por usted y á usted someterá, en las más de las cosas, su opinión. Con esto, se puede usted hacer responsable de que la sociedad siga creyendo genios á los que no merecen tal calificativo; de que se acostumbre el vulgo al servilismo y á la grosería, que van juntos siempre, porque el que es servil con los encumbrados mientras lo están, es grosero casi siempre con ellos cuando dejan de estarlo; de que corran y se arraiguen prejuicios infundados contra personas y cosas de que todo el mundo habla sin conocer; de que se olviden ó se ignoren los méritos de los humildes, de los que, metiditos en su rincón, sin mezclarse al tráfago malsano de la vida pública, trabajan, trabajan... y esperan hasta morir...

Recuerdo ahora el párrafo final de uno de los artículos de usted. Se refiere á las revistas de los literatos jóvenes y de los estudiantes, que en París son en gran número, y á las cuales no dejan de prestar atención los buenos críticos franceses.

Reconoce usted, con muy buen sentido, que esta misión de seguirles los pasos á los jóvenes, de interesarse por su obra, de procurar *sentirla*, es una de las más grandes de la crítica moderna, si bien sólo es dada á los espíritus que saben ser siempre jóvenes, es decir, que no se petrifican ni se dejan consumir por el egoísmo.

Piense usted un poco si usted es de éstos, si esas protestas que ahora hace no las olvidará el día en que deje de ser joven, quiero decir, desconocido; si sabrá usted amar á los *nuevos* y simpatizar con sus luchas y sus afanes, que ahora son todavía los afanes y luchas de usted propio; si tendrá usted paciencia para escucharlos, para buscarlos inclusive, como se *busca* á los verdaderos pobres en vez de malgastar limosnas á ciegas, en la calle; y si, á pesar de ingratitudes, de desengaños (que hallará usted, como en todos los órdenes de la vida, ni más ni menos) tendrá siempre la fortaleza de seguir siendo justo y de cumplir la bondad suprema de los que han llegado al fin del camino, que es mirar á los que les siguen y cerner la harina para bien de todos.

Si cuando la gloria le sonría á usted y la opinión pública le acate y pueda usted conceder patentes de mérito, no ha olvidado lo que ahora defiende y reconoce por necesario, consuélase de todos los sinsabores sufridos y crea que, á despecho de las mayores desigualdades de inteligencia, usted ha sido más crítico que todos los que se hayan dejado vencer por las pasiones, por la soberbia ó por la pereza, aunque valgan en talento como Lessing, como Winckelmann ó como Vinci.

YXART CRITICO

No hace mucho tiempo me leyó un literato de los que promiscuan — quiero decir de los que «crean» á ratos, y á ratos empuñan la palmeta — algunos pasajes de un libro que había escrito acerca de la crítica en España. Terminada la lectura y extrañándome no haber oído sonar nombres muy dignos de consideración, pregunté si estaban citados en nuevos capítulos. No lo estaban. El autor había prescindido, de unos, por no creerlos importantes (cosa discutible, però á la cual tenía derecho, puesto que criticaba); de otros, por saber tan vagamente de ellos, que se confundían con la masa vulgar é insignificante. ¡De éstos era Yxart!

Semejante ignorancia me la explico bien. Muchos de los que ahora entonan necrologías más ó menos arrebatadas y entusiásticas — puros lirismos, espuma retórica, y no expresión de honda y verdadera tristeza, que fluye de lo mejor y más íntimo del sentimiento, — apenas si han leído algún

artículo de Yxart. En un país como el nuestro, donde no hay casi opinión colectiva, porque no la tiene la inmensa mayoría de los individuos, es muy fácil producirla en un momento dado, aunque sea fuego de artificio, engañoso y fugaz.

Ha bastado que uno ó dos corresponsales telegrafiasen dando importancia al nombre de Yxart, y que dos ó tres periódicos de gran circulación dedicaran frases de encomio «al crítico fallecido», para que todo el mundo exclame: ¡Oh, Yxart! como si lo conociera de propia ciencia y lo admirase por cuenta propia.

La verdad—verdad amarga, aunque muy repetida—es que Yxart apenas era leído fuera de Cataluña. Aquí y allá, algún devoto estimador de los frutos exquisitos del talento compraba libros del crítico y los leía con afán, ó bien buscaba los números de *La Vanguardia*, donde aquél iba publicando sus artículos, para no tener que esperar el tomo. La masa, no obstante, seguía ignorando el nombre de Yxart que «no sonaba gárrulo por las huecas cañas de las trompetas gacetilleras»; y como no sonaba, el público (el de aquí, de Madrid, y el de provincias que no fuesen catalanas) no lo pedía. Así se comprende que en el Ateneo de Madrid no hubiese más libro de Yxart que el de *Fortuny*, y eso porque pertenece á una serie ó biblioteca (*Arte y Letras*) y entró en los repartos de la suscripción general.

Pues todo esto tiene una explicación sencilla. Yxart no era un crítico de batalla; no promovía

escándalos; no atacaba sañudamente personalidades más ó menos merecedoras del ataque; no perdía los estribos, aunque el contrario procurase encender en él «tal cólera y rabia» como las que sintió el moro Tarfe; no descendía á esa pelea de alfilerazos que hieren el amor propio sin corregir, única que comprende nuestro público, única que le interesa y apasiona, no sé si porque le han acostumbrado malamente á ello tradiciones de larga fecha, ó por ese placer malicioso de hablar y oír hablar mal del vecino: el mismo placer que hizo célebre, por breve tiempo, la novela *Pequeñeces*, del padre Coloma, en la cual todos querían ver alusiones y retratos.

Yxart debía de saber que este era el único camino, quizá, para impresionar al público, y seguramente el único para ir «gárrulo y sonante» por las consabidas cañas de la popularidad; pero no lo tomó. Le apartaban de él su temperamento, sereno y reposado en la crítica; lo firme, grave y sincero de su juicio, y el propio amor al arte, que, sobreponiéndose á todo, lo elevaba á la región pura de las ideas, donde toda personalidad desaparece, donde las luchas y agitaciones revisten forma bien distinta de las que el roce humano trae consigo.

Aun en los momentos en que contesta á furiosos ataques (á propósito de su crítica de Calvo y Vico, verbi gracia: *El año pasado*, vol. III) permanece sereno y se defiende con razones, con pruebas, aducidas sin la menor acritud, con la inflexi-

ble lógiea que aparta á la persona, pero fustiga los defectos.

Bien sé yo que el exceso contrario en muchos eseritores nerviosos, de la pasta de Gallardo, por ejemplo, no obedee á malignidad querida y buscada, sino á cualidades del genio literario, y quizás también, á veees, á la creencia de que sólo así se logra barrer bien y de modo que todos se enteren.

Por eso no cabe censurar siempre este sistema de crítica, vehemente y dura en la forma, como un peecado inexcusable de tal ó cual autor, en quien se explica por razones propias y espeeciales. Yo me limito á preferir el otro sistema, el de Yxart, y á creer que el primero puede llegar á produeir mala influencia (aun queriendo lo contrario) sobre nuestro público, harto irascible y poco respetuoso de suyo, que se cansa á los dos días de llamar *justo* á Arístides y que gusta de hallarle manchas al sol.

No se puede ser duro, laecerante en la crítica, sino con muy pocos hombres y ante muy pocos oyentes; porque ni á todos los espíritus eabe forjarlos en el yunque, por eareeer de eualidades de entereza que les hagan resistir los golpes y salir por virtud de ellos depurados, ni es tan doeta y sutil la masa que sepa ver bajo la severidad, á veces enorme en la forma, el propósito edueador y la inteneión propiamente amorosa y reeta que la guía. Gran parte de nuestra juventud de ahora, sin ideal y con eseasa eultura, no gana nada en esa eseuela. Con ella se ha pervertido, olvidando el santo

respeto á los *buenos y á los sabios*, único homenaje que les queda á los que no pueden ó no quieren ser ni lo uno ni lo otro.

Yxart era, en este respecto, un maestro excelente. Educaba en la inflexible severidad de la idea, sin incitar á deslices en la sátira personal, más ó menos graciosa y oportuna. No era, sin embargo, *frío* su estilo, como el de Larra; sino que llevaba en el fondo, y dejaba entrever, muy á menudo, emociones profundas, de un *sentido* altamente poético. Su crítica no era sólo negativa: no buscaba sólo defectos. Analizaba y exponía *todas* las cualidades, dando idea exacta de lo criticado y realzando lo bueno, «el filete», como él decía.

No se limitaba á esto. Hacía más; afirmaba, establecía doctrina, *enseñaba*. Ahí están, para confirmarlo, por ejemplo, sus artículos acerca del arte de recitar (á propósito de Coquelin: *El año pasado*, vol. III) y el de representar (á propósito de Novelli y de Vico: *El año pasado*, vol. III y V). En Yxart el artículo de crítica era una obra de arte, una verdadera creación, cuando lo escribía despacio, sin apresuramientos periodísticos y sobre un tema de verdadero interés para él. Entonces su prosa sobria, elegante, adquiere una corrección y una pureza de líneas tal, que casi no deja nada á la forma, con plegarla tanto y tan sencillamente al pensamiento; y como aquel personaje de un cuento de Edgard Poe, que va bajando, bajando, abismándose cada vez más en el embudo absorbente del Maelstrom, Yxart va ahon-

dando, ahondando en el asunto y llegando á profundidades que nadie exploró aquí antes que él.

Hay que decirlo, Yxart era nuestro primer crítico de teatros (1). Así como otros se inclinaron más, por varias razones, á la novela, á la poesía, á la oratoria ó simplemente á la gramática—que todo tiene su ley y su calvario—el arte escénico constituía la especialidad de Yxart, y lo estudió en todas sus manifestaciones, no sólo en la puramente literaria (la obra representada), sino en los diferentes aspectos de la representación. Nadie como él estudió al actor y, sobre todo, á nuestros actores; y aunque en sus libros hable también de novelas, de poesías, de obras de historia, la parte principal es siempre el teatro. Sobran, sin duda, en los tomos de *El año pasado*, capítulos en los que se nota, ó la precipitación del artículo periodístico improvisado y tal vez impuesto por mil circunstancias, ó el poco amor al asunto, estudiado apenas en lo que tiene de íntimo; pero ningún artículo de crítica teatral sobra. Forman todos como un curso de ese arte complejo y supremo; curso cuya digna, hermosa coronación es el pri-

(1) Decir *el primero*, no quiere decir el *único*. De tratarse aquí con mayor generalidad el tema, claro es que apuntaría lo que en este orden han hecho Leopoldo Alas y alguno más.. Yxart era el primero, por haberse dedicado más especialmente y por tiempo mayor á este género de crítica, y haber llegado de este modo, en ella, á poseer un dominio que le hacía ahondar en todas las cuestiones. Bien se ve esto en su último libro.

mer tomo de *El arte escénico en España*, publicado hace pocos meses.

Marca este libro un momento de grandísima importancia en nuestra historia literaria actual. Por primera vez un escritor sincero, competente, bien orientado en las tendencias modernas, ni exagerado ni frío, intenta trazar, sin que le lleven malamente pasiones y antipatías personales, pero sin dejarse vencer por la conveniencia de adular, la historia especial de las ideas estéticas en la dramaturgia española de este siglo; y traza esa historia con un criterio firme, que no vacila ni flaquea, implacable en el análisis de las obras, sereno y respetuoso ante las ideas y los hombres, muy lejos de los odios de Zola, aunque lleve en alto la bandera del modernismo. Y escribe esto con frase sencilla, modesta, hasta descuidada, que hace descarnado el estilo muchas veces, y que deja ver cómo todo lo que dice el autor está pensado y sentido hondamente, y cómo tiene razón en sus censuras, que no son huecas y declamatorias, sino macizas de argumentos, de pruebas, de fundamentos de derecho. El teatro romántico español no había sido estudiado hasta Yxart como Yxart lo ha hecho. Nadie ha sido tan sincero, tan franco como él, ni nadie ha descubierto más la anatomía de autores y obras. Para muchos será una revelación, hecha con tal sencillez y sobriedad, que parece como que nada descubre, allí donde descubre tanto.

El segundo tomo de este libro queda incom-

pleto, Parte de él se ha publicado en los folletines de *La Vanguardia*, y el estudio que comprende de la comedia española es tan interesante y hermoso como el del drama. Recuerdo de paso un capítulo en que Yxart discurre acerca de los tipos populares, y especialmente de los tipos de provincia y del campo, con tanta frecuencia y falsedad llevados y traídos por nuestros autores cómicos. El crítico demuestra que nunca se han comprendido en nuestro teatro esos tipos, el gallego, el vizcaíno, el patán... por haberlos tomado siempre en broma, sin estudiarlos á fondo, sin sentir amor (ni aun el artístico) hacia ellos; copiando tan sólo *clichés* viejos y caricaturescos, como el del inglés de los cuentos y sainetes. Y enseña Yxart cómo ese desprecio hacia todo un mundo—que es el más numeroso de nuestra sociedad nacional—ha apartado del realismo en buena parte al teatro cómico, y cómo la reivindicación de ese mundo se halla en los teatros regionales, el catalán y el valenciano, ricos é inimitables en este particular.

En esto muestra Yxart el amor que tiene á su tierra, amor que no se reduce al del recinto de la culta, europea Barcelona, sino que va al campo, donde está el nervio de la nación: y al paso que sueña para la capital (*El año pasado*, 1886. Prólogo) grandezas y mejoras, con la solicitud é interés de un buen hijo—ese interés que con respecto á Palma expresó tan poéticamente otro regionalista literato, M. S. Oliver—sabe gustar los cuadros rústicos en que pusieron su alma catalana Oller,

Bosch de la Trinxeria, Pin y Soler y tantos otros.

El amor á su tierra—verdadero amor ilustrado, no *chauviniste* y ciego—y el amor á la belleza, llevaron á Yxart á ser crítico de otras manifestaciones artísticas que la literaria. Fué crítico de pintura (su libro de *Fortuny* y varios artículos), de música, de costumbres, como Figaro, á quien se parece algo. Ayudábale en esta difusión de su talento el pertenecer al núcleo modernista catalán, en que figuran hombres como Rusiñol y Oller, y que, muy al tanto del movimiento artístico europeo, ansioso de hallar nuevas bellezas que le emocionen, y de estudiar todo lo bueno de siempre, ora representa por primera vez en España dramas de Maetterslink, ora lleva en triunfo—en procesión, que aquí hubiera padecido ridícula—un lienzo del Greco para depositarlo en el *Cau ferrat* de Sitjes.

Prescindiré ahora de estos aspectos de Yxart. Carezco de competencia para dar voto sobre el libro de *Fortuny*, creyendo que no basta tener *opinión* sobre un asunto para permitirse darla al público.

Yxart era resueltamente un modernista, si por tal se entiende un hombre conocedor del espíritu nuevo de su época, deseoso de purificar el arte de pasados errores, y no un fanático encerrado en credo estrecho con mote que acabe en *ista*, y que es una nueva barrera, en suma, ó una extravagancia sin salida posible.

Y por ser modernista de este modo, volvía á menudo la cabeza—como al fin todo el arte serio

de hoy—no hacía un mañana completamente nuevo, revolucionario, desligado de toda tradición, sino á los grandes aciertos de ayer, de siempre, al renacimiento de las tendencias sanas, á la resurrección del espíritu antiguo, que tuvo sus hombres antes que vinieran al mundo el romanticismo y el naturalismo, y que apuntaba derecho al gran ideal del arte y de la belleza.

Por aquí también era Yxart un maestro, es decir, un guía. Léanlo los jóvenes.

TEORÍA DEL DESCONTENTO

El artista—y en especial el literato—es un sér sin intimidad alguna. No puede retener nada de sus impresiones, de sus ideas: tiene «el pecho de cristal», y su vida es una larga serie de confianzas imprudentes, que el público comprende unas veces y otras acoge con sonrisa ó con lástima.

De todas esas confidencias—verdaderos desahogos del alma... y de los nervios—la más frecuente y menos asequible á la masa es la que se refiere á las grandes crisis intelectuales que preceden y siguen á la producción de una obra.

Jamás comprenderán los lectores que á la vez no sean también artistas, la angustia de Flaubert cuando corregía su estilo, la excitación de los Goncourt mientras buscaban una frase; pero todavía comprenderán menos el desaliento que se apodera de los escritores de raza (sinceros y humildes ante el papel, aunque sean soberbios á menudo en

la vida social) después de terminada una obra en que han puesto lo mejor de sus energías, lo más caldeado de sus entusiasmos. No basta el decaimiento físico, la natural reacción que sigue á la tensión desmesurada del trabajo, para explicar ese descontento amargo y terrible, en que resultan heridos los sentimientos personales más elevados, á la vez que las suspicacias pertinaces y rebeldes del amor propio, que á todos dominan con este ó el otro disfraz, como ya supo descubrir La Rochefoucauld.

No hace muchos días, Zola confió uno de esos desalientos al periodista Luis de Robert. «Para escribir mi libro—dijo refiriéndose á la novela *La Débâcle*—he tenido que hacer esfuerzos inmensos; consultar á los militares, que me han enseñado el uso de las voces técnicas; leer muchísimo y reunir una porción de documentos. Estoy fatigado. En Sedán, ¡cuántas veces pedí á los famosos parajes, testigos que fueron de tanta miseria y de tanto desastre, un recuerdo, un suceso olvidado, un dato!.... Algunas páginas de mi libro me han costado un trabajo espantoso; he pasado horas y horas escribiéndolas y temí á ratos no poder terminirlas. Anteayer volví á leerlas y me parecen *tout simples*. Los pasajes más penosos; aquellos que exigieron todos mis esfuerzos, desfilan naturalmente, *tout bêtement*, ante mí. ¡Cómo! me pregunto. ¿Esto es todo? ¿Cómo pude yo trabajar y sufrir tanto para escribir cosas tan vulgares?... ¡Oh, sí! Esta es la eterna decepción.»

Esa queja ingenua y profunda, arrancada de lo más íntimo de la persona del artista, no sabe el vulgo interpretarla. Puede apostarse doble contra sencillo á que, después de leerla, muchos sentirán de repente menosprecio hacia el libro que antes les parecía una joya; porque ¿cómo aplaudir una obra de que está descontento el propio autor?

Pásales á estos lectores lo que al espectador aquel á quien entusiasmaba una comedia, hasta que notó los signos de reprobación que un señor muy respetable, y del oficio, hacía desde la butaca de al lado.

—¡Diantre!—se dijo el primero—¿pues no me estaba gustando la comedia? Lo que es no entenderlo. Será preciso demostrar lo contrario, porque si no, ¿qué dirá este caballero vecino?

El descontento de los autores no es un juicio, no puede serlo. Su criterio es inmediatamente subjetivo. Nace en parte de la fatiga nerviosa, que deprime y disgusta; en parte de la disconformidad eterna entre el plan ideal de la obra y la realidad de su ejecución; y algo también de ese llamado y misterioso desprecio que solemos sentir hacia nosotros y nuestras obras en momentos de desesperante sinceridad: desprecio análogo al que, en medio de los más ardientes amores, experimenta un sexo respecto del otro, sin que basten á explicar fenómeno semejante los motivos que Tolstoy expone en *La Sonata á Kreutzer*, ya que, aun donde no existe la depravación que el gran escritor analiza, se produce el mismo hecho. Resulta-

do de esa depresión, de ese desengaño, de esa vergüenza hacia la pequeñez de lo conseguido frente á lo grande del intento, es que no sea por punto general momento adecuado para corregir el inmediato á la terminación de la obra. ¡A cuántos pintores no se ha visto, como al Claudio Lantier de *La Obra*, destrozar una figura bien hecha á fuerza de enmendarla y quererla hacer más perfecta!

Lejos de parecer todo muy bien cuando está recién concluído, parece muy mal: menos si el orgullo del artista llega á tanto, que todo lo que produce lo cree divino; sino que, en casos tales, suele el *artista* no ser más que un vizconde de *Argenton*, el *declassé* tan saladamente retratado por el autor de *Jak. De Argenton* no corregía nunca sus escritos; bien es verdad que no es esta la única forma del orgullo literario, y que tal autor que corrige *trece* veces las pruebas de un artículo que ni es de ciencia, ni tiene hebreo ó sanskritó, revela, ó que no sabe escribir, ó que todo le parecé poco para su egregia firma.

Pero volvamos á los artistas verdaderos. El célebre precepto de Horacio no es exacto y prudente más que á medias. La razón es clara, y debieran tenerla en cuenta todos los que aplican á roso y velloso, sin crítica alguna, fórmulas que derivan de un cierto concepto del arte literario (y cuyo valor, pues, depende de ese concepto), á literaturas cuyo fundamento filosófico es completamente distinto, como hijas de un siglo tan diferente del siglo de Horacio.

La precaución de guardar los escritos algún tiempo para leerlos más tarde y poder advertir á sangre fría las incorrecciones, es una precaución retórica, y que sólo en retórica, por lo que se refiere al elemento más externo del estilo, tiene cumplida consecuencia. Las repeticiones de palabras, los hiatos, las cacofonías, la debilidad de las imágenes... todo esto cabe mejor notarlo algún tiempo después que á raíz de haber escrito, cuando el oído está sobado por las pruebas repetidas y los ojos leen menos las letras trazadas sobre el papel que las expresiones ideales, hirvientes en el cerebro.

Pero en cuanto á la idea, á lo que llaman *fondo* de la composición, el efecto es distinto.

Todo trabajo intelectual supone una concreción de fuerzas dirigidas á un mismo punto. Alrededor del pensamiento central acumúlense las asociaciones particulares de ideas, hechas en vista de un solo fin, y todo en el cerebro vibra en función de un resultado único.

Semejante concurrencia de energías tiene que producir, si el cerebro está conformado adecuadamente, una riquísima complejidad de combinaciones ideales y elevada tensión intelectual.

Lo que entonces se logra aprovechando aquel caldeo subido del órgano y el riego abundante y continuo de la sangre que acude como nunca, sobrepaja á veces las mismas esperanzas y el plan del autor. La sorpresa de cosas que nunca se habían ocurrido, es frecuente; y de seguro que pa-

sada la excitación, sería imposible repetir lo inesperado. A este fenómeno se llama *inspiración* y, como todas las funciones, puede metodizarse, arrancándola al desarreglo (más *teórico* que real, sin duda) de los románticos. Ahora bien; semejantes condiciones no pueden prolongarse largamente, pero al desaparecer, se llevan consigo toda la riqueza del pensamiento y toda la originalidad personal del trabajo; por tanto, también toda aptitud para comprenderlo de lleno, tal como ha sido concebido, y juzgar si su desarrollo corresponde al punto de vista propio.

Todo el que escribe tiene seguramente experiencia de mil cosas empezadas y no concluidas que, al cabo de algún tiempo, ya *no dicen nada* al autor. Con las notas sucede lo mismo, y aún en mayor escala. Cada nota es una abreviatura, cuyo sentido se va perdiendo con los días que pasan; y así como las notas de un hombre no suelen servir para otro, así las de hace dos ó tres años no suelen ser entendidas por el mismo que las redactó. El espíritu ha volado; y se necesita un gran esfuerzo para repetir el estado mental á que respondieron.

Compréndese, pues, que la crítica del autor no pueda ser nunca tan justa, tan perfectamente informada por el sentido *histórico* de la obra, como cuando el cerebro está en la ebullición provocada por ella. En este hecho se fundan las máximas que recomiendan no dejar de la mano un trabajo hasta concluirlo, tener continuidad en la ejecución y no emprender á la vez varias obras, porque cada

una pierde en intensidad lo que se da á las otras.

En esto se funda también la superioridad de los pueblos constantes y ordenados en el trabajo sobre los pueblos de arrebató, de esfuerzo repentino, y muy intermitente, desiguales y varios en la aplicación de la energía.

Mas precisamente de esta excitación cerebral, que eleva y sublima las fuerzas y los productos intelectuales, nace el descontento por el resultado conseguido, y la relativa incapacidad de corregir, de que antes hablábamos; y en tal contradicción, irreductible para la mayoría de los hombres, reside la debilidad del artista, y la superioridad inmensa de los que llegan á vencerla.

La decepción, de todos modos, se da siempre.

Ya hemos visto que Zola, el propio Zola «de labor tarda y pesada,» se confiesa víctima de ella; y sabido es cuán metódica y hasta friamente parece trabajar el gran novelista.

El mismo ha recomendado la variación entera de procedimiento, desde la inspiración brusca é intermitente de la exaltación bohemia, al orden escolar que todos los días, á iguales horas, coge el papel y la pluma para escribir los *deberes*. Semejante sistema sirve á maravilla para establecer «costumbres» en el cerebro, para regularizar la corriente nerviosa y el riego sanguíneo de los órganos de la inteligencia, y por tanto, para dar periodicidad metódica al esfuerzo y hacer más fácil la repetición de estados mentales análogos.

Mas por mucho que se afinen los métodos de

disciplina cerebral; por mucho sosiego, compás y regla que se pretenda introducir en las operaciones de la producción artística, no podrá suprimirse el descontento, la desilusión, el decaimiento amargo y triste que acompaña á la terminación (total ó parcial) de la obra; descontento que no se explica, repetimos, solamente por la depresión nerviosa, ni por las alternativas de luz y sombra que caracterizan el temperamento de los artistas, tan hermosa y verdaderamente pintado en una de las mejores novelas de Zola, *La obra*; sino que precisa ver en él la confesión cruel y humilde de la pequeñez humana, que lleva constantemente en desacuerdo las aspiraciones y los actos, el ideal y la conducta, incluso en esa esfera de la vida intelectual que parece la más desligada de las miserias terrestres, pero en la cual hay, sin embargo, muchos hombres que valen más que sus obras, aunque no deje de haber algunos cuyas obras—es decir, cuyos libros—valen más que los propios autores.

EL TEATRO DE PÉREZ GALDOS (1)

I

INTRODUCCIÓN

Crear personajes que son, ora retrato fiel de los caracteres reconocidos de una raza, ora encarnación de alguna cualidad fundamental de nuestra

(1) El estreno del drama de Galdós *Realidad*, en 1882, fué un rayo de luz, un soplo de esperanza en la noche y estancamiento de nuestra literatura teatral. El impulso dado entonces—aunque parezca ahora algo obscurecido y olvidado—sigue hondamente produciendo sus efectos, no obstante algunas vacilaciones, que yó no aplaudo, del propio Galdós; y seguramente, producirá, en día no lejano, nueva explosión de más seguros resultados.—Por todo ello creo que tiene interés recordar aquellos momentos de entusiasmo y lucha, sin quitarles nada de la espontaneidad que tuvieron. Para no faltar á ella precisamente, se incluyen en este capítulo tres críticas diferentes de *Realidad*, que expresan sucesivos desarrollos en el juicio del que las firma, además de un artículo (*Orozco y Juan Lanas*) que viene á ser otra crítica. Después del estreno de *La loca de la casa* (con cuya ocasión se escribió el artículo que sirve de Introducción), tuve abandonadas por algún tiempo las tareas críticas, y por eso no figuran aquí escritos acerca de *La de San Quintín*, *Los Condenados* y demás obras posteriores.

especie, ora imagen singularísima en que el escritor educa y revela una de esas notas individuales que pasan inadvertidas para el observador vulgar, es gracia que no á todos los literatos concede Apolo.

En esto engaña mucho el juicio común de las gentes. Más de uno de los que corren de boca en boca como héroes populares — los tres Mosqueteros, el Conde de Montecristo—no son ni han sido nunca verdaderas creaciones artísticas; lo que les hace vivir no es su propia imagen, borrosa é insegura, sino la acción en que intervienen, simpática, movida y muy acentuada. Desligados de ésta, desvanécense en humo, como no pocos de los héroes de Walter Scott. En cambio, así se olvide la trama entera de *Wilhelm Meister*, persisten indelebles en la memoria *Filina* y *Mignon*. — Entre Erckmann Chatrian que cuenta cosas, y Balzac que pinta hombres, hay un abismo. Son los representantes—*servata distantia* y todo lo que ustedes quieran—de dos literaturas distintas.

Galdós es de los de Balzac; y el parecido con Dickens, de que tanto se ha hablado, nace, especialmente, no del tono de los argumentos y del estilo (humorístico de buena cepa, más humorístico de lo que muchos creen y bastante menos optimista que el autor de *David Copperfield*) sino de esa facilidad de encontrar tipos, ya indicada en los mismos *Episodios* y explícita y completa en las novelas posteriores.

Dejando aparte los *Episodios*, cuya nota nacio-

nal arrastrará siempre al lector, forzoso es decir que Galdós pasará á ser clásico, especialmente, por los personajes que ha creado con poder y originalidad en que nadie le aventaja. Novelistas hay y ha habido—aquí y en Francia y en todos los países—que han escrito muy buenas novelas, pero que no han creado una sola *persona*. De Galdós se puede decir lo contrario. Se borrarán quizá (y quizá ya empiezan á borrarse para el público) los dramáticos argumentos de *Doña Perfecta*, *Gloria* y *la familia de León Roch*, sacrificados en aras de la reacción indiferentista y escéptica que nos subyuga como un terror cobarde é invencible; llegarán, tal vez, á cansar las relaciones espaciadas y minuciosas de *Tormento*, *La de Bringas*, *Lo prohibido*, *Angel Guerra*, etc.; pero jamás se olvidarán, sino que de día en día irán tomando mayor relieve, como un grabado cuyas líneas se acentuasen y cuyas tintas se vigorizaran con el tiempo, las figuras deliciosas de *Marianela*; del *Doctor Centeno*; de la tía del Miquis; de las tres hermanas de *La Fontana de oro*; de Camila; de Fortunata y su supuesto hijo; del marqués de Fucar; de Bringas; del viejo de *Miau*; de Ido del Sagrario; del amigo Manso; del tío Pito; de los curas de *Angel Guerra* y del cura *Polo*; de Torquemada... y tantas otras que seguramente recuerdan mejor que yo, en este momento, los que me leen.

Y precisamente en esa característica suya—prueba de su alto mérito—está la explicación fundamental de esa fuerza que lleva Galdós al teatro.

Por mucho que abominemos de la realidad exterior, del *nóúmenos*, de la idea encarnada en efectividad positiva—pensando que con ello pierde mucho de su pureza y de la ríea, preñada vaguedad que en el cerebro tiene,—el mundo de afuera nos atrae y domina.

Busca en él el literato fuentes de inspiración, que reduce á conceptos é imágenes propias; mas, en fin de todo, lo que le halaga y seduce, lo que le acaricia la imaginación en las horas de solitario examen de la obra cumplida, es ver cómo los hijos del cerebro toman carne, y, en fantástico desfile, esfumados en la sombra de los rincones oscuros ó en el extremo azul de la llama que alegra la chimenea, parecen hombres de verdad, que repiten las palabras y los actos escritos en las cuartillas.

Este sueño constante del poeta y del novelista, tantas veces falso, da la clave del irresistible impulso que los lleva á la forma dramática. Bien pueden mediar móviles de menos fuste, esquiños impacientes del amor propio que rastrea el aplauso legítimo de un público que, de golpe, eleva á favorito al desconocido; pero, en el fondo, lo que hay siempre—aun cuando el mismo autor no lo note—es esa aspiración á encarnar la obra, á ver moverse realmente los tipos inventados, á pesar de todas las imperfecciones que el convencionalismo teatral lleva consigo.

En los escritores como Galdós, ese afán es más lógico y sin duda más vivo que en otro al-

guno. Por eso no me maravilló oír, hace un año, que el maestro de *Realidad* iba á la escena. Fué, y ¿por qué no repetirlo si lo he dicho antes de ahora?—venció. No fué su victoria—¿ni cuándo se obtienen así, en las letras?—indiscutible y decisiva; pero sí bastante para que los no cegados por ideas extrañas al arte pudieran decir:

—Ahí viene un autor.

Y venía, vaya si venía: trayendo formas nuevas, rompiendo con tradiciones amojamadas y, sobre todo, desplegando al viento la bandera del ideal, arriada hace años en el campo de nuestra literatura.

¿Se cumplirá la promesa? ¿Quién sabe? ¿Tiene cosas tan raras el espíritu, retrocesos y vacilaciones tan inexplicables é inesperadas! Mañana presenciaremos una nueva prueba, acerca de la cual no tiene el gran público la previa noticia que, cuando *Realidad*, le proporcionaba la novela ya conocida.

Dejemos las profecías á un lado. Salga lo que saliere de un escritor como Galdós, que tiene el *hallazgo* de los caracteres y de los tipos, el soplo del ideal y de la cultura, y el dominio del lenguaje en forma llana y henchida de pensamiento, bien cabe decir:

—¡Si no es autor dramático merece serlo!

Y á fe que ganaría el teatro español con que lo fuera, de alma y para siempre.

Mis relaciones personales con Galdós empezaron al propio tiempo que hacía él su entrada en la escena. No se me olvidará nunca la visita ni la conversación. Fué por la noche, el día antes del estreno de *Realidad*, euando más álgida era la impaciencia por conoeer pormenores acerca del drama... en capilla. El tranvía nos llevó, á Leopoldo Alas y á mí, hasta la casita del paseo de Santa Engracia en que vivía Galdós por entonces. Confieso que estaba yo emoeionado, y si llego á ir en ealidad de reporter, me luzco. No vi nada más que la cara bondadosa del gran novelista, tras de euya frente despejada hubiera querido yovislumbrar toda la rica construeción cerebral que le ha permitido ser tan fecundo y tan feliz en las ereaciones. Le preguntamos si asistiría al estreno, porque corrían rumores de que no iba. Contestó dudoso, con modestia no exenta de intranquilidad; y yo me acordé de aquel estreno que Daudet cuenta con tanta gracia y sentimiento tan fino.

Después de un rato de charla, salimos los tres en dirección al teatro. Hicimos la larga eaminata á pie, porque Galdós no gusta del tranvía; y durante toda ella, fué hablando el maestro de multitud de asuntos ajenos á la preocupación del momento, evitando, con discreción suma, toda alusión al drama. Citó multitud de nombres ¡y cosa que maravillará á muchos! no dijo de nadie cosa mala. En este punto, Galdós es un mirlo blanco: no murmura jamás... ni de sus compañeros.

—«Bueno—decía yo entre mí—y este señor que parece tan sencillo, es el mismo que las gasta tan dobles y tan profundas en sus novelas!» Y contestándome á mí propio, pensaba en esos momentos de excitación especial que modifican el espíritu, que evocan al otro *yo* y que convierten á un hombre en artista: momentos de transfiguración real, en que parece ensancharse la cabida del cerebro, y vienen á él nuevas luces, y por súbita ciencia infusa conoce y adivina cosas de que á poco, como sueño desvanecido, ya no se acuerda. Y pensé también cuán torpes son nuestros sentidos que no saben discernir, entre las mil caras indiferentes que al cabo del día vemos, cuál pertenece al vulgo y cuál á un hombre de esos que tiene personalidad... cuando hace falta

El estreno fué un triunfo. Como de cosa propia, felicitábanse unos á otros los críticos de buena fe; y Menéndez Pelayo (que por especial privilegio concedido al gran novelista, había asistido), me saludó con las siguientes palabras, que escuché con tanta fruición como si para mí fueran:

—¡Qué hermoso es esto!

¡Y era la verdad!

A poco salí yo de Madrid, y Galdós marchó á Santander, donde se entretuvo varios meses arreglando la nueva casa en que—¡feliz cien veces!—esconderá la intimidad sagrada del escritor, lejos de la fiebre, el ruido y el tráfigo prosaico de la capital. No nos hemos vuelto á ver hasta el otro día, en escena, durante el ensayo de *La loca de la casa*.

Bien sé que hay muchos señores aficionados á ver ensayar. Lo que dudo es que vean todos en el ensayo lo que ven positivamente los que escriben de literatura. Debe suceder á ese público oliscón que va casi por moda, ó por costumbre, lo que á los jueces de nuestros tribunales, familiarizados ya con el oficio: les vendrá el sueño á menudo. Mas para el que presencia aquella gestación dolorosa de la obra teatral desde la decoración de fondo ó la caja de bastidores, hay no sé qué de misterioso en todo el ambiente, misterio á un tiempo atractivo y lleno de pavor, como el de un oráculo, cuya respuesta tarda pero llegará de fijo, quizá favorable, quizás adversa... La sala casi vacía, oscura, destacando en la sombra el lienzo claro que enfunda las butacas, parece, no obstante, hallarse habitada por invisibles gentes que cuchichean, gruñen y se agitan. Ahora parece sonar un suspiro en aquel ángulo; ahora un bostezo; el portier del centro se agita y descorre... Es la obsesión del mañana, de la hora decisiva, del teatro lleno de público y fulgurante de luz. Y el autor no puede menos de preguntarse:

—¿Sentirán ahí fuera lo que he sentido yo en la fiebre del trabajo? ¿Nos entenderemos?

Y resulta, por caso raro, que el autor es más esclavo del público en esos días de tanteos, en que duda de sí propio y modifica, suprime, amplía y restaura (un poco á merced de todos, como padre novel en quien mandan la suegra, la portera, la vecina, el médico y hasta la criada), que en el

momento supremo de la batalla, cuando ya no hay apelación y se lucha de potencia á potencia.

Buena es la recompensa del éxito, pero largo y difícil el calvario que hasta llegar á él se impone.

Así es la vida toda. Misteriosas gestaciones la preparan. Llegado el momento, la misma frase sirve para todos:

—¡Arriba el telón!

Y unas veces sale *Hamlet*, y otras... ¡*El gran cerco de Viena*!

II

«Realidad».

De tal manera creo que el drama del Sr. Pérez Galdós,—estrenado anoche en la Comedia—representa un acontecimiento importantísimo, de alto interés (aunque no pueda decirse si de segura influencia) en la vida del arte teatral, que me tengo por obligado á dedicarle detenida y espaciosa atención y estudio, superiores á los que la premura del tiempo pueden consentirme en esta crónica.

No es cosa el drama *Realidad* para juzgada de un plumazo y con la excitación del momento por único guía. Claro es que todo juicio puede resumirse en dos palabras; pero en esta ocasión, la crítica se ve solicitada juntamente por la consideración de la obra misma y por la del público y sus

opiniones: de tal modo que, á dejarse llevar por la impresión del momento, antes se ocuparía del segundo que de la primera; de una parte, para apreciar su actitud como elemento de juicio, tocante á la ecuación entre el autor dramático... y su tiempo; de otra, para advertirle, punto por punto, de la trascendencia (no ya la moral, sino la plenamente artística) del nuevo drama, y de las infinitas bellezas que contiene, muchas ¡ay! no escuchadas anoche... ó no entendidas.

Por esta razón en que me afirmo, según voy sintiendo que me gana más este lado de la crítica; por la necesidad de examinar conforme merecen los varios problemas artísticos que *Realidad* levanta; y aun por cierta premura á que me veo obligado en la redacción de estas cuartillas, pondré sólo ahora breve sumario del hecho del estreno, dejando para día próximo el examen concienzudo de la obra. Después de todo, no sé por qué no ha de hacerse siempre de esta manera: el noticierismo de teatros (que da la crónica del éxito obtenido, de la impresión colectiva, de las luchas de opinión en el público), y la crítica teatral que acude al examen técnico de la obra, son funciones distintas. Puede la primera hacerse inmediatamente después del estreno; la otra pide más determinimiento y serenidad, más imperio de la reflexión. Y que esta diferencia que digo no es teórica, lo prueban los periódicos franceses, donde la *crónica* se hace al día y la *crítica* semanalmente, en los célebres *folletones* de Lemaitre, Sarcey y otros.

Comenzaré diciendo que *Realidad* tiene verdaderas condiciones dramáticas; no es uno de esos trasplantes de la novela al teatro que pierden todo el valor de la primera sin alcanzar el relieve del segundo. Quizá se debe esto, en primer término, á que la novela misma la concibió el autor como drama. El esfuerzo de adaptación ha sido, por tanto, menor, y ha dado lugar á sorpresas todavía no bien explicadas: á que pasajes de cuya plasticidad teatral dudaban algunos, la obtuvieran en grado mayor, quizá, que otros de que se pensó lo contrario. La inexperiencia del autor (¿necesito advertir que uso la palabra inexperiencia en un sentido altamente respetuoso y sólo para señalar el hecho de la novedad en la aplicación de las facultades del artista?), el tributo obligado de los primerizos en todo género literario, á las dificultades de procedimiento que el género lleva consigo, nótase únicamente en dos cosas: un poco de exceso en la extensión de la obra, y la equivocada consideración de que un episodio puede ser bastante para llenar un acto sin que se produzca cierta solución de continuidad en la marcha *dramática* de la acción... y en el interés de los oyentes.

Para el drama, el acto tercero—como tal acto—sobra. Es verdad que algunas de sus escenas hacen suma falta para condensar mejor la atmósfera de motivos que precipitan á Viera á su trágico fin, pero esto mismo pudo exponerse de otro modo, incorporándolo á los actos anteriores.

Otras cosas cabía suprimir, en gracia á la uni-

dad de la impresión que, no lo olvidemos, se impone en el teatro. El teatro es tirano, ya se sabe; convencional y absurdo á veces; muy lejano de la libertad amplia y digresiva que permite la novela; pero si se acepta, si se va á él, es preciso amoldarse á todas sus condiciones de género imperfecto y rudimentario. ¿Las condiciones clásicas? Claro que no: consiente, y mucho, novedades y aligeramientos, vientos de realidad y frescura. Galdós mismo dió anoche una prueba de esto, prueba muy superior á las que no hace mucho encantaban á nuestros vecinos, en dramas de Lemaitre y del *Teatro libre*. Pero estas innovaciones tienen su barrera, y saltarla... es salirse del género. Verdad es que, quizá, será esto al fin lo que se imponga.

No obstante estas reservas que expongo (y que ya se hacen hoy, en frío, muchos de los espectadores de anoche), el acto tercero gustó muchísimo. ¿Y por qué? Porque como acto, sin pensar que pertenece á *otro* drama, es una maravilla de gracia, de movimiento, de experiencia y observación mundanas, de intención y naturalidad en el lenguaje.

Para nada sirve allí el padre de Viera; ¡pero es un tipo tan admirablemente caracterizado! ¡Se mueve de una manera tan humana, y dice unas cosas tan hermosamente dichas... que no siempre entendió el público!

Por el contrario, el acto primero, que es muy del drama, que tiene primores exquisitos de pensamiento y de frase, que expone la situación con

claridad admirable, no fué oído. A muchos les cansó. ¿Tuvieron culpa de esto los actores? No me cabe duda; ni tampoco la tengo en afirmar que este acto gustará más cada noche... si Dios quiere iluminar á la mayoría de nuestro público con la gracia de la comprensión artística, con el sentido de lo delicado en el arte.

El acto segundo y el cuarto fueron motivo de grandes ovaciones para el autor. Ambos son altamente dramáticos y están muy lejos de justificar el dictado de inmorales que—sobre todo al primero—aplicaban algunos espectadores... que no por esto dejan de asistir á ciertas representaciones de los teatros por horas. Es más original—entiéndase bien, más *nuevo* en la historia de nuestro teatro—el acto segundo que el cuarto: la catástrofe de éste se veía venir, se imponía, es la de muchos otros dramas, incluso en la situación que la precipita: la entrada de Augusta; pero así y todo, hay en él motivos enteramente originales, de un gran relieve, de un gran acierto dramático—la visita de Orozco, á la cual rodea un misterio, una cierta vaguedad visionaria, con que Federico Vicra contagia á los espectadores;—y su preparación, en suma, aunque tiene pormenores que (también con mucho respeto) diría yo ahora infantiles, es de grande efecto emocional. Sólo un incidente parece aquí, en el drama, forzado: las reflexiones sobre el libro de rezos de la madre de Federico; al lado de otras finuras, resulta demasiado efectista, con tener frases de verdadero calofrío para el que escucha.

Me veo precido á cortar estas consideraciones. No hay espacio bastante para seguirlas en esta forma.

El acto quinto fué una sorpresa para los que temíamos que el público *no lo oyese*. Lo oyó, y, ¡oh maravilla!... hasta se complació en él. Si no todo, mucho del recogimiento... religioso que se necesita para entenderlo y para sentirlo, se produjo entonces en el teatro: y el grande atrevimiento de aquel final, pasó... y produjo efecto. ¿Todo el que debía? Quizá no; pero ya es algo que la nobleza, la elevación de pensamiento, la unción moral y sublime de Orozco, su invocación terrible y hermosa á los astros, primero, á su conciencia después, no hicieran bostezar á la mayoría de los espectadores, y no les parecieran episodios de un sermón laico, aburrido, como los dramas sentimentales y filosóficos del siglo pasado.

Termino por hoy. La crónica del éxito está hecha. De ella resulta un gran triunfo para el señor Galdós, y no sé si decir que una gran esperanza para el teatro, como influencia.

III.

Más sobre «Realidad».

No creo preciso contar el argumento de *Realidad*: es bien conocido de todos, merced á la novela de que procede el drama. Y con esto, apelo al

juicio general de los lectores de Galdós, para que digan si no hay allí materia teatral y de mayor cuantía. Unicamente temo que muchos van á contestarme pensando en el adulterio de Augusta y Federico y en la curiosidad irritante que el suicidio de Viera promovió en *La incógnita*; pero muy pocos se acordarán de Orozco y de la relación de éste con su mujer, drama menos externo, pero más pavoroso quizá que el de Federico.

La noche del estreno hubiera yo dado cualquier cosa por olvidar la novela. El recuerdo de ésta es un obstáculo de gran bulto para sentir la impresión propia... y autónoma del drama. A la ecuación personal, que siempre trae error de subjetivismo en los juicios, se une ahora la real de una representación anterior, que ha hecho asiento en el cerebro y agranda y redondea las dimensiones de las nuevas imágenes. Esto es una dificultad seria, que, por un lado, favorece al autor, y le perjudica por otro; pero en ambos casos perturba la crítica propiamente teatral de *Realidad*. Quieras, que no, la Augusta del drama, como Federico, como Orozco y la Peri, son, para el espectador que conoce la novela, figuras dobles; con ellas sucede lo que con los estereóscopos, cuando no se sabe mirar bien por ambos cristales: las dos imágenes, ora se confunden y dan el relieve deseado, ora se ven como aisladas, una más clara, más oscura la otra.

Por esto, entiendo que quizá hay un vicio de origen en todos los juicios de los críticos de bu-

na voluntad, vicio involuntario, y por lo pronto irremediable; y el ideal sería encontrar un Leopoldo Alas que no hubiese leído la novela y quisiera decir su impresión, sincera y virgen, tocante á los personajes del drama.

Entonces sabríamos si la Peri es allí, en escena, todo lo que sabíamos ya que es en el libro; si Augusta muestra toda la complejidad hermosamente estudiada de su carácter; si la variedad de causas que llevan á Federico al suicidio se acusan de igual modo; si Orozco, en fin, es tan *humano*, tan verdad (real é ideal al propio tiempo), como lo conocimos antes. No digo nada de los personajes secundarios; el sacrificio de ellos se imponía, al pasar de la *musa novelesca* al teatro. El objetivo del dramaturgo ha de dirigirse al drama sólo, y no puede enfocar de igual manera á los que no lo causan ó padecen.

Respecto de los personajes principales, yo sospecho (no hago más que sospechar) lo siguiente: Federico está más borroso en el drama que en la novela; sale poco, y le falta tiempo para caracterizar en firme su alma, tan rica en contradicciones y conflictos, alma predestinada al suicidio por aquello que Schopenhauer dice, de que «nadie se mata por nada claro». La Peri deja ver más su exterior vulgar, el que conocen todos los que la visitan, que el fondo de emoción amistosa é inexplicable que le une á Viera, y que constituye uno de los hallazgos psicológicos de Galdós. Augusta dice y expresa todo lo que se necesita para el dra-

ma; su pasión, el divorcio moral con su marido y la terrible humana flaqueza y pequeñez de su alma para todo lo ideal; el acto segundo y quinto bastan para que se la comprenda. Orozco... Orozco ya suscita un nuevo problema crítico.

Lejos de pensar yo, como algunos señores, que en *Realidad* no hay materia dramática, pienso que sobra; que en vez de un drama hay, en cierto modo, dos, y que la gran dificultad con que Galdós tropezaba era que, siendo ambos complementarios y conjuntos irremediabilmente, en la unidad del conflicto ideal que representan, no cabe suprimir uno ú otro, ni menos llevarlos parejos é iguales, de modo que el público los vea *á la vez* con el mismo relieve y sin que se estorben. El autor debía presumir que la atención del público se iría derecha á lo que está más en sus *costumbres* de espectador: el adulterio; precisamente lo que no representa el verdadero punto de vista del drama, ni constituye la idea y originalidad de Galdós. El adulterio es un accidente casi externo, del cual se parte: es como un supuesto de hecho, vulgar y corriente, en una investigación que se dirige á lo desconocido.

Lo desconocido aquí es: de una parte, la separación real que existe entre Augusta y Federico, meros amantes de cuerpo, pero no de alma: dolorosa excisión muy repetida en la literatura moderna, con Maupassant en *Notre cœur*, con Bourget en *Terre promise*; pero que nunca ha sido estudiada con tanta profundidad como Galdós ha lo-

grado, caracterizándola fuertemente merced al contraste de la intimidad de alma, y no de cuerpo, entre Federico y la Peri. De otra parte, está el drama entre Augusta y Orozco, drama de pura psicología, como dicen algunos, latente desde el primer momento, pero cuyo estallido franeo deja ver una amargura inmensa, una soledad más grande, mucho más grande que la soledad de *Consuelo*, porque tiene como fondo la sublimidad moral de Orozco y el dolor inconfesable é impenitente del corazón de Augusta, cuya pesadumbre no se aliviará jamás con el descargo de la falta cometida.

Queda, en fin, un tercer elemento de importancia suma, que es el alma de Federico: alma que parece pervertida en absoluto por los prejuicios de una educación aristocrática... frívola, que la llenan de orgullos deplorables; por el veneno de una vida desequilibrada é indigna; por la debilidad con que sostiene una relación criminal en la que nunca ha sentido satisfacciones de espíritu y en que empieza á sentir ya empujos de la carne; pero alma que, de pronto, junta todos los restos de energía moral que le quedan con la punzada de vanidades heridas, y es noble ante la última de las infamias y cobarde ante el mayor de los dolores: para soportar el cual, en ignorado retiro donde el fuego del sufrimiento purifique la mancha del delito, faltan á su alma—¡pobre enferma de las pasiones!—fibra y resistencia, humildad é ideal.

De estos tres dramas, el público solo ve bien el primero y un poco el último, para cuya explicación se ha hecho, en parte, el acto tercero de la obra: pero el drama de Orozco y Augusta no lo ve hasta el final, hasta ese acto quinto que desequilibra la atención, y la trae al verdadero punto de vista, á la verdadera idea de *Realidad*. Esta división del interés y de la marcha de la obra, ¿es un defecto? Así lo creen muchos, para los cuales el drama está en Federico y debía terminar en el acto cuarto. Hasta donde puede quien no es el propio autor interpretar el pensamiento de éste, yo me atrevo á decir que el drama, en la intención de Galdós, está en Orozco, y todo lo que antecede sirve sólo para entender y explicar el acto quinto. Así ha resuelto el aparente conflicto del exceso de materia dramática.

Ahora bien; aquí es donde se muestra la verdadera novedad de la obra, novedad no buscada con afán de teórico, sino encontrada por instinto de artista. La experiencia diaria nos ofrece muy á menudo el ejemplo de desviaciones que parecen enormes é ilógicas en la perspectiva de los hechos. Observamos el carácter de una persona durante largo período, y parecenos haber encontrado, en el proceso de su conducta, la nota fundamental que lo representa, cuando de pronto surge un acontecimiento de índole distinta á los producidos hasta entonces, y el carácter se revela bajo un aspecto que quizá no sospechábamos, y que difiere en absoluto del que antes hubo de atraer

nuestra atención. Muéstrase entonces lo fundamental de la vida, y todos los hechos anteriores—que nos parecieron tan sustantivos y grandes—quedan en mera preparación psicológica del último.

Así como en la vida, ocurre en el drama. Todo: el adulterio de Augusta, las luchas morales de Federico, su suicidio, se dirigen á un mismo fin: á revelar en plena luz el carácter de Orozco, en aquella nota de sublime piedad, de trascendentalismo elevado, de profunda y divina filosofía, con que termina la obra y que hace pensar en Ibsen. Por esto, quien no comprenda el acto quinto, no comprende el drama, no penetra su ideal; le distraen los accidentes, que le parecen, tal vez, más teatrales, y aquel acto lo considera como un añadido inútil. Mas para el buen observador, quitarlo sería como suprimir el último capítulo de *La educación sentimental* de Flaubert, sin el cual no tiene sentido la novela. Pues en esto, en hacer todo un drama para servicio de un solo acto—como se vive toda una vida para un sólo momento de ella, que decide de su valor para siempre—está la novedad de Galdós.

Esta manera de hacer ya es conocida de los lectores de sus libros: no es otra, tampoco, la que ha usado Tolstoi en *La guerra y la paz*; pero el atrevimiento era traerla al teatro, aquí en España, y ofrecer el primer ejemplo de un carácter—el de Orozco—que apenas si se revela en toda la obra hasta los últimos momentos, precisamente

aquellos en que debe notarse y hacer sentir su inmensa superioridad.

En aquel perdón; en aquella indiferencia no fría (puesto que viene con lucha), sino piadosa, hacia las pequeñeces del mundo; en aquel profundo sentido moral con que Orozco mide la elevación ideal de Augusta, no por la falta cometida, mas por la dureza de corazón y el miedo *físico* que le impiden confesarla, está el drama todo, porque está la más noble y levantada idea que en él palpita. Al llegar aquí, olvídase la muerte de Federico, la complejidad de su carácter, su falta y su divorcio al propio tiempo con Augusta, la extraña intimidad con la Peri... todo es mero accidente que rodea, motiva é ilumina la figura grandiosa de Orozco. No de otro modo los grandes hombres de la historia llevan oscuramente la elaboración de su genio, hasta que de golpe, en la ocasión precisa, surgen, elevando de una vez su representación por encima del nivel normal de los hombres.

En estos dos ejemplos, uno de composición y de ideal el otro, reside para mí la importancia del drama de Galdós como tipo y quizá como influencia. Por esto—y á pesar de los errores de factura que desde luego se notan, y tal vez de otros, que no vemos aún, en los caracteres,—tengo á *Realidad* por un drama... nuevo y bueno. De estos errores; del espíritu digresivo de algunas escenas; de la ingenuidad sencilla y casi infantil de ciertos recursos, ¿no está lleno, acaso, el teatro ro-

mántico, aquel teatro que removi6 toda la vida literaria en el primer tereio del siglo?

¿Acaso la complejidad de los caracteres no es principio reconocido, tanto por los naturalistas modernos como por la *reacción* (?) de los *psicólogos* (v. gr., Bourget), y por la musa, realista é idealista al propio tiempo, de Ibsen y de los escritores rusos? ¿A qué viene extrañarse de esas duplicaciones del *yo* que se notan en *Realidad*?

Añádase, por fin, la ausencia de los recursos tradicionales, verdaderos ripios del teatro (la carta extraviada, el desafío entre marido y amante, etc.) y un diálogo fácil, escogido, no pomposo sino natural y llano, henchido de pensamiento y con toques dramáticos de primera fuerza: como aquel «volverá» del acto segundo; las frases finales de Viera, padre; la mayoría de las de Augusta; el monólogo último de Orozeo y, en él, sobre todo, aquel pensamiento tan hermoso de la indiferencia del universo para con los dolores que el amor propio levanta en los humanos, y aquel «alguien se mueve allí... y juega. Es Federico», con que se caracteriza de un golpe una figura...; y dígase luego si no hay elementos teatrales en *Realidad*, además de la elevación ideal que la distingue.

Yo no sostengo que Galdós levante escuela, ni siquiera que piense y acaricie el propósito de ello. Lo que digo es que hay en su drama una iniciativa, de sabor realista en la composición y en el lenguaje (desprovisto, al fin, de convencionalis-

mos abstractos y secos), y de contenido ideal en el *argumento*: condiciones bastantes para señalarlo, no como modelo de perfección técnica (tampoco lo son muchos dramas de Ibsen), sino como indicador de un nuevo camino de sinceridad artística, de realidad en la observación y de trascendencia en el pensamiento: aquella trascendencia que Echegaray alcanzó en *O locura y santidad* y de la cual quizá lo hicieron retroceder los repulgos *positivistas* del público, que sigue la última moda filosófica.

En el estreno de *Realidad*, la gente joven fué la que aplaudió con más entusiasmo. Séame lícito creer que no sólo aplaudía al autor de los *Episodios nacionales* y las *Novelas españolas contemporáneas*, sino también, y en mucho, al ideal que anima y ensancha el drama.

IV

Orozco y Juan Lanas.

Algunos críticos, á quienes ha otorgado el público ese dictado con demasiada benevolencia, declararon, á raíz del estreno del drama *Realidad*, que Orozco (el verdadero protagonista del *drama nuevo* que allí se plantea) es un Juan Lanas, tonto y ridículo. No me extraña. La tradición española es la del marido de Calderón, que mata colérico, arrebatado y vengativo: el marido que perdona

es, para nuestro pueblo, un sér débil é inferior, confundiéndolo con el que tolera vergonzosamente. Orozco perdona de un modo especial, ó mejor dicho, no perdona, como ya he tenido ocasión de explicar en otro artículo; y en esa actitud heteróclita y, hasta cierto punto no bien definida, está el punto difícil de la interpretación (1). Por eso

(1) He aquí los párrafos de este artículo (no reproducido ahora, porque en su mayor parte repite conceptos y frases de los anteriores), que se refieren á la figura de Orozco:

«Que no le mueven las mismas pasiones y sentimientos que á los demás hombres, es verdad; que no es un marido como la mayoría de los maridos sublunares, ciertísimo; pero también lo es que no hay que juzgarlo de ese modo, según el cual el marido de *La Dama del mar* de Ibsen resultaría condenado artísticamente. Hay que ver en *Orozco* el ideal que representa, la victoria que predica y obtiene sobre las miserables pasiones del amor propio humano; el sacrificio de todo egoismo que hace, frente al egoismo vengativo de los tipos clásicos en nuestro teatro del siglo xvii (*A secreto agravio secreta venganza*, etc.), como ha observado la señora Pardo Bazán en su *Teatro crítico*. Y después de todo, ¿por qué no ha de haber Orozcos en la realidad actual? Nótese que *Orozco* no perdona á su mujer: la perdonaría, si ella tuviese la suficiente grandeza de alma para confesar su culpa. Lo que hace es despreciarla, es despojarse de ella como de una ilusión marchita, como de una cosa que ha dejado de ser interesante, hacia la cual siente algo menos que indiferencia, y que le estorba. Parte de este abandono concóncenlo muy bien, en el terreno de la amistad y aun del amor sexual, aquellos que guían su vida por motivos ideales y los sobreponen—sin artificio, en fuerza de una educación que ha echado raíces—á los meros afectos personales, que no conciben aislados de la *estimación*, producto especial de las cuali-

no lo han entendido muchos, ó lo han entendido al revés.

Yo que he defendido repetidamente la creación ideal de Orozco, y aplaudido el soplo ético que trae á la escena, quiero ahora defenderlo como *hombre*, aunque estó me lleve á condenar un poco su psicología. Bien se me puede permitir esto, en gracia á lo otro. Y digo, para empezar, que no hay en Orozco ninguno de los caracteres de con-

dades nobles del espíritu. Pero los hombres que así piensan, no llegan nunca á *despreciar*, ni hacen abstracción absoluta de la persona caída; sino que guardan siempre hacia ella una amorosa tutela, dispuestos á toda hora á prestar su apoyo para la redención y á abrir sus brazos al hijo pródigo de la moral. *Orozco* no llega á tanto. En medio de su rigidez de principios, es egoísta y poco piadoso, puesto que se desprende de su mujer, como de cosa ya inútil; ó cuando menos, carece de fe bastante, pues no parece creer en ulterior corrección, ni sigue amando al culpable en ley de humanidad. Tal es la falta grave—falta de lógica y de psicología ideal—que puede achacarse á este personaje un poco vacilante y contradictorio.

A pesar de ello, el drama de Galdós ofrece un ejemplo de contenido ideal que hace buena falta á toda nuestra literatura; uniéndose, mediante él, al novísimo é interesante movimiento ético y espiritualista que agita á los escritores modernos, desde G. Duruy á Mrs. Ward..... *Orozco* (aparte de lo que ya va dicho) causa un poco de sorpresa, porque no se revela bien hasta el acto quinto; pero esto se explica: ¿hay en el drama otra ocasión oportuna y de tanta gravedad para que se revele, ni acaso en la vida se producen lo mismo los hombres cuando las circunstancias son normales, que cuando adquieren éstas una importancia y trascendencia inusitadas?»

descendencia, de debilidad y de indignidad que hacen de un marido un Juan Lanas. Dejemos por ahora á un lado la elevación moral de Orozco, que lo coloca en circunstancias especiales, sobre las que hemos de volver. Téngase en cuenta que la noticia del adulterio de Augusta la recibe Orozco al tiempo mismo que la del suicidio de Viera. El rival, el ofensor, ha desaparecido: no es más que una sombra. Queda sola la mujer. La lucha es muy diferente: falta uno de los términos del problema, quizá el que más enciende la pasión del macho herido en su sentimiento de poseedor de la hembra.

El punto de vista desde el cual aprecia Orozco sus relaciones con Augusta, difiere mucho del pensamiento vulgar. Lo que á él le importa es la comunidad espiritual de vida, la homogeneidad de las ideas y de la conducta, el temple moral idéntico y conforme. Ha comprendido que si la mujer propia no es una compañera, en todo el sentido ideal de la palabra, se queda en concubina y ama de llaves.

No hay término medio entre la elevación de la mujer á la condición de persona de igual categoría que el hombre, ó el desprecio profundo de ella, que ha sido la nota dominante por muchos siglos: un desprecio análogo al que sienten los europeos (y los americanos) hacia las razas de color, y que no les impide servirse de ellas como instrumento de trabajo y de placer.

Por desgracia, Augusta es de una educación

y de un temperamento absolutamente distintos de los de su marido. *Espontáneamente*, no podrá nunca entenderlo: viven en mundos diferentes, en grados de civilización muy distantes. ¿No hay remedio para esta disparidad? Sin duda: pero quien lo ha de aplicar no es el inferior, sino el superior. A éste toca ser, como Virgilio con el Dante, *duca, maestro e signore* y llamar á sí al descarriado. Mas para esto se necesita la ductilidad de los verdaderos maestros y propagandistas; una vocación característica de redentor de almas; una moral altruista y trascendente: y todo ello falta á Orozco. En esta falta reside precisamente su condición más *humana*, aunque también la menos *humanitaria*; y al propio tiempo, su limitación ideal, mucho mayor de lo que á primera vista parece.

Orozco es un santo del individualismo absoluto: no conoce ó no ha comprendido el alcance de aquella máxima de Michelet: «Nadie se salva solo.» Su moral es egoísta; atiende á la propia perfección y no se preocupa de la ajena. Gasta todas sus energías en depurar su alma, con el refinado placer de un sibarita que se escondiera para celebrar, sin compañeros, sus más espléndidos banquetes; pero no sabe, no acierta á tender la mano al prójimo, que también podría, y aun tal vez quisiera, salvarse. Es un carácter de eremita, pero no de apóstol.

La consecuencia es inevitable. Orozco se encierra de cada vez más en la blindada torre de su relativa perfección, poco á poco conseguida y

acrecentada. Desca que Augusta le siga en el camino; pero no sabe invitarla á ello más que con frases abstractas, con apotegmas que proceden de un desarrollo mental muy superior, casi contrario al que tiene Augusta: es imposible que ella los entienda. Los oye como el niño párvulo un trozo de metafísica de Kant. La adaptación de Augusta habría de ser una obra lenta, que su marido estaba obligado á emprender, puesto que siente su necesidad, so pena de dar sanción al profundo divorcio real (aunque no aparente) que existió entre ellos desde el primer día. Era preciso hablarle un lenguaje humano, sencillo, de perfecta ecuación con su estado mental: era preciso trabajar el campo de aquel espíritu infantil, con constancia, con humildad, con paciencia y amor infinitos, en vez de dejarlo á merced de sus propias fuerzas, entregado á la mala vegetación espontánea de las pasiones, víctima de las terribles sacudidas de la vida moderna.

Orozco no ha comprendido esto: no educará á su mujer, porque no sabe educar, como no sabe apenas nada de las relaciones morales con los demás hombres. Hace el bien á la antigua, derramando sus beneficios con los ojos vendados, como la loca fortuna; pero bien se ve que lo que le importa no es el bien mismo, sino el que sea obra suya.

Sus beneficios no tienen intención social: los realiza por el placer subjetivo de sentirse capaz de ellos. Orozco podría, él propio, si se quiere,

llegar á ser un santo: pero sin discípulos. ¡Cuántos hay así en la vida, moralistas llenos de egoísmo, que no son capaces de ayudar al prójimo para que también se redima, y que luego lo desprecian desde lo alto de su pretendida perfección! ¡Cuántas veces los divorcios de la amistad y de la familia se engendran en una falta absoluta de apoyo que el fuerte no sabe prestar al débil, y que éste ansía y espera... espera hasta que se rinde de esperar!

Por todo esto, cuando llega la catástrofe, Orozco se conduce como un seminarista á quien confiaran, de repente, el ministerio de la Gobernación. No tiene tacto ninguno para con Augusta. En aquellos momentos, Orozco se parece al marido de Ana Karenina; y Augusta, como Ana, no lo entiende, se desespera ante aquella rigidez, aquella frialdad en que su falta de adaptación traduce (no sin lógica) el imperativo moral de su cónyuge. Orozco no perdona á su mujer: todo su empeño consiste en hacerla confesar, comprendiendo, con gran alcance, que para el pecado todos somos débiles, pero que sólo merecen perdón los que lo confiesan, lo lloran y lo purgan en dolores de conciencia.

Aquel acto es, sin embargo, un imposible para Augusta; pedirselo de improviso, sin otro precedente de educación moral, es una locura; equivale á pedir que un salvaje recién bautizado ame á todos los hombres con el amor de un San Francisco. El esfuerzo de humildad, el inmenso deseo

de corrección que supone confesar la falta, no puede venir sino como resultado de una larga evolución, de un persistente trabajo depurativo sobre el alma. Orozco no lo ha hecho con su mujer y se atreve á pedir, con insensatez marcada, que dé fruto un árbol del que no ha sabido cuidar á tiempo. En el instante más difícil, en la crisis más formidable, la deja sola y todavía la exige que por propio esfuerzo suba hasta él sin tenderle una mano. Hace como los aristócratas, que piden al pueblo que sea culto y cortés, sin haber hecho nada antes para que llegue á serlo.

Este primer error engendra el segundo. Augusta sucumbe, no confiesa; se queda en su pequeñez, y Orozco... la deja caída; su elevación sobre el vulgo le aparta de la pasión furiosa de los celos, que lleva al homicidio; pero aquí se para. No alcanza ni á perdonar ni á compadecer; mucho menos á interesarse por el pecador, de tal modo que todavía intente su corrección. El fondo soberbio de la moralidad egoísta (si valen juntas estas dos palabras) que hay en Orozco, se revela en el desprecio con que se aparta, se desprende de Augusta. Ya no es posible ni matar ni absolver: Augusta ha muerto; no es una persona, no necesita auxilio (ahora más que nunca, por el contrario), no hay en ella esperanza ni posibilidad de corrección.

Orozco arranca de su alma aquel cariño que le unía á su mujer, y juntamente se arranca todo amor humano. Con Federico es más puro y más

perfecto: lo perdona y lo abraza. A Augusta, ni la perdona ni la comprende. No es él á buen seguro quien la salvará de la miseria moral, porque para esto es preciso sentir algo por el mísero, y Orozco no siente ya nada por su mujer.

No, no es Orozco un Juan Lanas; le sobra ideal y aun energía para ser cosa tan despreciable y baja, pero no es un santo, ni siquiera un cristiano, porque su perfección es egoísta, estrechamente personal y dura.

¡Cómo serán los maridos tradicionales de nuestra literatura y de nuestra realidad social, para que, no obstante, resulte Orozco de una sublimidad moral digna de aplaudirse y loarse! ¡Oh, relatividad de las cosas humanas! ¡Y con cuánta razón dijo Jesús que su reino no era de este mundo!

V

La loca de la casa.

Mis lectores conocen ya el argumento de *La loca de la casa*, que yo mismo he resumido, de la manera más completa posible, en estas columnas. Conocen por tanto el tipo de José María Cruz, el capital de la obra, con exactitud bastante. Falta sólo, para acabar de caracterizarlo, añadir algunas citas, de las cuales es una la escena que va aparte y que da idea perfecta del fondo de buen

sentido... práctico, utilitario, que hay en el alma de Cruz; sentido muy de nuestros tiempos y altamente grato en la vida á muchos que quizá lo reprobaban en literatura.

Cruz es el prototipo del individualismo egoísta á lo Spencer.... pero sin la cultura de Spencer. No es un hombre sin principios, como él dice, pero sí un hombre tosco, una especie de minero de Bret-Harte que, como ellos, tiene también fibras delicadas en el espíritu: v. gr., aquel cariño (hasta dulce y suave) con que recuerda los tiempos de su infancia, á pesar de que en ellos era «poco menos que un animal doméstico».

«Acuérdome bien (dice) de las dos niñas (las hijas de Moncada), y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas... frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como á seres de raza superior, á los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos. Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábanse las dos en la alcoba de su papá (*señalando á la derecha hacia lo alto*). Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas. «Pepet, bestia, zángano, borrico, qué sé yo... Mandóme el jardinero que abriera un hoyo junto á la pared, á plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas... Aún me parece que siento el golpe del salivazo tibio... aquí, sobre mi cogote.»

Este recuerdo lo debe llevar Cruz muy impreso en el alma, porque lo repite, poco después, en su primera conversación con Victoria; y de él procede su empeño en casarse con una de las de Moncada, empeño que tiene no sé que ternura especial, escapada al público el día del estreno. Fuera de este sentimiento y de otro que saldrá en su lugar oportuno, Cruz es el hombre apegado á la riqueza, que tiene la compasión por debilidad, que sólo respeta al que gana el pan con rudo y continuo trabajo: mezclando, en sus ideas económicas, la sensatez con el desvarío, como lo demuestran, v. gr., sus palabras acerca del efecto desmoralizador de la limosna, comparadas con su desprecio hacia las profesiones liberales y la cultura intelectual.

En oposición á este carácter, ha presentado Galdós otro de mujer que no es, ciertamente, el que hacía falta para luchar con Cruz. Victoria es un temperamento desequilibrado: soñador y aventurero; exaltado en punto á la religión, pero nada místico; dulce en el trato y enérgico en las decisiones... y muy vulgar en punto á ideal económico. En frente de Cruz, tan caracterizado en este último respecto, Victoria no representa nada. Su frase del socialismo nivelador (acto 3.º), no es más que una frase, que no alcanza realidad en las acciones. Todo lo que se le ve hacer es regalar, con marcado y poco simpático abuso de confianza, un talón, y pedir dinero para acabar de construir un asilo de niños. En el primer

caso, se subroga en el lugar de Cruz; en el segundo, lo sonsaca para un acto concreto y pasajero, valiéndose de sentimientos que en Cruz no evitan el egoismo; pero en modo alguno lo educa ni lo modifica sustancialmente. La tremenda lucha que parecía inevitable, queda en mero choque externo y sin trascendencia. Hé aquí el error de Galdós. Victoria no resulta simpática, ni representa un ideal definido, ni, por tanto, cabe oposición determinada entre su marido y ella.

Cierto es que Victoria se casa, no sólo por salvar de la ruina á su padre (motivo fundamental del sacrificio), sino también, en mucho, con la ilusión y el desco de regenerar á Cruz, ilusión que es en ella perfectamente natural. Pero de esto á tener aptitudes para realizar la empresa, hay un mundo; y Victoria es poco carácter para rellenar el abismo. Tendrá que contentarse con haber impedido la catástrofe económica de su casa. El choque de los dos caracteres se produce, por aquel motivo, donde no debe producirse. Es como una refutación que equivoca el punto de ataque.

Pero si esto falla, hay dos cosas, en el contacto de ambos personajes, muy finamente observadas y de gran interés. Es una el amor, la atracción que Victoria empieza á sentir hacia Cruz; es otra el sentimiento de la reproducción, el sentimiento de padre que Cruz experimenta y que halaga una de sus ilusiones, tan querida, que ya en el primer acto la hace notar (escena IX), la re-

pite en el tercero (escena XVII) y se deja arrastrar por ella en el cuarto. Cruz, en efecto, no es vencido por su mujer, sino por su futuro hijo; no compra á la esposa, aunque bien se ve que la quiere, sino al ser engendrado por ella. Pero no hay en este acto más que una debilidad de momento, de ningún modo un cambio esencial en el carácter: ya lo dice él, al finalizar la obra. ¿Cuál es por tanto la fórmula ideal de *La loca de la casa*? ¿La necesidad que el bien tiene de luchar con el mal, como dice Victoria? No lo creo; porque Victoria, en punto á muchas de sus ideas, es un bien muy dudoso. ¿La demostración de que todos los sentimientos más vehementes del mundo son incapaces de modificar un carácter hecho, porque la educación, como el tiempo, «muda y revuelve todas las cosas sólo en la corteza, que en lo de dentro no hay poder que las cambie?» Declaro que para mí es algo obscura la cuestión; pero lo que sí veo claro—y no parece que el público lo viera en manera alguna—es esa nota de la paternidad, que vibra en primer término en el último acto, y que conmueve y quebranta al fin la voluntad de Cruz.

En esto—y en los muchos pensamientos, hondos de veras, que esmaltan la obra—está el trascendentalismo de *La loca de la casa*. Sólo un hijo es capaz de arrancar, por algunas horas, á Torquemada (ese avaro tan delicioso que ha pintado Galdós) de la obsesión del dinero. Como se ve, la trascendencia no es metafísica, según la quieren

los oradores más ó menos licenciados en filosofía y letras; pero tal vez cala más adentro en la naturaleza humana que muchos dramas de tesis aplaudidos con furor en algún tiempo.

Que Victoria hubiese resultado vencida—como algunos espectadores esperaban—ligándose sin defensa con Cruz, por el amor, que á veces se complace en los contrastes, no era verosímil ni lógico. Galdós se ha contentado con apuntar el cariño que Victoria empieza á sentir. Los razonamientos prácticos de Cruz sólo pueden hallar eco en un hombre que necesite de la riqueza, y lo hallan en Daniel, personaje misterioso, desdibujado y sin valor alguno, ni en el drama ni en la representación.

Antes de terminar con esta parte de mi crítica, debo decir que el público no entendió apenas el carácter de Cruz. Prueba mi afirmación el hecho de que riera muchas de las cosas que dice aquél y que no tienen, en la obra, intención alguna de chiste. Bien es verdad que algo de culpa tuvo en esto Cepillo, el cual exageró grandemente su papel en los dos últimos actos. Lo cómico, en *La loca de la casa*—aparte algunos discreteos líricos—nace del contraste entre la franqueza ruda de Cruz y las finuras, hipócritas muchas veces, de sus interlocutores. El público hizo extensiva la cualidad hasta ciertas frases de muy diverso sentido, como aquella con que empieza la escena de marido y mujer en el acto cuarto. Al decir Cruz: «¡Antojadiza estás!», no quiere decir una gracia; le guía

tan sólo el afán serio de saber si Victoria está embarazada.

* * *

La equivocación de que antes he hablado, en punto al carácter de Victoria y al choque de éste con el de Cruz, se refleja en el acto cuarto que, á pesar de la nota de sentimiento paternal á que también he hecho referencia, resulta frío y compuesto con poco arte. Tengo para mí que la casi supresión de la escena de Cruz con Daniel le perjudicó algo, no obstante que Daniel no pasa nunca, para el espectador, de la categoría de figura inexplicable y borrosa. Ganó, en cambio, con la supresión de algunas frases finales de Victoria, quien, después de la escena trágica ocurrida en el acto tercero, todavía se atreve á ofrecer á Daniel el puesto de abogado de la casa de su marido, como se lee en la edición completa de *La loca*. Tengo también por desacierto la salida de los convidados al bautizo, y la letanía de denuestos que lanzan sobre Cruz. Recuerda aquello... ¿qué decir?... el último acto del *Tenorio*, y hace mal efecto. .

Y para acabar con los reparos; ninguno de los personajes de segundo orden interesa, ni alcanza relieve bastante. Si hay alguno que tenga chispazos de carácter, es la marquesa de Malavella. Eulalia, la hermana de Moncada, tiene también rasgos propios de su tipo.

No maraville que yo parezca (parezca digo,

que no lo soy en el fondo) tan duro con el drama de Galdós, después de lo que he dicho en estas mismas columnas en defensa de las aptitudes dramáticas del gran novelista.

Repito y sostengo que hay en él un autor de teatro, aunque tal vez su camino sea más bien el de la comedia que el del drama, á juzgar por el antecedente de sus novelas: hecho que, por otra parte, no daña nada á sus otras condiciones de ideal, etc., porque más se enseña con la risa que con la máscara trágica: Y todavía me aventuraré á decir (en rigor, ya lo he dicho) que si el teatro ha de salvarse será tomando la dirección que Galdós señala.

Por de pronto, los dos dramas que Galdós ha dado á la escena son enteramente modernos. No pueden ocurrir más que ahora, en nuestros días: no hay medio de quitar la levita á los personajes y ponerles la ropilla de Lope, como bien cabe hacer, sin dificultad alguna, con muchísimos otros dramas de autores contemporáneos. Tiene, además (aparte de los elementos de ideal y de cultura que ya he señalado) sobriedad grande en los efectos, y naturalidad, rara vez perturbada, en el lenguaje; y esto es mucho.

¿Quién negará la belleza exquisita del acto primero de *La loca de la casa*, y sobre todo el acierto teatral, final delicado, sobrio, que hay en la aparición de Victoria? El acto segundo tiene dos hermosas joyas: las dos escenas con Cruz y, especialmente, el final, de seguro efecto. El tercero

—hay que decirlo muy alto, por lo mismo que se duda—es de un colorido real y feliz en punto á la vida doméstica de Cruz, á su vida de trabajador... y de marido. Verlo salir con la blusa de obrero, el hacha al hombro, á inspeccionar el techo de al fábrica, produce cierta simpatía, sólo accesible (es verdad) á los que aman el trabajo y en él viven; y la nota de que Victoria se haya amoldado al tipo de la casa y del dueño, convirtiéndose en administradora de la fábrica, es de gran acierto y enseñanza. La escena entre las dos hermanas resulta muy interesante, por lo que Victoria dice; y la de ésta con Cruz es, casi toda, de hermoso efecto, aunque la desluzcan en parte algunos lirismos.

En conclusión: según mi leal saber y entender, el público no ha visto muchas de las bellezas que el drama tiene, ni ha entendido muchos de sus pensamientos; los dos primeros actos son de un autor que sabe lo que es la escena y que ofrece un alto ejemplo de naturalidad y sencillez; y la equivocación del final (resultado de la que se refiere al carácter de Victoria), si destruye el efecto del drama, no puede alcanzar á las condiciones del autor, ni autoriza para decidir *ex cathedra*, como alguno ha decidido, que Galdós no sirve para el teatro.

No sólo sirve, y pruebas ha dado, sino que tiene ideas propias acerca de las condiciones del arte escénico, todo un propio y original *Arte de hacer comedias*, del que alguna proposición hay

ya en el prólogo de *La loca de la casa*. Si nuestras costumbres teatrales consintieran toda la libertad que el escritor necesita, sin imponerle cortes y límites de tiempo que son trabas modernísimas mal entendidas, otra sería la suerte del género dramático. Pero el público, á quien se ha educado mal, no quiere, ni actos largos, ni sencillez de acción, ni dramas interiores; pide brevedad, intriga, dislocamiento de frase y de conducta y (como ha dicho recientemente un crítico parisién, á propósito de la comedia de un autor que, por lo visto, guarda estrecho parentesco literario con Galdós) «sólo se conmueve con los sentimientos violentos, trágicos ó cómicos».

No va Galdós por ese camino. Tiene el suyo propio, que ya se deja ver claramente en las dos obras estrenadas; y por cierto que no le guía en él la mano de Ibsen, como se ha supuesto con notorio error. Ni hoy se parecen, ni cuando Galdós acabe de condensar su fórmula dramática sospecho que han de parecerse, en nada, ambos ilustres escritores.

TEATRO LIBRE

En la primavera del presente año (1896) la dirección de *Los Lunes del Imparcial* abrió una información entre los literatos y artistas, en punto á la conveniencia de fundar en Madrid un Teatro libre.

La circular decía lo siguiente:

«Varios literatos tratan de fundar un *Teatro Libre ó Independiente*, destinado á la representación de obras antiguas y modernas, las cuales, por su carácter especial, difícilmente cabrían en los moldes convencionales de la actual dramática.

»¿Cree Ud. conveniente la fundación de ese Teatro para los fines del arte? ¿Entiende Ud. que cabe en el género dramático más amplitud de la que hoy existe y que es posible admitir en nuestro tiempo la libertad de fondo y de forma propia del Teatro clásico español»? (1).

(1) *Los Lunes del Imparcial* han publicado hasta ahora solo parte de las contestaciones recibidas. Hoy por hoy, la

Hé aquí la contestación que envié al citado periódico.

Cualquiera que sea el juicio que particularmente merezcan las obras del llamado Teatro Moderno ó libre, en Francia, en Alemania, en Bélgica... me parece muy conveniente para los fines del arte, semejante tentativa.

Para creerlo así tengo las siguientes razones:

1.^a El arte, más que ninguna otra actividad humana, vive de la iniciativa individual. Todo lo que sea facilitar á esta iniciativa el camino para producirse libremente, sin preocupaciones de «moldes convencionales», rutinas, empresas, público, etc., ha de ser necesariamente fecundo. La historia del pensamiento en todas las naciones da testimonio de que así es. Y aunque se pueda apostar doble contra sencillo á que no han de nacer á granel los genios por la sola circunstancia de existir un Teatro libre, recuérdese que la atmósfera propia de ellos es la libertad.

2.^a Porque la representación de obras antiguas ha de constituir saludable recordatorio para los mojigatos y pusilánimes de ahora, que han echado en olvido lo que fué nuestro arte dramático y

conclusión práctica de este tanteo no puede ser más desconsoladora y (digámoslo claro) más vergonzosa para Madrid, capital de España y residencia de la mayor parte de los literatos. Siempre resultará que lo que ha podido hacerse en Barcelona no se ha podido ó querido dejar hacer en Madrid. (Nota de 1896.)

en general toda nuestra literatura; y ayudará juntamente á barrer la falsa leyenda sobre el pasado que mantienen los que pretenden ser más papistas que el Papa.

3.^a Porque siempre será un hecho que nó todas las obras son para todos los públicos. Los que reconocen la heterogeneidad de los grupos sociales en política, y aun se apoyan en ella para atacar diferentes puntos del programa democrático de este siglo, no pueden negar que en las masas que van al teatro ocurre lo mismo. Goethe dijo ya que sus obras no serían populares; y no le faltaba razón. Téngase en cuenta que si los nombres de Homero, Virgilio, Séneca, y aun del propio Cervantes, están en boca de todo el mundo, la inmensa mayoría de quienes los pronuncian no ha leído las obras respectivas, ó se aburrió soberanamente al intentar leerlas. Para sentir ciertas bellezas (modernistas ó no) del arte, se necesita una cultura especial; y no veo por qué el gusto superior de los menos ha de estar sujeto al voto inferior de los más, y privarse por esto de funciones y de espectáculos legítimos.

4.^a y última. Porque así como en pintura, v. gr., no interesan al *gran público* los ensayos, las tentativas para encontrar un nuevo camino, los momentos iniciales de una escuela, con sus equivocaciones, inocencias y arrepentimientos, pero á los artistas de corazón y á los entendidos no sólo interesan sino que instruyen y aleccionan, así ocurre también en el teatro; y puesto que el

gran público no está educado para eso, y no cabe por tanto dárselo en las funciones ordinarias, me parece inexcusable que el público escogido tenga un teatro para su uso particular. De este semillero saldrá después lo que debiere salir; porque en punto á novedades en el arte (como en la ciencia) ¿quién es capaz de decir que ya no cabe más, aun dentro de las *convenciones* forzosas que lleva consigo el teatro?

En cuanto á la adaptación de las libertades de nuestro Teatro clásico, no me parece ni aun discutible, en tesis general; salvo reservas especiales que no cabe ahora exponer.

LA LITERATURA, EL AMOR Y LA TESIS

Discutiendo una novela de Emilia Pardo Bazán (*La piedra angular*) escribí hace poco lo siguiente: «Nuestra novela se va pareciendo algo, en el trascendentalismo de su *intención*, á la novela rusa y á parte de la alemana; y semejante deserción de los modelos eróticos franceses, semejante apartamiento de la futilidad artística, bien valen ser notados y recibidos con palmas.»

Pues bien; esto se ha creído que sentencia en menosprecio de las novelas de asunto amoroso; y la citada ilustre escritora replica con mucha razón que el amor es cosa tan esencial en la vida como cualquiera de las cuestiones más ideales; que ahondando en su estudio puede llegarse al planteamiento de problemas altísimos y transcendentales; y que si algo falta á la literatura, es hacer ese sondeo y sacarle el tuétano á los documentos de amor, cosa que, por lo general, no

hacen los novelistas. Conforme y á eso voy. Lo mismo ha dicho mi muy querido Leopoldo Alas, al escribir con motivo de *Realidad*: «¡El amor en la novela! ¡Qué poco ha trabajado el realismo todavía en el amor! ¡Cuánto se deja en este asunto capitalísimo al convencionalismo y á los hábitos románticos!, etc.»

A lo mismo me refería yo en el párrafo transcrito. Las palabras van siempre en función del pensamiento capital que informa la proposición á que se refieren.

Empezaba mi artículo sobre *La piedra angular*, refiriéndome á *Insolación* y *Morriña*, esos dos cuentos amorosos de Emilia Pardo Bazán, que tengo (dicho sea sin ofensa), por lo más superficial y externo que ha escrito; y claro es, ya no pude quitarme de la memoria la imagen de esos ejemplos, en los que pensaba cada vez que surgía la comparación entre la novela erótica y la de tesis diferente. También pensaba, como es natural, en la gran masa de obras francesas, que á lo sumo han intentado encontrar «la verdad erótica exaltando el elemento *material* de esta pasión», y formulaba dentro de mí el juicio de que aun en la propia obra de Zola, la parte amorosa, si más incitante para la mayoría del público, es inferior, *de menos calado*, que las otras en que analiza y penetra diferentes pasiones y sentimientos.

Referíame, pues, siempre, á una realidad actual, á lo que hasta ahora (salvo contadas excepciones), pero sobre todo en las obras contem-

poráneas, ha dado de sí la literatura dedicada á este tema; é igual criterio he seguido en análogas ocasiones discutiendo lo mismo, como podrá ver el lector que me dispense la honra de mirar los capítulos titulados *La literatura y las ideas* y *Señal de los tiempos* del libro *Mi primera campaña*.

Nada de esto lleva, por tanto, camino de desconocer la virtualidad *esencial* de la materia amorosa para ser fuente de grandes obras de arte. No, yo nada niego. ¿Cómo ha de negar tal cosa quien adora en la inimitable novela de Balzac *Le lys dans la vallée*? Pero, ¡cuán pocas veces llegan á esto los autores! ¡Por cuánta superficialidad de Feuillet, de Cherbuliez, de Ohnet, de Daudet, de Goncourt, de Alarcón, del propio Bourget, hay que saltar para llegar á *Sapho*, á *Chérie*, á *Cœur de femme* y poco más! Nótese que cito autores buenos y medianos, atendiendo sólo á la popularidad (bien ó mal adquirida, positivamente mal en algunos) de que gozan, pues sabido es que el mismo público que arrebató de las librerías los tomos de Zola, lee ó compra con afán á Feuillet.

Ahora bien; cuando en el amor se ahonda, desaparece la futilidad y salta el problema: entonces, la novela amorosa es tan de tesis y tan trascendental como la de más alta filosofía; y entonces ¿quién lo duda? interesa de igual modo que *Realidad*, *La Fe* ó *La piedra angular*. Problema amoroso hay en *Ana Karenina*, como, en cierta manera, lo hay en *La sonata á Kreutzer*, dos de las mejores

novelas de Tolstoy y de este siglo; y lo hay también en *Realidad*, cuya Augusta es un modelo en la literatura española y en la *galdosiana*.

Todos saben—y yo mismo lo he dicho hace poco—que los lectores franceses, preguntados acerca de las novelas que mejor pintaban el amor, especialmente el de la mujer, han resuelto, en plebiscito abierto por *Le Figaro*, que las únicas que merecían este juicio eran *Chérie*, de Goncourt, *Salambó*, de Flaubert, *Ursula Mirouet* y *Le lys dans la vallée* de Balzac. El número cinco en la votación lo ocupan las *Cartas de la Srta. de Lespinasse*, y aun de los cuatro anteriores, hay que confesar que *Salambo* no es, ni pretendió Flaubert que fuera, predominante, novela amorosa, y que *Ursula Mirouet* dista mucho de su compañera y de las demás obras maestras de Balzac. ¡Y esto en una literatura tan acentuadamente erótica como la francesa!

Pero debe también notarse otro aspecto de la cuestión.

Con raras excepciones, meramente teratológicas, el problema del amor se plantea en la vida de todos los hombres. Para todos, este sentimiento llega á adquirir los caracteres de cuestión litigiosa, que preocupa, excita el pensamiento y sugiere resoluciones más ó menos ideales. Por esto las fábulas de amor interesan universalmente de un modo personal, subjetivo, no desde el punto de vista del arte (esto se queda para muy pocos) sino desde el de los compromisos, recuerdos y es-

peranzas individuales. Mas también es muy cierto que la mayoría de los hombres no pasa de aquí; que para la masa del género humano no hay otro problema, verdaderamente problema, con relieve bastante para formar un alto en la vida y llenar por sí solo la edad de las memorias melancólicas y dulces, que el del amor; y aun así, cada cual lo plantea á su modo, y de seguro hay muchos que no *sienten*, que no saben sentir, la hermosa tristeza de una novela amorosa como *Nido de hidalgos*. Con ser el amor una cosa elemental en la vida, todavía resulta que muchísimos lectores no llegan á su fórmula ideal, precisamente aquella en que mayor exaltación puede lograr el arte: con lo cual se establece ya una primera limitación en lo que respecta á la trascendencia de los asuntos amorosos.

Pero además del problema amoroso, hay otros muchos en la vida humana, precisamente aquellos que más distinguen al hombre y á la sociedad de los hombres de los demás individuos y sociedades naturales. Esos problemas—sociales, políticos, filosóficos, religiosos, etc., como dice Emilia Pardo—no adquieren tal cualidad sino para un número escaso de gentes que, por ley natural, son las más cultas, educadas y nobles de espíritu. El resto, si parece que también entra por este camino, no entra en realidad: es arrastrado, llega á sentir el choque real y áspero que aquellos problemas producen en la vida; pero no los plantea idealmente, y no le interesan por tanto los libros

que hablan de ellos: y justamente este resto de humanidad es la menos culta y elevada de espíritu. Cabe pues, decir, que los asuntos sociales, políticos, etc., no sólo en su propia esfera, sino en el arte también, son superiores á los amorosos, porque pertenecen á una esfera superior de desarrollo psíquico. Tal es el sentido en que yo me atrevo á sostener, no la *mayor miga* de los asuntos en cuestión, porque todo es infinitamente *ahondable*, hasta donde el poder del sujeto alcanza, pero sí su gerarquía mayor, su más alto grado relativamente á la evolución cerebral humana; y por ello digo que los novelistas suben en excelencia cuando, después de los cuentos puramente amorosos—especialmente si se plantean según la vulgaridad dominante—llegan á *sentir* aquellos otros asuntos y á encender en ellos la llama de su inspiración.

Después de lo cual, voto porque se ahonde mucho en el asunto amoroso, y porque, siguiendo las huellas de Balzac y de Bourget, llegüe el arte moderno á una superior concepción y vista, á un más profundo análisis y examen de ese eterno problema, del que tan poco sabemos todavía á pesar de Stendhal.... y de Mantegazza.

LA EDUCACION SENTIMENTAL

Hablando del reciente libro de E. Rod sobre Stendhal, acaba de escribir lo que sigue el célebre crítico parisién, Emilio Faguet: «He de censurar un poco á M. Rod, porque al hacer el retrato moral de Henry Beyle le da como cualidad característica la *sensibilidad*. No, por cierto: ¡sensibilidad en Stendhal! Tengo mis temores de que M. Rod llame «sensibilidad» á la necesidad constante de verse amado por las mujeres.»

Cosa análoga pudiera pensarse de Flaubert, después de leer su novela *La educación sentimental*, cuya traducción española acaba de publicarse (1).

El protagonista de ella—uno de esos jóvenes que dejan su positivo rinconcito de provincias por los sueños de placer y de gloria con que les brin-

(1) *La educación sentimental*. Trad. española de H. Giner de los Rios. Madrid, J. Jorro, 2 vols., 5 pesetas.

da la capital—resume todas sus ambiciones en vivir con lujo y en enamorar á la mujer de un amigo, pero subordinando el lujo al amor, es decir, gastando para acercarse á la belleza deseada, como él Rastignac de *Le père Goriot*. Todos los demás entusiasmos que alguna vez arrastran á Federico representan muy poco en su vida; son como aluvión de verano, que pasa en breve y deja otra vez seco el cauce pedregoso. Nada le emociona profundamente, ni remueve las fibras íntimas de su alma. Todo lo da por verse querido, mimado, de una mujer cuya posesión apenas intenta.

Por esta vez, el gran novelista de *Madame Bovary* no se ha engañado. Lo característico del sentimentalismo es ese afán de amores malsanos y difíciles, que ni tienen la apacible serenidad de las relaciones honradas, ni alcanzan el desenfado ofensivo de las culpables. Demasiado neurótico para contentarse con lo normal, requiere excitantes raros y enfermizos: demasiado débil para desplegar una energía sostenida y propia, no llega nunca al extremo de su carrera, detenido por escrúpulos en cierto modo nobles.

El joven sentimental coloca siempre á una aventurera á quien redimir; á una enferma á quien consolar; á una casada á quien seducir... platónicamente, para que olvide los agravios de su marido infiel; á una dama célebre (artista ó literata) á quien procurar un rinconcito íntimo, lejos de las miradas del público; á todas y á cualquiera

de estas mujeres, por encima de las muchachas honradas, sanas, ricas y *vulgares*, que compartieron con él los primeros juegos, que están dispuestas á quererlo con toda su alma, á dejarse guiar por él, á darle hijos robustos y fuertes y á traerle una dote respetable que le libre, para siempre jamás, de ser un *declassé* vagabundo.

Estas muchachas son, á su parecer, demasiado accesibles; no hay más que alargar la mano para cogerlas; representan la prosa de lo conocido y seguro; y el sentimental busca, por el contrario, lo nuevo, lo misterioso é inconsistente. Además, no puede perdonarles que se rían de vez en cuando y que tomen por el lado bueno la existencia.

Podría el joven sentimental quedarse allá en su rincón de provincias, cultivando las tierras de sus mayores (capital cierto que da pingües productos), ó desarrollando la industria que costó á su padre toda una vida de afanes y desvelos; pero nada de esto satisface las ansias de «su corazón». Hay que buscar lo desconocido, gastar las fuerzas en demanda de algo «grande», sea lo que fuere—porque no suele saberlo él á ciencia cierta—dejándose llevar por las impresiones de momento, entregándose á una confiada amistad ó á una pasión loca, que no tiene de pasión sino los desvaríos y el desbordamiento. Y como quiera que toda esta extravagancia, aunque reconoce base en un desequilibrio intelectual, se concreta especialmente en una falta de ponderación entre las facultades, casi ahogadas por un crecimiento desarreglado de

los afectos y, en fin de todo, de la nerviosidad, es la vida efectiva donde el sentimentalismo manifiesta más ostensiblemente sus exageraciones.

Por eso decía antes que Flaubert acertó en el Federico de su *Educación sentimental*; porque de todos los afectos, el amor á la mujer es el más fuerte y visible, y por ahí se van los sentimentales, dando siempre á sus amores un tono dramático, melancólico y tristón que concluye por aburrir á las mujeres mismas.

De aquí que, ordinariamente, el sentimentalismo se extinga con la juventud; pero, á veces, también constituye un estado morboso que se continúa hasta la muerte en el individuo, ó que alcanza á toda una generación, incluso en sus más elevados representantes. Testigos de ello, Jovellanos y Diderot, que elogiaba, casi con lágrimas en los ojos, á Richardson.

Pero conviene advertir una cosa, y para advertirla he apuntado las consideraciones anteriores; y es, que no puede hablarse, en rigor, de una *educación sentimental*, sino todo lo contrario, de una *falta de educación* que trae consigo el sentimentalismo. En el orden intelectual, los sentimentales no son siempre ignorantes ni tontos: de lo que carecen es de una instrucción positiva, bien concertada, no sólo en el sentido utilitarista que ahora se preconiza tanto, sino en el verdadero sentido *ideal*, tal como el pueblo americano—tan *práctico*, por otra parte,—lo entiende y realiza. Pero no bastará ese remedio para contrapesar la

mala tendencia: su causa está más honda y requiere, para ser extinguida, vigorizar el cuerpo y fortalecer la voluntad.

El tono melancólico de los sentimentales se combate con ejercicios violentos al aire libre, una vida risueña y activa, la comunicación directa con la naturaleza y las lecturas regocijadas y amenas. Hay que enseñarles, ante todo, la alegría de la vida, con Lubbock, con Droz, con Hughes... Hay que hacerles trabajar corporalmente, de un lado; y de otro, que sujetarles á la pretendida prosa de un oficio no liberal, para que aprendan la inmensa satisfacción que lleva consigo el ganarse diariamente el sustento de un modo honrado y penoso. Es preciso, como á Guillermo Meister, dejarlos que tropiecen alguna vez con las dificultades que el comercio social produce, y que los rozamientos humanos les arranquen de vez en cuando un trozo de piel. Deben curarse de la manía aventurera y misantrópica—á modo de Robinsones,—como Julio Verne cura al Godofredo Morgan de una de sus novelas últimas.

En cuanto á la relación con la mujer, el remedio es de otro orden. Empieza en las escuelas mixtas ó de ambos sexos, donde los niños aprenden á conocerse y á tratarse como iguales; y sigue en la educación de la mujer hecha juntamente con la del hombre, como en los grandes colegios americanos, y cuyo efecto es producir un más alto respeto y consideración del que los *caballerosos* latinos solemos conceder al *bello* sexo, creando

entre uno y otro relaciones de simpatía y de compañerismo, distintas de la del amor y tan necesarias como éste; y rompiendo, en fin, por el más frecuente trato, la engañosa poesía de novedad y el desconocimiento real de la mujer con que suelen hacer su entrada en el mundo los jóvenes europeos y especialmente los continentales.

De todo lo cual resulta, una vez más, que el remedio de esta enfermedad, como de otras muchas, se halla en la escuela, en el Instituto y en las Universidades; siempre que la enseñanza antigua se convierta en verdadera educación, atenta, no sólo al desarrollo positivo de las facultades intelectuales, sino también, al fortalecimiento de las energías físicas.

Por lo que toca á Federico el de *La educación sentimental*, el lector discreto no puede menos de decir al terminar la novela: «¡Cuánto hubiera ganado este chico con ser pobre, cultivar su despacho de abogado, leer menos versos románticos... y tomar bromuro!»

FISIOLOGÍA DEL AMOR

Entre los muchos libros célebres que son desconocidos, ó poco menos, en España, figura—y en primera fila—el titulado *Fisiología del amor*, de Stendhal. No es un libro de investigación científica, como los de Mantegazza y González Serrano; ni una serie de cuadros satíricos, como la *Fisiología del matrimonio*, de Balzac. Más fino, más delicado, más espiritual que este último, Stendhal ha reunido en él un gran caudal de observaciones personales, de anécdotas históricas, que á veces llegan hasta penetrar la médula de los sentimientos más íntimos que reunidos forman el amor.

La forma será quizá para muchos poco amena. El mismo autor hubo de sospecharlo así, y aun pretendió, con notable exceso, que era propiamente científica. Sin duda prevía el caso de que una importante sociedad madrileña, donde se reúnen los hombres más eminentes de la corte, había de

catalogar la *Fisiología del amor*, entre los libros de medicina.

Por regla general, estos tratados sistemáticos del amor, que tienen cierto aire de doctrinales, son deficientes: les falta vida, calor, movimiento; precisamente lo que caracteriza la pasión. No les cuadra, por esto, el título de *Fisiologías*; son *anatomías*, y basta. La Fisiología sólo puede hallarse en los libros que más aproximadamente reflejan los hechos reales de la vida: en las novelas y en los dramas. Por eso cuando, hace cosa de dos años, preguntó *Le Figaro* de París á sus lectores el título de las obras que, en concepto de ellos, expresan mejor ó han penetrado más íntimamente los sentimientos amorosos de la mujer, la contestación unánime dió esta lista: *Chérie*, de Goncourt; *Salambo*, de Flaubert; *Ursula Mirouet* y *Le Lys dans la vallée*, de Balzac, y las *Cartas* de la señorita de Lespinasse: es decir, cuatro novelas... y una confesión personal.

Los lectores de *Le Figaro* dieron en lo cierto: y es que no hay estudio posible de un sentimiento humano sin la acción, sin los hechos en que se revela y vive; y esos hechos sólo pueden darlos la novela, el teatro ó las memorias.

Cuando Stendhal convierte sus descripciones psicológicas en narración de anécdotas, su libro adquiere un valor inmenso, porque es la vida misma quien habla.

Mejor que cien páginas de consideraciones profundas, nos pintan el amor en el Oberland el

relato de Trinelli y el coronel suizo; el capítulo de Provenza en el siglo xii vale por la historia de Margarita y Guillermo; la solidaridad de las mujeres en el amor. no se comprende más que con la anécdota española que termina los *Fragmentos* varios de la *Fisiología*.

Esta invasión de los hechos externos en el campo de las reflexiones subjetivas, es lo que da encanto al libro de Stendhal y lo constituye en plantel riquísimo de estudios más especiales y más amplios.

Querida, de Goncourt, es la novela más completa de la mujer moderna, sobre todo en el tránsito misterioso y complejo de la pubertad: la exquisita delicadeza de Barbey d'Aurevilly en *La mejor conquista de don Juan*, no ha llegado al arte envidiable con que Goncourt sorprende la intimidad psíquica de la niña que se convierte en mujer.

Madame de Mortsaufr, en *Le Lys dans la vallée*, es la virgen del amor purísimo, de la lucha á muerte entre la pasión y el deber, lucha en que vence la serenidad sublime de aquella mártir, dos veces santa.

Ursula Mirouet es la pintura del eterno desencanto, de la inevitable herida amorosa, sin la cual carece la existencia de una de sus más deliciosas melancolías.

Salambó es el símbolo de todas las sumisiones de la mujer en su aprendizaje del mundo: lo grande la subyuga, y deja que la domine, con la tur-

bación del rendimiento deseado y temido á la vez.

Pero el libro de Stendahl es todo eso junto y más.

Un lector prudente y armado con el escudo de alguna experiencia mundana, sabría hallar, por bajo de aquellas narraciones secas, *exteriores*, sensuales (en la buena acepción de la palabra: es decir, no internas, no del espíritu, sino de los sentidos), muchos dramas llenos de sentimiento y de tristeza profunda, muchas revelaciones de altezas y de indignidades humanas.

Lástima grande que Stendhal haya suprimido en su capítulo sobre *España* las tres ó cuatro anécdotas que habían de caracterizar el amor español. Lo poco que dice de nuestro pueblo, y especialmente de Andalucía, hace más deplorable la brevedad del capítulo. La descripción del patio andaluz es digna de Merimée ó de Valera.

«En él (dice) viven y reciben las encantadoras andaluzas de andar tan vivo y ligero. Un sencillo traje de seda, guarnecido de franjas del mismo color, y que deja ver un tobillo adorable; una tez pálida; ojos en los cuales se pintan los matices más tiernos y más ardientes: tales son las celestes criaturas que me veo obligado á retirar de la escena.»

Luego, comprendiéndonos de un golpe, en lo más íntimo de nuestra psicología presente, escribe:

«Miro al pueblo español como representante vivo de la Edad media.

»Ignora una porción de pequeñas verdades (vanidad pueril de sus vecinos); pero sabe profundamente las grandes, y posee bastante carácter y espíritu para seguir sus consecuencias hasta en los efectos más remotos.

«El carácter español ofrece una hermosa oposición con el carácter francés: duro, brusco, poco elegante, lleno de salvaje orgullo, nunca preocupado con los demás; es exactamente el contraste del siglo xv con el xviii.»

Pues con todo esto—el poema de la mujer actual, que es el del amor, y la psicología de los pueblos—aun tiene el libro de Stendhal otro mérito más alto, por el cual lo recomiendo á los lectores españoles: sus tres capítulos sobre la educación de la mujer, en que el autor llega á una elevación de ideal todavía poco común en los espíritus cultivados.

LA ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANO-AMERICANOS

I

De los muchos y variados criterios que pueden adoptarse para formar las antologías de poetas, sólo dos considero como ajustados á razón natural y legítimamente defendibles: el que llamariamos *histórico* y el *crítico*. Atiende el primero á poner de relieve el proceso de evolución seguido por la poesía de un pueblo ó Estado, en uno ó en los dos elementos que la constituyen: las ideas, y la forma ó técnica de ejecución (estilo, metros, combinaciones, rimas); el segundo acude únicamente á reunir lo escogido, lo exquisito, lo más perfecto. La historia, por ser tal, lo mismo comprende las direcciones sanas que las patológicas, que, á veces, han alcanzado una importancia grandísima (v. gr., el conceptismo); lo que le interesa es registrar *todas* las variaciones del género, todas las vicisitudes porque ha pasado, y el motivo y relación de cada una. La crítica prescinde de lo ex-

traviado (ó que le parece tal), y se fija sólo en lo que juzga meritorio. No puede prescindir la primera de los ovillejos, acrósticos y demás lindezas del ingenio; pero la segunda no sólo puede, sino que debe rechazarlas. De igual modo, en una historia de la novela de este siglo no cabe callarse el precedente de Richardson, que tanto emocionaba á Diderot; pero nadie soñaría con incluir *Pamela* en una biblioteca escogida.

Resulta de aquí, por consecuencia inmediata, que las Antologías *históricas*, muy necesarias, se dirigen especialmente á los eruditos y científicos; las *críticas*, convienen al público entero, y para su educación es forzoso hacerlas, especialmente en países como España en que se lee poco, se discierne apenas, y hay que dar el grano trillado y limpio... y con garantía.

Como nadie, quizá, la ofrece para esto el señor Menéndez y Pelayo. A él se deberán dentro de poco, dos *Antologías* muy importantes: la de poetas castellanos y la de hispano-americanos. Ambas están en publicación: la primera lleva ya tres volúmenes en las librerías; la segunda, sólo uno. Dejemos aquélla para otra ocasión, y vamos á la de americanos.

No hay duda que el criterio del ilustre colector y el de la Academia de la Lengua, cuya voz lleva, es el *crítico*. Lo que Menéndez y Pelayo ha querido ofrecernos es un ramillete escogido de poesías; la historia ya la hace en el prólogo. Pero la intención flaquea á menudo. Sospecho

que la Academia (más que su ilustre representante), se ha dejado vencer por esa cortesía diplomática que ha sido la nota característica, pero dañosa, de las fiestas del Centenario: la misma que aconsejó malamente al benévolo D. Juan Valera para que ensalzase á tanta respetable medianía del otro mundo. Ello es que, ni en la *Antología* citada resulta oro lo que reluce, ni aun en la introducción se muestra el Sr. Menéndez y Pelayo tan severo como quizá lo hubiera sido á no llevar los andadores... académicos (1). Si esto es suspicacia y pensamiento maleante, perdónenlo los señores del Diccionario, pero no lo retiro. Fuera de tan remediabile mácula (porque todo se remedia con no leer), en virtud de la cual lo más interesante de la *Antología* es, á menudo, el prólogo, justo será decir que hay ejemplos hermosos en la colección: díganlo algunos sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz.

La introducción es deliciosa. Está escrita con gransoltura y con donaire y gracejo. Resulta amena y llena de enseñanza, promediando los toques críticos que sintetizan, con tanto beneficio para el lector, y las aficiones eruditas, que á veces ame-

(1) No faltan, sin embargo, escritores americanos en cuya opinión todavía se han preterido no pocos poetas notables; pero otros, como el Sr. Amunátegui Solar, coinciden alguna vez con nuestra opinión, aunque, por otro lado, señalan la falta, en la *Antología*, de la poesía popular y de la dramática. Véanse sus artículos en la *La libertad electoral*, de Santiago de Chile, números 2.320, 2.330 y 2.342 (1894).

nazan con tomar mucho vuelo y asustar á los incautos. En junto, hay en la obra del Sr. Menéndez y Pelayo una historia de la poesía mexicana y centro americana, desde la época del descubrimiento á los tiempos contemporáneos; y con éste, son ya dos los servicios que el autor de las *Ideas estéticas* ha prestado á la ciencia de la literatura escrita en lengua de Cervantes.

Como si nuestro público estuviese ya muy enterado de estas cosas, aquí nadie se preocupa de hacer lo que en tierras de mayor cultura hacen los críticos: la historia razonada de los géneros. Ahora mismo, Brunetière (á quien, fuera de una cierta imposibilidad congénita de entender á los autores modernos, no hay que negar ciencia y buen gusto) está explicando en la Sorbona la evolución de la lírica en el siglo xix, como antes explicó la del drama y la de la novela. Por igual camino, aunque con mayor detención y pormenor, va Menéndez y Pelayo, cuya pasión dominante le lleva, tal vez con exceso algunas veces, á derivar por el lado erudito: cosa que yo no censuré *per se*, sino en relación con las circunstancias. En el prólogo de la *Antología*, de que ahora hablo, hay menos de esto que en los que encabezan los tomos de la castellana; pero en una y en otra se ve el trabajo sólido, útil, que tanta falta nos hace. Menéndez y Pelayo, como Brunetière, no sólo aprecia la evolución del fondo de la poesía y del tono de ella,—punto al que suelen viciosamente concretarse los que de esto escriben, olvi-

«dando que en el verso hay algo más, esencialísimo,—sino que apreciat ambién la técnica, todas esas cualidades sin las que el verso no sería tal: la armonía, la rima, el metro, el lenguaje.....

Me detendría de muy buena gana á discutir y señalar algunos pormenores de los que contiene este prólogo; v. gr., lo relativo al romanticismo y al por qué de su desigual influjo en América. En las pocas líneas que á esto dedica el autor, se ve un juicio más claro sobre aquel movimiento de letras europeas que el emitido hace pocos días por el propio Brunetière. Me gustaría discernir si nuestro autor distingue en el subjetivismo de los románticos la parte que fué propiamente suya y la que venía ya dada por los sentimentales del siglo XVIII, única que parece haber cogido el vulgo, que en la vida diaria llama *romántico* al *sentimental*; si considera este subjetivismo como causa (según dice Brunetière) de la misma explosión de libertad de los románticos, ó como elemento aparte; y, en fin, si cree que el sentimiento arqueológico medieval era pura oposición literaria con los pseudo-clásicos, ó tenía raíces más hondas en la reacción general del espíritu filosófico contra el sentido de la revolución francesa. Pero ni tengo tiempo ahora, ni en rigor cabe que me detenga en punto que tan incidental es en el plan del prólogo aludido.

II

De aplaudir es la actividad que ahora muestra

la Academia Española en el ramo de publicaciones, editando obras de los grandes literatos y hablistas, como Lope de Vega, Juan del Encina y Baralt; servicio ciertamente más positivo y que más han de agradecerle la cultura patria y el propio interés de la lengua, que el empeño inocente é inútil de amortizar nuestro idioma en incompleto y mezquino Diccionario y en gramática tanto más discutible, cuanto mayor carácter oficial y como dogmático quiere dársele, imponiéndola infelizmente en las escuelas primarias, que hartos pecados sufren para no serles carga grave este más. Por ello es de agradecer la compensación que ofrecen publicaciones como las antes citadas; y con ellas, la de la *Antología de poetas hispano-americanos*, cuyo segundo tomo acaba de ponerse á la venta.

Del primero hablé ya en su día (1), tratando juntamente del prólogo y del texto, que comprende los poetas de México y Centro América. El que ahora me ocupa está dedicado á los de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela. Quedan para el tercero los pertenecientes á las demás repúblicas sud-americanas.

Sabido es que la tarea de escoger las composiciones que figuran en la *Antología*, así como la de escribir las correspondientes ilustraciones histó-

(1) Revisitas literarias publicadas en el periódico *La Justicia* (Abril 1893) y en *La España regional* (mismo mes y año). La primera es la que se publica en este tomo.

rico-críticas en forma de introducción, fueron encomendadas al Sr. Menéndez y Pelayo, sobre cuyo gusto individual han debido pesar, sin duda, las circunstancias de ocasión y propósito que guiaron á la Academia; obligándole, para no reducir á escasas proporciones la *Antología* y dejar á los lectores sin muestra de los más de los poetas, á incluir trozos que, de ser libre el criterio y rigurosamente crítica y selecta la colección, no hubieran figurado en ella. Justo será decir, no obstante, que en el tomo segundo ha habido mayor rigor y más estrecha censura; que á no ser así, como bien advierte el prologuista, la invasión de maleza en que abunda la prolífica facilidad versificadora de algunos americanos, hubiera llegado á sofocar los brotes frescos, lozanos y exquisitos que de vez en cuando aparecen. Y aunque no he de caer en la pedantería de dar en esto ni poca ni mucha influencia á las quejas que hube de formular con motivo del anterior volumen, séame lícito congratularme de poder atenuar ahora mis reservas.

Cuba ofrece dos grandes nombres de poetas (exclusión hecha de los vivientes, que no tienen cabida en la colección): Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Heredia tiene reputación universal, parte por motivos literarios, parte por su representación política, en que no creemos oportuno hacer hincapie; pareciéndonos que todavía en el prólogo se dice demasiado, y con criterio para muchos in-

transigente, dada la ocasión (1), si bien lo explica la circunstancia de ser la Academia Española corporación oficial, adherida al Estado y obligada á respetar su punto de vista. Menos inadecuadas son las consideraciones con que empieza la introducción, relativas al carácter de nuestra conquista en América, respecto de cuyo asunto creemos con el Sr. Menéndez y Pelayo que importa rectificar de una vez los errores y vulgaridades corrientes. A decir verdad, fué España (y no los pueblos conquistados) quien sufrió más por la conquista, que apenas si supimos aprovechar útilmente para nosotros mismos, no obstante las felices disposiciones colonizadoras de nuestro pueblo y la sabiduría de nuestras leyes y organizaciones en relación con el punto de vista que nos guiaba.

Heredia, dice con acierto el Sr. Menéndez y Pelayo, es, ante todo, «poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza.» Y ciertamente, Heredia alcanza en este orden bellezas extraordinarias, comunicando al lector una emoción profunda, ese cierto escalofrío que produce á veces la contemplación de la naturaleza, cuando guía al observador un ideal elevado, que toca, juntamente, á las

(1) V. el artículo segundo de los citados del Sr. Amunátegui Solar, y el folleto de D. José M. de Rojas, expresamente dedicado á este asunto.

más ocultas y esenciales fibras del sentimiento. La poesía *En el Teocalli de Cholulla*, que yo también prefiero á la del *Niágara*, tiene rasgos de suprema belleza. Recuérdense los versos que dicen:

Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, sembraba
Temblar en torno de él; un arco inmenso...

Y las dos hermosas descripciones siguientes:

De la esfera

El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movable sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.

.

El arco obscuro

A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal cubrió la tierra.

A pesar de las incorrecciones de lenguaje (que las tiene, y grandes, según en los mismos trozos que se acaban de leer puede verse), es Heredia solemne y magnífico en las descripciones; y la nota de sentimiento personal que suena por bajo de ellas, les da un encanto decisivo, como en la poesía *A la estrella de Venus*.

A propósito de esto, escribe el Sr. Menéndez y Pelayo alguna consideración que merece discutirse particularmente, por tocar de lleno á la definición de uno de los fenómenos literarios más

interesantes de nuestros días: el romanticismo. Niega el crítico que Herrera fuese romántico, no obstante las exaltaciones y extravaganeas de su imaginación, la independencia «indómita y selvática» de su personalidad y la exageración de los afectos; y añade que la verdadera filiación del poeta «está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosophada que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía, á fines del siglo XVIII, insignes afiliados en todas las literaturas de Europa...» Indudablemente (y la alusión á Byron que hace luego parece que lo confirma) preocupa al autor en este caso, de una manera preferente, el elemento *técnico* de la poesía, en el cual el estilo de Heredia, que «no se apartó de la tradición de Cienfuegos y Quintana», está lejos, sin duda, de las novedades, la riqueza de metros, la movilidad y aun la extravagancia, á veces, de V. Hugo y sus afiliados; pero no debe perderse de vista que, al lado de este elemento que tanto y tan beneficiosamente ha influido en las literaturas modernas y acerca del cual no queda apenas qué decir, está el elemento ideal y afectivo de los románticos, que por él son hijos directos y continuadores de la escuela sentimental cuya exaltación enfermiza, cuya desesperación inocente, se asimilan por completo; pudiendo darse el fenómeno—que en efecto se da á menudo, en Byron, v. gr., según el sentir del Sr. Menéndez y Pelayo—de que un autor permanezca fiel en la *forma* á la tradición

elásiea, y aparezea influído en el fondo por la eorriente romántiea. El heeho, por otra parte, tiene una explieaeión muy seneilla. El problema de la forma (en la poesía y en el teatro, prineipalmente) era entonees, eomo siempre lo será, un problema *técnico*, especial á los literatos, que sólo en eorta medida interesa al públieo lego y en el que eaben, más que en ningún otro, los fanatismos é intran-sigeneias de esueela y de profesión, tenazmente cerrados á las influeneias innovadoras. Por el contrario, el fondo ideal y la exaltaeión nerviosa y afeetiva que expresa el romantieismo, eran fenómenos *sociales*, no éxelusivos de los literatos, eompartidos por todas las elases y euyo influjo había de ser, naturalmente, más avasallador y más general.

Al lado de Heredia, y en mueho por eneima de él, merece estar Gertrudis Gómez de Avellaneda, acerca de cuyos méritos eseribe el Sr. Menéndez y Pelayo eosas que deben reproducirse para adverteneia de las gentes timoratas, que ven en la eorriente moderna de rehabilitaeión y educaeión de la mujer una monstruosa novedad, poeo menos que eontra naturaleza, y fuente de graves perjuieios futuros. Al prologuista de la *Antología* le honra mueho—en medio de la vulgar eonfusión—el buen sentido de que da muestra en los párrafos siguientes:

«Su nombre (el de G. Gómez de Avellaneda) está en boea de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tratado siempre tan alto.

como debe serlo; por la *vulgar* prevención ó antipatía contra la literatura femenina, prevención que, sea cualquiera su fundamento ú origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valer tan alto que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que, tratándose de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda... vayamos á dar por buenos aquellos *insulsos apotegmas* que en su tiempo, y aun después, han tenido la suerte de ser tan repetidos como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: «¡Es mucho hombre esta mujer! ¡No es una poetisa, es un poeta!» La Avellaneda era mujer y muy mujer; y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que le hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda, de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentos y naufragios del alma femenina (1). Lo femenino eterno es lo que ella ha

(1) Sabido es que existe hoy día una corriente importante, favorable al reconocimiento de la igualdad psíquica fundamental y absoluta del hombre y la mujer. Quien esto escribe se siente inclinado á advertir diferencias grandes de *modalidad*, aparte de las que en cantidad y calidad ha establecido y mantiene, hoy por hoy, la herencia continuada de una educación radicalmente desigual en uno y otro sexo. (Nota de R. A.)

expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó á encontrarla; pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarle.»

El Sr. Menéndez y Pelayo traslada gran parte del juicio que formuló el Sr. Valera acerca de la poetisa cubana, y examina por sí las diferentes manifestaciones del talento literario de la Avellaneda. No hay por qué detenernos en este punto, por ser el nombre y fama de la autora muy del dominio público.

De las poesías que van en esta colección, deben recomendarse especialmente el *soneto* imitación de Safo, que caracteriza magníficamente el sentimiento amoroso, tan acentuado en las obras de la Avellaneda; la titulada *A...*; la *Plegaria*; el *Cántico*, en que hay versos como los que dicen

El sale á tu mandato
Cual nuevo esposo del caliente lecho...

.

en que resurge la nota erótica, tan señalada; y las dos dedicadas *A la Poesía* y á la muerte de Heredia.

Por bajo de los citados, todavía ofrece Cuba algunos poetas de gran valor, como Milanés, cuyo teatro es muy interesante y estimable; y *Plácido*, en cuyo juicio personal es de sentir que el prologuista deje ver cierto menosprecio de las razas de

color, no enteramente justificado. *Plácido* (de quien el Sr. Menéndez y Pelayo viene á dar por muy fundada la inocencia del delito por cuya imputación le fué aplicada la muerte) (1), escribió, en medio de mucho fárrago, poesías de notable inspiración, gracia y aun primor delicado, como el soneto *A una ingrata*, el de la muerte de Gessler, el romance *Jicotencal* y la letrilla *La flor de la caña*, todas ellas incluídas en el tomo que me ocupa.

Por superior á estos dos, y tercero en méritos, después de Heredia y la Avellaneda, tiene el señor Menéndez y Pelayo á Luaces, grande de fantasía, sonoro de palabra, excesivo y despilfarrado de adornos, y á menudo correcto de gusto y de lengua. De él trae la *Antología* ocho composiciones.

Zenea, otro poeta cubano y separatista, fusilado en 1871, será inmortal, aún más que por el romance *Fidelia* y otras poesías que van en el tomo presente, por algunos versos de profundísima emoción, gravemente inspirados y escritos, que el Sr. Menéndez y Pelayo traslada en el prólogo (páginas XLIX y L).

De Santo Domingo, sólo se incluye un poeta, Muñoz Delmonte. Las noticias históricas que da el prologuista son muy interesantes.

En la parte correspondiente á Puerto Rico, importa advertir los datos nuevos acerca del cé-

(1) Véase p. xxxix de la Introducción: nota.

lebre autor de *El Bernardo*, Balbuena, tomados principalmente del curioso folleto de Fernández Juncos, *D. Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico*; y las indicaciones críticas acerca del polígrafo Alejandro de Tapia, cuya *Sataniada* tiene versos muy hermosos, incluídos en la *Antología*, así como otros de Gautier.

Venezuela ofrece nombres muy ilustres y muy conocidos en España: Bello, Ros de Olano, Baralt, García de Quevedo... algunos de los cuales sólo por el nacimiento son venezolanos (y ciertamente asombrará á muchos verlos aquí), pues que hicieron su vida toda, ó la principal parte de ella, en España, cuya cultura les nutrió y dió carácter. Quizá esta manera de clasificar á los autores no es la más ajustada á la realidad histórica y psicológica, puesto que el mero hecho del nacimiento—cuando presto se pierde el lazo del domicilio, y el más estrecho de la educación lo atapueblo diferente—no es bastante para establecer naturaleza, máxime si, además, no concurre de contrario la herencia de los padres, por ser extranjeros; dándose el caso de un poeta nacido en América de padres españoles y educado luego en España, donde sigue por el resto de su vida. Pero la costumbre, el laudable afán de las naciones por reivindicar nombres ilustres, y la confusión que en este caso se hubiera producido, por ser frecuentes tales combinaciones, ya con relación á España, ya de unos Estados á otros entre los americanos, abona el procedimiento y hasta lo impone.

El estudio que de Bello hace el Sr. Menéndez y Pelayo es, quizá, lo mejor de la Introducción; minucioso, razonado, erudito, lleno de curiosas y útiles comparaciones, justo en el aprecio y diligente en revelar las bellezas, así como en aquilatar los muchos y muy diversos méritos del gran escritor venezolano, á quien tanto debe la cultura americana y sobre todo la chilena.

Merece notarse lo que el prologuista dice acerca del estudio de Bello sobre el *Poema del Cid*, «el más cabal que tenemos, tomado en conjunto, á pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España»; la enumeración que hace de los aciertos y adivinaciones críticas de Bello, con que se adelantó á Durán, Ticknor, Amador de los Ríos, Dozy y otros; y la filiación que establece entre los trozos descriptivos del poeta americano y varios pasajes de Horacio y Virgilio, Balbuena, Céspedes, Arriaza y Maury, hasta depurar bien las fuentes en que bebió el cantor de la Agricultura, sin amenguar por eso la originalidad y excelsitud de su ingenio literario.

Las condiciones de Bello como poeta quedan fijadas en estas expresiones: «Voz unánime de la crítica es la que concede á Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan...

»Más que el título de gran poeta, que con de-

masiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto, dentro de su escuela...»

La antología de Bello comprende doce composiciones (99 páginas), entre las cuales no falta, como es lógico presumir, la admirable *Silva á la Agricultura de la zona tórrida*, sembrada de primores descriptivos, de imágenes felices, de acentos inspirados de alta poesía, que hacen de ella, con alguna de las traducciones de Víctor Hugo y Delille, lo mejor de Bello. La *Alocución* tiene pasajes en que no cede á la *Silva*; pero decae á trechos, no obstante animarla el sentimiento patriótico de independencia, creador de grandes sublimidades en la literatura.

Baralt es conocido en España, especialmente, por su *Diccionario de galicismos*. Cosas mejores, menos discutibles y de mayor provecho tiene, sin duda; y lo reconoce así el Sr. Menéndez y Pelayo. Sus versos, á pesar de la frialdad y rigor pseudo-clásico en que Baralt hubo de caer, son, á veces, deliciosos y tiernos...

De Ros de Olano habrá menos que decir, por ser muy conocido. De lo mucho que escribió en verso—dejando ahora á un lado las obras en prosa—mucho también será olvidado; pero algo, y aún diré bastante, quedará como digno de memoria, de lectura y de alabanza.

Probablemente, si me detuviese ahora á formular por mi cuenta juicio crítico, me vería lle-

vado á disentir en parte del distinguido académico que firma la Introducción. No es momento para hacerlo así; mas no puedo callarme la opinión en que estoy de que el Sr. Menéndez y Pelayo yerra en considerar á Ros de Olano, por sus cuentos, como «precursor notorio» de los *decadentistas* y *simbolistas* franceses. Sería largo de explicar en qué consiste la diferencia, sobre todo por lo difícil que es á un lector español—y aun á los literatos—comprender bien el sentido especialísimo de las ideas ó tendencias de los poetas jóvenes franceses (no todos, por fortuna). Baste decir que la base literaria de las doctrinas *decadentistas* y *simbolistas* es un problema *técnico* casi especial del verso, como derivadas inmediatas que son de las que propalaron los *parnasianos*, cuyo propósito ya es más asequible á espíritus extranjeros; mientras las obscuridades y enigmas de Ros de Olano, lejos de provenir de un determinado concepto de la *forma*, creo yo que proceden del fondo mismo del pensamiento, á la manera de Tapia. El Sr. Menéndez y Pelayo lo indica así, después de todo, cuando dice que Ros de Olano «pertenecía á aquel género de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria, sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida.» Y añade que á quien se parece más es á Richter, á Poe y á Hoffmann. En Poe se han inspirado, ciertamente, según reconoce E. Rod, algunos simbolistas; pero con otro propósito y con predisposición moral y aun fisiológica muy distinta. Tal es la opinión que me permito apuntar,

sin pretender en ella un completo acierto, pero estando bien seguro de que no ha de tomarla, aquel á quien la dirijo, como fruto de una pedantería inoportuna, muy lejana de mi ánimo.

Finalmente, será bien recordar á Maitín, cuya poesía doméstica, tan suave de tono y tan llena de franca emoción, reverdece ahora con gran fuerza en algunos poetas italianos, Mazzoni, Marradi, Ferrari y otros.

En junto, comprende este segundo volumen de la *Antología* composiciones de 32 poetas en 624 páginas, de las cuales 240 corresponden á Cuba y 339 á Venezuela. De esperar es que su publicación contribuya en mucho á sacarnos de la vulgar ignorancia en que hemos solido estar respecto de la literatura de nuestros hermanos de América, como lo estamos, más aún, respecto de nuestros vecinos los portugueses. Por esto merece elogio el propósito de la Academia Española y el celo exquisito con que han contribuido á realizarlo los escritores americanos, mediante el envío de colecciones selectas y de noticias, que no poco han servido para la formación de los volúmenes de la *Antología*. Y como quiera que algunas de las Comisiones constituidas al objeto—v. gr., la de Cuba—han enviado también una *Biblioteca selecta de prosistas*, sirva este dato de incentivo y base para proseguir el laudable empeño de estrechar los lazos de la inteligencia entre los cultivadores de la lengua de Cervantes en uno y otro mundo, dando á conocer en España los buenos prosadores americanos.

NOTAS BREVES

EL MAL DEL SIGLO — CARLYLE

Cuando en 1888, si no recuerdo mal, se publicó en Alemania la novela *El mal del siglo*, produjo gran excitación en la crítica y en la masa de lectores. Contribuyó á esto el interés mismo del libro tanto como la personalidad de su autor, el célebre Max Nordau. No era de esperar que en España sucediera otro tanto. El problema pedagógico y social que expone *El mal del siglo*, no es de los que figuran en el programa de nuestra cultura corriente: no interesa sino á muy pocos; y si á estas circunstancias se añade la de que todavía una gran parte de nuestro público lee novelas por distraerse frívolamente, por matar el tiempo de un modo ameno, se comprenderá que el libro de Max Nordau, traducido por el Sr. Salmerón y García, no pueda ser, aquí, un libro popular y corriente.

El defecto está, repito, más en el público que

en el autor. No cabe censurar de *filosófica* la novela más que olvidando el carácter de sus personajes principales. Podrán aburrir á varios de nuestros distinguidos críticos, de los que se han preconizado *motu proprio*, las conversaciones entre Eynhardt, Schrroter, y sus amigos; pero éstos, procediendo con toda lógica y realismo, no podían hablar sino como hablan. Podrá parecer Eynhardt una abstracción á quien no conoce más hombres que los socios del Veloz-Club ó los tertulios de la peña del café; pero lo cierto es que hay muchos como Eynhardt, y que éstos, dados los precedentes de su educación y carácter, han de producirse forzosamente como aquél se produce en la vida. Poco menos que de tonto lo trata algún revistero, alegando que no le gusta al protagonista de *El mal del siglo*, ni bailar, ni enamorar bobamente á doncellitas románticas, ni hacer otras cosas por el estilo; con lo cual, parece pretender el mencionado revistero que todos los nacidos han de hallar diversión en las mismas cosas y han de guiar su conducta por iguales categorías. Si ahora estuviese yo de humor, procuraría convencer de lo contrario, sin más que copiar algunas observaciones psicológicas que Schopenhauer trae en sus *Aforismos de la sabiduría en la vida* (capítulo II, párrafo 3.º), para que no me tachen de inventar filosofías. Allí podrán ver, los que se maravillan de que á Eynhardt no le gusten ciertas diversiones y frivolidades, que es forzoso le ocurra así, porque «la superioridad de la inteligencia condu-

ce á la insociabilidad»; porque «las distracciones son la flor, ó mejor, el fruto de la existencia de cada cual»; porque «el hombre á quien basta su riqueza interior (intelectual), pide bien poco ó nada, para distraerse, al mundo exterior», y por ello «la perspectiva de las funciones, de la riqueza, del favor, de la aprobación mundana, no le llevarán á renunciar á sí propio para acomodarse á las miras mezquinas y al mal gusto de los demás», etc., etc.

Pero no es esta la cuestión que en *El mal del siglo* se expone. El pensamiento de Nordau, tomado de la realidad de los conflictos actuales, es complejo como la realidad misma y tiene derivaciones múltiples. Su sentido radical y predominante, el verdadero *mal del siglo* que pone de relieve, es el egoismo científico, el amor de la ciencia por el placer que procura y el adelantamiento *individual* que produce, sin cuidarse de sus efectos sociales, de la parte de bien general á que puede servir de fundamento; y la casi absoluta incapacidad para la acción que semejante estado de conciencia origina. El problema tiene más consecuencias de las que á primera vista se notan. La queja constante de nuestro pueblo, que clama por hombres prácticos, por hombres de acción, lleva en el fondo un cierto instinto de esa crisis moderna, de ese mal del siglo, fruto del intelectualismo dominante: y hé aquí cómo la novela de Eynhard toca á los problemas más vitales de la sociedad contemporánea.

¿Qué solución le da Max Nordau? Ninguna, y se comprende. La oposición entre Eynhardt y Pablo no es completa. Pablo no representa la acción con aquella pureza de motivos que le harían capaz de representar una solución ideal frente á la de su amigo. Involuntariamente, nos acordamos de Fausto, que también, allá en el final de su vida, encuentra «la felicidad sublime» en fertilizar tierras, en crear «un pueblo libre sobre un terreno libre»; pero ¿qué diferencia de motivos entre Fausto y el amigo de Eynhardt! Por eso hace bien Nordau en no decidir la partida.

Por lo que toca á las condiciones artísticas de la novela, empezaré descartando lo que me parece su más grave error: la muerte de Eynhardt, enteramente ajena al juego interno de causas de la acción novelesca. Es verdad que, á menudo, en la vida real, la muerte llega de improviso, y corta, sin resolverlo, el problema; pero, en arte, estos accidentes destruyen la armonía del pensamiento y el hilo del interés, dejando sin terminar la evolución de la idea que tiende á su reposo en una solución más ó menos definitiva. El episodio amoroso del principio tiene mucho carácter... alemán. El de la española es un cuadrito muy fresco, muy jugoso, lleno de emoción y sentimiento; salvo que aquella Pilar es una figura algo heteróclita en nuestra sociedad femenina. Tiene algo de las mujeres que pinta el padre Coloma, y por aquí está bien; pero la cultura literaria que revela, es cosa rara vez vista en nuestras damas aristocráticas...

y en las burguesas. El efecto artístico de este episodio es grande y beneficioso para la novela; es un oasis de poesía deliciosamente sentido por el autor, especialmente en su primera parte.

Por último, no tengo más que palabras de elogio para la descripción exactísima y magistralmente hecha del cambio sufrido por la sociedad prusiana después de la guerra de 1870. Está muy bien visto aquello y dicho con sinceridad: la perspicacia de observador de Lavissee había ya notado lo propio cuando fué á estudiar á Berlín. Gaston Boissier lo acaba de recordar en su discurso de contestación en la Academia francesa.

*
* *

Van siendo ya cosas tan escasas la originalidad y la *intimidad* de pensamiento en esta época de uniformidad mecánica y de superficial ligereza, que por mera pedagogía es obligado recomendar los libros que tienen condiciones distintas. De su lectura interesa sacar, no tanto la idea nueva como el método de razonar libremente, en plena posesión de sí propio y con sereno examen de la conciencia. Semejante enseñanza, que repone al espíritu en su legítima originaria espontaneidad, la pueden dar en grado supremo los libros de Carlyle. Por eso conceptúo gran servicio á la cultura la traducción que de *Los héroes* ha publicado la *Biblioteca selecta anglo alemana*.

Necesitamos eso: libros raros, de doctrinas ex-

trañas y sorprendentes, que rompan con la uniformidad reinante en que se anegan las almas jóvenes. Nuestra juventud, á fuerza de no usarla, empieza á creer que no tiene originalidad, substancia propia; y hay que decirle que sí, que en el fondo de todos los espíritus hay algo nuevo y exclusivo que importa sacar á luz. Esta convicción, y la virtud utilísima de saber admirar y de entusiasmarse, son las dos condiciones con que, ante todo, conviene adornar á las generaciones nuevas. Sin tener conciencia de la personalidad intelectual, y sin amar un poco á los hombres ya hechos, que representan grandes ideales y grandes obras, no esperen redención los que sólo por una figura retórica pretenden ser «esperanza de la patria»; y ¡triste es decirlo! ambas cosas son ya desconocidas en España.

Este punto de vista—que considero como principal—me veda decir nada en otro orden del gran escritor inglés, del que, además, he hablado ya en otra revista.

Goethe, no recuerdo bien si en una de esas conversaciones que ha trasladado Eckermann ó en una carta, definió ya lo que Carlyle era con sólo haber leído una obra del autor de *Los héroes*; y el sublime poeta sabía juzgar á los escritores y á los hombres. El lector español hallará en los dos prólogos que Leopoldo Alas ha puesto á los dos volúmenes de la obra que me ocupa, guía seguro y sugestivo para recorrer las páginas de Carlyle. De lo que sobre éste piensa *Clarín*, también he

hablado en otra ocasión; no obstante lo cual, aún tendría que decir mucho ahora, sobre todo tocante á las teorías políticas de nuestro crítico y á las aplicaciones que hace del heroísmo á la realidad actual en España. Pero esto sería mezclar las especies. Lo único que diré es que el prologuista que Carlyle necesitaba, era el que ha tenido: la modalidad del pensamiento de *Clarín* es la más aproximada á la que tenía el de Carlyle. Por eso, y salvo todos los respetos debidos, prefiero sus consideraciones á las que D. Emilio Castelar ha puesto al frente del primer volumen. El alma *latina* del Sr. Castelar no ha calado nunca esas *honduras* sajonas, tan preñadas de contenido. Y Carlyle es de los que necesitan juicio de pares... salvando las distancias, para que no digan ustedes que exagero ni desquicio las cosas.

LA DESCENTRALIZACIÓN CIENTÍFICA

I

Una aberración psicológica, fácil de explicar, nos hace ver siempre los males de casa, los que sufrimos directamente, como los peores y más agudos. El pesimismo que esto origina respecto de nuestra propia suerte, se duplica con el sentimiento contrario de optimismo respecto de los otros, á los cuales suponemos, ó libres, ó mucho menos afectados de los males que á nosotros nos duelen; y así, en esta concurrencia de juicios, nace la expresión tan proverbial que asegura, en punto á desgracias y errores, que «eso no sucede más que en España».

Por fortuna para las esperanzas de nuestra redención y para el porvenir de nuestro pueblo, no todo lo malo que nos ocurre es de nuestra especial producción; sino que compartimos la desgracia con otras naciones, cuyo estudio debe darnos fuerzas de confianza en nosotros mismos, y ejemplo de remedio.

De estos males comunes es la centralizaci3n pol3tica y administrativa, cuyo m3s deplorable efecto ha sido arrastrar consigo la vida toda, creando el absentismo de los campos y la fiebre artificiosa de las grandes ciudades. Si esta centralizaci3n se redujera al orden puramente legal, pesando sobre los pueblos como un mandato abstracto y divorciado de la opini3n, ni el da1o hubiera sido tanto, ni el remedio ser3a dif3cil. Mas, por efecto de esa educaci3n que 3 la larga producen todas las fuerzas sociales, por heterog3neas que sean al principio con el medio tradicional, la idea centralizadora, que naci3 con un intento pol3tico, se ha hecho carne y sangre de las muchedumbres, y ha trascendido 3 la vida entera, creando una serie de aspiraciones y necesidades que de cada d3a se suman 3 la corriente inicial y la fortifican. Por eso el trabajo de los descentralizadores ha de dirigirse, no s3lo 3 la esfera oficial del Estado, pero tambi3n, y predominantemente, 3 la opini3n general, 3 las costumbres sociales, que importa desviar de la direcci3n en mal hora emprendida.

Cumple 3 mi prop3sito, hoy, ocuparme en una sola de las manifestaciones que aquellas ideas presentan, y cuyos efectos, menos visibles en Espa1a por la desorganizaci3n general que reina en este orden, he podido apreeiar en todo su valor durante mi 3ltima excursi3n 3 Franeia. Me refiero 3 la centralizaci3n cient3fica.

El atraso evidente (y que necesitamos confesar

á cada momento) de nuestra cultura general, pudiera dar aquí visos de razón al argumento de que sólo es posible la existencia de un centro científico donde se acumulen las pocas y escogidas fuerzas intelectuales, á modo de cerebro de la nación, y el cual piense y trabaje por toda ella, evitando que se disgreguen y esparzan las energías particulares, para que el esfuerzo aislado de éstas no resulte impotente, hasta donde esto puede decirse, sobre la masa heterogénea. El argumento tiene visos de verdad, aunque sólo para explicar un hecho, y no para mantenerlo por los siglos de los siglos, como si remedio no hubiere y lo mejor fuera persistir en él y afianzarlo cada vez más, Por fortuna, sucede todo lo contrario; y convertir la causa inicial de la centralización en una prueba racional de su necesidad, es tanto como condenarnos, por una petición de principio, á no salir nunca de semejante estado. No de otro modo al cuerpo débil por falta de ejercicio y abuso de costumbres sedentarias, le parece todo esfuerzo imposible de realizar, y sueña con ponerse en condiciones para ejecutarlo en lo futuro, mediante la continuación del reposo, que considera más fortificante que la fatiga del movimiento.

En Francia no es posible siquiera argumentar de este modo.

La cultura general de la masa está muy adelantada, y el mundo especial científico es lo suficientemente numeroso para permitir la creación de varios centros locales, que llamaran á

todos los puntos del cuerpo social la actividad que se pretende confinar en uno solo. Tal es, hoy, la aspiración de muchos profesores, compartida por los centros oficiales, y expresada en el reciente proyecto de creación de grandes Universidades (1). Pero las costumbres van por otro lado.

Sabido es que en la enseñanza superior francesa no existe hoy día un concepto, ni por tanto, un organismo, análogo al de nuestras Universidades. Las Facultades aisladas sustituyen allí á nuestros centros teóricamente enciclopédicos, en que los diferentes claustros forman de hecho un todo administrativo, y de intención sólo una unidad científica.

Esto no impide que sea muy importante el desarrollo de las Facultades francesas, cuyo programa, en vez de la reglamentaria limitación que en las nuestras tiene, es libremente ampliado, cuando las circunstancias lo exigen, con cátedras especiales (2). Esta libertad de iniciativa, que podía ser muy fructuosa, especialmente desde la reforma de la Facultad de Letras (en cuyo régimen no hay asignaturas obligatorias ni libros de texto que aprender de cabo á rabo), resulta contradicha é inutilizada por el movimiento centralizador que existe en los profesores y en los alumnos.

(1) Este proyecto se ha hecho efectivo recientemente, lo cual modifica algo las consideraciones que siguen, pero no en lo fundamental.

(2) Véanse mis artículos sobre las Facultades de Letras de París y provincias, en *La enseñanza de la historia*.

Engañado yo por la sabida existencia, en Facultades como las de Montpellier y Lille, de cátedras extraordinarias que revelan un interés notable por la enseñanza y un desarrollo científico muy adelantado, me asombró la declaración, oída por primera vez á un profesor de la *Escuela práctica de estudios superiores*, de un positivo decaimiento en las Facultades departamentales. Cité en contra el ejemplo de Montpellier creando una cátedra de *Ciencias auxiliares de la historia de la Edad Media*, y se me contestó que ya no existía tal cátedra, porque su profesor, como la mayor parte de los que descuellan en cualquier ramo de la enseñanza, había pasado á París.

El hecho es general, por desgracia. Los profesores jóvenes trabajan con todas sus fuerzas, especializando sus conocimientos, explicando materias nuevas, y creándose así una reputación, cuyo objeto final es ser llamados á París. Ayuda á esta corriente otra, en dirección igual, de los estudiantes. París atrae; ofrece el doble interés de una numerosa reunión de centros de enseñanza, presidida por las *Grandes Escuelas*, y de una vida fácil, refinada y llena de encantos para la juventud. El estudiante, en vez de recorrer las Facultades de provincia escogiendo los profesores según la especialidad de sus estudios, como hacen los de Alemania, va directamente á París; y esta tendencia no se interrumpe cuando el alumno pasa á ser profesor.

El fenómeno es demasiado evidente para que

un observador dedicado á este orden de problemas, deje de advertirlo al poco tiempo de su entrada en Francia; y por otra parte, en el mismo profesorado hay muchos que no lo ocultan, exponiéndolo como la queja de un defecto que es preciso corregir á toda costa.

La corrección llega ya, mediante la concurrencia de dos fuerzas poderosas: el sentimiento regionalista, que lleva (en Montpellier, v. gr.), á resucitar la tradición de las antiguas Universidades, y el interés pedagógico, que aleccionado con el ejemplo de Alemania, quiere reconstruir la organización medieval, agrupando las Facultades en centros enciclopédicos robustos y susceptibles de una vida independiente y propia, en carácter y representación científica.

Muestra del primero han sido las fiestas de Montpellier, cuya importancia no estriba en su brillante aparato, ni en la magnificencia de los nuevos edificios escolares, sino en el recuerdo de pasadas glorias que resucitan, y en el deseo latente de renovarlas que se deja entrever. Otro ejemplo de aspiración análoga, expresa en laudables esfuerzos de indiscutible resultado, es Lyon, cuyos habitantes han hecho cuestión de honra el progreso de sus centros científicos. Conocedores del peligro que vengo señalando, procuran atraer á los buenos profesores, mediante el ofrecimiento de mayores ventajas que las que en otros puntos pudieran encontrar. Para conseguir ese objeto, se ha formado en Lyon una *Sociedad de amigos de*

la Universidad, cuya iniciativa, aparte de las ventajas que tiene siempre la privada sobre la oficial del Estado, cuenta á su favor con el poderoso incentivo del sentimiento local.

Este apoyo del interés público es tanto más necesario, cuanto que en Francia las Facultades no tienen, como las Universidades alemanas, bienes propios que les den pingües rentas y les permitan mejorar los sueldos según las circunstancias, ó aumentar la dotación para material científico. Las Universidades alemanas, dice M. Lavissee, pueden llamar á sí «mediante la seducción de un sueldo crecido, á un profesor eminente, ó retener, por igual procedimiento, á otro que intenta marcharse... Es muy natural que un profesor lionés, padre de familia, se sienta atraído á París por un buen sueldo; é importa para el porvenir de nuestras Universidades provinciales que París no añada este atractivo á otros muchos que tiene» (1).

El reciente proyecto de ley sobre Universidades presentado por el ministro de Instrucción pública M. Bourgeois (22 de Julio), empieza reconociendo la personalidad económica de aquéllas; y mediante este reconocimiento, tendrán su caja especial, formada por las cantidades que suministre el Estado, las que den los municipios, departamentos, sociedades ó particulares, y en fin, el

(1) *Etudes et étudiants*. París, 1890. p. 202.

producto de los derechos académicos, que antes entraban en el Tesoro público.

El progreso de esta disposición es evidente, aunque no sea completo. En cuanto al sentido general de la reforma, por lo que toca á nuestro punto de vista, baste copiar los siguientes párrafos de la exposición de motivos:

«Al crear las Universidades se persigue, entre otras cosas, una gran descentralización científica. Para alcanzar este fin, es preciso que las Universidades sean centros activos de estudio, del espíritu científico y del espíritu nacional, y no podrán llegar á esto sin tener cada una, aparte de las líneas comunes á todas, una fisonomía propia. Es preciso, pues, que respondan á las necesidades particulares y, si puede decirse, á las aptitudes de los lugares y de las regiones en que residan.

»No hay en esto peligro alguno de federalismo. La unidad de la patria francesa está hecha, y es indestructible... No lo será menos porque cada Universidad se adapte á su medio ambiente, ni porque entre ellas y ese medio se establezca un cambio de servicios, procurando cada una satisfacer, á la vez que las necesidades generales del país, las particulares de tal ciudad ó de tal región de Francia.

»Corresponde en primer lugar á las ciudades, á los departamentos, á las asociaciones, á los particulares, favorecer y subvencionar esas enseñanzas especiales. El legislador no debe prescribirles nada: se limita á no prohibirles cosa alguna.

Por esto hemos inscrito, entre los medios merced á los cuales atenderán las Universidades á sus gastos, las subvenciones de las ciudades, los departamentos, las asociaciones y los particulares. Vamos más allá. Proponemos que los alcaldes, los presidentes de los Consejos generales (1) de los departamentos y los presidentes de las sociedades que concedan alguna subvención, tengan entrada en el Consejo (universitario), con voz deliberativa en las sesiones en que se discutan los presupuestos, las cuentas administrativas y las Memorias sobre la situación de la Universidad.»

Por lo que toca al aspecto puramente científico, los Consejos universitarios tendrán libertad amplia para formar y reformar el cuadro de asignaturas, autorizando para dar clases libres á todas aquellas personas de competencia científica reconocida, ó que por su dedicación especial á un género de estudios representen un elemento aprovechable de cultura.

De este modo podrán utilizarse mejor los trabajos de los científicos que viven en provincias. Hasta ahora, el homenaje que París hacía á sus méritos era más aparatoso que convencido y profundo. Reducíase á la celebración anual de un Congreso de sociedades científicas (*Congrès des sociétés savantes*), en cuyas cinco secciones de historia y filología, arqueología, ciencias económico-sociales, ciencias (físicas y naturales) y geografía

(1) Diputaciones provinciales.

histórica y descriptiva (1), se reúnen los estudiosos y eruditos de provincias para comunicarse sus particulares investigaciones y descubrimientos. Esta reunión no puede menos de ser ventajosa para el establecimiento de relaciones personales y científicas directas entre todos los cultivadores de un ramo de estudios, y para dar á conocer, en el centro de la vida nacional (con frecuencia demasiado orgulloso de su título), la fuerza y los resultados de la actividad local. Durante algunos días, París está lleno de gentes heteróclitas, representantes de los tipos regionales de Francia, en el aspecto, en la pronunciación y

(1) Hé aquí algunos temas del Congreso de 1890, al cual he asistido. *Sección 1.^a*: Textos inéditos ó recientemente descubiertos, de cartas municipales ó de costumbres: Transformaciones sucesivas y desaparición de la servidumbre; Origen y variaciones de las circunscripciones administrativas en las diversas regiones de Francia hasta el siglo xvi. *Sección 2.^a*: Indicación de los inventarios de colecciones privadas de objetos antiguos, estatuas, bajos relieves y monedas, formados en provincias desde el siglo xvi al xviii; Indicación, en las diferentes regiones de la Galia, de los sarcófagos ó fragmento de ellos, tanto paganos como cristianos, que no han sido señalados hasta ahora; Estudio de los caracteres que distinguen á las diversas escuelas de arquitectura religiosa de la época románica, cuidando especialmente de señalar los elementos constitutivos de los monumentos (planos, bóvedas, etc.). *Sección 3.^a*: Influencia ejercida por la crisis agrícola bajo el triple punto de vista de la división de la propiedad, el modo de explotar la tierra (participación directa, aparcería, colonaje) y el cultivo, etc. Nótese el carácter local ó regional, provinciano, de casi todos los temas.

hasta en el traje; pero este roce anual del noble parisién y los modestos provincianos, sirve á unos y á otros ventajosamente. El viaje á París es para muchos como una inhalación intensa de oxígeno científico, que les da fuerzas para todo el año, y á la vez, una ocasión importante de visitas á los museos, á las bibliotecas y á todos los demás centros que sólo en la capital existen. Pero, sin duda, el resultado mayor del Congreso es en favor de la ciencia misma.

El programa se publica (1) con gran anticipación, y á los temas suelen acompañar indicaciones acerca de su interpretación y del sentido que ha de darse á los trabajos. De este modo los individuos del Congreso pueden preparar convenientemente sus notas, concentrando sus esfuerzos en determinada dirección. Las sesiones son muy familiares. Cada cual lee ó da cuenta de sus trabajos, y los pone á disposición de los concurrentes, quienes examinan y pasan de mano en mano las láminas, dibujos, planos, listas, etc., que los autores facilitan.

Naturalmente, en el Congreso, y en provincias, hay de todo; pero suponiendo, por lo bajo, que sólo una tercera parte de los que figuran como estudiosos ó científicos sean hombres serios y objetivamente dedicados á la ciencia, ¿cuánto no puede ser su influjo el día en que, merced á la

(1) El Congreso de 1890 se ha celebrado á fines de Mayo. El programa se publicó en Septiembre de 1889.

proyectada organización de Universidades, quepa concentrar sus esfuerzos en un foco local, que les ofrezca condiciones suficientes para desarrollar los estudios y para contrarrestar la fiebre de centralización personal que hoy domina! (1).

Y viniendo ahora á España, por vía de moraleja ó aplicación en cabeza propia de estos ejemplos forasteros, ¡cuán larga y espinosa es la tarea que se nos impone, para dar nuevamente vida autónoma y robusta y color local á nuestras Universidades!

Para todos ha de ser el trabajo, y especialmente para aquellos que ganarán más con su éxito. Precisa levantar el espíritu regional en favor de esos organismos que antes fueron gloria de muchas ciudades; para que, comenzando por interesarse en la entidad, concluya por hacer suyos los problemas de la enseñanza y comprender su transcendencia inmensa y riquísima. Tal es el proceso de educación en este orden. Despertar primero el amor histórico de pasadas grandezas (2), evocando memorias como las de la Universidad de Salamanca, la de Valencia, las de Ca-

(1) Sobre lo mucho que puede hacerse en provincias para el progreso de las ciencias (sobre todo las sociales é históricas), véase el precioso discurso de Renan en la *Séance générale du Congrès des Sociétés Savantes* (1889).

(2) Ejemplo: los colegios de la Universidad de Salamanca, reorganizados hace poco. Véase un artículo de D. Mariano Arés, publicado en los números 206 y 207 del *Boletín de la Instit. Libre de Enseñanza* (1885).

taluña; y luego, pasando del órgano á la función, esforzarse en resucitar, modernizándolos, aquellos centros en cuya constitución tantos elementos utilísimos había, para fundar en ellos un orgullo y una aspiración local vehementes, á ejemplo de Montpellier ó de Lyon.

Nuestras Universidades están muertas. No son hoy otra cosa que una oficina del Estado, con todos los defectos, los perjuicios y la estrechez de ideal de una oficina. Todas sus funciones, incluso las más técnicas, dependen del Ministerio de Fomento (1), es decir, á veces, de los caprichos ó las aventuras ambiciosas de un político, ayuno de toda cultura especial pedagógica y científica.

Un medio de salvarlas es volverles la independencia; pero este remedio no será eficaz, ni hacedero siquiera, mientras aquellos grupos sociales en quienes ha de recaer la tutela, ayuda y robustecimiento de la Universidad, no se interesen más de lo que hoy lo hacen por la idea y por las cuestiones que aquél nombre entraña.

II

«La tendencia exagerada á la centralización parisiense, dice M. Renan, ha debido tener, cuan-

(1) No hace muchos meses decía un juez de ciertas oposiciones de Metafísica á uno de los actuantes: — «Esa filosofía de Ud. no la quiere el Estado». Por fortuna, esto fué dicho privadamente; pero no deja de pintar de un modo gráfico nuestra situación actual.

do empezó, una cierta razón de existir.—La tuvo, en efecto, en una necesidad muy real, en un estado momentáneo de la ciencia que obligó á que, por algún tiempo, los esfuerzos creadores se concentraran en un solo punto... la creación en el orden científico, en el literario y en el artístico, se realiza ordinariamente en puntos muy determinados; la edad creadora es, necesariamente. unitaria» (1).

Este razonamiento tiene, sin duda, su parte de verdad. Cuando se trata de una ciencia nueva, en la cual hay un solo maestro, el iniciador, ó cuando se desea formar el personal de cualquier ramo de enseñanza en un cierto sentido científico y pedagógico no comprendido todavía por el medio social—la masa,—la centralización de las energías y del aprendizaje en un punto (que no es preciso sea la capital política de la nación), se impone ineluctablemente. Pero no es menos cierto que aquellas razones, como el mismo Renan reconoce, no tienen hoy ya eficacia para los países cultos; y en general puede añadirse que sólo la conservan en aquellas naciones donde la unidad política se hizo prematuramente, antes de que las regiones adquirieran una personalidad robusta de civilización, ó ahogándola allí donde ya se había manifestado.

Valgan como demostración, por los efectos

(1) *Discurso* en la Sesión general del Congreso de Sociedades científicas.—París, 1889.

contrarios, dos naciones modernas donde la unidad se ha conseguido de distinto modo, y en circunstancias bien diferentes á las de nuestra Península en el siglo xv: Alemania é Italia.

La unidad se ha impuesto en Alemania después de que las regiones habían demostrado un florecimiento de vida científica que ilustran los más insignes nombres de nuestro siglo. Lo que con relación á Berlín podríamos nosotros llamar Universidades locales, existían ya con igual fama y tradición académica, antes que la capital de Prusia fuese capital del Imperio. Los centros *regionales* se habían desarrollado aislada é independientemente: cuando la unidad vino, no enlazó territorios, sino verdaderos organismos sociales. Así, Berlín no tiene la categoría de una Universidad central, al uso latino; y la población escolar como el profesorado, está repartida por todas las Universidades de la confederación, cuyos nombres son ilustres por tradición y por herencia: Munich, Leipzig, Breslau, Bonn.....

La centralización política, pues, no ha dañado á la vida nacional en otros órdenes: aunque en su esfera propia represente, en opinión de muchos, un mal para el que no faltan protestas. Pero en lo que toca al orden científico, los Estados regionales no necesitan reivindicación ninguna, bastándoles con alimentar normalmente la actividad conseguida desde hace tiempo y que podrá mantenerse fácilmente en la tensión lograda, á pesar de los intentos centralizadores que en Berlín

se traslucen en punto á la vida universitaria.

Por esta razón, y por la cultura social que un siglo de grandes esfuerzos ha producido, ofreciendo seguro contingente á las cátedras, no puede decirse, en tesis general, que sobre ningún centro científico en Alemania, á la manera que sucede entre nosotros. ¡Y sin embargo, la población escolar es, relativamente, mucho mayor en algunas de nuestras Facultades!

En Italia ha sucedido lo mismo. Las regiones tenían vida propia y muy formada cuando ha sobrevenido la unidad. Fueron, también, ellas mismas, elementos activos de esa unidad, á la cuál habían preparado, como en Alemania—y aun con más antigua tradición quizá—propagandas entusiastas, clarividencias y profecías de los poetas y de los prosadores, cuya voz, que dirigen el arte y la inspiración, cala más hondo que ninguna otra en la conciencia del pueblo.

Los grandes centros regionales continúan en Italia para la vida científica. La Biblioteca Nacional Central está en Florencia; Milán y Turín son cuartel general de las novísimas escuelas que han renovado con tanto brío el estudio del Derecho penal y del llamado Derecho civil; Nápoles tiene una gran actividad literaria; y en fin, la existencia de numerosas publicaciones periódicas locales (revistas históricas y enciclopédicas), que es un fenómeno recientísimo en Francia, deriva en Italia de esa poderosa vida regional y la representa brillantemente hace tiempo.

En circunstancias bien diversas se hizo la unidad en España.

Vino quizá demasiado pronto, ahogando la absorbente energía castellana—cuyo valor y eficacia real histórica no se ha estudiado aún—el florecimiento de las civilizaciones regionales. De lo que éstas hubieran podido ser en el terreno científico y en el literario, fueron buena nuestra Cataluña (toda la región provenzal) y Galicia.

En el momento crítico de realizarse la unidad, parecían como dormidas y cansadas esas energías locales. Castilla, que representaba el sentido nuevo en política, se sobrepuso. Luego, el absolutismo de los reyes se encargó de atornillar más el yugo sobre castellanos y *regionales*. El resultado fué un retroceso en la vida nacional y en la cultura de toda España. El renacimiento comienza ahora: pero, ¿quién duda de que, sin encarnar en las muchedumbres, sin levantar un entusiasmo tan vehemente y prolífico como la *algarada* romántica, no podrá jamás, ó en mucho tiempo al menos, adquirir robustez bastante para una vida independiente que pueda resucitar los organismos tradicionales?

Mientras tanto, es muy cierto que de las diez Universidades actuales nos sobra, tal vez, la mitad. No tenemos alumnos ni profesorado suficiente (del bueno, del que trabaja y sirve) para darles el brillo y la existencia lozana que debían legitimar su vida. La producción nacional científica no puede aún con tal lujo de centros y de cátedras

mal pagadas. Las Facultades de Filosofía y Letras se mueren de asfixia; las de Ciencias claman por estudiantes. Sólo las de Medicina y Derecho rebotan de alumnos; pero en las últimas, esta exuberancia es mal sana y revela una enfermedad positiva del cuerpo social (1).

La disminución de las diez Universidades, conservando sólo (ó sustituyendo á las actuales) aquellas que tienen un nombre ilustre en la historia de nuestra instrucción pública, y cuyo recuerdo va unido á sentimientos regionales que importa remover y aprovechar para esta empresa, remediaría aquel grave defecto, concentrando la población escolar y favoreciendo una más exquisita selección del profesorado.

Disminuído así el número, debería completarse el cuadro de todas las Universidades, consti-

(1) Para comprender esto—dice el Sr. Torres Campos en un artículo que publica el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*—basta fijarse en el excesivo número de alumnos de la Facultad de Derecho, que ha dado origen á artículos con el título de *Más industriales y menos doctores*. Llama la atención leer en la *Reseña Geográfica y Estadística de España* (pág. 316) la cifra de los alumnos de la Facultad de Derecho que, debiendo ser con relación á Francia 2,170, y 2,270 en proporción con los de Alemania, es casi triple, puesto que asciende á 6,409. Con respecto al número de habitantes es también excesivo el número de títulos de licenciado en Derecho conferidos en España en 1878-79, puesto que en la nación vecina, con más de doble población, sólo se han expedido 1.042 y en la nuestra 820, resultando un licenciado por cada 20.283 habitantes.

tuyéndolas en verdaderas escuelas enciclopédicas, en organismos reales cuyas diversas partes funcionarían paralelamente y en estrecha relación (1). Sería entonces llegado el momento psicológico (y administrativo), de ligar las Universidades á la región, en una forma aproximada á la que se proyecta en Francia, provocando además la concurrencia en ellas de todas las energías científicas del país. Las cátedras libres, las instituciones de *privat-docentes*, la creación y sostenimiento, por las Diputaciones y sociedades provinciales y locales, de cátedras de carácter muy especial, serían condiciones de toda esta organización.

Las Sociedades científicas—que aquí podían ser los Ateneos, las comisiones de monumentos, las sociedades de carácter histórico, etc.,—hallarían entonces su centro, y un campo donde emplear seria y reflexivamente su actividad, en las Universidades. Tal era, en Francia, el pensamiento del inolvidable ministro M. Duruy, pensamiento que ahora se agita de nuevo, para vivificar mutuamente las Facultades universitarias y las sociedades científicas (*Sociétés Savantes*) esos dos ejes modernos de la actividad de la ciencia: ayudar á la provincia en esta renovación de su vida intelectual propia, que es uno de los caracteres

(1) Hoy día sólo dos Universidades (Madrid y Barcelona) reúnen todas las facultades: á otras dos falta únicamente la de Farmacia; la mayor parte sólo tienen, efectivas, las de Medicina y Derecho.

de la segunda mitad de nuestro siglo, y, sobre todo, dar á esa vida, más que la intensidad, la *cualidad* científica que, con frecuencia, todavía les falta (1).

Para esto se procuraría interesar á las sociedades locales en las enseñanzas que tuvieran por objeto investigaciones particulares sobre la región, provocando el establecimiento de cátedras especiales, como la de historia local, é introduciendo el verdadero espíritu científico, «allá donde sólo reina *chauvinismo* de provincia ó de campanario» (2).

De esta colaboración, fecundada por un sentimiento fuerte de amor é interés de la región hacia su Universidad, nacerían los diccionarios y repertorios regionales (análogos á los de Francia), las colecciones de textos históricos, las monografías y las historias provinciales, la publicación, en fin, de esas revistas de carácter regional que tan utilísimos servicios están prestando, en Italia y en Francia, á los estudios históricos y á la renova-

(1) Alfred Leroux, *Du rattachement des Sociétés savantes à l'enseignement supérieur*. (*Rev. intern. de l'enseign.*—15 Diciembre 1890).

(2) Algo de esto ha comenzado á realizarse en las Universidades de Barcelona y Zaragoza. En la primera se han creado cursos especiales de historia y literatura catalanas; la segunda, en las conferencias públicas que todos los años dan los profesores, incluye no pocos puntos de historia aragonesa.

ción de las personalidades particulares dentro de la nación unitaria.

Así esperan en la República vecina evitar la centralización del personal científico, á que hice referencia en el artículo anterior; porque puede muy bien afirmarse «que el día en que los sabios encuentren condiciones de vida en provincias, pensarán menos en emigrar á París.» De este modo cabe soñar, para un porvenir no lejano, en «el renacimiento de alguna de esas originalidades provinciales que, á los ojos del historiador, dan tanto valor y carácter á la Francia del siglo XVI.»

¿Por qué no hemos de aspirar nosotros, también, á un renacimiento análogo, en que ganarían juntamente la enseñanza superior (harto necesitado de mejora) y el espíritu regional?

Función social es la enseñanza en la cual ha de reflejarse el carácter y la vida de la sociedad que la crea y que en ella se educa; é importa, si ha de ser organismo robusto y de positivos resultados, que la sociedad misma la reconozca como tal función suya, haciendo de ella una de sus aspiraciones y de sus glorias, hasta fundirla en su propia vida, realizando el último y superior grado de la descentralización, que consiste en arrancar la enseñanza de la férula del Estado y de todo poder oficial (1). Y pues las regiones son los grupos sociales que tienen hoy más fuerte

(1) Ver sobre este concepto de la «Descentralización de la enseñanza» un artículo de D. Francisco Giner de los Ríos,

y segura tradición en ideas, en sentimientos y en carácter, sean ellas las que, fuera de todo espíritu de secta y partido, realicen esa reforma, completando, á la vez, la integridad de su vida personal.

Despertado el interés—como sucede ya en Montpellier y en Lyon,—hacia este problema fundamentalísimo, bien pronto se hallaría, como dice Renan, que la provincia tiene (en sus bibliotecas olvidadas, en sus archivos polvorientos, en sus monumentos de todas clases, en las particularidades consuetudinarias de todos los órdenes) infinitamente más elementos de vida de los que se cree para realizar trabajos científicos de verdadera eficacia. El saberlos utilizar—juntamente con los modernos que no es difícil, ciertamente, reunir,—constituye uno de los puntos preliminares de la moderna educación regional.

publicado en el *Boletín de la Institución libre* (15 de Enero de 1886).

APENDICES

I

ADICIONES A LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

1. A los libros y artículos mencionados en las páginas 30 á 33 sobre *El elemento natural en la historia*, añádanse los siguientes:

J. W. Powell, *Relation of primitive peoples to environment, illustrated by American examples. (Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution... July, 1895. Washington, 1896. Páginas 625 á 637).* El autor examina los efectos del medio natural como «uno tan sólo de los factores de la evolución» y señala la acción inversa del hombre sobre el medio. Sus principios son que «la evolución animal y la humana son cosas enormemente distintas» y que «el hombre es hombre por razón de su inteligencia, y su evolución es de carácter intelectual». El medio sólo sirve «para estimular sus actividades mentales».

Otis Tufton Mason, *Influence of environment upon industries or arts. (Report citado, páginas 639 á 665).*

Estudio muy detallado, con una gran cantidad de ejemplos y cuadros demostrativos.

Gardiner G. Hubbard, *The Japanese Nation.—A typical product of environment.* (Report citado, páginas 667 á 681). Estudia todas las manifestaciones de la actividad nacional: Gobierno, caminos, costumbres, vida femenina, trajes, construcciones, lengua y literatura, religión, arte, etc.

J. Walter Fewkes, *The Tusayan ritual: a Study of the influence of environment on aboriginal cults.* (Mismo Report, páginas 683 á 700). Se refiere á la religión de los indios Mokis ú Hopi, del Arizona.

W. J. Mc Gee, *The relation of institutions to environment.* (Mismo Report, páginas 701 á 711). Favorable á la dependencia de los organismos é instituciones primitivas respecto del medio físico local.

Zimmermann, *De la influencia del medio en la formación de la población en el ducado de Brunswick.* (Artículo de la revista alemana *Jarh. f. Gesetzgebung.* 1897, Heft, 2, indicado como muy profundo en la *Rev. historique*, 1898, I).

—En punto á la concepción materialista de la historia, véase:

Andler, *Conception materialiste de l'histoire* (*Rev. de methaphisique*, 1897).

Durckheim: un artículo sobre lo mismo en la *Revue philosophique* (Dic. 1897) y otro de P. Barth, en los *Jahrbücher* de Conrad (Enero, 1896).

2. Sobre el *Sujeto de la historia* publicó D. Ramón L. Vicuña un artículo en la *Rev. contemporánea*, 1884.

4. En punto al *contenido* y al *concepto* de la historia, véanse:

Max Lenz, *Posición actual de las Ciencias históricas*. (*Deutsche Rundschau*, Dic. 1897).

Gumplovicz, *Sociologie et politique*. París, 1897. Trata especialmente del concepto de historia de la civilización y cuestiones anejas.

Trojano (P. R.), *La storia como scienza sociale. Prolegomeni*. Napoli, 1898. 8.º, XVIII-270 págs.

El libro de André Lefèvre, *L'Histoire, Entretiens sur l'évolution historique* (París, 1897), no es un tratado doctrinal, sino una exposición sistemática de la evolución humana, especie de filosofía positivista de la historia.

V. también, por lo que se refiere á las ideas de Buckle, el artículo de Ch. Sarolea, *La historia de la civilización de Buckle*, en *Rev. Française d'Edimbourg*.—Dic. 1897.

La obra de Flint citada en la pág. 55 según el título de la primera edición, se ha reimpresso modificada, en 1893, con el de *Historical Philosophy in France, Belgium and Switzerland*. Existe una traducción francesa.—Se refiere particularmente á la llamada «filosofía de la historia», materia algo diferente de la que comprendemos en el núm. 1 del cap. III.

—Para formarse idea de las discusiones que actualmente ocupan á los historiadores alemanes en punto al concepto de la *Kulturgeschichte* y otros de igual importancia, pueden leerse con fruto: Pirenne, *Une polémique historique en Allemagne* (en *Rev. historique*, maijuin, 1896) y Earley W. Dow, *Features of the new History: apropos of Lamprecht's «Deutsche Geschichte»* (en *The American Histor. Rev.* April, 1898).—Aprovéchese esta adición para la nota (1) de la pág. 155. (*El problema de la dictadura tutelar en la historia*). En el artículo de Dow se hallará muy com-

pleta la bibliografía de Lamprecht y sus competidores.

5. Sobre metodología y organización escolar, consúltense también:

M'Lennan, *Studies in Ancient History* (London, 1896, cap. II, que lleva por título *On the method of Inquiry in Early History*).

Langlois, *Ouverture des conférences à la Faculté des Lettres de Paris. Séance de rentrée. Discours.* (*Revue intern. de l'enseign.* Nov. 1897).

Debe verse la comunicación del profesor Redlich al Congreso de historiadores alemanes (Innsbruck, 1897) sobre el Instituto de ciencias históricas de Austria. (cf. Blondel, *Le Congrès des historiens allemands*, etc. en *Rev. histor.* Nov.-Dic. 1897).

El reciente libro de Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques* (París, 1898), es un tratado de crítica histórica («condiciones y procedimientos, caracteres y límites del conocimiento histórico»), y abraza las cuestiones siguientes: Conocimientos preliminares (investigación de documentos y «ciencias auxiliares»), operaciones analíticas (crítica externa é interna de los documentos) y operaciones sintéticas (*construcción* histórica, agrupación de hechos, razonamiento, fórmulas generales, exposición).

En los apéndices trata de la enseñanza secundaria y superior de la historia en Francia.

Véase también el artículo de Seignobos, *Les conditions psychologiques de la connaissance en Histoire* (en *Rev. Philosoph.* Jul. y Ag. 1887).

Seignobos prepara un volumen sobre *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, que formará parte de la *Bibl. générale des Sciences sociales*.

—Sobre la organización de los estudios históricos en París acaba de publicar un artículo en *The American Histor. Rev.* (Abril, 1898), Charles H. Haskins, *Opportunities for american students of History at Paris.*

—En la reunión celebrada por la «American Historical Association» en Diciembre 1897, se trataron diferentes puntos de metodología, cuya exposición podrá verse en el citado número de la revista *The American Histor. Rev.*

II

ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS

1. ARCHIVOS.—En el de Alcalá (p. 65) añádanse los legajos de la Agencia general de preces á Roma. (V. los *Anuarios*, para pormenores).

Las 18.121 escrituras en pergamino del Archivo de la Corona de Aragón, que se citan en la pág. 68, son las clasificadas. Añádanse 802 bulas en pergamino, también clasificadas (de 1017 á 1796).

En las secciones del Archivo de Simancas, (p. 70), añádase la de Patronatos. La de Inquisiciones comprende los siguientes grupos: Consejo Supremo, Secretaría de Cámara, Informaciones de limpieza de Sangre, Inquisidores.

En el *Memorial histórico español*, que ha comenzado á imprimir la *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla* (Tomo I, 1897) del Sr. Danvila, se publicarán 3.820 documentos de Simancas

y otros de diferentes archivos y bibliotecas, cuya relación podrá verse en el indicado tomo, páginas 23 á 33.

Los documentos que cita Alcubilla, VIII, p. 216, como existentes en el Ministerio de Gobernación, parece que fueron trasladados al Archivo de Alcalá; pero alguna busca hecha en este depósito no comprueba este supuesto. Convendría investigar despacio en el Ministerio, porque los documentos de referencia son de gran importancia para la historia municipal del siglo XVIII.

De los Códices de la catedral de Tortosa (p. 77) trataron ya Denifle y Chatelain en la *Rev. des Bibliothèques*, 1895.

2. BIBLIOTECAS.—Conviene no olvidar las bibliotecas, si no muy extensas, importantes á veces, que tienen algunos Archivos, como el de Simancas y el Histórico Nacional (V. los pormenores en el *Anuario* de 1881, páginas 59-60 y 45-6).

—Respecto de la Bib. de Palacio (p. 83), véase el libro de Massó Torrents, *Manuscritos catalanes de la Biblioteca de S. M.* Barcelona, 1888. El mismo autor trató de los mss. de la biblioteca de Tarragona en *Centralblatt für Bibliothekswesen*, VII, p. 510-16.

En el párrafo de fuentes de la Bib. del Escorial (páginas 83-4), añádase: Villaamil, *Reseña de algunos códices jurídicos de la Biblioteca del Escorial*. Madrid, 1883.

3. MUSEOS.—Del Museo de Artillería conozco un catálogo antiguo: *Catálogo de los objetos que contiene el Real Museo militar á cargo del Cuerpo de Artillería*. Madrid, 1856. 4.º, 391 págs.

—Para los objetos que formaban la antigua colección de antigüedades de la Biblioteca Nacional, véase: Castellanos de Losada, *Apuntes para un catálogo de los objetos que comprende la colección del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Madrid, 1847.—Por lo que se refiere á la sección de estampas, véase la *Rev. de Archivos* (1897 y 98).

—De las pinturas y objetos de arte reunidos en el Escorial (Palacio, Casino del Príncipe y Capilla de la Fresneda) trata el *Catálogo del Real Monasterio del Escorial* publicado por D. Vicente Poleró.

—A la lista general de fuentes relativas á los Museos hay que añadir el siguiente libro, que no he podido examinar personalmente: C. Araujo y Sánchez, *Los Museos de España*. Madrid, 1875.

—A los Museos provinciales citados en las páginas 100 á 102 hay que añadir el de Zaragoza (*Catálogo del Museo de pintura y escultura de Zaragoza*. Zaragoza, 1868) y el de Orense, creado en 1895 por la Comisión de Monumentos y cuyo catálogo se ha publicado en el núm. 1.^o (Marzo, 1898) del *Boletín de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Orense*. La misma Comisión publicó en Noviembre de 1895 un Album de 59 vistas fotográficas (18 × 24) de los principales monumentos de la provincia.

—A la bibliografía del Museo-Biblioteca Balaguer (pág. 103), añádase: E. Toda, *Biblioteca-Museo Balaguer. Catálogo de la colección egipcia*. Madrid, 1887; F. Gras y Elías, *Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer*. (Recuerdos de viaje). Madrid, 1895.

III

VIAJES POR ESPAÑA

A los citados en la nota de las páginas 204 á 208, añádanse:

Relation d'un voyage fait en Europe et dans l'Océan Atlantique, à la fin du XV^e siècle sous le regne de Charles VIII, par Martyr, évêque d'Arzendjan. Traduite de l'arménien et accompagnée du texte original par Ch. J. Saint-Martin... Paris, 1827. La traducción de Saint-Martin acaba de ser puesta en castellano por E. G. de R. (Emilia Gayángos de Riaño): *Relación de un viaje por Europa con la peregrinación á Santiago de Compostela, verificado á fines del siglo XV por Martir, obispo de Arzendjan.* Madrid, 1898, 4.^o, 20 págs.

Gabriela Cunninghame Graham, *España; impresiones de viaje.* (en *La España moderna*, Agosto de 1890).

Los manuscritos de los diversos viajes de Jove-Llanos se hallan en el archivo de la Sociedad asturiana «La Quintana» y son como sigue:

Legajo H. (A).—Diario inédito de D. Gaspar de Jove-Llanos desde 28 de Marzo de 1801 León hasta 13 de Abril del mismo año, Molins del Rey. (Es el itinerario desde su salida de Gijón, donde fué reducido á prisión, en 10 de Marzo, hasta Cataluña).

(B).—Diario del viaje de Cádiz á Muros de Noya (26 Febrero á 6 Marzo 1810).

Legajo L.—Diarios inéditos de viajes de Jove-Llanos. (Comprenden los de Mallorca y la Península, desde 11 de Abril á 23 Mayo 1803).

En otros legajos hay cartas inéditas á su familia escritas desde puntos diferentes de España y que tal vez contengan apuntes de viaje.

En el legajo F. están las censuras de Jove-Llanos, por orden del Consejo, al *Viaje* de Ponz, y cartas de Bourgoing. En el K, la correspondencia de Lord Vassall Holland con Jove-Llanos (1808 á 1810), que quizá tenga también interés desde nuestro punto de vista.

(Las anteriores noticias están tomadas del *Catálogo... del Instituto de Jovellanos*, por J. Somoza: v. página 87).

El núm. 12 de la *Bibliographie* de Foulché (ms. de Eustache de la Fosse), ha sido publicado por el mismo autor en la *Rev. hispanique* y luego aparte: *Voyage à la cote occidentale d'Afrique en Portugal et en Espagne* (1479-1480). París, 1897.

ERRATAS NOTADAS

Páginas.

28. Línea 3 de la nota (1).—Dice *Historiographia*; léase *Historiographie*.
- 31 Línea 11 de la nota.—Dice 1716; léase 1896.
- 32 Línea 24.—Dice *Unsern*; léase *Unsere*.
- 34 Línea última.—Dice *Nitzche*; léase *Nietzsche*.
- 35 Líneas 2 y 27.—Dice *Nitzche*; léase *Nietzsche*.
- 37 Línea 27.—Dice *oquel*; léase *aquel*.
- 44 Línea 9.—Dice *deutcher*; léase *deutscher*.
- 72 Línea 6.—Dice *han sido publicados*; léase *ha sido publicado*.
- 72 Línea 12.—Dice *en Ultramar*; léase *de Ultramar*.
- 77 Línea 18.—Dice *t'Abbaye*; léase *l'Abbaye*.
- 90 Línea 19.—Dice *biblitheksw*; léase *Bibliotheksw*.
- 95 Línea 6.—Dice *Bildewerk*; léase *Bildwerk*.
- 101 Línea 8.—Dice *Monepas*; léase *Monedas*.
- 156 Línea 14.—Dice *Pelegrino*; léase *Pellegrino*.
- 205 Línea 9.—Dice *Touruay*; léase *Tournay*.
- 224 Línea 23.—Dice *Divine* léase *Divina*.
- 240 Nota (1), línea 1.^a—Dice *La La lutte*; léase *La lutte*.
- 240 Idem, línea 3.—Dice *bonkeur*; léase *bonheur*.
- 294 Línea 27.—Dice *Tolstoi*; léase *Tolstoy*.
-

El lector notará probablemente algunas más, en palabras y nombres extranjeros que por su novedad, ó por otras diferencias y originalidades ortográficas, llevan á veces letras acentuadas con signos muy diversos de los usados en castellano, fácilmente se escapan con error á la imprenta y á los correctores, no obstante el cuidado que se ha procurado tener en este punto. Semejantes erratas son frecuentes también en los libros extranjeros cuando trasladan frases castellanas.



INDICE

	Páginas.
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	I
<i>Adiciones á La enseñanza de la historia.....</i>	1
I.—Manuscritos de la Biblioteca Nacional.....	3
II.—Autores españoles impresos.....	15
III.—Bibliografía Moderna.....	25
<i>Archivos, Bibliotecas y Museos de España.....</i>	57
I.—Archivos.....	64
II.—Bibliotecas.....	78
III.—Museos.....	92
<i>El problema de la dictadura tutelar en la historia.....</i>	107
<i>Libros de «Viajes» norteamericanos referentes á España..</i>	173
<i>La Cuestión de Cuba y los Estados Unidos en 1850.....</i>	187
<i>Viajes por España.....</i>	195
<i>Hispanólogos é hispanófilos.....</i>	213
<i>La psicología de la juventud en la novela moderna.....</i>	221
<i>La primera condición del crítico.....</i>	249
<i>Ycart, crítico... ..</i>	257
<i>Teoría del descontento</i>	267
<i>El Teatro de Pérez Galdós.....</i>	275
I.—Introducción.....	275
II.— <i>Realidad</i>	283
III.—Más sobre « <i>Realidad</i> ».....	288
IV.—Orozco y Juan Lanás.....	297
V.— <i>La loca de la casa</i>	305

	Páginas.
<i>Teatro libre</i>	315
<i>La literatura, el amor y la tesis</i>	319
<i>La educación sentimental</i>	325
<i>La Fisiología del amor</i>	331
<i>La Antología de poetas hispano-americanos</i>	337
<i>Notas breves</i>	357
<i>La descentralización científica</i>	365
APÉNDICES	387
ERRATAS.....	397

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ

PRECIADOS, 48, MADRID

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS O CURIOSOS QUE TRATAN DE AMÉRICA

(LOS PRECIOS MARCADOS SON PARA MADRID Y EN RÚSTICA)

TOMOS PUBLICADOS

- I.—XEREZ. Verdadera relación de la conquista del Perú, por Francisco de Xerez, uno de los primeros conquistadores.—Madrid, 1891; un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- II.—ACUÑA (P. Cristóbal). Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas.—Madrid, 1891; un tomo en 8.º, 4 ptas.
- III y IV.—ROCHA. Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile.—Reimpreso en Madrid en 1891; dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- V y VI.—COLON. Historia del almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos, y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo, escrita por D. Fernando Colón, su hijo.—Madrid, 1892; dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- VII.—RUIZ BLANCO. Conversión en Piritú (Colombia) de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observaba en la enseñanza de los naturales en lengua cumanaagota.—Madrid, 1892; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- VIII y IX.—VARGAS MACHUCA. Milicia y descripción de las Indias, escrita por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, natural de la villa de Simancas. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599; dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- X.—PALAFÓX Y MENDOZA, Obispo de la Puebla de los Angeles. Virtudes del indio.—Reimpreso en Madrid en 1893; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- XI.—TRES TRATADOS DE AMERICA (siglo XVIII). Madrid, 1894; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Contiene.—Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.
- Segundo tratado. Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.
- Tercer tratado. Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y Sitio de Cartagena de Indias en 1741.
- XII y XIII.—FERNÁNDEZ (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús. Relación-historia de las misiones de los in-

dios, que llaman chiquitos del Paraguay; dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

XIV y XV. — ROMAN Y ZAMORA. Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la Conquista. Ordenada por Fr. J. Román y Zamora, cronista de la Orden de San Agustín. Fielmente reimpresa, según la edición de 1575.—Madrid, 1897; dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

MENASSCH BEN ISRAEL.—Origen de los americanos, esto es, esperanza de Israel; publicado en Amsterdam 1650. Reimpreso en Madrid en 1881. Con preámbulo y noticias biográficas, por Pérez Junquera. Un tomo en 8.º, 4 pesetas.

ACEVEDO Y HUELME.—Los Vaqueiros de Alzada, en Asturias. Oviedo, 1893; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

ACOSTA.—Historia natural y moral de las Indias, escrita por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús; publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpresa de la primera edición.—Madrid, 1894; dos tomos en 8.º, 8 pesetas.

ACTUALIDADES DEL AÑO 1893.—Se publicó en dos volúmenes; hoy sólo forma uno; precio, 5 ptas.

ACTUALIDADES.—Comprende política, artes, literatura, monumentos, bibliografía, retratos y biografía, música, espectáculos, notas de sociedad, crítica, modas; todo lo más notable ocurrido en el año de 1894; un tomo en 4.º mayor, 5 pesetas.

ALCALA GALLIANO.—Memorias publicadas por su hijo.—Madrid, 1886; dos tomos en 4.º, 12 pesetas.

ALCORAN (El), traducido fielmente al español, y anotado según la doctrina de la santa religión católica, precedido de una introducción de sucinta explicación, por orden alfabético, de varias voces que se leen en la vida de Mahoma y en el Código que dictó, por Benigno de Murguiondo y Ugartondo, doctor en Jurisprudencia y Auditor de Guerra honorario.—Madrid, 1875; un tomo en 4.º, 10 pesetas.

ALTOLAGUIRRE.—Don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz de Mudela.—Estudio histórico-biográfico, premiado por unanimidad de votos en el certamen celebrado en Madrid el 9 de Febrero de 1888, para conmemorar el tercer Centenario de la muerte del invicto marino, por D. Angel Altola-guirre y Duvalé, con un prólogo del Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.—Madrid, 1888; un tomo en 4.º, con el retrato de D. Alvaro de Bazán, 6 pesetas.

ALVAREZ GUERRA.—Viajes por Filipinas.—De Manila á Albay.—De Manila á Tabayas.—De Manila á Marianas.—Usos y costumbres de aquellos pueblos. Madrid, 1887; tres tomos en 8.º, 9 pesetas.

AMADOR DE LOS RIOS (D. Rodrigo).—Trofeos militares de la

- Reconquista. Estudio acerca de las enseñanzas musulmanas del Real Monasterio de las Huelgas (Burgos) y de la Catedral de Toledo.—Madrid, 1893; un tomo en folio, con seis láminas dobles, 20 ptas.
- AMADOR DE LOS RIOS (D. José).—Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal. Madrid, 1875-76. Tres tomos en 4.º, 60 pesetas.
- ANGOITIA (D. Francisco).—Estudios de la arquitectura cristiana anterior al siglo xvi; 0,50 pesetas.
- ARAUJO SÁNCHEZ.—Los Museos de España. Contiene el de Madrid, Sevilla, Toledo, Valladolid, Barcelona, Zaragoza, Escorial.—Madrid, 1875; 8.º, 2 pesetas.
- ARENAL.—El Pauperismo: dos tomos en 8.º (componen el 15 y 16 de las obras completas de doña Concepción Arenal), 6 pesetas.
- ARGENSOLA (Lupercio y Bartolomé Leonardo de).—Obras sueltas, coleccionadas e ilustradas por el Conde de la Viñaza; dos tomos, 10 pesetas.
- ARGÜELLES (D. Agustín).—Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales extraordinarias desde que se instalaron en la isla de León el día 24 de Septiembre de 1810, hasta que cerraron en Cádiz sus sesiones en 14 del propio mes de 1813.—Londres, 1835; dos tomos en 4.º, 10 pesetas.
- ARISTÓTELES.—Obras, puestas en lengua castellana, por don Patricio de Azcárate; diez tomos en 4.º, pasta, 100 pesetas.
- ATLAS histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el Conde de las Casas, traducido y aumentado por un español americano. París, 1825; con 35 mapas, 50 pesetas.
- BALAGUER.—Las ruinas de Poblet; un tomo, 4 ptas.
- Historia política y literaria de los trovadores.—Madrid, 1878-80.—Seis tomos en 4.º, 30 pesetas.
- Memorias de un Constituyente.—Estudios históricos y políticos.—Contiene: De la soberanía nacional de las Cortes de Cataluña.—El castillo y los caballeros de Egara.—El Rey don Jaime y el Obispo de Gerona.—Memorias de un Constituyente. (Páginas de un Diario.) Ali-Bey el Abbassi.—Madrid, 1872; un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- BARON DE HORTEGA.—Historia de un alma (Lacordaire).—Madrid, 1895; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- BARRERA.—Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo xviii, por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leyrado.—Madrid, 1860; un tomo en 4.º, 9 pesetas.
- BARRIONUEVO PERALTA (D. Jerónimo).—Relación de los sucesos de la monarquía española desde 1654 á 1658, y Apéndice anónimo (1660 y 1664) con la biografía del autor y alguna de sus obras poéticas y dramáticas; cuatro tomos, 19 pesetas.

- BARTHE.—Compendio. Historia civil y constitucional de Inglaterra, con un discurso preliminar del Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal. —Madrid, 1879; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- BAZAINE.—Episodes de la guerre de 1870 et le blocus de Metz. —Madrid, 1883; un tomo en 4.º, 10 pesetas.
- BECERRA (D. Manuel).—El Imperio ibérico, sus grandezas y decadencias; su influencia en el progreso y los elementos exteriores que han determinado su modo de ser.—Madrid, 1883; tres tomos, 4.º, 22.50.
- BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo).—El libro de Alava.—Victoria, 1877; un tomo 4.º, 5 pesetas.
- BECKER.—La tradición política española. Apuntes para una Biblioteca española de políticos y tratadistas de Filosofía política, por D. Jerónimo Becker.—Madrid, 1895; un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.
- Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895). — Madrid, 1897; un tomo en 4.º, 8 pesetas.
- BELTRAN RÓZPIDE.—Viajes y descubrimientos efectuados en la Edad Media, en su relación con los progresos de la Geografía y de la Historia.—Un tomo en 8.º, una peseta.
- BERMEJO.—Conflictos y tribulaciones de la Compañía de Jesús desde su fundación hasta nuestros días.—Madrid, 1887; dos tomos en 8.º, 5 pesetas.
- Políticos de antaño, Historia anecdótica y secreta de la corte de Carlos IV.—Madrid, 1880; dos tomos en 8.º, 4 pesetas.
- Curiosidades históricas. Costumbres y tiempos de Maricastaña.— Madrid, 1879; un tomo en 8.º, 2 ptas.
- BERMEJO.—Historia de la inundación de Levante en Octubre de 1879.—Madrid, 1881; un tomo en 8.º, 4 p
- BERNAL d'ORREILLY.—Viaje á Oriente (en Egipto).—Un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- En Egipto (viaje á Oriente).—Madrid, 1877; un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- BERNARD.—La Argelia. Versión española de C. Frontaura.—Un tomo en 8.º con grabados, 3 pesetas.
- BERTOLINI (Francisco) —Historia de Roma, desde los Orígenes Itálicos hasta la caída del Imperio dede Occidente. Obra premiada por el Consejo Superior de Instrucción pública de Italia, versión española de Salvador López Guijarro, ilustrada con magníficos grabados intercalados en el texto y tirados separadamente.—Madrid, 1889; tres tomos en 4.º mayor, 31 pesetas.
- BERWICK (Duque de).—Conquista de Nápoles y Sicilia y relación de Moscovia; un tomo, 5 pesetas.
- BOIX.—Historia de la ciudad y reino de Valencia (1845-47); tres tomos en 4.º, 31 pesetas.
- BONECHOSE.—Manual de Historia Sagrada, ó Compendio histórico del Antiguo Testamento. Traducido por D. Atanasio Villacampa.—Un tomo en 8.º, 3 ptas.

BORREGO (D. Andrés).—Historia, antecedentes y trabajos á que han dado lugar en España las discusiones sobre la situación y el porvenir de las clases jornaleras. Estudio dedicado en honor á la memoria del difunto rey D. Alfonso XII.—Madrid, 1890; 2 pesetas.

BOTELLA.—El socialismo y los anarquistas. — Del problema social de la historia del utópico: del radical: del contemporáneo: del científico: del revolucionario: del anarquista: de las nuevas doctrinas: de las influencias del cristianismo, por el Dr. D. Cristóbal Botella.—Un bonito tomo en 8.º, 5 pesetas.

BRABO.— Colección de documentos relativos á la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Carlos III, con introducción y notas. — Madrid, 1872; un tomo en 4.º, 8 pesetas.

—Autobiografía de Brabo y noticia de su colección de documentos relativos á América, con su retrato. —Madrid, 1872; un folleto, 2 pesetas.

BURGOS (D. Francisco Javier).—Anales del reinado de Doña Isabel II. Obra póstuma — Madrid, 1850-52: seis tomos en 4.º, con veinte retratos aparte del texto, 20 pesetas.

BURMEISTER. — Historia de la creación. Exposición científica de las fases que han presentado la tierra y sus habitantes en sus diferentes períodos de desarrollo. Traducida del alemán por D. E. de Llanza.—Madrid, 1886; dos tomos en 4.º, con láminas y grabados, 15 pesetas.

CABALLERO Y ESTEVAN.—De Oriente á Occidente: comercio, industria, administración é impuestos de los pueblos antiguos. San Sebastián, 1891; un tomo en 4.º, 10 pesetas.

CABRERA DE CÓRDOBA.—Historia de Felipe II, rey de España. Edición publicada de Real orden. Madrid, 1876-77: cuatro tomos folio de gran lujo, 80 ps

CÁCERES PRAT.—Covadonga; tradiciones, históricas y leyendas. 1887; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

—El Bierzo: su descripción é historia; tradiciones y leyendas; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

CALVETE DE ESTRELLA.—Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca; dos tomos, 10 pts.

CAMACHO ROLDAN. — Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América).—Bogotá, 1890; un tomo en 8.º mayor, 10 pesetas.

CAMPE.—Descubrimiento y conquista de América, ó Compendio de la Historia general del Nuevo Mundo. Madrid, 1817; tres tomos en 8.º, con los retratos de Colón, Pizarro, Cortés y algunos planos, 6 pesetas.

CANDAU Y PIZARRO.—Prehistoria de la provincia de Sevilla. Trabajo premiado en el certamen de 10 de Mayo de 1894 por el Ateneo y Sociedad de excursiones de Sevilla. Sevilla, 1894; un tomo en 4.º con fotograbados, 10 pesetas.

- CANELLA SECADES. — Estudios asturianos (Cartaufeyos de D'Asturias).—Oviedo, 1886; un tomo en 4.º 5 pesetas.
- El libro de Oviedo: Guía de Oviedo y su concejo.—Oviedo, 1887; un tomo en 4.º 5 pesetas.
- CAÑAL. — Sevilla prehistórica. Yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Clasificación y descripción de los objetos y monumentos encontrados. Inducciones acerca de la industria, arte, razas, costumbres y usos de los primitivos habitantes de esta región, por Carlos Cañal, con un prólogo del marqués de Nadaillac. Obra premiada por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en el Certamen celebrado en Abril de 1894; un tomo en 4.º con 130 fotograbados y un mapa, 10 pesetas.
- Nuevas exploraciones de yacimientos prehistóricos en la provincia de Sevilla; 1896, 2 pesetas.
- San Isidoro. Exposición de sus obras é indicaciones acerca de la influencia que han ejercido en la civilización española. Trabajo leído en la Universidad Central, al verificar los ejercicios del grado de Doctor en Filosofía y Letras. Sevilla, 1897; un tomo en 4.º 5 pesetas.
- CAÑETE (D. Manuel). —Escritores españoles é hispano-americanos; un tomo, 4 pesetas.
- Teatro español del siglo XVI; un tomo, 4 pesetas.
- CAPPA (P. Ricardo, de la Compañía de Jesús). —Estudios críticos acerca de la dominación española en América. Tomos publicados:
- I. Colón y los españoles (3.ª edición); un tomo en 8.º 3 pesetas.
 - II. ¿Hubo derecho á conquistar la América? Análisis político del imperio incásico (3.ª edición); un tomo en 8.º 3 pesetas.
 - III. La conquista del Perú (3.ª edición); un tomo en 8.º 3 pesetas.
 - IV. Las guerras civiles y la anarquía (3.ª edición); un tomo en 8.º 3 pesetas.
 - V y VI. Industria agrícola pecuaria llevada á América por los españoles; dos tomos en 8.º 6 pesetas.
 - VII. Industria fabril que los españoles fomentaron y arruinaron en América; un tomo en 8.º 3 pesetas.
 - VIII y IX. Industrias mecánicas; dos tomos en 8.º 6 pesetas.
 - X, XI y XII. Industria naval; tres tomos en 8.º 6 ps.
 - XIII y XIV. Pintura, escultura, música, grabados, arquitectura, caminos, etc. 6 pesetas.
 - XV, XVI, XVII, XVIII y XIX. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? 11 ps.
 - XXVI. De la riqueza conocida desde los tiempos antiguos hasta el Nacimiento del Señor, 3 pesetas.
- Los tomos 20 al 25 no se publicaron.*
- CARLOTA DIDIER. —Una página de 1793.—Un tomo en 8.º, con el retrato, 1 peseta.
- CARTAS de los secretarios del cardenal D. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros durante su regencia en los años de 1516

- y 1517, publicadas, de Real orden, por D. Vicente de la Fuente.—Madrid, 1875; un tomo en 4.^o mayor, 12,50 pesetas.
- CARRAMOLINO (D. Juan Martín).—Historia de Avila y su provincia y obispado.—Madrid, 1872-73; tres tomos en 4.^o, 15 pesetas.
- CARREL.—Historia de la contrarrevolución de Inglaterra bajo Carlos II y Jacobo II.—Un tomo en 8.^o, 2 pesetas.
- CASAS.—Historia de las Indias, por Fr. Bartolomé de las Casas.—Madrid, 1876; cinco tomos en 4.^o, 90 pts.
- CASTELAR (D. Emilio).—Historia del movimiento republicano en Europa. Madrid, 1774-75; nueve tomos en 8.^o, 22,50 pesetas.
- Historia del descubrimiento de América.—Un tomo, 12 pesetas.
- Estudios históricos sobre la Edad Media.—2,50 ptas.
- Recuerdos de Italia.—Dos tomos en 4.^o, 8 pesetas.
- La Rusia contemporánea.—Un tomo, 3 pesetas.
- Las guerras de América y Egipto.—Un tomo, 4 ptas.
- Europa en el último trienio. Un tomo, 4 ptas.
- Historia de 1883.—Un tomo, 4 pesetas.
- Historia de 1884.—Un tomo, 4 pesetas.
- Retratos históricos.—Un tomo, 4 pesetas.
- CASCALES Y MUÑOZ (Mathéfilo).—Sevilla intelectual. Sus escritores y artistas contemporáneos. 75 biografías de los mejores ingenios hispalenses y un apéndice con estudios bibliográficos y críticos acerca de las obras de algunos más que no han sido biografiados; un tomo en 8.^o, con una carta del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, 5 ptas.
- CASTELLANOS (D. Juan).—Historia del nuevo reinado de Granada; dos tomos, 10 pesetas.
- CASTRO.—Resumen de Historia general.—Obra de texto para uso de los Institutos, y de Real orden para las Academias militares, por el Dr. D. Fernando de Castro. Duodécima edición, aumentada y mejorada con mapas y grabados, por don Manuel Sales y Ferré.—1878; un tomo en 4.^o, tela, 5 pesetas.
- CASTRO Resumen de Historia de España.—Obra de texto para uso de los Institutos, por el Dr. D. Fernando de Castro. Duodécima edición, aumentada con la Edad antigua, mapas y grabados, por D. Manuel Sales y Ferré.—1878; un tomo en 4.^o, tela, 3 pesetas.
- CASTRO.—Compendio razonado de Historia General. (Véase Sales y Ferré).
- CAVEDA (D. José).—Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura, empleados en España desde la dominación romana hasta nuestros días (publicado de Real orden).—Madrid, 1848; un tomo en 4.^o, 6 pesetas.
- CHAVES.—Recuerdos de Madrid viejo, 2 pesetas.
- El Príncipe Carlos, 2 pesetas.
- COBO (P. Bernabé), de la Compañía de Jesús.—Historia del Nuevo Mundo, publicada con notas y otras ilustraciones de

D. Marcos Jiménez de la Espada.—Sevilla, 1890-95; cuatro tomos en 4.º, 40 pesetas.

CODERA Y ZAIDIN.—Tratado de numismática arábigo-española.—Madrid, 1879; un tomo en 4.º, con láminas, 15 pesetas.

CODICE MAYA, denominado Cortesiano, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Reproducción fotocromolitográfica, ordenada en la misma forma que el original, hecha y publicada bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Jerónimo López de Ayala y del Hierro.—Madrid, 1892.—Precio del ejemplar, con su estuche, 100 pesetas.

COCK.—Relaciones del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia. y publicado de Real orden por Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa.—Madrid, 1876; un tomo en 4.º, 5 ptas.

COLECCION de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacadas de los archivos del reino, y muy especialmente de Indias. Completamente autorizada.—Madrid, 1864-1884; cuarenta y dos tomos en 4.º, 504 pesetas.

—Segunda serie: Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar, publicada por la Real Academia de la Historia. Los publicados son diez tomos en 4.º, encartonados, que se venden á 12,50 pesetas cada uno, y comprenden:

Tomos I, IV y VI, isla de Cuba; II y III, islas Filipinas; V, IX y X, documentos legislativos; VII y VIII, de los pleitos de Colón.

COLMEIRO (D. Manuel).—Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. Obra publicada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas. Madrid, 1880; un tomo en 4.º, 4 pesetas.

—Historia de la Economía Política en España. Madrid, 1863; 2 tomos en 4.º, 15 pesetas.

—Principios de Economía Política. Madrid, 1873; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

—Curso de Derecho político, según la Historia de León y Castilla. Madrid, 1873; un tomo en 4.º, 9 pesetas.

—Apéndice al Derecho administrativo español. Madrid, 1880; un tomo en 4.º, 5 pesetas.—El Derecho administrativo (agotado).

CONDE.—Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas.—Un tomo en 4.º mayor, 3 pesetas.

CONDESA D'AULNOY.—Relación que hizo de su viaje por España en 1679.—Madrid, 1892; un tomo en 4.º, tela, 4,50 pesetas.

CONTINENTE AMERICANO (El); su descubrimiento, conquista y civilización.—Cuarenta y nueve conferencias, dadas en el

- Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, por nuestros prohombres, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América; tres magníficos tomos en 4.º, de 700 y más páginas cada uno, 30 pesetas.
- CONTY.—Guía de París, con 86 grabados y un plano de la ciudad de París. Encuadernada á la inglesa, 2,50 pesetas.
- COSTA (D. Joaquín), de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.—Estudios ibéricos.—Madrid, 1890-95; un tomo en 4.º, 6 pesetas.
- COTARELO Y MORI.—El Conde de Villamediana.—Estudio biográfico y crítico con varias poesías inéditas del mismo. Madrid, 1886; en 4.º, 6 pesetas.
- Tirso de Molina.—Investigaciones bio-bibliográficas. Madrid, 1896; en 8.º, 3 pesetas.
- Vida y obras de D. Enrique de Villena. Madrid, 1896; en 8.º, 2 pesetas.
- Estudios sobre la historia del arte escénico en España.—I. María Ladvenant y Quirante, primera dama de los teatros de la Corte. Madrid, 1896; en 8.º; 2 pesetas.—II. María del Rosario Fernández «La Tirana». Madrid, 1897; en 8.º, 3 pesetas.
- Iriarte y su época.—Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española. Madrid, 1897; un tomo en 4.º mayor, 15 pesetas.
- CRUZADA VILLAMIL.—Ruben, diplomático español. Sus viajes á España y noticias de sus cuadros, según los inventarios de las casas reales de Austria y de Borbón; un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- CRUZADA VILLAMIL.—Rubens diplomático español, sus viajes á España y noticias de sus cuadros, según los inventarios de las casas reales de Austria y de Borbón; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- CUBAS. Mitología popular. Obra ilustrada con 110 grabados intercalados en el texto.—Madrid, 1892; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- CUETO (D. Leopoldo Augusto de) —Marqués de Valmar.—Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII; tres tomos, 15 pesetas.
- CURTIUS.—Historia de Grecia. Traducida, anotada y aumentada con mapas y un Diccionario explicativo de los términos geográficos, énicos y mitológicos que la obra contiene, por el Dr. D. Alejo García Moreno.—Madrid, 1866-88; ocho tomos en 4.º, 40 ptas.
- DAZA DE CAMPOS.—Recuerdos del Monasterio de Piedra, por Arturo Daza de Campos, médico-director que ha sido del establecimiento de Aguas.—Zaragoza, 1891; un tomo en 4.º, una peseta.
- DÉ CANTABRIA —Letras.—Artes.—Historia: su vida actual por autores montañeses. con multitud de fotograbados de paisajes y edificios de la provincia de Santander, y retratos de los autores más distinguidos de la misma provincia, etc., etc.—Santander, 1890; un tomo en folio, 5 pesetas.

- DELGADO.—Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España. La descripción de las monedas de la Hispania Tígitana y de la Narbdense, colocando las primeras después de la Provincia Ulterior y la segunda á continuación de la Citerior. Mapas geográficos, y de monumentos para la mayor clariuad del texto.—Sevilla. 1876; tres tomos en 4.º mayor, con muchas láminas y grabados, 200 pesetas.
- DESTERRADA DE HOLY-ROOD (La). — Historia de los sucesos ocurridos á la Familia Real de Francia desde la revolución de Julio de 1830 hasta su establecimiento en Austria. Refiérense los acontecimientos, entrevistas y tratados que tuvo con los Gabinetes extranjeros, en especialidad el de San Jaime. —Madrid, 1838; un tomo en 4.º, con una lámina, 4 ptas.
- DÍAZ CARMONA (Catedrático numerario de Geografía é Historia en el Instituto de Córdoba).—Elementos de Geografía.—Madrid, 1891; un tomo en 8.º, con mapas, 6 pesetas.
- DÍAZ Y BENZO.—Las grandes maniobras en España.—Madrid, 1892; un tomo en 4.º, con mapas, 8 ptas.
- DÍAZ Y PÉREZ.—De Madrid á Lisboa. (Impresiones de un viaje).—Madrid, 1877; un tomo en 4.º, 5 ps.
- DIEZ VICARIO.—Italia. Apuntes é impresiones de viaje. Carta prólogo de J. Cavalli Grossi. — Madrid, 1896; un tomo en 4.º, 4 pesetas.
- DOZY.—Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (711-1110), traducida y anotada por Federico de Castro, excatedrático de Historia de España de la Universidad de Sevilla.—Cuatro tomos, 16 pesetas.
- DRAPER — Historia de los conflictos entre la ciencia y la religión. Versión directa del inglés por Augusto T. Amicis, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón.—Un tomo 8.º, 4 pesetas. — Historia del desarrollo intelectual en Europa.—Madrid, 1890; dos tomos, 8.º, 8 pesetas.
- DU-HAMEL.—Historia constitucional de la Monarquía española desde la invasión de los bárbaros hasta la muerte de Fernando VII, por el conde Víctor Du-Hamel. Traducida, anotada y adicionada hasta la mayoría de la reina doña Isabel II, por D. Baltasar Anduaga y Espinosa.—Dos tomos en 8.º, 4 pesetas.
- DUNCKER.—Historia de la antigüedad. Vertida del alemán por D. G. García Ayuso.—Madrid, 1887-89; doce tomos en 4.º, 60 pesetas.
- EGUILAZ YANGUAS. — El Hadits de la princesa Zoraida, emir Abulhasan y del caballero Aceja. Relación romancesca del siglo xv ó principios del xvi, en que se declara el origen de las Pinturas de la Alhambra.—Granada, 1892; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Glosario etimológico de las palabras españolas (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y vascongadas) de origen oriental (árabe, hebreo, malayo,

persa y turco).—Granada, 1886; un tomo en 4.º, de XXIV-591 págs., 25 ptas.

ESCANDÓN. — Historia monumental del heroico rey Pelayo y sus sucesores en el trono cristiano de Asturias. Ilustrada, analizada y documentada por don José Escandón, obra de sumo interés para los historiadores y curiosos; contiene las crónicas oficiales de aquel tiempo, que son muy conocidas.—Un tomo en 4.º, 5 pesetas.

ESTEVANEZ CALDERON (D. Serafin).—El Solitario.—Escenas andaluzas.—Un tomo, 4 pesetas.

—De la conquista y pérdida de Portugal.—Dos tomos, 4 pesetas.

—Poesías.—Un tomo, 4 pesetas.

FABRAQUER (Excmo. Sr. Conde de).—La revolución de Roma. Historia del poder temporal de Pío IX, desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma, y convocación de la Asamblea nacional en 30 de Diciembre de 1848; un tomo en 4.º, con los retratos de Pío IX, Brunetti, conde Torengio, y cinco láminas con las vistas de varios edificios de Roma, 3 ptas.

—Historia de todos los países y de todos los tiempos, hasta nuestros días. Madrid, 1859; un tomo en 8.º, 6 pesetas.

FAWCET.—El libre cambio y la protección. Investigaciones de las causas que han retardado la adopción general de la libertad de comercio desde que se introdujo en Inglaterra. Traducido por los Sres. Azcárate é Innerarity.—Madrid, 1879; 2,50 pesetas.

FERNANDEZ DE OVIEDO.—Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano, por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Publicala la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1851-55; 4 tomos en folio mayor, 60 ptas.

FERNANDEZ DE CÓRDOBA.—La Revolución en Roma y la expedición española á Italia en 1849.—Madrid, 1882; un tomo, 4.º, 7,50 pesetas.

FERNANDEZ DURO (Cesáreo). — Colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Zamora, ó materiales para su historia. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1876.—Madrid, 1891; un tomo, 4.º mayor, 10 pesetas.

FERNÁNDEZ MONTAÑA (D. José).—Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II.—Segunda edición, adicionada con notas y documentos importantes.—Madrid, 1891; un tomo, 4.º, 5 pesetas.

FERNÁNDEZ DE CORDOVA, Marqués de Mendigorriá.—Mis memorias íntimas.—Madrid, 1886-89: tres tomos en 4.º mayor, pasta, 60 pesetas.

FERNÁNDEZ VALBUENA (D. Ramiro).—Egipto y Asiria resucitados.—Toledo, 1895: un tomo en 4.º con 28 grabados, 8 pesetas.

FERNÁNDEZ DURO (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—Derrota de los Gelves.—Antonio Pérez en Inglaterra y Francia.—Un tomo, 5 pesetas.

FERRER DEL RÍO (D. Antonio).—Examen histórico crítico del reinado de D. Pedro de Castilla; obra premiada por la Real Academia Española en el certamen que abrió la misma en 2 de Marzo de 1850.—Un tomo en 8.º, tercera edición, 2,50 pesetas.

--Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla (1520-1521).—5 ptas.

--Historia de Carlos III en España.—Cuatro tomos en 4.º, pasta, 25 pesetas.

--Colección de artículos de *La Esperanza*, sobre la historia de Carlos III en España, donde se describe minuciosamente la expulsión de los jesuitas.—Tercera edición; 2 pesetas.

FORONDA.—De Llanes á Covadonga, excursión geográfico-pintoresca, por D. M. de Foronda, de la Sociedad Geográfica de Madrid, con un prólogo del Excelentísimo Sr. D. José Gómez de Arteche, y dos mapas con los viajes de Carlos V, por el Ilmo. Sr. D. Martín Ferreiro. Madrid, 1893; un tomo en 8.º, con grabados, 3 pesetas.

FRAY GERUNDIO.—Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin. — Dos tomos, con láminas, 15 pesetas.

FRIEDLAENDER. — Vida íntima de los romanos. — Roma.— El trato social.—La corte de los Emperadores.—Los oficiales, libertos y esclavos de la corte imperial.—Los amigos y compañeros del Emperador.—Las mujeres. — Trajes y armamentos de los gladiadores.—Anfiteatros romanos de Italia.—Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

FUENTE (D. Vicente de la).—Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón.—Tres tomos, 13 pesetas.

FUENTES. — Historia de Guatemala, ó recordación Florida, escrita en el siglo XVII por el capitán D. Francisco A. de Fuentes y Guzmán, con notas é ilustraciones de D. Justo Zaragoza; 2 tomos, en 4.º, 30 pesetas.

GALVÁN.—Frescos de Goya en la iglesia de San Antonio de la Florida, grabados al agua fuerte: Madrid, 1887. Un tomo, marquilla con 16 láminas.

Obra premiada en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1878. 25 pesetas.

GANDOLÍN.—El Pupazzetto español. Impresiones de un viaje por España.—Septiembre y Octubre de 1886; con 125 grabados de facsímiles, tomados del natural, 1 peseta.

GARCIA DE LEON Y PIZARRO.—Memorias de su vida, escritas por el mismo. Madrid, 1894-97; tres tomos en 8.º, 15 pesetas.

GARCÍA MORENO. — Elementos de Historia universal, dispuestos para que puedan servir de guía á los alumnos de esta asignatura. Madrid, 1882-83; dos tomos, 4.º, 1 peseta.

GIDE. — Tratado de economía política; traducción de la cuarta edición francesa y prólogo por D. Ramón de Olascoaga, profesor en la Universidad del Paraguay. Madrid, 1896; un tomo en 4.º, 7 pesetas.

GLADSTONE (W. E.).—Los grandes hombres; un tomo en 4.º, 5 pesetas.

GLORIA ARTERO (D. Juan de la), catedrático de Historia universal y de Geografía en la Universidad de Granada.—Atlas de Historia universal, compuesto de 36 mapas encuadernados, 7 pesetas.

—Atlas histórico-geográfico de España, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Se compone de 23 mapas, encuadernado á la inglesa, 5 pesetas.

—Atlas completo de geografía astronómica, física, política y descriptiva, con 62 mapas encuadernados, 7 pesetas.

—Geografía elemental; encuadernada, 7 pesetas.

—Introducción al estudio de la Historia, 3,50 ps.

—Historia de Oriente, 2,50 pesetas.

—Historia de Grecia, 4 pesetas.

—Historia de Roma, 4,50 pesetas.

—Historia de la Edad Media, 8 pesetas.

—Historia de la Edad Moderna, 8 pesetas.

—Compendio de Historia universal, 6,50 pesetas.

GOMEZ DE CADIZ.—Historia de Suiza. Madrid, 1886; un tomo en 4.º, 5 pesetas.

GRAJIRENA.—Historia crítico-económica del socialismo y del comunismo.—Madrid, 1869; un tomo en 4.º, 2 pesetas.

GUILLEN ROBLES F.—Leyendas moriscas sacadas de varios manuscritos; tres tomos, 12 pesetas.

GUILLÉN.—Prontuario alfabético-geográfico-estadístico y administrativo de los Ayuntamientos de España.—Madrid, 1877; un tomo, 4.º, 5 pesetas.

GUIZOT.—Historia de la revolución de Inglaterra, desde el advenimiento de Carlos I hasta su muerte. Un tomo en 8.º, encuadernado en tela, 4 pesetas.

GULLIVER.—Viajes á Lilliput y Brondignac.—Edición abreviada para los niños; un tomo, 8.º, con grabados, 2 pesetas.

HAUSSONVILLE.—La juventud de Lord Byron, por la condesa de Haussonville, seguida de los últimos años de Lord Byron, por la misma autora. Madrid, 1898; en 4.º, 5 pesetas.

HAZAÑAS Y LA RUA.—Obras de Gutiérrez de Cetina, con introducción y notas del Dr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa. Sevilla, 1895; dos tomos en 4.º, 8 pesetas.

HELMHOLTZ.—La óptica y la pintura; 1 peseta.

HERMOSA DE SANTIAGO.—El nuevo Priorato de las Ordenes Militares.—Contestación á la Memoria que publicó el muy ilustre Sr. Dr. Frey D. Pedro María Torrecilla y Navalón.—Madrid, 1880; un tomo, 4.º, 3 pesetas.

HERNÁNDEZ.—Toledo y sus romerías, obra filosófica, poético-religiosa.—Madrid, 1889; un tomo, 4.º, 3 pesetas.

HISTORIA DE LA AMÉRICA DEL SUR desde su descubrimiento hasta nuestros días. Escrita en vista de todas las obras de los más reputados autores.—Barcelona, 1878; un tomo en 4.º, 20 pesetas.

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEJICO. (Compendio).— Dos tomos, 16.^o, 1,50 pesetas.

HISTORIA DE LAS NACIONES.—Publicación por tomos primorosamente ilustrados y encuadernados á la inglesa al precio de 8,50 pesetas uno.

Van publicados:

- Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson; un tomo.
 - Cartago, por Alfredo J. Church; un tomo.
 - Caldea, por Zénaïde A. Ragozin; un tomo.
 - Asiria, por Zénaïde A. Ragozin; un tomo.
 - Sarracenos, por Arturo Gilman; un tomo.
 - Godos, por Enrique Bradley; un tomo.
 - Hun_g_ía, por Arminius Vambéry; un tomo.
 - Alemania, por S. Baring Gould; un tomo.
 - Media, Babilonia y Persia, desde la caída de Nínive hasta las guerras médicas, con un estudio del Zend-Avesta ó religión de Zoroastro, por Zénaïde A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París, autora de *Asiria y Caldea*; versión española por D. Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia Universal en la Universidad de Sevilla.
 - de Holand, por James E. Thorold Rogers, profesor de Economía política de la Universidad de Oxford.
 - de los judíos en las Edades Antigua, Media y Moderna, por James K. Hosmer; un tomo.
 - de la China, por D. Eduardo Toda; un tomo.
 - Imperio de Alejandro, por J. P. Mahuffy.
- HUMBOLDT.—Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Traducción de D. Luis Navarro; dos tomos, 6 pesetas.
- Primitivos habitantes de España, investigaciones con el auxilio de la lengua vasca.—Un tomo en 8.^o, 2 pesetas.
- IBO ALFARO.—Apuntes para la historia de D. Leopoldo O'Donnell. Madrid, 1868; un tomo, 4.^o, con láminas, 8 pesetas.
- Historia de la interinidad española, escrita en presencia de documentos fidedignos. Obra dedicada al pueblo español; dos tomos, 4.^a mayor, 15 pesetas.

IRIBAS.—Viaje por Italia y Suiza, pasando por el mediodía de Francia, por D. Gregorio Iribas, doctor en Derecho. Prólogo con cartas de D. José María de Pereda y D. Emilio Castelar. Madrid, 1897; un tomo en 4.^o, de XVI-408 páginas, 3 pesetas.

ISRAEL.—Origen de los *Americanos* (véase Menassch Ben, página 2 de este catálogo.)

LABAYRU.—Historia general de Bizcaya. Obra escrita por el Presbítero Dr. D. Estanislao Jaime de Labayru y Goicoechea, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Constará de varios tomos. El primero en folio y conteniendo 386 páginas, 63 dibujos en fototipia, representando antiguos trajes del país, vistas y asuntos indígenas, dos mapas y una lámina de escudos iluminados. 1895, 25 pesetas.—Tomo II, con 26 fototipias, 20 pesetas.

LAFUENTE.—Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII. Continuada hasta nuestros días por D. Juan Valera, con la colaboración de don Andrés Borrego y D. Antonio Piralá. — Barcelona, 1883-85; seis tomos en 4.º mayor, ilustrados, 223 pesetas. En pasta española, 30 pesetas más.

LAURENT.—Estudios sobre la historia de la Humanidad, por F. Laurent, profesor de la Universidad de Gante. Traducción de Gabino Lizárraga. Diez y ocho tomos que contienen: I. El Oriente. La Grecia.—III. Roma.—IV. El Cristianismo.—V. Los bárbaros y el Catolicismo.—VI. El Pontificado y el Imperio.—VII. El Feudalismo y la Iglesia.—VIII. La Reforma.—IX. Las guerras de religión.—X. Las Nacionalidades.—XI. La política real.—XII. La Filosofía del siglo XVIII y el Cristianismo.—XIII. La Revolución francesa, primera parte.—XIV. La Revolución francesa, segunda parte.—XV. El Imperio.—XVI. La Reacción religiosa; causa de esta reacción.—XVII. La religión del porvenir.—XVIII y último. La Filosofía de la Historia. Estudio de las leyes.—Forma cada tomo una obra independiente, y se venden en colección ó sueltos al precio de 6 pesetas.

LAVIÑA.—La Catedral de León, memoria sobre su origen, instalación, nueva edificación, vicisitudes y obras de restauración.—Madrid, 1876; 1 peseta.

LAZEU.—Apuntes histórico contemporáneos.—I. De 1827 á San Carlos de la Rápita; historia del carlismo.—II. Carrera política de D. Juan de Borbón como Pretendiente. — III. Causas que produjeron la sumisión del Pretendiente á la reina doña Isabel; venida de Amadeo de Saboya; nueva guerra civil. Madrid, 1876, un tomo en 4.º, 5 pesetas.

LEGUINA.—Recuerdos de Cantabria.—Somorrostro.—Bejoris.—La pesca en la costa.—La iglesia de la Lata.—Noticia de algunas fiestas públicas celebradas en Santander; 1,50 pesetas.

LESAGE.—Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el Conde de las Casas; traducido, corregido y aumentado por un español americano.—París, 1826; un tomo en folio, con 35 mapas, 50 pesetas.

Este atlas es una Historia universal que abraza la serie de los siglos y clasifica todos los hechos importantes; ofrece, por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografía y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las sinuidades, etc., del Universo.

LISKE.—Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI XVII; traducidos y anotados.—Madrid, 1878; un tomo en 8.º, 2 pesetas.

LOPEZ DE AYALA.—Las campanas de Velilla. Descripción histórica acerca de esta tradición aragonesa. Madrid, 1886; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

- LOTI.—En Marruecos (recuerdos de viaje); un tomo en 8.º, con grabados, 4 pesetas.
- LUQUE Y VICENS.—Plebeyos ilustres. Reseña biográfica de los obreros del progreso humano. - Un tomo en 8.º, 1,50 ptas.
- MACÍAS Y GARCÍA.—Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, con noticias y aclaraciones. —Coruña, 1890; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- MAGARIÑOS CERVANTES.—Estudios históricos, políticos y sociales sobre el río de la Plata. (Bosquejo histórico.)—París, 1854; un tomo, 3 pesetas.
- MALASPINA. —La vuelta al mundo por las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, al mando del capitán de navío D. Alejandro Malaspina, desde 1789 á 1794. Publicado, con una introducción, en 1885; un tomo en folio, con el retrato de Malaspina, seis grandes vistas, grabadas y estampadas en acero; y un plano del derrotero, 10 pesetas.
- MANTELL.—Aranzazu, leyenda escrita sobre tradiciones vascogadas.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.
- MARTÍNEZ GARCÍA. — Una excursión en diez y seis jornadas por Córdoba, Sevilla, Cádiz, Tánger, Cabo Espartel, Gibraltar, Algeciras, Ronda, Bobadilla, Málaga, Granada, y á casa. —Madrid, 1897; un tomo en 8.º, 1,50 pesetas.
- MARCET.—Marruecos. Viaje de una embajada francesa á la corte del Sultán.—1887, un tomo en 8.º, con grabados, 4 ptas.
- MARIANA.—Historia general de España, compuesta, enmendada y añadida por el P. Juan de Mariana, aumentada con las tablas del autor y la continuación de Miñana, con una narración de sucesos desde 1600 hasta 1833, ó sea hasta la muerte de Fernando VII. Un resumen cronológico de los sucesos más notables, sumamente necesarios para metodizar el estudio de la historia, por D. José María Gutiérrez de la Peña.—Barcelona, 1839; 10 tomos, 8.º mayor, holandesa, con láminas, 40 pesetas.
- MARICHALAR, MARQUÉS DE MONTESA (D. Amalio) y MANRIQUE (D. Cayetano).—Historia de la legislación y recitaciones del Derecho civil de España, desde el período romano hasta Septiembre de 1868.—9 tomos en 4.º, 90 pesetas.
- MARTÍNEZ DE ZUÑIGA.—Estadismo de las islas Filipinas ó mis viajes por este país, por el P. F. Joaquín Martínez de Zuñiga, agustino calzado.—Publica esta obra por primera vez extensamente anotada W. E. Retana.—Madrid, 1893; 2 tomos en 4.º, 20 pts.
- MAYANS Y SISCAR.—Orígenes de la lengua española, compuesta por varios autores, recogidos por D. Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario del Rey, publicados por primera vez en 1737 y reimpresos en 1873, con un prólogo de D. Juan Eugenio Harzenbusch y notas al Diálogo de las lenguas y á los orígenes de la lengua de Mayans, por D. Eduardo Mier.—Madrid, 1873; un tomo en 4.º, 8 pesetas.

MARCH. Clave telegráfica internacional.—Obra que facilita las comunicaciones telegráficas con una economía tal, que con *una ó dos* palabras equivale á transmitir en diversas ocasiones *cincuenta, ochenta, ciento ó más*. Tiene esta clave la ventaja de poder comunicarse en francés, inglés ó español con sólo conocer uno de los tres idiomas. Se puede comunicar á corta y larga distancia por el sistema de señales que lleva el libro, como son: banderas faroles, reflectores de luz, silbatos, etc., etc. Obra premiada con medalla de oro por la Academia parisienne, por D. José A. March y Reux.—Madrid, 1894; un tomo en 4.º de xv-1315 páginas, encuadernado en tela, 25 pesetas.

MAY (Erskine).—Historia constitucional de Inglaterra desde el advenimiento de Jorge III, 1760 á 1871. Versión al castellano por D. Juan de Izaguirre, archivero bibliotecario de la Dirección de Hidrografía é intérprete del Ministerio de Marina.—Madrid, 1883-84; 5 tomos en 8.º, 15 pesetas.

Contiene: Corona.—Parlamento.—Partidos políticos.—Prensa.—Libertad individual.—Libertad religiosa.—Gobierno local.—Irlanda.—Colonias.—Progreso legislativo.—Capítulo suplementario.

MARÍN ORDÓÑEZ.—España.—Recuerdos históricos. Madrid, 1880; un tomo, 4.º mayor, 15 pesetas.

MARQUES DE OLIVART.—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros, desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días, acompañadas de notas histórico críticas sobre su negociación y cumplimiento, y cotejadas con los textos originales. Publicada de Real orden, con la autorización del Excmo. Sr. Ministro de Estado, con la colaboración de D. M. Juderías Bänder.

Comprende años 1834 á 1868, tomo I á IV y el V de notas. «Reinado de Doña Isabel II», 75 pesetas.

Tomo VI, año 1869 á 1874, «Gobierno constituido», 10 ptas.

Tomos VII y VIII, años 1875-1885, «Reinado de D. Alfonso XII», 30 pesetas.

En resumen: comprenden los tratados desde 1834 á 1885, forman ocho tomos y su precio 115 pesetas.

MARTÍNEZ MAROTO.—La crisis agrícola y pecuaria en España, y sus verdaderos remedios.—Valladolid, 1896; en tomo en 8.º, 4 pesetas.

MARTÍN ARRUE (Francisco) y **OLAVARRÍA Y HUARTE** (Eugenio).—Historia del Alcázar de Toledo.—Madrid, 1889; un tomo, 4.º, con 15 láminas, 6 pesetas.

MELO.—Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV; 1 pta.

MELLADO.—Recuerdos de un viaje por España.—Segunda edición corregida y mejorada.—Dos tomos, 4.º, con grabados representando escenas, trajes y vistas de las principales poblaciones y monumentos de España, 10 pesetas.

- Guía del viajero en España.—Duodécima edición, refundida, compendiada y aumentada con detalles y noticias históricas que pueden interesar al viajero, etc.—Madrid, 1872; un tomo, 8.^o, 1 peseta.
- MENÉNDEZ VALDÉS.—Historia crítica filosófica de la Monarquía asturiana.—Madrid, 1881; un tomo, 4.^o, 5 pesetas
- MENÉNDEZ PELAYO.—Ciencia española. — Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos; tres tomos, 14 ptas.
- Ensayos de crítica filosófica.—De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España; un tomo, 4 pesetas.
- Odas, epístolas y tragedias, con una introducción de D. Juan Valera; un tomo, 4 pesetas.
- Historia de las ideas estéticas en España; ocho volúmenes, 38 pesetas.
- Estudios de crítica literaria. Primera parte: De la poesía mística. De la historia considerada como obra artística, etc., etc.; un tomo, 4 pesetas.
- Estudios de crítica literaria. Segunda serie; un tomo, 4 pesetas.
- Calderón y su teatro; un tomo, 4 pesetas.
- Horacio en España.—Solaces biográficos; dos tomos, 10 ptas.
- Antología de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española, dirigida por el doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Tomo I: Méjico y América Central, en 4.^o, 10 pesetas.—Tomo II: Cuba.—Santo Domingo.—Puerto Rico y Venezuela, 10 pesetas.—Tomo III: Colombia.—Ecuador.—Perú.—Bolivia, 10 pesetas.—Tomo IV: Chile.—República Argentina.—Uruguay, 10 pesetas.
- Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con extensos estudios críticos del mismo; formará doce tomos. Se han publicado seis, á 3 pesetas cada uno.
- MENÉNDEZ PIDAL (Ramón).—La Leyenda de los Infantes de Lara.—Estudio histórico-crítico (obra premiada en concurso por la Real Academia de la Historia).—Madrid, 1896; un tomo en 4.^o, 10 pesetas.
- MENEVAL.—María Estuardo. Su proceso y degollación, por R. Chantelaucé.—Madrid, 1897; un tomo en 4.^o, 6 pesetas
- MENOR.—Principios de economía política, arreglada al programa oficial de esta asignatura para las oposiciones de ingreso en el cuerpo de Aduanas, por D. Enrique Menor, jefe de negociado de la Dirección general de Aduanas. Madrid, 1897; un tomo en 4.^o, 7 pesetas.
- La carrera de Aduanas, guía para ingresar en este cuerpo del Estado. Contiene exámenes y oposiciones, programas y texto, categoría, sueldo, deberes, fianzas, jubilaciones, etcétera, etc.—Madrid, 1898; en 8.^o, 2 pesetas.

- MENTABERRY.**—Impresiones de un viaje á la China.—Madrid, 1877; un tomo, 4.º, 4 pesetas.
- MERIVALE.**—Historia de los Romanos bajo el imperio.—Versión castellana de la última y reciente edición inglesa, anotada y continuada hasta la caída del Imperio, por A. García Moreno.—Madrid, 1879-81; cuatro tomos, 4.º, 20 pesetas.
- MESONERO ROMANOS.**—Nuevo Manual histórico, topográfico, estadístico, y descripción de Madrid, adornado con grabados.—Madrid, 1854; un tomo, 8.º, 3 pesetas.
- MITRE.**—Historia de San Martín y de la emancipación Sudamericana.—Segunda edición corregida.—Buenos Aires, 1890; cuatro tomos, 4.º, encuadernados á la inglesa, 80 pesetas.
- MOMMSEN.**—Historia de Roma.—Traducción de A. García Moreno, con un prólogo y comentarios en la parte relativa á España, por D. F. Fernández y González.—Nueve tomos, 45 pesetas.
- MONTERO VIDAL (D. José).**—El Archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos; su historia, geografía y estadística.—Obra ilustrada con dos mapas.—Madrid, 1886; un tomo, 4.º, 10 pesetas.
- Historia de la piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y Borneo.—Comprende desde el descubrimiento de dichas islas hasta Junio de 1888.—Madrid; dos tomos, 4.º, 20 pesetas.
 - Historia general de Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días.—Madrid, 1887-96; tres tomos, en 4.º, 45 pesetas.
 - Novelas cortas, monografías, artículos literarios y poesías (costumbres filipinas).—Madrid, 1889; un tomo, 8.º, 4 pts.
- MONTERO RÍOS.**—Restablecimiento de la unidad religiosa en los pueblos cristianos. Madrid, 1897; un tomo en 8.º, 3,50 p.
- MORAYTA (D. Miguel).**—Historia de la Grecia antigua.—Madrid, 1883; dos tomos, 4.º, 10 pesetas.
- MORENO VILLENA.**—Tratado de Economía política ó filosofía del trabajo. Quinta edición, precedida de una reseña histórica de la ciencia y de las doctrinas socialistas y comunistas.—Madrid, 1894; un tomo en 4.º, 8 pesetas.
- Geografía estadística, astronómica, física, política, fabril y comercial de Europa, y con especialidad de España. Segunda edición.—Madrid, 1890; un tomo en 4.º, 12 pesetas.
- MUÑOZ Y ROMERO.**—Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España.—Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de Enero de 1858.—Un tomo, 4.º, 10 pesetas.
- MUÑOZ Y RIVERO (D. Jesús).**—Manual de Paleografía diplomática española de los siglos XII al XVII. Método teórico-práctico

- para aprender á leer los documentos españoles de los siglos XII al XVII. Segunda edición. Madrid, 1889; un tomo en 4.º, 15 pesetas.
- Nociones de diplomática española. Reseña sumaria de los caracteres que distinguen los documentos anteriores al siglo XVII, auténticos, de los que son falsos ó sospechosos.—Madrid, 1881; un tomo en 8.º, con una lámina que representa la clase de *letra*, signaturas y firmas, signo rodado, sellos, chrismón, 2 pesetas.
- Orchestomathia Palaeographica. Scripturae hispanae veteris specimina, collegit. Scriptura chartarum; un tomo en 8.º, 5 pesetas.
- MÜLLER —Ensayo sobre la historia de las religiones.—Madrid, dos tomos, 8.º, 4 pesetas.
- MUSSET.—Viaje pintoresco en la Italia.—Dos tomos, 4.º, de gran lujo, con 25 bellísimas láminas, aparte del texto, grabadas en acero, seis de ellas iluminadas, 20 pesetas.
- NÖLDEKE.—Historia literaria del Antiguo Testamento. Versión castellana de Enrique Rouget.—Madrid, 1880. Un tomo, 4.º, 5 pesetas.
- NIETO SERRANO.—Historia crítica de los sistemas filosóficos, por D. Matías Nieto y Serrano, marqués de Guadalerzas. Madrid, 1891; dos tomos en 4.º, 7 p.
- NOUGUÉS Y SECALL.—Historia crítica y apologética de la Virgen Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y de su templo y tabernáculo desde el siglo I hasta nuestros días.—Un tomo, 4.º, con láminas, 6 pts.
- NOVIA DE SALCEDO.—Defensa histórica, legislativa y económica del Señorío de Vizcaya y provincias de Alava y Guipúzcoa, contra las noticias históricas de las mismas que publicó D. Juan Antonio Llorente, y el informe de la junta de reformas del abuso de la real hacienda en las tres Provincias Vascongadas. Bilbao, 1851-52; cuatro tomos, 4.º, 20 pesetas.
- NOVO Y COLSON.—Historia de la guerra de España en el Pacífico.—Madrid, 1883; un tomo, 4.º mayor, con once retratos y el croquis de las posiciones de la escuadra española en el bombardeo de la ciudad del Callao, 30 pesetas.
- Un marino del siglo XIX, ó Paseo científico por el Océano.—1882; un tomo, 8.º, 5 pesetas.
- Historia de las exploraciones árticas, hechas en busca del paso del Nordeste.—Madrid, 1880; un tomo 4.º, 8 pesetas.
- La vuelta al mundo por las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*. (Véase Malaspina), página 16.
- OLASCOAGA.—Estado actual de los estudios económicos en España, por D. Ramón de Olascoaga, profesor en la Universidad del Paraguay. Madrid, 1896.—Un tomo, 2 pesetas.
- OLAVARRÍA Y HUARTE.—Tradiciones de Toledo.—Segunda

edición, 1880; un tomo 8.º, 2,50 pesetas. Contiene: el Cristo de la Luz.—Una mujer ingeniosa.—El palacio encantado.—El baño de la Cava.—Allá van leyes donde quieren reyes.—Las justicias del Rey Santo.—Las bodas de Abdallah.—Santiago del Arrabal.—La cueva de Hércules.—El pozo amargo.—La peña del Moro.—Una noche toledana.—El Cristo de la Misericordia.—Don Diego de la Salve.—Galiana.—La penitencia de Acuña.

OLÍAS.—Historia del movimiento obrero en Europa y América durante el siglo XIX, por Joaquín Martín de Olías.

Contiene: Tomo I, Francia.—Tomo II, Inglaterra, Escocia é Irlanda, Alemania y Austria: Suiza, Bélgica y Holanda; Rusia y Estados Scandinavos y otros países del Norte de Europa. Dos tomos, 8.º, 4 pts.

OLIVER HURTADO.—Granada y sus monumentos árabes.—Un tomo, 4.º, con planos, 12 pesetas.

OSSORIO Y BERNARD. Libro de Madrid y advertencia de forasteros. Segunda edición.—Madrid, 1892; un tomo en 8.º, tela, 3 pesetas.

ORTEGA Y RUBIO (D. Juan).—Compendio de Historia de España.—Madrid, 1896; dos tomos en 4.º, tela, 20 ptas.

—Historia de los pueblos de Valladolid.—Dos tomos en 4.º, tela, 20 pesetas.

OSCAR JAGER.—Historia universal, traducción del alemán, bajo la dirección de D. Eduardo de Hinojosa.—Esta obra se publica por tomos, lujosamente impresa con grabados.—Precio de cada tomo: rústica, 12 pesetas; encuadernado en tela, 15.—Son publicados los tomos I, II, III y IV.

OVIDO.—Historia de la conquista y población de Venezuela, por D. José de Oviedo y Baños, con discurso preliminar, notas y aclaraciones de D. Cesáreo Fernández Duro; 2 tomos en 4.º 30 pesetas.

PANDO Y VALLE.—El centenario del descubrimiento de América. Madrid, 1892; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

PAREJA DE ALARCÓN.—Solución del problema obrero en paz y concordia. Madrid, 1891; un tomo en 4.º, 2 pesetas.

PARRILLA.—Compendio de Geografía general, por D. Justo P. Parrilla (de la Sociedad de Geografía de París), con un prólogo del Sr. D. Sabino Berthelot.—Obra declarada de utilidad para la enseñanza por Real orden de 20 de Enero de 1880.—Un tomo en 4.º, 6 pesetas.

PASCUAL Y CABESTANY.—Apuntes de Geometría elemental y superior, por Ramón Pascual y José Cabestany, redactados con objeto de armonizar la traducción española de la Geometría de Rouché et Combereusse, con el programa oficial de la Escuela politécnica.—Madrid, 1892; un tomo, 4.º, con grabados y láminas, 7,50 pesetas.

PATERNIO.—La antigua civilización Tagálog (apuntes), por Pedro Alejandro Molo, Agustín Paterno y de Vera, Ignacio Maginóo Paterno, doctor en jurisprudencia.—Madrid, 1887; un tomo, 4.º, 15 pts.

— Los Itas. Madrid, 1890; un tomo 8.º, 5 pts.

PEÑA Y FERNÁNDEZ.—Manual de Arqueología prehistórica, precedida de nociones preliminares de Arqueología general, Geología y Paleontología, y seguido de cinco cuadros sinópticos de Arquitectura cristiana y de dos vocabularios para la debida inteligencia de las voces técnicas, por el Dr. D. Manuel de la Peña y Fernández, Presbítero, Catedrático de Griego, Hebreo y Arqueología cristiana en el Seminario de Sevilla.—Sevilla, 1890; un tomo en 4.º de XIX-962 páginas, 13 pesetas.

PÉREZ DE GUZMÁN.—El principado de Asturias. Bosquejo histórico documental.—Madrid, 1880; un tomo, 8.º, 5 pesetas.

— Un matrimonio de Estado. Estudio histórico-político.—Madrid, 1877; un tomo, 8.º, 5 pesetas.

PH. LE BAS.—Manual de historia romana desde la fundación de Roma hasta la caída del Imperio de Occidente. Traducción de D. Joaquín Pérez Comoto. Un tomo, 4.º, 4 pesetas.

PIDAL (Marqués de).—Estudios históricos y literarios; dos tomos, 8 pesetas.

PIÉDROLA.—La historia del porvenir. D. Carlos en el poder.—Segunda edición.—Un tomo, 8.º, 2 pts.

PIERNAS HURTADO.—Tratado elemental de estadística. Madrid, 1897; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

— Tratado de Hacienda pública y examen de la española. Cuarta edición.—Madrid, 1891-92; dos tomos, 4.º, 15 pesetas.

— El movimiento cooperativo. Tres conferencias dadas en el Fomento de las Artes.—Madrid, 1890; un tomo, 8.º, 3 pesetas.

— Vocabulario de la Economía: ensayo para fijar la nomenclatura y los principales conceptos de esta ciencia.—Un tomo, 8.º, 3,50 pesetas.

— Estudios económicos.—Dos escritos sobre el concepto y estado actual de la economía política, y otros tres acerca de la llamada cuestión social.—1889; un tomo 8.º, 2 pesetas.

— Introducción al estudio de la ciencia económica, 2 pesetas.

— Principios elementales de la ciencia económica, segundo cuaderno, 2 pesetas.

PONS BOIGUES.—Apuntes sobre las escrituras mozárabes toledanas que se conservan en el Archivo histórico nacional. Madrid, 1897; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

POUJOLAT.—Historia de Jerusalén, traducción de Ochoa.—Un tomo, 4.º, sin láminas, 6 pesetas.

PRIDA Y ARTEAGA (D. Francisco) y PÉREZ VENTO (D. Rafael).—Méjico contemporáneo. Obra ilustrada con más de 100 grabados de Laporta.—Madrid, 1889; un tomo en 4.º, 10 pts.

- PRESCOT.—Historia de los Reyes Católicos.— Un tomo, 4.º mayor, de 436 páginas, edición ilustrada, 4,50 pesetas.
 — Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel. Traducida del original, por D. Pedro Sabán y Larroya.—Madrid, 1846; cuatro tomos, 4.º, pasta, 30 ptas.
 — Historia del reinado de Felipe II en España.—Traducida directamente del inglés, ilustrada con notas y adicionada con documentos importantes, por D. Cayetano Rosell. —Tomo primero y segundo, únicos publicados, 8 pesetas.

QUEVEDO VILLEGAS.—Política de Dios.—Gobierno de Cristo; con privilegio en Madrid 1626; reimpresso en 1869; dos tomos en 8.º, 3 pesetas.

RECLUS.— Nueva Geografía universal. La tierra y los hombres. —Obra ilustrada con 3.000 mapas intercalados en el texto ó estampados aparte. y con más de 1.200 grandes grabados en madera. Traducción española por el Excmo. Sr D. Francisco Coello, y los Sres. Martín Ferreiro y otros.— Precio de cada tomo, 30 pesetas á la rústica, 32,50 artísticamente encuadernado, y 33 en pasta española.

Son publicados.

PRIMERA SERIE

- Tomo I.—Europa Mediterránea Oriental ó del Sudeste.
 Tomo II.—Europa Mediterránea Central.
 Tomo III.— Europa del Noroeste.

SEGUNDA SERIE

- Tomo I.—África del Nordeste.
 Tomo II.—África del Noroeste.

TERCERA SERIE

- Tomo I.—Asia Oriental.

CUARTA SERIE

- Tomo I.—América Boreal.
 Tomo II.—América Central.
 Tomo III.—América del Sur.

La Tierra.

Descripción de los fenómenos de la vida del Globo.

- Tomo I.—Los continentes.
 Tomo II.—El Océano.—La atmósfera y los meteoros. —La vida.

RELACIONES GEOGRÁFICAS DE INDIAS, publicadas por el ministerio de Fomento (Perú).—Madrid, 1881-97; cuatro tomos, 4.º mayor, 60 pesetas.

RESSACO.—En las riberas del Plata. Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez.—Madrid, 1891; dos tomos, en 8.º, 7 pesetas.

RIBOT.—Historia de los voluntarios cubanos; hechos más notables en que ha tomado parte aquel benemérito cuerpo, por D. José Joaquín Ribot.—Dos tomos folio, con 84 retratos de otros tantos jefes de ambos ejércitos, 40 pesetas.

RICO Y AMAT.—Historia política y parlamentaria de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.—Madrid, 1860; tres tomos, 4.º, 16 pts.

— Libro de los Diputados y Senadores; juicios críticos de los oradores más notables desde las Cortes de Cádiz hasta nuestros días.—Madrid 1862-66; 4 tomos en 4.º, 22,50 pesetas.

RIVES (Manuel M. A. y).—Geografía histórica de la Edad antigua.—Comprende desde los tiempos denominados prehistóricos hasta la muerte del Emperador Teodosio; y dos apéndices, uno de cosmografía y otro de cronología universal antigua.—Madrid, 1874; un tomo, 4.º, 6 pesetas.

RODA (D. Arcadio).—Los oradores griegos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1872; y 73, un tomo en 8.º, 2,50.

— Los oradores romanos Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1873 y 74, un tomo en 8.º 2,50 pesetas.

RODRIGO (D. Francisco Javier G.).—Historia verdadera de la Inquisición.—Madrid, 1877; tres tomos, 4.º, 16 pesetas.

RODRÍGUEZ VILLA.—Expedición del maestro de campo Bernardo de Aldama á Hungría en 1548; 2 pesetas.

— Curiosidades de la Historia de España.—Tomo I. Italia desde la batalla de Pavía hasta el saco de Roma.—Reseña histórica escrita en su mayor parte con documentos originales, inéditos y cifrados.—Madrid, 1885; 3 pesetas.

— Tomo II. La Corte y Monarquía de España en los años 1636 y 37. Colección de cartas inéditas é interesantes, seguidas de un apéndice con curiosos documentos sobre corridas de toros en los siglos XVII y XVIII.—Madrid. 1886; 5 pesetas.

— Tomo III. El Coronel Francisco Verdugo (1537-1595). Nuevos datos biográficos.—Relación de la campaña de Flandes de 1641, por Vincart, con notas é ilustraciones.—Madrid, 1890; 3.

ROSSO.—El Capitán Fémor. Memorias de un viaje de exploración por el Sahara, 1886.—Un tomo 8.º, con grabados, 1,50 p.

RUIDÍAZ.—La Florida, su conquista y colonización, por Pedro Menéndez de Avilés. Anotada, adicionada y publicada por D. Eugenio Ruidíaz y Caravia. Obra premiada por la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1894; dos tomos en 4.º, 20 pesetas,

SAAVEDRA.—Estudio sobre la invasión de los árabes en España, por D. Eduardo Saavedra, de la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1892; un tomo, 4.º, con cuatro planos, 2,50 pesetas.

SAENZ-DÍEZ (D. Julio de Santiago).—Compendio de Geografía (para Aduanas).—Madrid, 1891; un tomo, 4.º, 6 pesetas.

SALES Y FERRÉ (Manuel), Catedrático de la Universidad de Sevilla.—Tratado de Sociología.—Evolución social y política.—Esta obra, la primera de su género publicada en España, es un trabajo nuevo, original y profundo; contiene:

Tomo I.—*Punto de partida de la sociedad humana*, 4,50 ptas.

Tomo II.—*Del hetairismo al patriarcado*, 6 ptas.

Tomo III.—*El patriarcado y la ciudad*, 7 pesetas.

Tomo IV y último.—*La nación*, 8 ptas. Precio de los cuatro tomos en Madrid, 25 pesetas.

Historia general.—Obra premiada y elegida de texto por Real orden de 28 de Junio de 1884, en el concurso celebrado el 30 de Abril del mismo año por la Dirección general de Instrucción militar.—Un tomo 4.º, 7 pesetas.

La Historia general del Sr. Sales es, sin duda, la Historia universal más completa, más correcta y más comprensible de cuantas se conocen hasta la fecha.

Compendio de Historia Universal, edad prehistórica y período oriental.—Madrid, 1885-86; dos tomos, 4.º, 13 pesetas.—En preparación el tomo III, período griego.

Esta obra, que por la novedad del plan y lo sólido de la doctrina ha tenido universal aceptación, va á continuarse en breve hasta enlazarla con la que dejó escrita el inmortal maestro D. Fernando de Castro, titulada

Compendio razonado de Historia Universal, que comprende:

Tomo I.—Los Germanos (476-1000).

Tomo II.—El Feudalismo (1000-1096).

Tomo III.—Las Cruzadas (1096-1300).

Estos tres tomos se venden juntos á separados á 5 pesetas cada uno.

Prehistoria y origen de la civilización.—Tomo I, Edad paleótica, ilustrada con 78 grabados, 7,50 pts.

El hombre primitivo y las tradiciones orientales. La Ciencia y la Religión. Sevilla, 1881; 8.º, 3,50 p.

Filosofía de la muerte.—Sevilla, 1881; 8.º, 3,50 pts.

Comentarios á la Historia natural del hombre, por Quatrefages (primer cuaderno); 1,25 pts.

Civilización europea.—Sevilla, 1887; 1 pts.

Estudios arqueológicos.—Necrópolis de Carmona. Sevilla, 1887; 2 pesetas.

Método de enseñanza.—Sevilla, 1887; 0,50 pts.

El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones, un tomo en 8.º, 3 pesetas.

TRADUCCIONES DEL SEÑOR SALES Y FERRÉ

Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos.

(Véase Vivien de Saint Martin).—Dos tomos con mapas intercalados en el texto, 10 pts.

La verdad y el error en el Darwinismo, por Eduardo Hartmann. —Sevilla, 1879; 3 pesetas.

Historia política de los Papas, por Lanfrey. —Sevilla, 1881; un volumen, 3,50 pesetas.

Catecismo de Agricultura, por Víctor Van-den-Broeck. —Sevilla, 1878; 1 peseta.

SAN AGUSTÍN.—La ciudad de Dios. Obra escrita por el Padre de la Iglesia, San Agustín, traducida del latín por D. José Cayetano Díaz de Beyral (Biblioteca clásica); cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas.

SANCHEZ MOGUEL.—Reparaciones históricas. Estudios peninsulares. —Madrid, 1894; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

—España y América. Estudios históricos y literarios. —Madrid, 1895; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

—El Mágico prodigioso de Calderón y en especial sobre las relaciones de este drama con el Fausto, de Goethe. Obra premiada. —Madrid, 1881; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

SANDOVAL.—Historia del Emperador Carlos V, escrita por el maestro Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona. —Nueve tomos, holandesa, 22,50 pesetas.

SANCHEZ CALVO.—Los nombres de los dioses. (Estudios filológicos). Indagación acerca del origen del lenguaje y de las religiones á la luz del eúskaro y de los idiomas turanianos. —Madrid, 1884; un tomo, 4.º, 7,50 pesetas.

SÁNCHEZ NUÑEZ.—Ojeada sobre la parte Argentina de la región hidrográfica del Río de la Plata. —Madrid, 1879, un tomo, 4.º, con ocho planos, 12 pts.

SANCHEZ DE TOCA.—El matrimonio: su ley natural, su historia, su importancia social: precedido de un prólogo del Académico Sr. D. A. Fernandez Guerra. Segunda edición reformada. Madrid, 1876; dos tomos, 4.º, 8 pesetas.

SÁNZ Y ESCARTÍN.—La cuestión económica. —Nuevas doctrinas. —Crisis agrícola. —Protección arancelaria, por D. Eduardo Sáenz y Escartín, de la Real Academia de Ciencias morales y políticas. Madrid, 1890; Un tomo en 4.º, 5 pesetas.

—El Estado y la reforma social. Madrid, 1893. Un tomo en 4.º, 5 pesetas.

—El individuo y la reforma social: estudio completo de las cuestiones palpitantes, morales y sociológicas de nuestros días, escrito con criterio propio y con verdadera sinceridad, y teniendo en cuenta todo lo más notable que se ha escrito y pensado acerca de estas interesantes materias. Madrid, 1896. Un tomo en 4.º, 6 pesetas.

SANTIAGO.—Historia de Vigo y sus comarcas, por D. José de Santiago y Gómez. Madrid, 1896; un tomo en 4.º, con el plano vista de Vigo y el retrato del autor, 12 pesetas.

SCHACK.—Historia de la literatura y del arte dramático en España, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier; cinco tomos, 25 pts.

SANCIANO Y GOSÓN.—El progreso de Filipinas. Estudios económicos.—Madrid, 1881; un tomo en 4.º, 4 pesetas.

SHAKSPEARE.—Obras de William Shakspeare, traducidas fielmente del original inglés, por el excelentísimo Sr. D. Matias de Velasco y Rojas, marqués de Dos Hermanas. Madrid, 1872; tres tomos en 4.º; 20 pesetas.

SCHERER.—Historia del comercio de todas las naciones, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Traducida del francés por los alumnos de la clase de este idioma, establecida en el Ateneo Mercantil de Madrid.—Dos tomos, 4.º, 10.

SELVA.—Historia de todos los pueblos. Comprende historia general del mundo, formando la humanidad en una sola familia.—Madrid, 1871; dos tomos, 8.º, con los árboles genealógicos, etc., 5 pts.

SEPULVEDA (Enrique).—La vida en Madrid en 1886.—Un tomo, 8.º, con grabados, 4 pesetas.

— La vida en Madrid en 1887.—Un tomo, 8.º, con grabados, 5.

— La vida en Madrid en 1888.—Un tomo, 8.º, con grabados y cromos, 5 pesetas.

— Madrid en 1891-1892. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

— El Madrid de los recuerdos. 1897; un tomo en 4.º, 3 pesetas.

SEPULVEDA (Ricardo).—Madrid viejo.—Crónicas, avisos, costumbres, leyendas y descripciones de la villa y corte en los siglos pasados, con un prólogo de Pérez de Guzmán.—Madrid, 1887; un tomo, 8.º, con láminas, 6 pesetas.

— El Corral de la Pacheca. (Apuntes para la historia del teatro Español).—Madrid, 1888; un tomo en 8.º, 5 pesetas.

— Antiguallas. Crónicas descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados. Madrid, 1898; tomo en 8.º con grabados, 8 pesetas.

SERRANO ALCAZAR.—Política y literatura.—Madrid, 1887; 2 pesetas.

— Corona de mi tiempo, 2 pesetas.

— Hojas veraniegas; 1884, 2 pesetas.

SERRATO.—Cristóbal Colón. Historia del descubrimiento de América, por Francisco Serrato, con un prólogo de D. Roque Chavas.—Madrid, 1893; un tomo en 4.º, con láminas, encuadernado en tela, 5 pesetas.

SILVELA (D. Manuel). Obras póstumas. Las publica con el nombre del autor, su hijo D. Francisco: dos tomos en 4.º 5.

SINUÉS (Doña M. del Pilar).—Mujeres ilustres.—Narraciones histórico-biográficas.—María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús: un tomo, 2 pesetas.

- SINUES. —Catalina Gabrielli. —Agripina, Princesa romana. — Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran duquesa de Toscana: un tomo 2 pesetas.
- María Josefa Tascher de la Pagerie. —Juana de Arco. —Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany: un tomo, 2 pesetas.
- SCHOPENHUER. —El Mundo como voluntad y como representación; un tomo en 4.º, 12 pesetas.
- SOLER Y GUARDIOLA. —Apuntes de historia política y de los tratados (1490 á 1815), con arreglo al programa para los exámenes de ingreso en las carreras diplomática y consular. —Madrid, 1895; un tomo en 8.º mayor, 5 pesetas. Continuación. Véase Becker. Historia diplomática. (Página 4.)
- SIMONET (D. Francisco Javier). —Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano mozárabe. —Madrid, 1889; un tomo en 4.º mayor, de CCXXVI 678 páginas, 20 pesetas.
- STERNE. —Viaje sentimental por Francia y por Italia. —Madrid, 1890; un tomo 8.º, 4 pesetas.
- SUMNER MAINE. —El gobierno popular, vertido directamente del inglés por Siro García del Mazo, 1888; un tomo, 4.º, 3 ptas.
- TAINE. —La Inglaterra. Madrid, 1897; un tomo, en 4.º, 7 ptas.
- Filosofía del arte. —La pintura en Italia, por H. Taine, de la Academia francesa; un tomo, 3 pesetas.
- La Pintura en los Países Bajos; un tomo, 3 pesetas.
- El Arte en Grecia; un tomo, 3 pesetas.
- El Ideal en el Arte; un tomo, 3 pesetas.
- Viaje á Italia. —Nápoles, Herculano, Pompella, Capua; un tomo, 3 pesetas.
- Viaje á Italia. —Roma; 2 tomos, 6 pesetas.
- Viaje á Italia. —Florencia, Siena, Pisa, Bolonia; 3 pts.
- Viaje á Italia. —Venecia, Rávena, Padua; un tomo, 3 pts.
- Viaje á Italia. —Milán, Verona, Los Lagos; un tomo, 3 pts.
- Historia de la literatura inglesa. —Los orígenes. —Madrid, 1895; un tomo en 4.º, 7 pesetas.
- Historia de la literatura inglesa contemporánea. —Traducción de D. José de Caso, profesor de la Universidad de Madrid. —1895; un tomo en 4.º, 7 pesetas.
- TAPIA. —Historia de la civilización española, desde la invasión de los árabes hasta la época presente, por D. Eugenio de Tapia, individuo de la Dirección general de Estudios y de la Academia Española. —Madrid, 1810; cuatro tomos, 8.º, 10 pesetas.
- TELLO AMONDAREYN. —Ceuta, llave principal del Estrecho. Apuntes para un estudio político-militar.
- Dibujos: Rojas, Lucas Moreno, Ruda y Soravilla.

Fotografías: Laurent, Vidal, Casas, Cía, Compañy, Debas y Pettons.

Fotograbados: Laporta, Romea y Prats y Quintana. Madrid, 1897; un tomo, 8.º mayor, 5 pesetas.

TECHO.—Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús, por el P. Nicolás del Techo: versión del texto latino, por Manuel Serrano y Sánz. Madrid, 1897; cinco tomos en 8.º

TIRADO Y ROJAS.—La Masonería en España. Su origen y desarrollo hasta los comienzos del presente siglo. Intervención de la secta masónica en todos los trastornos políticos ocurridos de 1808 hasta nuestros días (con licencia de la autoridad eclesiástica).—Madrid, 1893; dos tomos en 8.º, 4 pts.

— Las tras-logias. Continuación de la Masonería en España.—Madrid; un tomo en 8.º, 2 pesetas.

THACKERAY.—Historia de Pendennis. Madrid, 1881; un tomo, 8.º, 2 pesetas.

THIERS.—Revolución francesa.—Seis tomos en 8.º, 16 ptas.

— Historia del Consulado y del Imperio francés. Continuación de la Historia de la Revolución francesa.—Veinte tomos, 8.º, que comprenden hasta la conclusión del famoso período de los *Cien días*; 70 pesetas.

Hay varios tomos sueltos que se venden á 3 pts.

TODA (D. Eduardo).—A través del Egipto. Un tomo en 4.º mayor, de gran lujo, con profusión de notabilísimos dibujos y fotograbados. tomados de fotografías y apuntes del natural traídos por el mismo autor.—Madrid, 1889; un tomo, 4.º mayor, 20 pesetas.

—La vida en el Celeste Imperio. Cuadro curioso é interesante de las costumbres, usos, leyes y vida particular en el Imperio de la China, ilustrado con magníficos dibujos y láminas en color. Madrid, 1887; un tomo 8.º mayor, ilustrado, 4 pesetas.

TRES RELACIONES de antigüedades peruanas.—Publícalas el Ministerio de Fomento.—Madrid, 1879; un tomo, 4.º, 10 ptas.

TORENO.—Historia del levantamiento, guerra y revolución de España. Adicionada y corregida por su autor, y precedida de su biografía. — Cuatro tomos, 4.º, 20 pesetas.

— Discursos parlamentarios del Excmo. Sr. D José María Queipo de Llano y Ruíz de Saravia, Conde de Toreno. Publicados y anotados por su hijo el excelentísimo Sr. D. Francisco. Cortes de Cádiz. Cortes de 1820 á 1821.—Madrid, 1881-83; dos tomos en 4.º, 8 pesetas.

TORRES CAMPOS.—La Geografía en 1895. Memoria sobre el VI Congreso internacional de Ciencias geográficas celebrado en Londres, por D. Rafael Torres Campos, delegado del Gobierno de S. M. y de la Sociedad geográfica de Madrid. 1897; un tomo en 4.º, con tres láminas y un plano en color, 6 pts.

- TORRES DE CASTILLA.**—Historia de las persecuciones políticas y religiosas, ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días. Galería política, filosófica y humanitaria; imparcial y concienzudamente escrita, recopilada de las historias de todas las naciones de Europa, de las de sus religiones, sectas, escuelas, etc., etc. Edición de lujo con láminas en acero.—Barcelona, 1863 á 1866; seis tomos 4.^o mayor, pasta, 57 pesetas.
- TUBINO.**—Historia del renacimiento literario contemporáneo eu Cataluña, Baleares y Valencia, por D. Francisco M. Tubino, académico. 1880, un tomo, 4.^o mayor, con retratos, 20.
- URIEL HANCOCK.**—Historia de Chile; traducida del inglés por José Casado.—Madrid, 1897; un tomo, 4.^o, 8 pesetas.
- URRESTARAZU** (Francisco de A. de).—Viajes por Marruecos; descripción geográfica é histórica, usos, costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias, etc., de las diferentes razas ó familias que pueblan el Imperio, con un mapa iluminado.—Madrid; un tomo 8.^o, 1 peseta.
- Viajes por Arabia. Segunda parte de Viajes por Marruecos. —Un tomo, 8.^o, 1 peseta.
- VIGIL** (Ciriaco Miguel).—Asturias monumental, epigráfica y diplomática: datos para la historia de la provincia.—Oviedo, 1887; dos tomos folio, uno texto y otro láminas, 32 pesetas.
- Colección histórico diplomática del Ayuntamiento de Oviedo. —Oviedo, 1889; un tomo en folio, 16 pesetas.
- Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer adelantado y conquistador de la Florida. Oviedo, 1892; un tomo en 4.^o, en tela, 2,50 pesetas.
- Heráldica asturiana y Catálogo armonial de España, seguidos de leyes y preceptos: de la bibliografía del Blasón; Ordenes de caballería y genealogía. —Oviedo, 1892; un tomo en 4.^o, tela, 5 pesetas.
- VILLAAMIL.**—Viaje de circunnavegación de la corbeta «Nautilus». Madrid, 1895; un tomo en 4.^o, con multitud de fotografados y 23 planos de derrota, encuadernado en tela lujosamente, 20 pesetas.
- VILA.**—Sesenta años en un tomo. Apuntes para la historia política social, literaria y artística de España desde 1808 á 1868.—Un tomo, 8.^o, 4 pesetas.
- Escenas filipinas.—Narraciones originales de costumbres de dicha isla.—Madrid, 1882; un tomo, 8.^o, 2 pesetas.
- VILLALBA HERVAS.**—Véase [el anuncio de sus obras] en la página 32. ¶
- VILLAR Y MACÍAS.**—Historia de Salamanca, 1887; tres tomos, 4.^o, 15 pesetas.
- VIVIEN DE SAN-MARTÍN.**—Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de San-Martín, Pre-

sidente honorario de la Sociedad de Geografía de París, de la Academia Real de Berlín, etc., etc., traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla.—Dos tomos con mapas intercalados, 10 pesetas.

Este libro, que expone el curso y desarrollo del conocimiento geográfico desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, sin omitir ninguna obra ni descubrimiento importante, además de ser el único que se ha escrito de este asunto, tiene el mérito de instruir y deleitar á la vez, por su exposición ordenada y bella, por la proporción de sus dimensiones y por abarcar toda la materia. Publicado en Francia el año 1873, el traductor lo ha continuado hasta nuestros días, narrando, entre otros, los importantísimos viajes de Nachtigal, de Cameron y de Stanley al interior de Africa; los de Warburton y de Forrets al interior de Australia; el de Payer y Weiprecht encima de Nueva Zembla, y el del inglés Nares á la región polar por el estrecho de Smith.

WEBER.—Historia contemporánea de 1830 á 1872, traducida al castellano, anotada y aumentada con una reseña histórica de los Estados de América, por A. García Moreno.—Madrid, 1877-79, cuatro tomos. 4.º, 20 pesetas.

WINTERER.—El socialismo contemporáneo. por el Abate L. Winterer, Diputado del Parlamento alemán.—Versión de D. Julio del Mazo Franza.—Prólogo de D. Francisco Rubio y Contreras, Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda.—Sevilla, 1896; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

WISEMAN.—Historia de las misiones en el Japón y Haraguay, con ocho láminas en acero.—Un tomo, 8.º, 3 pesetas.

ZARAGOZA.—Piratería y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo xvi al xviii. Deducidas de las obras de D. Dionisio de Alsedo y Herrera, por D. Justo Zaragoza.—Madrid, 1883; un tomo en 4.º, 12,50 pesetas.

— Las insurrecciones de Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo.—Madrid, 1872-73; 2 tomos en 4.º, 20 pesetas.

— Geografía y descripción universal de las Indias, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año de 1571 al de 1574.—Madrid, 1894, adicionada por D. Justo Zaragoza: un tomo en 4.º, con planos, 15 pesetas.

VILLALBA HERVÁS.—Ruiz de Padrón y su tiempo. Introducción á un estudio sobre historia contemporánea de España.

El libro **Ruiz de Padrón** tiene un doble objeto: dar á conocer la nobilísima personalidad moral y parlamentaria de un sacerdote, diputado constituyente en las inmortales Cortes de Cádiz, compañero de Muñoz Torrero, Argüelles, Calatrava y otros ilustres varones, en sus luchas por la libertad, bosquejar la situación de España cuando en 1808 la invadieron los ejércitos de Napoleón y á los dos años se inauguró en la isla gaditana el régimen constitucional.

Termina el cuadro histórico trazado en este libro, al concluir el reinado de Fernando VII; es decir, donde comienza el otro libro del mismo autor, intitulado *Dos Regencias*; así como esta última obra, que llega hasta la caída del Regente don Baldomero Espartero en 1843, enlaza con la que lleva por título *Recuerdos de cinco lustros*, que comprende desde la declaración de mayor edad de doña Isabel II en dicho año hasta su destronamiento en el de 1868. En estos tres libros ha estudiado el Sr. Villalba Hervás los datos más interesantes para formar un juicio exacto del desarrollo de nuestras instituciones durante un laborioso período de más de sesenta años.

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

La obra Ruiz de Padrón y su tiempo, cuyo contenido queda indicado, forma un tomo en 8.º, de 273 páginas, excelente papel y esmerada impresión, con preciosos fotograbados. Su precio, 2,50 pesetas.

Una década sangrienta. Dos Regencias.—Estudio histórico que principia en 1833, muerte de Fernando VII, y acaba en 1843, con la expatriación del Duque de la Victoria. Un tomo en 8.º 3 pesetas.

Recuerdos de cinco lustros.—Estudio histórico que principia en 1843, después de la caída del Regente D. Baldomero Espartero, y acaba en 1868, con el destronamiento de doña Isabel II. —Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

AVISO.—Esta casa no tiene conferida autorización á persona alguna para vender libros á plazos, ni viajante que la represente, como lo aparenta, según varias cartas que me dirigieron en reclamación, un individuo que hizo operaciones en nombre de la misma, vendiendo obras á plazos y cobrando parte de su importe. El que tal contrate, considérese engañado.

Esta casa servirá cuantos pedidos se le hagan de libros, aunque no consten en sus CATALOGOS, siempre que vengan acompañados de su importe en letra sobre Madrid, París ó Londres, libranza ó sellos de correo de ESPAÑA (en este último caso certificando la carta). Los pedidos serán dirigidos á VICTORIANO SUAREZ, calle de Preciados, 48, Madrid

Date Due

PRINTED IN U.S.A.



CAT. NO 73 233

PRINTED IN U.S.A.

PQ 6023 .A4
Altamira y Crevea, Rafael
De historia y arte (estudios c

010101 000



0 1999 0012714 3
TRENT UNIVERSITY

PQ6023 .A4

Altamira y Crevea, Rafael

De historia y arte, estudios

críticos.

DATE

80750

80750

